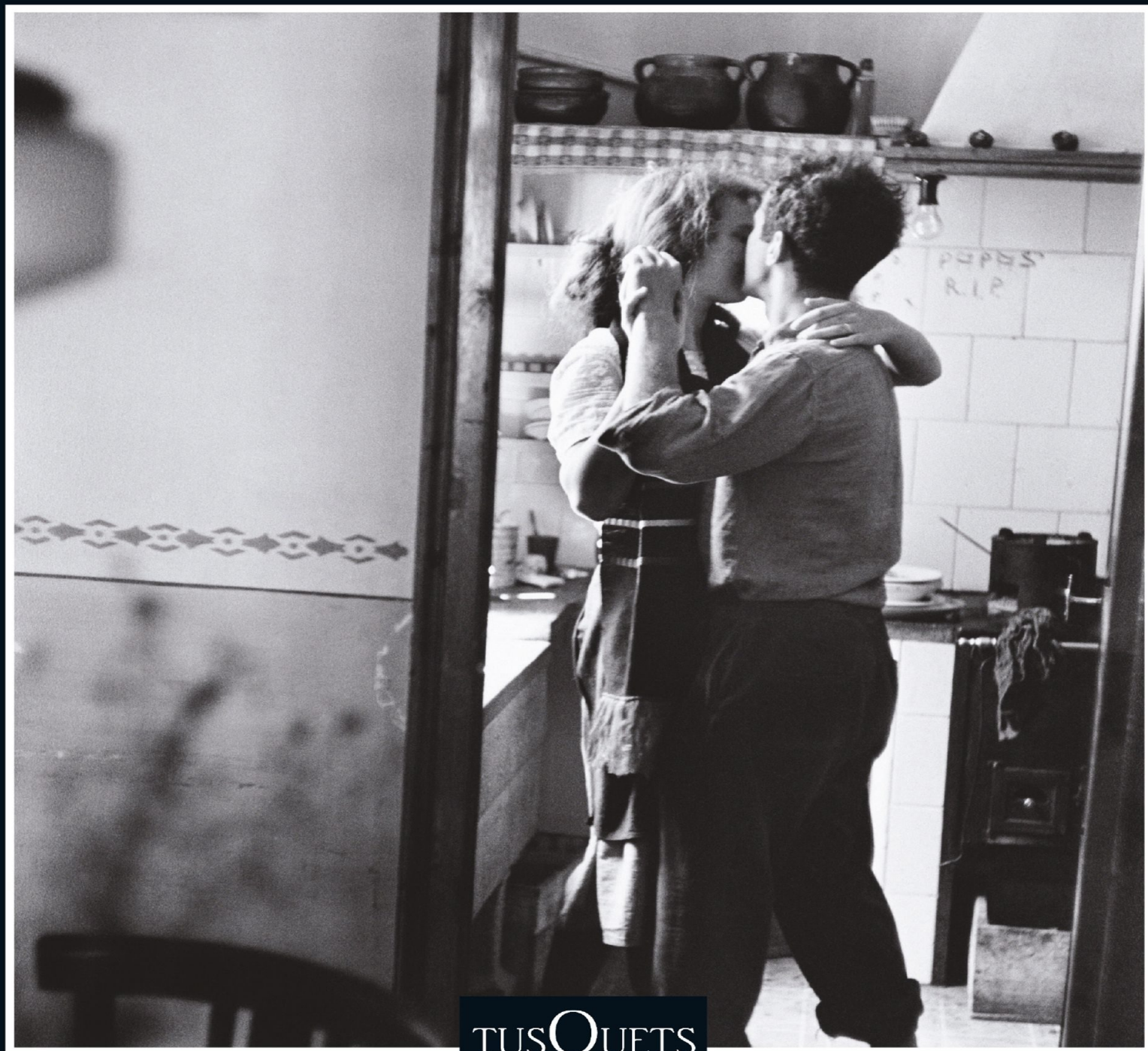


Ramon Solsona

TUDO LO QUE SUCEDIÓ  
EN EL VALLE

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

El asesinato de un guardia civil será el hilo conductor de esta novela ambientada en los años sesenta y que narra el proceso de construcción de las grandes obras hidroeléctricas en los Pirineos. Miles de trabajadores procedentes de toda España encontraron trabajo en aquellas faraónicas obras de ingeniería, con más de 50 kilómetros de galerías subterráneas, pozos verticales y grandes centrales invisibles desde el exterior. En una zona geográfica frecuentada por contrabandistas, militares y fugitivos, se darán cita una serie de personajes de diferentes orígenes que lucharán por obtener una vida mejor.



Ramón Solsona

# **Todo lo que sucedió en el valle**

**ePub r1.0**

**Titivillus 27.07.17**

Título original: *Allò que va a passar a Cardós*

Ramón Solsona, 2016

Traducción: Victoria Pradilla

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

A Sara Gabriel,  
y a sus hermanos Maria y Cinto

Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó?  
En los libros figuran los nombres de los reyes.  
¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?  
Y Babilonia, destruida tantas veces,  
¿quién la volvió a construir otras tantas? ¿En qué  
casas  
de la dorada Lima vivían los obreros que la  
construyeron?  
La noche en que fue terminada la Muralla china,  
¿adónde fueron los albañiles? Roma la Grande  
está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió?

Del poema de Bertolt Brecht,  
«Preguntas de un obrero ante un libro»

Iba a nevar, todo el mundo lo sabía. La madrugada había sido turbia, legañosa, el sol salió sólo un momento, justo después del primer toque de oración, como si las campanas hubiesen asustado a las nubes. Recuerdo perfectamente que se vio el Pui Tabaca cubierto de una capa de nieve. Era la primera nevada del año y, cuando el cielo se volvió a tapar, ya se intuía que la nieve no tardaría en llegar al valle. El frío era cada vez más intenso y las nubes se habían unido en una sola panza de plomo que parecía que tuviera que caer sobre el pueblo. La vaca está preñada, decía un hombre que señalaba el cielo con la punta del bastón.

Todo el mundo lo sabía, pero la nieve no llegaba. La vaca preñada no se decidía a alumbrar, y el día fue muriendo sin que hubiese caído ni un solo copo. Cuando sonó el toque de oración del atardecer ya era noche cerrada y había un silencio precoz. Era extraño no oír ninguna guitarra ni los habituales cantos de los andaluces, que se resguardaban en los bares hasta que los echaban. Era como si hubiese sonado una señal de alerta por la nevada que todos afirmaban inminente. O era quizá que el párroco se había salido con la suya y a base de sermones y de rosarios había conseguido que la gente se fuese a dormir pronto. El día siguiente iba a ser el último de un alboroto religioso al que llamaban la Santa Misión, pero no, no creo que el párroco tuviese tanta influencia, ni tampoco que la gente fuese tan religiosa.

A las once de la noche aún no nevaba, lo sé porque a aquella hora salí a la carretera. Me habían desvelado un murmullo de voces y unos pasos amortiguados que había creído oír, como si alguien hubiese entrado por la cuadra. Me levanté bruscamente y bajé con sigilo para salir de dudas.

El corazón me palpitaba con una violencia desbocada. Estaba haciendo lo que hasta aquel momento había evitado con una disciplina de hierro. Ninguna

imprudencia, ningún paso en falso en presencia del marido, me decía a mí mismo, y aún menos delante del sargento de la Guardia Civil. Yo intentaba que nadie advirtiese la furia vengativa que crecía en mi interior y que me empujaba a rebelarme, pero cada día me resultaba más difícil callar y simular que no pasaba nada. La rabia se había apoderado de mí de tal forma que aquello no era vivir. Estaba todo el día inquieto, cada vez me resultaba más insoportable luchar contra dos impulsos opuestos, el de la cautela absoluta y unas ganas irreprimibles de enfrentarme a aquella situación a pecho descubierto, de hombre a hombre. Pero habría sido una insensatez. Yo no era nadie, y el sargento tenía la autoridad del uniforme y de la pistola. Ante sus abusos, sólo podías bajar la cabeza y morderte la lengua hasta sangrar.

El marido y el sargento eran dos adversarios demasiado poderosos para mí. Clamar justicia contra los ultrajes es muy noble, pero había algo más que rabia dentro de mi pecho. Y he de admitir que la víctima era ella, no yo. En rigor, yo no podía exigir nada a nadie. Es una ley elemental que el amante de una mujer casada no puede invocar ningún derecho. Yo estaba condenado a sufrir en silencio, a sentir más culpa que alegría en las pocas ocasiones en las que nos llenábamos de besos apresurados. No tengo ninguna duda de que yo era mucho más digno de ella, yo no veía al marido como a un rival, sino como a un imbécil que se merece la infidelidad. Tenía un tesoro y no sabía apreciarlo, por eso al principio yo no sentía celos sino indignación, una rabia que se fue incrementando a medida que yo me convencía de que él estaba al corriente del chantaje al que era sometida su mujer y que incluso lo consentía. Sus ausencias parecían calculadas para favorecer los encuentros con el desalmado. El dolor que me provocaba la bajeza de aquellos dos hombres me llegaba hasta la médula, hasta el fondo del pensamiento, hasta las entrañas.

Las últimas semanas, el marido estaba siempre de mal humor. El negocio de la madera no funcionaba bien y se desahogaba riñendo a su mujer por cualquier cosa. La situación era cada vez más tensa, la atmósfera de la casa era cada día más inflamable, pero ella no respondía nunca, callaba para no encender la chispa que lo haría explotar todo. Yo también me mordía la lengua, iba con pies de plomo para no perjudicarla aún más, pero por la noche no podía evitar pensar en ella con la persistencia obsesiva de una fiebre. Fue en uno de los desvaríos que me llevaban a imaginar



conversaciones y gemidos inexistentes cuando salté de la cama, me vestí y bajé por la escalera de atrás intentando no hacer ruido. Quería atrapar al canalla en plena intrusión, pero no sé qué habría hecho si lo hubiese sorprendido entrando subrepticamente por la puerta del callejón, como solía hacer. El caso es que no había entrado nadie.

Yo estaba muy alterado, pero recuerdo perfectamente todos los detalles de aquella noche. A las once salí a caminar un rato para intentar calmarme y sé que entonces aún no nevaba.

No se oía ni un alma. Fui hasta la carretera y seguí adelante casi a tientas. Agradecí el aire helado que me hería las mejillas, era como un antídoto contra la fiebre de mis pensamientos. Me ayudaba a desviar la atención hacia cosas tan concretas como intuir el curso de la carretera en plena oscuridad. A pesar de que el arcén estaba lleno de materiales de obra alineados, yo caminaba a buen paso, como si me persiguiesen, como si el agua del río que corre al otro lado de los prados me marcara el camino de huida. En aquel momento tuve la clara sensación de que desertaba. Pasé a toda prisa junto al campamento, que de noche parecía un campo de concentración mal iluminado. Allí dentro había vida, se oían voces apagadas, quizá de algunos trabajadores que jugaban a las cartas mientras apuraban una botella de Soberano.

No me quedé tranquilo hasta que estuve lo bastante lejos. Si alguien me veía, me preguntaría qué hacía en la carretera a esas horas, y yo no habría sabido qué responder. No sé si les pasa a todos los adúlteros, pero yo vivía con el corazón en un puño, cualquier contratiempo, por pequeño que fuese, parecía que iba a delatarme, porque la culpa del amor prohibido se extendía a todos mis actos.

Había dejado atrás el campamento, sólo era una burbuja de luz que iba haciéndose pequeña a medida que me alejaba. Me senté en un montón de grava que había en una curva de la carretera. Habría dado cualquier cosa por poder fumar, pero me había dejado el mechero en la habitación y aspiré profundamente varias veces, inhalando un humo ficticio. Permanecí allí un buen rato. A pesar de que el frío se apoderaba de mí, su intensidad me ayudaba a serenarme. Y la calma, aquella quietud de las noches que sólo rompen los ladridos de perros lejanos y el rumor de los animales invisibles. Estaba atento a esos ruidos cuando cayó sobre mí el primer copo de nieve.

Volví al mismo paso vivo de la ida. A la altura del campamento, el aire parecía esponjarse con una lluvia de copos finos, que se hacía invisible bajo los faroles. Ya no se oían las voces apagadas de los trabajadores, quizá nadie más se había dado cuenta de que nevaba. En aquel momento, pensaba que yo era la única persona que había visto empezar aquella nevada que todos daban por segura. Me equivocaba. Me sobresalté cuando vi una figura que atravesaba la carretera. Era alguien que venía de la iglesia o del otro lado del río. Me sorprendió que no entrase en el pueblo por la calle del medio, sino que parecía que quería evitarla. Y también esquivar la luz mortecina del único farol. Sólo se mueve así alguien que no quiere ser visto, pero sin duda no debía de contar con que un insomne exaltado había salido a la carretera a una hora intempestiva para desahogarse y que volvía justo en aquel momento. El corazón me dio un brinco. A pesar de que nos separaba una buena distancia, no tuve ninguna duda. Era él.

Esta vez no eran imaginaciones mías, estaba allí, enfilando el camino de Llurri, bien protegido de la nieve por el tricornio y el capote. No estaba claro que subiese hacia Llurri. A cualquier otra hora no habría sido nada raro, no tenía por qué esconderse, tenía potestad para ir a donde quisiera, para hacer, deshacer, atropellar y extorsionar sin tener que dar explicaciones a nadie. Pero era noche cerrada y no iba por el medio del camino sino muy arrimado a la pared. Está maquinando algo, pensaba yo, algún negocio sucio de los suyos. Me preguntaba quién podría ser la víctima y me mortificaba la idea fija de que quizá se dirigía a la Taverneta. Pero iba casi en dirección opuesta.

Después de tanto rato en la carretera, los ojos se me habían acostumbrado a la oscuridad y veía cómo se movía con la astucia de un gato, despacio y deteniéndose de vez en cuando para escuchar con atención. Todo mi ser se había reducido a una palpitación frenética. Tenía miedo de ser descubierto y al mismo tiempo deseaba seguirle, espiarle, sorprenderle en un mal paso. Lo miraba tan fijamente que no me di cuenta de que delante de mí había material de las obras de la carretera y tropecé con un montón de arena. Fue un pequeño golpe que a mí me pareció un estruendo. Él debió de oírlo porque se resguardó un buen rato en un portalón. Yo no lo veía, pero sabía dónde estaba, lo tenía controlado. Él no se movía y yo tampoco. No me atrevía a moverme. Si me descubría, era capaz de dispararme a bocajarro sin dar el

alto. Yo temblaba de frío y de miedo, pero estaba dispuesto a plantarle cara si se abalanzaba sobre mí. Agarré una piqueta de las obras y no la solté. En aquel momento la nieve ya caía con fuerza y empezaba a formar una capa finísima fosforescente.

Salió del escondite y continuó cuesta arriba. Yo, detrás de él, intentando avanzar con suavidad y sin perder de vista aquel capote tres cuartos. En lo alto del pueblo, cuando el camino se bifurca después de las últimas casas, dobló a la derecha. Estaba claro, pues, que no subía a Llurri sino que daba la vuelta al pueblo por la parte exterior. Toda la vuelta, un rodeo para no ser descubierto.

Mi exaltación se redobló. La posibilidad de que fuera a la Taverneta por detrás, como hacía otras veces, era totalmente real, pero yo no estaba dispuesto a consentirlo. No entrarás, me decía. ¡Te juro que no la tocarás! Yo no desvariaba, no eran fantasías de la imaginación. Estaba poseído por una ira incendiaria que había transformado el miedo en temeridad. Yo así la piqueta con fuerza, pensaba que en cualquier momento perdería la sombra de vista y que de repente podía atacarme por la espalda. Pero él continuaba caminando con la misma precaución y también con aplomo sobre la nieve que ya empezaba a cuajar. Debía de conocer palmo a palmo los caminos a fuerza de ampararse en ellos de noche para sus trapicheos. Si no, ¿de dónde venía? ¿Qué había ido a hacer a los alrededores de la iglesia o al otro lado del río en plena noche? ¿Tenía tratos con contrabandistas? ¿Había ido a recoger una recompensa por hacer la vista gorda en algún negocio? ¿Venía de amenazar a alguien? ¿De humillar a otra mujer con sus abyectos chantajes? No sé de dónde venía, pero no soportaba tener que adivinar adónde iba. ¡No entrarás! ¡No la tocarás! Era mi firme propósito.

Lo recuerdo todo perfectamente. Que yo estaba ofuscado, que los celos se habían convertido en un impulso justiciero, que cada vez estaba más cerca de él y que no acababa de decidirme a plantarle cara con la piqueta. Que en la última esquina se detuvo a fumar. Que durante aquella pausa inesperada me fijé en los hombros del capote, totalmente blanqueados ya por la nieve. Que la pequeña luz de la llama hizo brillar ligeramente el tricornio. Que con la maniobra se le cayó un guante o el encendedor o las cerillas. Que se agachó. Que tomé impulso y descargué la piqueta en su espalda con todas mis

fuerzas. Que el filo de la herramienta entró muy hondo. Que sentí que se le rompían los huesos, seguramente las costillas. Que él profirió un gemido sordo y que cayó primero de rodillas y después de bruces. Que llevaba el tricornio bien encasquetado, porque no lo perdió. Que me agaché para arrancar la piqueta, que retrocedí porque él quería levantarse y no lo conseguía. Que se arrastró un trecho muy corto. Que seguramente quería pedir auxilio pero sólo le salían unos ronquidos muy débiles. Que entonces huí corriendo y me escabullí en la Taverneta por detrás, por la puerta de la cuadra. Que subí en cuatro saltos, que me eché en la cama jadeando y con unos temblores que me hacían castañetear los dientes. Que me preguntaba si me habrían visto, si el guardia civil había conseguido levantarse, si lo había matado. Que tenía mucho miedo.

El día siguiente se levantó con una luz oscura y al mismo tiempo viva. Bajo un techo de nubes negras el valle fulguraba con los casi dos palmos de nieve fresca que parecía emitir luz propia. Lo recuerdo perfectamente.

1

De San Pedro al 18 de Julio de 1965

## SUBIDA AL PUERTO DE ÀGER

### *Autocar lleno de trabajadores reclutados por Cohisa*

El autocar Pegaso Z401 va lleno de hombres empapados de sudor. Hace rato que ha dejado el llano y ahora asciende en una lenta sucesión de zigzags. Lleva la baca llena de equipajes bien sujetos, cubiertos con un hule que los protege de la lluvia y de este sol canicular que convierte el puerto en un calvario ardiente.

El autocar avanza a paso de tortuga, está aprisionado en una hilera de camiones que suben el puerto con una lentitud de buey.

No hay bosques, no hay pueblos ni ninguna obra humana que ofrezca alguna sombra. Los motores de los camiones amortiguan el ronquido cuando frenan y cuando vuelven a acelerar rugen con una mezcla momentánea de estruendo y humo. Una nueva curva reduce los ruidos a un murmullo, seguidos indefectiblemente por nuevos golpes de gas que dejan un rastro sonoro, como si los motores carraspeasen con un gran estruendo mecánico y escupiesen gargajos de humo negro. Y de vez en cuando toques de claxon para advertir a los coches que bajan del puerto de que se encontrarán de frente con una procesión de bestiazas.

Por las ventanillas abiertas del autocar, que son de guillotina, entran vaharadas calientes. Todos los hombres excepto uno van despechugados para refrescarse un poco, pero el autocar avanza despacio y el fuego del exterior no perdona. Los que están sentados en el lado del sol se protegen con gorras, sombreros de papel de periódico y pañuelos con los extremos anudados. Algunos se dan aire con abanicos de cartón, que por una cara tienen propaganda, y por la otra, estampas de toreros o artistas de cine. Una cantimplora vieja del ejército, abollada, va de mano en mano hasta que ya no queda ni una gota de agua. Alguien bebe a gollete de un botijo recalentado.

La subida es suave pero sostenida y, en los tramos de mayor pendiente, el camión de delante, un Hispano-Suiza 66G sobrecargado de sacos, resopla y parece que también suda. Busca bajo el sol abrasador del mediodía unas sombras que no existen. Le falta aire, al radiador le sobra la calandra, querría

todo el frontal abierto como una boca enorme para no hervir como hierve desde el llano. En los tramos llanos toma aliento para una nueva tanda de kilómetros cuesta arriba. Se asfixia, sube renqueando con un resuello de asma mecánico, curva a la derecha, curva a la izquierda entre bocanadas de humo espeso. A veces se intuye el parador más allá, en lo alto del puerto, y ello espolea el ansia de la recua de camiones por recuperar la respiración en la bajada.

Acostumbrado a los atascos de los puertos, por insignificantes que sean, el autocar avanza despacio, traqueteando por la carretera estrecha, retorcida y llena de baches. Dentro todos sudan, las camisas se pegan al respaldo de los asientos, impregnados de mil sudores acumulados. Los hombres, la mayoría de piel tostada, callan, agotados por el viaje. Por las ventanillas entra el ronroneo de los camiones que se mezcla con los arpegios amortiguados del Dinamita Cojo, el único hombre de todo el autocar que lleva una camisa de manga larga abrochada hasta el cuello y aparenta una frescura que contrasta con el rostro de fatiga de todos los demás. Sentado en el último asiento, toca la guitarra para sí mismo y tararea ajeno a la sensación general de ahogo. Sus muecas no expresan nada, son para esquivar el humo, porque, mientras toca y canta, fuma sin apenas desprender el cigarro de los labios. El Dinamita Cojo no mira nunca por la ventanilla ni se queja de nada. Se abstrae de todo tocando la guitarra y cantando entre dientes.

MARIÀNGELA RIVESALTES

*Antigua dueña de la tienda de Noguera*

A mí me daban pena aquellos hombres. Venían de la tierra de María Santísima con una maleta medio rota y mal calzados. Cuando los veías con aquellas alpargatas tan gastadas pensabas: ay, *fillets de Déu*, cuando llegue el frío... Aquí en invierno nieva, no se puede ir vestido de cualquier manera. Ni mal calzado, ¡válgame Dios! Con alpargatas venían la mayoría. O con zapatos medio rotos, que era aún peor.

Al comienzo de las obras, se hacían ellos mismos una especie de abarcas con ruedas de coche. Recortaban la goma de los neumáticos viejos y se la

ataban a los pies con cordel. Pero después, en cuanto tenían cuatro duros, se compraban unas chirucas, que era un calzado más resistente. No sé cuántos pares de chirucas del 40, del 41 y del 42 llegamos a vender. Al principio las encargábamos por docenas, pero luego a centenares. Llegaba una remesa y ya teníamos que encargar otra porque, como no duraban mucho, nos las quitaban de las manos. Vendimos miles de chirucas. Katiuskas no tantas. Como trabajaban mucho con agua y pisaban barro todo el día, necesitaban unas buenas katiuskas, pero de eso se encargaba la empresa. Y parece que sí, que las katiuskas eran buenas, porque como le digo no vendíamos muchas. La mayoría las vendíamos en invierno para los críos. Es lo de siempre, que la nieve se acaba convirtiendo en barro y si no llevas un buen calzado se te quedan los pies empapados. Unas buenas katiuskas y... ¡hala!

Y anoraks, *Mare de Déu*, usted no se imagina cuántos anoraks llegamos a vender. Lo de los anoraks era nuevo, antes sólo los llevaban los esquiadores y los excursionistas, hasta que se puso de moda ir con anorak y todo el mundo los llevaba. Al principio, ni siquiera conocíamos la palabra. Pero la aprendimos enseguida. Los *noraks*, les llamábamos entonces. Los trabajadores compraban los más económicos, que quizá no abrigaban mucho, aunque, eso sí, bastante más que las americanas y los jerséis que habían traído del pueblo. ¡Fíjese que algunos venían con americana! Unas americanas zurcidas que no abrigaban ni mucho ni poco. No sé dónde se creían que iban, pobrecitos. Se les veía en la cara que venían de la miseria. Y los chiquillos también llevaban anoraks. Cuando hacía frío todos iban con el anorak, que era mucho mejor que los abrigos y que aquellas chaquetas de lana tan engorrosas. Los llevaban puestos todo el día, *pobrets*, pues en la escuela, cuando hacía aquel frío de mil demonios, llevaban el anorak o el abrigo puesto. Y la bufanda. Ya lo creo, dentro de la escuela, *oi tant!* Estufa sí tenían, pero no calentaba lo suficiente. Ahora bien, aquí pasaba frío todo el mundo. Lo de tener calefacción en las casas es de hace cuatro días.

Vendíamos muchas cosas, sí. Qué le voy a decir, calzoncillos, camisetas, calcetines. Los trabajadores decían que les salía más a cuenta comprarse una muda nueva que llevar a lavar la sucia. No sé si se cambiaban muy a menudo, de eso no tengo ni idea. Teníamos unos calcetines de lana que venían de Arsèguel, en paquetes de seis, y, ¿sabe?, como los calzoncillos, para no lavar



los sucios, cuando cobraban a final de mes, tiraban los seis pares de calcetines que habían utilizado y se compraban otros seis nuevos. Los pañuelos los vendíamos a docenas. Cuando bajaba el aire de las montañas, andaban moqueando todo el día y no ganaban para pañuelos.

¿Y medicamentos?, ni se lo figura usted. Como en este pueblo nunca ha habido farmacia, nosotros vendíamos esparadrapo, agua oxigenada, mercromina y cosas por el estilo, por si te hacías daño. También muchos optalidones, aspirinas, cafiaspirinas, las pastillas Juanola, y Vicks Vaporub. Yo misma recetaba unos supositorios. Si la gente venía resfriada y con tos, yo les preguntaba: ¿de garganta o de pecho? Y según la respuesta les daba una caja de Recto-Pulmo o una de Rectamigdol y, hala, sin receta que valga. Las cosas entonces eran así. También recomendaba parches Sor Virginia, que eran por si te deslomabas. No sé si servían de algo, pero la gente decía que sí. Y el jerez quina, el de la monja y el del fraile, que había de dos marcas y las dos eran un reconstituyente para los niños, pero como era una especie de vino dulce también se lo bebían los hombres, hasta alguno empinaba el codo más de la cuenta. Y las mujeres igual con el agua del Carmen, que también la había de dos clases, la Melisana y la otra, que decían que servía para los mareos y para la cosa de las mujeres. Y con esta excusa más de una andaba achispada todo el día.

Ah, sí, por supuesto, también inyecciones. Sobre todo las de penicilina que recetaba el doctor Clua, con aquellas ampollitas que había que serrar. Ni enfermeras ni practicantes, ni hablar, en todas las casas tenían jeringas y agujas, que se hervían y... hala, hasta la próxima inyección, para los tuyos o para quien lo necesitase. Siempre había alguien cerca que sabía poner inyecciones: una vecina, un familiar. Muchos aprendían pinchando al ganado, porque vendíamos la penicilina sin receta sólo para los animales, ¿sabe? Un millón de unidades si era una ternera, o un millón y medio o más para una vaca. Nos ayudábamos mucho antes, pero, oiga, para todo, eh, para nacer y para morir, para una boda o una comunión. O para la matanza del cerdo. Mi marido ponía inyecciones, aprendió en el servicio militar, y no cobró nunca un duro a nadie. Antes, eso era lo normal, y hoy pides un favor a alguien y parece que le quieras arrancar una muela.

Pues no, boinas no vendíamos muchas. Había trabajadores y gente del

pueblo que todavía iba con boina, pero cada vez menos. Gorras, tampoco muchas. Los jóvenes querían cosas más modernas, sobre todo pantalones tejanos, como los que veían en las películas. Ah, me dejaba algo. ¡Cuerdas de guitarra! Mire si llegamos a vender, que aprendí a distinguirlas por el número a simple vista. Sobre todo la cuarta, que se vendía como rosquillas. Incluso vendimos alguna guitarra. Aquella gente se añoraba, y olvidaba las penas con vasos de vino y tocando la guitarra. También vendíamos algunos discos, de aquellos pequeños, sí, del Dúo Dinámico, de los Sírex y de los conjuntos de moda. Pero sobre todo de Juanito Valderrama, Rafael Farina, Manolo Escobar..., y de Juanita Reina ni sé cuántos llegamos a vender. Aquella gente la adoraba, a Juanita Reina, se sabían todas sus canciones y las cantaban con un sentimiento...

Cuando al final se fueron todos, mi marido y yo ya no aguantamos mucho más y cerramos la barraca. Éramos ya algo mayores, ya no estábamos para muchos trotes y, ¿sabe?, después de las obras se ganaba muy poco, justito para ir tirando. Y claro, nadie quiso quedarse con la tienda.

OBISPADO DE LÉRIDA

*Mosén Antonino y mosén Ràfols-Salicrú,  
vicario general de la diócesis de Lérida*

—Usted dirá.

—Hace veinticinco años que soy párroco de Noguera.

—¿Y?

—Perdone si peco de inmodestia, pero usted no sabe cómo he luchado por el triunfo de la Iglesia católica, apostólica y romana. Después de la guerra...

—Han pasado muchos años desde la guerra, mosén.

—No tantos, no crea. Suba a la montaña y verá que la gente aún está asustada.

—Tengo entendido que en Noguera no hubo tantos atropellos como en otros pueblos.

—Quemaron el retablo del altar mayor. ¿Le parece poco? Todavía no nos

hemos recuperado del daño que causaron los rojos.

—Como pastor, usted tendría que predicar el perdón y no el resentimiento.

—El buen pastor es el que se preocupa por las ovejas descarriadas. Dios sabe que he luchado sin descanso para mantener al pueblo lejos de las malas influencias.

—Somos sacerdotes, tenemos que guiar a las almas por el buen camino.

—Sí, y yo creía que lo había conseguido, hasta que llegó el demonio.

—El demonio está en todas partes, siempre ha estado.

—Pero allí es horrible. La gente de la montaña es primitiva, tienen una devoción popular falsa, engañosa. Y ahora están volviendo todos al paganismo.

—No creo que la gente de Noguera sea distinta de la de aquí.

—Tantas máquinas y camiones, tantas obras que perforan las montañas por todas partes... Todo esto es contra natura.

—¿Qué máquinas?

—Las máquinas y la gente que viene del culo del mundo, con perdón, alabado sea Nuestro Señor Jesucristo. Cada día llegan centenares de trabajadores y se esparcen por todo el valle.

—La *Rerum novarum* dice claramente que los trabajadores no son enemigos de la Iglesia.

—Estos sí. No cumplen los preceptos, no van a misa, beben, se pelean, son esclavos de la carne, se burlan de la religión...

—No todos, me imagino.

—Hay pocas almas cristianas entre aquella gente. Y entre los jefes de la empresa, peor. Los que tienen la sartén por el mango son extranjeros y protestantes.

—Eso es más grave.

—Gravísimo. Desde aquí usted no puede hacerse una idea, pero yo tengo que luchar cada día con los falsos profetas.

—¿Y qué opinan los otros párrocos del valle?

—No hacen nada, pecan por omisión. Sólo tienen ojos para las francesas, que por cierto también son una plaga.

—Ya veo. Se refiere a los turistas.

—La mayoría son franceses, pero también hay alemanes, holandeses, suizos, ingleses... Todos protestantes y sin escrúpulos.

—¿Predican su doctrina?

—Con el mal ejemplo del libertinaje, que aún es peor.

—El señor obispo también está preocupado por esta invasión extranjera.

—Construyeron una piscina en el hostel. Yo me opuse con todas mis fuerzas, pero el Gobierno Civil la autorizó. Y el resultado ¿cuál es? Pues mujeres que toman el sol desnudas a la vista de todos.

—En bañador, supongo.

—En bañador o desnudas, ¿qué diferencia hay? ¿Ha oído hablar del bikini?

—Por supuesto.

—¡Es un escándalo! ¡Lo enseñan todo! No tienen respeto a nada. Con pantaloncitos cortos se me presentó una en misa. Supongo que era francesa, no lo sé. La eché inmediatamente. ¡Pero qué se han creído! Entre los franceses que vienen a levantar bajas pasiones y el ateísmo de los obreros, aquello es Sodoma y Gomorra. ¿Sabía usted que han ido a filmar una película allí? Justamente en Cardós, ¡para más inri!

—Si tenían todos los permisos en regla...

—Permisos, permisos ¿para qué? ¿Para llenar el pueblo de artistas extranjeras? ¿Para eso predico yo la castidad, para que vengan de fuera a llenarles la cabeza de concupiscencia? Todo el pueblo está podrido de vicio, créame.

—Cálmese, mosén. Ya me doy cuenta del panorama, pero no sé en qué puedo ayudarle.

—Quiero organizar una Santa Misión.

—¿Una Santa Misión?

—Exacto. Es necesario convertir a toda aquella gente, hacer lo mismo que hacen los misioneros con los negritos y con los indios. Para devolver a las ovejas descarriadas al redil.

—Ya casi no se celebran santas misiones.

—Sí, ya sé que el Concilio lo ha puesto todo patas arriba, y los curas pagamos las consecuencias.

—Usted solo no podrá organizar una Santa Misión.

—Por eso he venido, para pedirle ayuda.

—Hay que organizar muchos actos y muy sonados si queremos que la gente asista.

—Yo no quiero que asistan, sino que se conviertan. Por eso necesito dos o tres misioneros, y de los buenos. Los mejores predicadores.

—Si he de serle franco, son caros.

—Reuniré dinero para que haya procesiones, novenas, rosarios solemnes y misas cantadas; haré engalanar el pueblo y alzaré monumentos conmemorativos. Y una cruz en la cima del Pui Tabaca que diga: «Recuerdo de la Santa Misión de 1965». Pero usted proporcióneme predicadores con voz de trueno que hagan temblar hasta las piedras.

—¿No sería mejor una visita pastoral del señor obispo?

—Ni hablar. Una visita pastoral es una fiesta de las ovejas en honor al pastor y yo sólo quiero penitencia, penitencia y nada más que penitencia.

—¿Por qué ha acudido a mí y no a su obispado?

—No espero nada de la Seo de Urgel.

—Y ¿por qué?

—La curia me trata de una forma muy poco cristiana.

—Dicen que después de la guerra a usted le destinaron a Noguera, como castigo, como destierro.

—El infierno está lleno de murmuradores, y esa es una cruz que me ha tocado llevar. Más sufrió Nuestro Señor en el Gólgota. Pero yo no he venido por mí, sino por la salvación de mis ovejas. Mándeme los mejores predicadores y yo le garantizo una Santa Misión como Dios manda. Quiero que todo el mundo llore de arrepentimiento. Las montañas también.

—Deme tiempo para pensarlo. Déjelo en mis manos.

—In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.

—Venga, mosén, que no hay para tanto.

—Está en juego la salvación de un pueblo entero. ¿Le parece poco?

ESTRECHO DE TERRADETS

*Autocar lleno de trabajadores reclutados por Cohisa*

—¿Nos quieres matar o qué?

—Para, para, que me bajo.

—Yo también.

—Y yo.

—Para de una vez y abre la puerta, ¡coño!

El autocar Pegaso Z401 se detiene en una de las curvas más altas, como suspendida sobre el río. Un camión que ha sufrido una avería obstruye la mitad de la carretera. Es un Chevrolet antiguo que no ha resistido el calorazo.

El chófer del autocar abre la puerta y todos los hombres bajan, la mayoría entre blasfemias. El viaje se les hace interminable.

—Quiero mi maleta. Yo me vuelvo.

—Y ¿qué vas a hacer? ¿Volver al pueblo andando?

—¡Nos han engañado! Nos dijeron que había trabajo en Barcelona y nos mandan al infierno.

—Tiene razón. A ver, ¿dónde coño está Barcelona?

—Pues si ese cacharro no se aparta, nos quedamos todos aquí.

—Hay que mover el camión. Si empujamos todos...

—No hace falta. Pasa justo, pero pasa.

—¡Cómo va a pasar! Se va a quedar colgando con una rueda al aire.

—Imposible. Para eso están los quitamiedos. Y son de piedra, conque, si no pasa, no pasa.

—Eso no aguanta na. En cuanto le dé una rueda, el autocar y el quitamiedos se van abajo.

—Si el chófer se quiere matar, allá él. Pero antes de tirarse de cabeza al río, que nos devuelva las maletas.

—Eso, eso.

—¿Estáis chalados o qué? Con este sol y la maleta vais a reventar.

—¡Que nos han engañado, hostia! Me dijeron que llevara ropa de abrigo y hace más calor aquí que en el pueblo.

—Nos estamos achicharrando.

—Nos habían dicho que en el Pirineo hacía un frío de cojones y esto es un horno.

—Espera a que llegue el invierno y verás. Se te va a congelar hasta el alma.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha contado mi hermano, que está allí. El que no tenga huevos para trabajar duro, mejor que se dé la vuelta.

El Dinamita Cojo apenas habla, pero cuando dice algo, lo hace de una forma sentenciosa que infunde respeto.

—Y si os cagáis tan pronto...

—Tú también has bajado del autocar.

—Porque lo ha mandado el chófer. Para que le dejéis en paz. Verás como pasa sin rascar una sola rueda.

—Anda ya.

—Veinte duros a que sí.

—Van.

—No apuesto porque no los tengo. Pero de aquí no salimos hasta que se lleven el camión. Dios sabe cuándo.

El chófer llama al Dinamita Cojo.

—Lléveselos a todos más arriba, no quiero ver a ninguno. Y si viene algún coche o algún camión, me lo paran hasta que resuelva esto.

—¿Por qué me lo dice a mí?

—Porque a usted le escuchan. Y porque yo también me juego veinte duros con quien sea a que en diez o quince minutos estaremos otra vez en camino.

El Dinamita ejecuta la orden del chófer. De buena gana o a la fuerza, poco a poco se forma un grupo compacto de hombres sudados que andan carretera arriba hasta que, pasadas un par de curvas, pierden de vista el tramo de carretera donde están encallados el autocar y el camión. Algunos hombres retroceden y alargan el cuello para observar la maniobra desde la distancia. El Dinamita Cojo se acerca arrastrando ligeramente la pierna derecha y les llama la atención.

—¡Eh, vosotros, atrás! De aquí no se mueve nadie.

El sol abrasa con fuerza y algunos hombres buscan alguna hendidura en la pared de piedra que les dé sombra. Otros tienen la vista clavada en el río, como si el Noguera Pallaresa reclamase un tributo de vidas humanas para permitirles continuar el viaje. Discuten, hablan de alturas, comparan el despeñadero de Terradets con los precipicios de otros pasos de montaña. Y

especulan con las condiciones del nuevo trabajo.

—Me han dicho que allí al que tiene vértigo lo mandan para casa.

—¿Vértigo? ¿No venimos a hacer túneles?

—Habrá que hacer de to. Vamos, digo yo.

—Yo hago lo que me echen. Y en cuanto reúna mil duros, me traigo a mi mujer y a mis hijas.

—Mujeres allí no habrá, ¿no?

—¡Cómo que no! Las hay en todos los pueblos, joder.

El Dinamita Cojo se ha quedado en un extremo vigilando que nadie vaya a curiosear ni a molestar. Parece ausente, pero ejerce una autoridad efectiva, ya que nadie se atreve a pasar de la raya imaginaria que marca con su presencia. Al igual que ha venido haciendo durante todo el viaje, tararea sus canciones como si las dirigiese hacia su interior, a sus entrañas. Arranca una brizna de la hierba que crece en la pared de roca, se apoya en la pared y se desabrocha el cuello de la camisa. Es la primera vez en todo el viaje.

De repente se oye el ronquido fatigado de un motor y el autocar asoma por la curva con una majestad de máquina triunfante. Suena algún viva y algún aplauso tímido. El Dinamita Cojo extiende la mano:

—Ea, los veinte duros.

## PARROQUIA DE NOGUERA

*Mosén Antonino y el sargento*

*de la Guardia Civil de Noguera*

—¿Una Santa Misión? ¿Y eso qué es?

—Cuatro días seguidos de mucho fervor popular para que la gente se reconcilie con Dios.

—Mosén, que le conozco. Nos va a atosigar con rosarios y viacrucis, ¿verdad?

—Viacrucis no, pero rosarios sí. Y novenas y una procesión. Y cuatro días de adoración perpetua al Santísimo Sacramento. Y unas conferencias para preparar una confesión general, que es lo que hace más falta. Confesarse, arrepentirse, pedir perdón a Nuestro Señor. Y el último día, una



misa solemne que no será pontifical, pero casi.

—Vaya, vaya. Ustedes los curas montan las romerías a lo grande.

—No es una romería, pero sí una fiesta. Adornaremos el pueblo con enramadas y pondremos altarcitos en cada rincón para venerar a la Virgen, a la santa Coloma, al Sagrado Corazón, a san Antonio... Vendrán frailes a predicar. Bueno, uno. Yo quería traer a unos cuantos, pero el que vendrá vale por tres.

—¿Para cuándo tiene previsto organizar este jolgorio?

—Empezará el sábado 9 de octubre y terminará el 12, que es el Pilar y cae en martes. Así aprovechamos que hay dos fiestas de precepto y toda la gente que trabaja en las obras podrá venir.

—Quíteselo de la cabeza, mosén.

—¿El qué?

—A la Virgen del Pilar no me la toca ni usted ni el Papa de Roma.

—Es la patrona de España, ya lo sé.

—Y de la Guardia Civil.

—Claro. ¿Y no le parece perfecto que el día culminante de la Santa Misión sea precisamente la fiesta del Pilar?

—Ni hablar. De tejas para arriba, soy su más humilde servidor. Pero búsquese otras fechas.

—Supongo que, como cada 12 de octubre, ustedes vendrán a la misa solemne del Pilar vestidos de gala.

—Claro...

—Pues este año, usted personalmente ofrece una imagen de la Virgen del Pilar para que se quede en la iglesia para siempre.

—¿Y de dónde la saco? En el cuartel sólo tenemos una Virgen del Pilar, que es un calendario del Banco Zaragozano.

—Pues se compra una. Que los niños hagan una colecta. Los maestros colaborarán, estoy seguro.

—Lo tiene todo pensado, ¿eh, mosén? ¿Le puedo pedir algo?

—A ver.

—Que los niños y las niñas hagan una danza con arcos y guirnaldas.

—¿Y eso qué es?

—No me joda, mosén, con perdón. Es un baile típico.

—No me gustan los bailes. ¿Sabe qué les dice el demonio a los jóvenes? Bailando, bailando, al infierno vais bajando.

—¡Por Dios bendito! La danza de los arcos y las guirnaldas es de lo más casto del mundo. En mi tierra son muy populares, todos los jóvenes la saben bailar hasta con los ojos cerrados. Los chicos empiezan con los arcos y las chicas con las guirnaldas, luego se los intercambian...

—¿Se tocan los chicos y las chicas?

—Pues claro, pero con mucho recato, que están delante de todo el pueblo. Y hasta del cura, que por la Virgen del Carmen nadie se pierde el baile de arcos y guirnaldas. Se me pone la carne de gallina sólo de recordarlo. Hagamos una cosa, a ver qué le parece.

—A ver.

—Estoy dispuesto a colaborar en esta santa romería en las fechas de octubre que usted propone.

—Santa Misión.

—Eso, la Santa Misión. Pero lo de comprar una imagen del Pilar y la ofrenda y la colecta... De eso nada, olvídese.

—Sargento, no se me vuelva atrás ahora.

—Al contrario, doy un paso al frente. Me comprometo a enseñarles a la maestra y al maestro el baile de arcos y guirnaldas y a supervisarlo personalmente, si usted me da su palabra de que constará por escrito en el programa: «Gran número de danza con arcos y guirnaldas en honor de la patrona de la Guardia Civil».

—Y ¿de dónde saco yo los arcos y las guirnaldas?

—Usted sabrá. Es mi única condición. Si no hay baile, despídase de la santa romería o como coño se llame, con perdón.

CAMPAMENTO CENTRAL DE COHISA

EN NOGUERA DE CARDÓS

*Llegada de los nuevos trabajadores*

Desde la baca del autocar, un hombre pasa las maletas a otro hombre que está encaramado en la escalera de atrás, y este a un tercero que, asido en el

primer escalón, las va entregando a las manos que se alargan para recogerlas. Cada uno la suya. Maletas de madera, de cartón, de lona con cantoneras metálicas, de mimbre, de hule medio rostro, de cuero deslucido y repelado, de plástico, de escay que imita la piel de cocodrilo... También maletines, zurrónes, cajas, hatos, paquetes y distintos tipos de sacos que recuerdan vagamente a mochilas, todo bien liado con correas y cordeles.

A medida que recogen el equipaje, los hombres se dirigen hacia uno de los barracones para que los oficinistas de Cohisa rellenen a máquina una ficha de cada uno de ellos y les adjudiquen un número, por riguroso orden correlativo desde el principio de las obras.

—Me han dado el 7294.

—¡Qué barbaridad! Siete mil tíos son no sé cuántos pueblos juntos. Una ciudad entera.

—No seas burro. Cada año hay gente que viene y gente que se va.

—Si hay trabajo, ¿por qué se van?

—Yo qué sé.

—Yo me vuelvo al pueblo. El del autocar dice que siempre hay unos cuantos que regresan con él.

—¿Ahora que estás aquí te rajas?

—Pero bueno..., vamos a ver, ¿Barcelona está muy lejos?

—Los que ya tienen número, que vengan conmigo.

Empiezan a colocar a los recién llegados en los barracones. Mañana se les hará un reconocimiento médico, se les asignará una especialidad y se les enviará a alguno de los campamentos repartidos por el valle.

El Dinamita Cojo pasa por las oficinas, insiste con cierta arrogancia en que ha venido reclamado por la empresa, que él es minero y que se volverá al pueblo si no trabaja junto a su hermano. No le han respondido ni que sí ni que no.

—¡El siguiente!

El Dinamita Cojo sale afuera, se sienta en el suelo y fuma apoyado en el tronco de una encina. Ha colgado el zurrón y la guitarra en una rama. Con las manos en la nuca observa cómo el autocar Pegaso Z401 maniobra lentamente y desaparece entre las moreras que flanquean la carretera.

—¿Qué haces ahí?

—Te estaba esperando, no te jode. ¿Ya no te acuerdas de tu hermano o qué?

—Me han entretenido, lo siento. Veo que te has traído la guitarra.

—A ver.

—¿Y no llevas nada más?

—El morral.

—Me refiero a lo que te pedí.

—Allí.

Señala una pila de maletas y paquetes que han formado los hombres que aún hacen cola en la puerta de la oficina.

—El fardo azul.

El Dinamita Bizco baja la voz y grita con sordina:

—¡Estás loco! ¿Quieres que lo vea todo el mundo?

—Qué van a ver. Cómo quieres que alguien piense que ahí hay una...

—¡Cállate la boca, coño! Tráelo para acá.

—No puedo. Soy cojo, me cuesta andar.

Se ríe y chupa el cigarro con fruición. El hermano va hacia el fardo azul, lo agarra y vuelve. Continúa gritando en voz baja.

—No sabes cómo está esto de civiles.

—¿Y qué?

—Cago en la madre que te parió.

—Y yo en la tuya.

Ríen los dos.

REYES JIMÉNEZ, MÍSTER PELTON

*Antiguo trabajador de Cohisa y de Fecsa*

Llegué a la Poble de Segur en 1961. Después de un viaje que no se acababa nunca, en trenes de vapor, desde Baeza, mi madre, mis hermanas y yo nos reunimos con mi padre. Íbamos cargados de maletas y paquetes, éramos emigrantes, como tanta gente de aquella tierra que venía a Cataluña para trabajar y empezar una vida más digna. Ya hacía dos años que mi padre trabajaba en Cardós y le iba enviando dinero a mi madre. Él insistía en que

yo me incorporase a las obras de Cohisa, pero yo quería estudiar peritaje. Vinimos cuando me licenciaron del servicio militar, y entré en Cohisa para contentar a mi padre, pero mi intención era estar sólo unos meses en la empresa y después buscarme la vida por mi cuenta. Y ya ve, no me he movido de aquí. Aquí me casé, aquí nacieron mis hijos y aquí me enterrarán. Yo soy un pallarés y estoy enamorado de esta tierra, pero no me olvido de los años más duros.

Mi padre se presentó en la estación de la Pobla, con americana y corbata, y un ramo de flores para mi madre. Todos llorábamos y yo aún me emociono cuando me acuerdo. Para ahorrar hasta el último duro, aquel hombre no había pisado el pueblo en dos años. Cuando nos tuvo a todos delante, se hacía cruces de lo que habíamos crecido y de lo guapa que estaba mi madre. Después yo fui el único que se quedó, mis padres siguieron la ruta de las obras de Cohisa con la construcción de las centrales nucleares de Ascó y Vandellós 2, y cuando se jubilaron volvieron a Andalucía, al pueblo. Mis hermanas viven dispersas aquí y allá. Es el destino de los emigrantes, que no sabes por dónde ni adónde te llevará la vida.

Mi padre, como muchos trabajadores de Cohisa, fue contratado en origen, en Campillo del Río, y vino en un autocar que pasaba por los pueblos andaluces buscando hombres para las obras de Cardós. Para los casados, el día que se reencontraban con la familia era el más importante de su vida. Yo lo viví a menudo. Recuerdo a un hombre desesperado porque la noche anterior lo había perdido todo jugando a las cartas, incluso unos zapatos y un traje nuevo que había encargado para la ocasión. Al día siguiente nos apiadamos de él y uno le dejó una camisa blanca, otro una corbata, otro una americana, y así entre todos conseguimos que se presentara ante su mujer hecho un pincel. Sin embargo, al cabo de un tiempo aquel matrimonio era un completo desastre. Él debía dinero a todo el mundo por culpa del juego y ahogaba las penas con vasos de vino. Y ella, mientras el marido titular calentaba las sillas de los bares, se desahogaba con algunos de los moscones que siempre la rondaban. Era una mujer maciza, de bandera. Decían que tenía debilidad por los estudiantes holandeses que venían a hacer prácticas de geología. Eran jóvenes, altos, rubios y guapos. Todas las chicas suspiraban por los holandeses, pero ella siempre se llevaba el gato al agua. Era la más

decidida, o la más profesional, ya me entiende, ¿verdad?

Yo empecé a trabajar exactamente aquí. Todo esto era el campamento central. Aquí estaba la cantina, allí la cocina y allá el comedor; allá las oficinas, que era donde cobrábamos a final de mes, allí el dispensario y allí el economato, que era un supermercado exclusivo para los trabajadores. Todos estos cobertizos eran talleres de carpintería, de electricidad y de mecánica para reparar los coches, los camiones, los dúmpers y cualquier tipo de máquina. Aquellos pabellones eran los dormitorios de los solteros, como los llamábamos, porque los casados y los que tenían familia se buscaban una habitación en alguno de los pueblos, como nosotros. Ya ve cómo está todo. La uralita aguanta mucho, pero acabará cayéndose a trozos, todo se va estropeando poco a poco. Mire cómo han crecido estos manzanos. Antes no existían, todo esto era una explanada llena de land-rovers y berliets, que levantaban una de polvo... Y las casas del otro lado eran para los jefes de sección y para el personal cualificado. No nos mezclábamos con ellos, el personal de carrera dormía aparte y comía aparte. Yo empecé como soldado raso, si puede llamársele así, y acabé de teniente o de capitán, para que me entienda. Fui subiendo de categoría porque tuve siempre mucho interés en formarme. Y para informarme también. Leyendo los libros que nos facilitaba la empresa, y cosiendo a preguntas a los ingenieros descubrí la belleza de las centrales hidroeléctricas. ¿Por qué se cree usted que me llaman Míster Pelton?

Pero eso ocurrió más tarde. En la época a la que se refiere usted, yo trabajaba como listero en el campamento de Canalada. ¿Caio Periquet y Santi Vallory? Pues claro que los conocí. Trabajábamos juntos allí arriba, sí.

OFICINA TÉCNICA DEL CAMPAMENTO CENTRAL  
DE COHISA EN NOGUERA

*Santi Vallory, topógrafo, y Zep Vidal, delineante*

—Se ha ido. Estará unos días fuera.

—¿Quién?

—Jaume.

—¿Qué Jaime?  
—¿Qué Jaime? Qué ocurrencia, cuál va a ser. El de Rossita.  
—¿Por qué lo dices?  
—Porque creía que podía interesarte.  
—¿El qué?  
—Que estará sola.  
—¿Y a ti qué te importa Rossita?  
—A mí, nada.  
—¿Entonces?  
—Te has puesto colorado.  
—Pero qué dices.  
—No te la puedes quitar de la cabeza, ¿verdad?  
—Venga, Zep, que Rossita está casada.  
—Mal casada, dirás.  
—Mal casada o bien casada, da lo mismo. Está casada.  
—Yo no sé lo que ha pasado hasta ahora...  
—Pues nada. ¿Qué quieres que haya pasado? Y no digas más tonterías, por favor.  
—Es que os miráis de una forma que...  
—¿De qué forma?  
—De reajo. Tú la miras a ella y ella te mira a ti. Y yo, en medio, como el jueves.  
—¿Tanto se me nota?  
—Yo sí te lo noto. Y me pregunto a qué estás esperando.  
—No soy como tú, Zep.  
—Con las mujeres hay que ser decidido.  
—Yo respeto a Rossita.  
—Está loca por ti, pero tú como si nada. Estás acojonado.  
—No quiero hacerle daño. En un pueblo tan pequeño como este se sabe todo.  
—Las mujeres del valle están más contentas que unas pascuas con las obras.  
—¿Y qué?  
—Antes no se comían una rosca, pero ahora se desquitan y sacian el

hambre atrasada con los trabajadores de Cohisa. Tienen donde escoger. Y yo también me apunto a este jueguecito.

—Rossita no es de esas.

—Yo sólo te informo: Jaume está fuera.

—Ya lo sé.

—Pasa más tiempo en los bosques que en casa.

—Es su trabajo.

—Haz lo que quieras. Si no es hoy, habrá más ocasiones.

—Te recuerdo que está Matildo.

—Bah, Matildo es un infeliz.

—Parece que no se entera de nada, pero no se le escapa ni una.

—Matildo cierra el bar y, en cuanto se larga..., ¡vía libre!

—Yo no quiero aprovecharme de las circunstancias.

—Pues peor para ti, Santi.

—Mira, Zep, déjalo ya. Jaume se puede ir todas las veces que quiera que yo no moveré ni un dedo.

—Rossita no tiene hijos.

—Con hijos o sin hijos, qué importa. Está casada. Casa-da. ¿Lo entiendes?

—¿Puedes repetirlo? No sé si has dicho casada o cansada.

—Vete a hacer puñetas, Zep.

ZEP VIDAL

*Antiguo trabajador de Cohisa,  
compañero de Santi Vallory*

Nos conocimos en el campamento de Cohisa. Un día entró en la oficina y me lo presentaron: Santi Vallory, es topógrafo y trabajará aquí, en esta mesa. Ah, encantado de conocerte, me llamo Josep, pero todos me llaman Zep. Enseguida lo calé. Era introvertido, de aquellos que no abren la boca si no les hablas tú primero. Pero buen tío, eso sí. Era topógrafo, subía a las montañas y entraba en los túneles a tomar medidas y a establecer las coordenadas. Calculaba, hacía levantamientos y me pasaba los datos. Yo sólo era



delineante y dibujaba planos técnicos; no tengo ni idea de topografía, pero, aparte de eso, le hice de guía en todo lo demás. En el trabajo, Santi se movía bien, se notaba que le gustaba ir de un lado a otro con los bártulos de su oficio. Y era muy minucioso con las mediciones. Pero cuando estaba fuera de ese ambiente era muy retraído. Como yo ya me había instalado en Noguera, en casa Sebastianet, le propuse que alquilase una habitación junto a la mía, en el segundo piso, que tenía una escalera que daba directamente a la calle, lo que nos daba cierta independencia. Jaume, el de la Madera, y Rossita, que eran los dueños, vivían en el primer piso; en la planta baja tenían un bar en la parte de delante y, en la de atrás, una cuadra con una vaca.

Se vivía bien en casa Sebastianet, mucho mejor que en otras casas en las que alquilaban habitaciones, que no tenían ventilación o que tenían demasiada porque estaban llenas de grietas. Desayunábamos y cenábamos en el comedor de los dueños, en el primer piso, pero a veces bajábamos al bar. Lo llamaban la Taverneta, pero no sé si era el nombre oficial o el que la gente le había puesto. Ahora no sé si hay muchos bares, pero yo recuerdo que en los años sesenta había por lo menos una docena. Sobre todo por la noche, Noguera estaba lleno de trabajadores que iban a charlar y a beber unos chatos, que en aquel tiempo valían dos pesetas. A medida que iban llegando los autocares y camiones llenos de obreros de Cohisa se iban abriendo más bares: uno aquí, otro allá. El de casa Sebastianet fue uno de los primeros; todavía puedo verlo, con el mostrador a la derecha, unas cuantas mesas a la izquierda, y en medio una nevera eléctrica, que era de las pocas que había entonces. Y recuerdo a Matildo sirviendo en la barra, con aquella boina descolorida que llevaba encasquetada en la cabeza hacía por lo menos veinte años. No creo que se la quitase ni para dormir.

No sé qué habrá sido de Matildo. Era un tío de aquellos que parece que no se enteran, pero que trabajan como cuatro hombres. Ayudaba a Jaume y a Rossita en todas las tareas, se ocupaba de la vaca, la ordeñaba, llevaba la leche a la carretera, al atardecer recogía el bidón vacío y por la noche servía en el bar hasta la hora de cerrar. No recuerdo su voz, porque nunca decía nada, pero sé que tenía más paciencia que un santo. Aguantaba los gritos y las disputas de los trabajadores como si oyese llover. Eran Jaume o Rossita los que tenían que echarlos cuando habían bebido demasiado y se pasaban de

la raya. Si hubiese dependido de él, el bar no habría cerrado en toda la noche mientras quedara un solo cliente. Matildo esperaba en un rincón fumando sin decir una palabra aquellos cigarrillos que llamábamos caldo de gallina. Apagaba las luces y cerraba la Taverneta, y al día siguiente era el más madrugador del pueblo y el que primero ordeñaba la vaca. Tanto si llovía como si nevaba, el primer bidón que llegaba a la carretera a esperar al camión de la leche era siempre el de casa Sebastianet. Un día que amaneció con tres dedos de hielo, le vi bajar por aquellas calles empinadas que parecían toboganes con una lechera de aluminio como si tal cosa. Santi lo explicaba de forma muy sencilla: Matildo no es persona, es fauna.

Todo esto ocurrió antes de la muerte del guardia civil. Después, cuando en el pueblo no se hablaba de otra cosa y cuando en casa Sebastianet el ambiente acabó siendo irrespirable, me fui a vivir a otro lugar.

Yo sabía que Santi y Rossita se entendían. Bueno, no es que lo supiese, es que fui yo quien empujó a Santi para que se decidiese. Y lo hice sin que me remordiera la conciencia, porque yo veía cómo trataba Jaume, el de la Madera, a su mujer. Iba a la suya, como si Rossita no existiese. Y también, qué carajo, las cosas como son. Yo en aquellos años hacía furor entre el elemento femenino y presumía de haber pasado por unas cuantas camas de mujeres casadas. Me gustaba la sensación de peligro, pero no era tonto, nunca repetía. La experiencia me había enseñado que una casada sabe muy bien lo que quiere y que una vez lo tiene no te suelta tan fácilmente. Yo en eso era inflexible: una vez y no más. En cambio, Santi lo hizo todo al revés. Primero se enamoró hasta las cachas, y después se transformó en un amante terriblemente celoso, que es lo peor en lo que puede convertirse un hombre.

Lo que le cuento es de mi cosecha, porque Santi no me habló nunca de Rossita. No sé si por vergüenza o por miedo, jamás me hizo ninguna confidencia. Nunca. Y me parece que a Caio Periquet tampoco. Era muy cerrado, Santi. Yo le contaba mis aventuras con el elemento femenino, pero él no me dijo ni mu de sus sufrimientos. Si se hubiese desahogado conmigo quizá no habría hecho ninguna barbaridad, aunque eso ya nunca se sabrá. No me siento culpable de haberlo lanzado a los brazos de Rossita, pero sí de no haberle apartado a tiempo. Me di cuenta demasiado tarde, cuando Santi ya era otro hombre, tan arisco y tan susceptible que un día Matildo, que nunca

hablaba, me preguntó: ¿qué le pasa a ese?

## CAMINO DEL PUI TABACA

### *El Dinamita Bizco*

La noche es serena. La luna en cuarto menguante ilumina vagamente el terreno con la suficiente luz para que el Dinamita Bizco adivine el camino a cada paso. De hecho, ya no hay camino, lo va intuyendo sobre la marcha. El Dinamita Bizco trepa como un gato, de vez en cuando se detiene, se sienta en una piedra y respira hondo y se seca el sudor. Lleva un bulto colgado en bandolera.

Ya le falta poco, le queda aún la parte más empinada, y la ascensión se le hace eterna. Hace unos días recorrió el mismo camino, también de noche, para dejarlo todo listo, pero entonces no sufrió tanto como ahora. Jadea, le cuesta recuperar el aliento, tiene los pulmones obturados por el tabaco y el polvo de las minas. Se ahoga. Se detiene y se queda medio echado sobre el suelo pizarroso. Intenta soltar algún juramento, pero se interrumpe a la mitad porque a duras penas puede respirar. El pecho sube y baja a un ritmo intenso, el corazón le palpita con la fuerza de un caballo desbocado. Por fin, puede explayarse cuando recupera el aliento para abrir la boca:

—¡Me cago en el huerto de los olivos y en la corona de espinas!

Se pone en pie, hace unas cuantas inspiraciones y reemprende la marcha a paso de tortuga, procurando no dar un paso en falso. Un pie aquí, otro pie allá. El terreno es vertical y, si resbala, rodará montaña abajo. Se puede romper una pierna o abrirse la cabeza, sobre todo ahora que una nube tapa la luz de la luna y tiene que avanzar prácticamente a tientas.

Tropezaba con una raíz que sobresale y el instinto le hace caer agarrado al suelo en un pequeño descenso. Se queda quieto, rígido. Le tiemblan las piernas, no se atreve a mover un músculo hasta que se desplaza la nube que cubría la luna. Ahora se da cuenta de que no está en peligro, sino que se ha quedado de pie en un pequeño rellano, que además está rodeado de unos matojos que sirven de baranda protectora.

—¡Coño!

La rabia le hace trepar con más decisión. Arriba, arriba, arriba es la consigna. Arriba, que ya llega casi a la cima, al lugar donde hace unos días lo dejó todo preparado. Se toma un pequeño, brevísimo, instante de respiro. Se deshace del rollo que lleva atado en bandolera y lo deja junto al tronco seco que hay en el suelo, un tronco largo y repelado que mide tres veces su estatura. Desenvuelve la bandera con cuidado y pasa el cordel por la hembrilla de la parte superior del palo, hace un nudo doble para que no se escape y repite la operación en cada una de las otras tres hembrillas. Por fin, alza el palo, lo clava en el hoyo que ya tenía preparado y lo apuntala con piedras para que se mantenga firme. Trajina pedruscos de tamaño desmesurado hasta que cae exhausto.

La media luna menguante le obsequia con un baño de plata que le permite vislumbrar la masa negra de la Serra Plana y, más allá, quizás el pico del Caubo. Se adivinan las lucecillas de Noguera, de Ainet, de Arrós, de Anàs, de Estaon y de algunos campamentos de trabajadores diseminados por el valle. Como estrellas incrustadas en la cordillera titilan los campamentos más altos, quizá los de Pilastre, Closell e incluso el de Canalada. Agarrado con una mano al poste que acaba de plantar, con la otra hace un amplio movimiento que quiere abarcar todo el panorama.

—¡Va por vosotros, compañeros!

Antes de iniciar el descenso contempla su obra, comprueba que la bandera no está enroscada, sino que se mueve suavemente al compás de la brisa que peina la cresta. Sonríe satisfecho y, después de barrer el paisaje nocturno con la mirada, lanza un grito desafiante en dirección a Noguera.

—¡Subid a por ella si tenéis cojones!

HORTENSIA PADRÓS

*Reina de las fiestas de Cohisa del 18 de Julio de 1965*

Podría haber sido el mejor día de mi vida. En cierto modo lo fue, pero eso lo veo ahora, en aquel momento no, porque la fiesta acabó como el rosario de la aurora y me fui a dormir hecha un mar de lágrimas. Entre los unos y los otros me habían estropeado la fiesta, y yo lloraba de rabia. Al día siguiente no

se hablaba de otra cosa, en lugar de hablar de mí y de lo guapa que estaba.

Aquel año, el 18 de Julio cayó en domingo. Yo estaba nerviosa desde hacía días, en casa no hablábamos de otra cosa, que si estrenaría una blusa de batista, que qué falda quedaba mejor, que si me peinaría Carmeta, que si el mosén no me dejaría ir a misa sin mangas, que si me obligaría a ponerme medias... Entonces estaban rodando en el valle *La dama del alba*, y mosén Antonino estaba más intransigente que nunca con la forma de vestir de las mujeres. No nos dejaba entrar en la iglesia con medias modernas, de aquellas de nailon que no tenían costura, porque decía que parecía que no llevases. Y ni hablar de manga corta, ni pensarlo. Y todas con mantilla. Si te la dejabas en casa, tenías que ponerte un pañuelo en la cabeza o un guante o un papel, cualquier cosa, porque, si no te cubrías, se encorajinaba. Yo le había visto interrumpir una misa para regañar a una mujer porque la mantilla se le había caído y le dejaba la cabeza al descubierto. Como en la iglesia los hombres y las mujeres nos sentábamos separados, según lo que predicase el mosén miraba hacia el lado de los hombres o al de las mujeres. Y cuando pasaba mucho rato mirándonos a nosotras, ya sabías que estaba comprobando si todas llevábamos la mantilla puesta.

Por la mañana alguien preguntó si habían puesto una antena en lo alto del Pui Tabaca, pero no le di importancia. Yo sólo estaba por la fiesta. Había una *pubilla* de cada pueblo, que eran como mis damas de honor. Todas pollitas como yo. Y todas rivales, porque la gente compara: que si esta es más rubia, que si aquella es más alta, que si la otra tiene más delantera, que si la de más allá es más simpática... Yo era presumida y coqueta, claro, y quería ganar a todas las demás. Me decía a mí misma: tú eres la reina, tienes que ser la más guapa, la más alta, la más lista, la más simpática. Lo que tengo claro es que conseguí mi objetivo: triunfar. No sé si decir que causé admiración, o al menos algo parecido, porque una se da cuenta de cuando los otros están pendientes de ti y de que los vas conquistando con lo que dices y lo que haces.

No recuerdo todos los actos que presidí, pero lo que sí recuerdo muy bien era aquella sensación de dominio. Nunca la he olvidado. Incluso el sargento de la Guardia Civil, que era una mala bestia, se inclinó para hacerme una reverencia y besarme la mano. Hay gente que aún me lo comenta: sólo tú

hiciste doblar el espinazo al Sapo.

Tengo un recuerdo confuso de lo que ocurrió después, sólo sé que tras la misa o algo más tarde empezó a correr la voz: el Tabaca, mirad el Tabaca. Era cierto, había algo rojo que se movía en la cima del monte y que permaneció allí casi toda la mañana. La Guardia Civil tardó horas en quitarlo. El Sapo estaba que echaba chispas y se enfrentaba a los curiosos que no quitaban ojo del poste que habían plantado: largo, que aquí no hay nada que ver. Pero, por más que la Guardia Civil dijese que no pasaba nada, rápidamente se extendió por todo el valle que nada menos que el 18 de Julio habían desplegado una bandera comunista en la cima del Tabaca. Parece que toda la mañana había estado enroscada y que luego el viento la desenroscó y la hizo ondear en toda su amplitud, tan visible, tan roja.

Tardé muchos años, muchos, en volver a ver otra bandera comunista. En aquel momento no sabía distinguirla, porque sólo se veía una especie de sábana roja que ondeaba, pero los que la habían observado con prismáticos aseguraban que tenía la hoz y el martillo. A mediodía ya no quedaba ni rastro de ella y parecía que todo aquello no pasaría de una broma sin consecuencias. Pero sí las tuvo, fue por la tarde, en el baile del teleclub, que era el momento que todos esperaban con más ganas.

Yo ya volvía a sentirme la reina de la fiesta, todo el mundo quería bailar conmigo, porque era de las pocas que sabía bailar el madison y eso aún me hacía más atractiva. O más interesante por lo menos. Entonces la juventud escuchaba a los Beatles y bailaba el twist y también se puso de moda el madison, que ya no me acuerdo de cómo se bailaba. Una amiga te enseña, te dice: se hace así y asá; tú haces lo mismo que ella con otra y quedas la mar de moderna y todos los chicos te persiguen con la excusa de que les enseñes a bailar el madison.

Pues como le decía, el Sapo entró en el teleclub sin hacer ruido. No mandó parar la música, pero, al terminar una canción, atravesó la pista de baile hasta plantarse ante los hermanos Dinamita: tú y tú, andando, que es gerundio.

*«Las obras imposibles de la Vall Fosca»,  
Maria Emília Catarineu*

Los ingenieros y los geólogos habían determinado que el Pirineo era una inmensa mina de agua que permitía grandes acumulaciones y saltos pronunciados, óptimos para la producción de electricidad a gran escala. Fue aquí, en las comarcas del Pallars, donde empezó una revolución tecnológica que en aquel momento era la más avanzada de Europa. La protagonizaron dos compañías extranjeras, pero también nuestros bisabuelos y miles de trabajadores venidos de todas partes. Ellos, que casi no sabían lo que era un coche y cuyo único calzado eran zuecos y alpargatas, hicieron posible con sus manos el milagro de la luz.

Las eléctricas llegaron al Pallars en un momento dramático. La devastadora plaga de la filoxera y la sequía habían agravado una pobreza que ya era crónica. Familias enteras emigraban a Lérida, a Barcelona y, sobre todo, a la Argentina, hasta que la irrupción de las compañías de electricidad revitalizó una comarca moribunda. Y fue aquí donde se estrenaron dos modelos distintos de alta ingeniería que para entendernos llamamos modelo Cabdella y modelo Tremp. Con la finalidad de abastecer al gran mercado urbano de Barcelona y su comarca, se invirtieron ingentes cantidades de dinero en unas obras de larga duración y de una gran complejidad técnica. Nuestras montañas perforadas lo explican con su lenguaje mudo.

En 1914 entraron en funcionamiento los cuatro grupos generadores de electricidad de la central de Cabdella, en la cabecera del río Flamisell. Era el fruto de una epopeya, una desmesura que parecía más una invención o el delirio de una mente perturbada, la de Emili Riu, un pallarés hijo de Sort. En sólo tres años, se habían hecho unas obras inverosímiles. Para empezar, en un tiempo récord de tres meses, se conectó la Poble de Segur con Cabdella mediante una carretera de 30 kilómetros totalmente nueva, porque hasta entonces sólo había habido caminos de herradura. Ello permitió llevar hasta la Vall Fosca maquinaria pesada, toneladas y toneladas de material y, sobre todo, mano de obra venida de todas partes. De esta forma, un rincón aislado del Pirineo fue sacudido por un ajeteo sin precedentes.

El plan de trabajo consistía en aprovechar el agua de veintiocho lagos

pequeños y medianos de alta montaña (Fosser, Cubieso, Tort, Saburó, Mar, Colomina, etcétera) haciendo aumentar su capacidad con la construcción de unas presas artificiales, y uniéndolos a través de conducciones, o bien subterráneas o bien al aire libre, llevar el agua hasta un recrecido Estany Gento y después hacerla caer a través de una tubería forzada de dos kilómetros de longitud y 840 metros de desnivel hasta las turbinas de la central. La obra es bien visible y está en pleno funcionamiento.

La orografía y la extrema dureza del clima dificultaban enormemente el transporte de máquinas y material. Los lagos interconectados están todos entre los 2100 y los 2500 metros. El ejército de obreros, que tenía el campo base en el Estany Gento (2141 metros), se amontonaba en barracones insalubres y realizaba jornadas de doce o catorce horas soportando temperaturas siberianas. Las obras no se pararon ni en verano ni en invierno. A principios del siglo XX, la tecnología era rudimentaria, los hombres — hasta unos cuatro mil— trabajaban a pico y pala en un paisaje sin apenas vegetación y abrían galerías subterráneas con barrenas manuales. Las grandes válvulas de acero que se instalaron en el fondo de los lagos para regular el caudal se subieron a peso. El trabajo era tan duro que en 1913 los obreros se declararon en huelga y consiguieron reducir la jornada laboral a once horas (los domingos hasta las dos del mediodía) y también mejoras sanitarias, de avituallamiento y de la vida cotidiana en los barracones saturados.

Río abajo se construyeron más tarde las centrales de Molinos y de la plana de Mont-ros. Y en 1985 la cabeza del valle se removió nuevamente con la central reversible de Sallente, ejecutada con una tecnología más sofisticada y más segura que la de principios de siglo.

GUILLEM MUNNÉ

*Hijo de Noguera de Cardós*

¿Qué le han contado? ¿Que las obras de Cardós fueron una etapa fabulosa y que todo el mundo echa de menos aquellos tiempos? Pues es mentira. ¿Que el pueblo salió ganando? Pues es mentira. Oiga, mosén Antonino podía ser un animal, pero tenía razón cuando decía que las obras sólo traían desgracias.



¿Que hicieron la carretera nueva? Pues sí y no. La ensancharon, sí, pero no la asfaltaron, y tenían que regarla cada día porque usted no sabe la de polvo que levantaban todos aquellos jeeps y aquellos berliets que iban arriba y abajo todo el santo día. Aún me parece que los estoy viendo, los berliets, altos, amarillos, con aquellos guardabarros tan grandes a cada lado del motor y aquellos parachoques que parecían hechos para embestir... La verdad es que daban miedo. Ya puede usted imaginarse que la carretera estaba siempre llena de tubos en las cunetas, unas piezas enormes que después subían y metían dentro de los túneles. Unos tubos de hierro tan grandes que dentro cabía una persona de pie. Los chiquillos jugaban y no sé cómo no hubo nunca ninguna desgracia, porque si un tubo de aquellos echaba a rodar, aplastaba a un chaval, seguro.

¿Y qué me dice de los árboles de la carretera? Antes había moreras a ambos lados y en verano eran gloria bendita, y había unos sauces en la plaza que ya no están. El tilo tampoco. Eran árboles muy bonitos; los turistas les hacían fotos, porque Cardós estaba de moda. Era un valle privilegiado. Los franceses venían a pescar truchas, pero con el embalse de Tavascán el río perdió caudal y casi desaparecieron. Antes, la gente venía a estrenar el coche, que entonces empezaba la locura de los seiscientos, y como el románico se puso de moda, pues, hala, todos a visitar la iglesia de Noguera y a pasear por el pueblo, que estaba empedrado, pero no lo parecía porque las calles estaban siempre cubiertas de estiércol, pues en el Pirineo todo el mundo tenía al menos una vaca, y los pueblos estaban llenos de mierda de vaca, hablando claro. Mierda por todas partes, pero entonces era la cosa más natural del mundo. A la gente de Barcelona le daba asco, pero como era algo típico, se tapaban la nariz. Y cuando veían una vaca en un prado, hala, a hacerle fotos. Y ahora que no hay vacas, las echan de menos. ¡Cómo se nota que no han tenido que llevarlas a los pastos, que no han segado ni ordeñado en su vida! Usted no sabe lo que llega a comer una vaca. Nunca tiene bastante. ¡Y cómo caga! ¿Sabe el trabajo que da recoger el estiércol todos los días? Cada día, una vaca caga y come, come y caga, le da lo mismo que sea sábado, domingo, Navidad o Domingo de Ramos... ¿Quién iba a decirnos que nos quedaríamos sin vacas? Piense que la vida de las familias se organizaba alrededor de las vacas; lo primero eran ellas, luego venían las personas. ¡Ya

lo creo! Tal como se lo digo, primero la vaca: ordeñarla, que no le falte pienso, que lama la bola de sal, que beba mucha agua... Que no se ponga enferma, pues nos da unos dineros para ir tirando. Toda la leche era para vender, claro. Yo no sé si había muchos maridos que quisiesen a su mujer, pero a la vaca, a esa sí la querían. La trataban con más mimos que a la parienta.

Ah, y las excursiones, ¿qué me dice usted de las excursiones? Siempre ha habido excursionistas por aquí, toda la vida, quiero decir de esos que van a pie y con mochila para hacer la ruta de los refugios, para subir a los picos o para saltar a Francia por alguno de los collados que van de un lado al otro. Y mucha gente que sube con los niños a ver los lagos, que aquí arriba tenemos el lago más grande de todo el Pirineo. Pero lo de subir a los lagos y a los ríos de alta montaña a pescar truchas se ha acabado, ya no hay aquella afición de antes, sobre todo de los pescadores franceses, que venían aquí como si les regalasen las truchas. Ahora casi no hay, y sólo nos quedan las vedas, las normas, las prohibiciones, los permisos, las cuotas, y, según dónde, sólo te dejan pescar si devuelves la trucha al río. ¡Vaya chorrada! Si no te las puedes comer, ¿para qué coño te pasas horas y horas dentro del agua?

Ahora se ha puesto de moda el rafting y antes fueron las piraguas. Vaya jaleo cuando bajaban por el río. Lo organizaban en Sort, que allí hay mucha afición, y una vez hasta trajeron a Fraga Iribarne para que presidiera el rally, que es como lo llamaban. Pero aquí no vino nunca, aquí no pintamos nada. El rally lo hacían en verano; duraba dos o tres días y una de las etapas iba desde Cassibrós hasta Llavorsí. ¡Aquello era la bomba! Eran días de trabajo y de gran bullicio, pero había mucha alegría. Era bonito de ver tantas piraguas de todos los colores: azul, amarillo, rojo... Venía gente de todas partes, y en la carretera se formaba un atasco descomunal. Entre los coches que subían y los que querían seguir la carrera río abajo, se producía tal embotellamiento que tenía que intervenir la Guardia Civil. Pero era bonito, muy bonito.

Por culpa de las hidroeléctricas ya no hay rallies, no se pueden hacer. El río no tiene suficiente agua. La mitad se queda en los embalses que hicieron por encima de las centrales y va a parar directamente a Llavorsí por los túneles que van por dentro de las montañas. En primavera, el río bajaba con tanta fuerza que daba gusto verlo... Y de vez en cuando rugía como una

bestia salvaje, bajaba con unas crecidas tremendas que causaban espanto pero lo limpiaban todo.

Aquel río se murió, no lo volveremos a ver. Buena parte del agua se la quedan para hacer electricidad y eso ya no tiene remedio. Dígame la verdad, sea sincera, ¿usted cree que hemos salido ganando?

2

De San Jaime a San Lorenzo

## CAMPAMENTO DE CANALADA

### *Doctor Clua y Caio Periquet*

—Con la de trabajo que tengo, me jode tener que subir allí arriba por ese par de imbéciles.

—Un enfermo es un enfermo, tanto si es imbécil como si no lo es.

—¡Estos dos no están enfermos!

—Haga el favor de no gritar.

—¡Hablo como me sale de los cojones! Me joroba que me hagan correr para nada. Han tenido que traerme con un land-rover por este camino del carajo lleno de piedras que parece que esté hecho a propósito para pegársela.

—Es la única carretera que hay. Pero si prefiere subir y bajar en funicular...

—Usted pretende matarme, Periquet. ¿Qué demonios quiere?

—Estos hombres no pueden trabajar en estas condiciones.

—Pues que no trabajen, a mí qué me cuenta.

—La baja la tiene que firmar un médico, y que yo sepa, no hay más médico que usted en todo el valle.

—Exactamente. Si me hace subir hasta aquí arriba en balde, pillaré una pulmonía y se quedarán sin ningún médico. Hace un frío que pela los cojones.

—Entremos en el dispensario.

—A cualquier cosa le llaman dispensario.

—Pues mire, en eso estamos de acuerdo. Si usted lo reclama, le harán más caso que a mí. Pase, pase, están dentro.

—No, no pienso entrar, me vuelvo para abajo.

—Primero firme la baja de este par y haga constar las lesiones que tienen.

—Oiga, a mí nadie me dice cómo tengo que hacer mi trabajo.

—Estos dos hombres ayer estaban la mar de bien y hoy no se aguantan de pie, tienen la cara como un mapa y no me extrañaría que uno de ellos tuviese alguna costilla rota.

—Aquí tienen todo lo necesario para curar heridas leves y tratar pequeños

traumatismos si es necesario.

—Pero yo no quiero curar a nadie. Sólo quiero un papel firmado por usted que diga en qué estado se encuentran estos dos.

—¿Es una orden o una petición?

—Es una petición. Como responsable del campamento, me preocupo por mis hombres, y estos dos imbéciles, como usted los llama, son los mejores de la empresa. ¿Por qué cree usted que aún no los han puesto de patitas en la calle? Porque no hay nadie que perfore como ellos, por cada metro de galería que excavan los otros equipos, ellos hacen dos o tres. Y se juegan la vida cada día, doctor.

—Yo también me he jugado la vida para llegar hasta aquí, ¿no te jode?

—Quiero denunciar al hijo de puta que los ha zurrado de esta forma.

—¿Quiere denunciar a la Guardia Civil?

—Sí.

—¿Piensa denunciar a los guardias civiles a la misma Guardia Civil?

—No, a la Guardia Civil, no, al juzgado. No quiero discutir con usted, doctor, haga su trabajo, que yo ya haré el mío.

—Usted no está bien de la cabeza, ¿verdad? Debe de ser el mal de altura.

—El sargento los encierra veinticuatro o cuarenta y ocho horas y los suelta hechos un eccehomo. Ya ha ocurrido otras veces. Lo sabe todo cristo. Incluso usted.

—¡Pero si a los hermanos Dinamita los conoce todo Dios! Presumen de rojos, y cuanto más borrachos están, más gallitos se ponen.

—Son así, pero no hacen daño a nadie.

—Dicen que la bandera de Rusia la colgaron ellos.

—Dicen, dicen... Que los detengan de una santa vez, que los acusen de algo, pero eso de ir hostiándolos por sistema se tiene que acabar.

—Pues que se callen y que no se metan en líos.

—Necesito un parte médico. Usted sabe distinguir perfectamente entre las heridas causadas por un accidente laboral y las que son consecuencia de una paliza.

—Mire, Periquet, si quiere arruinarse la vida, allá usted, pero conmigo no cuente.

## LAVADEROS PÚBLICOS DE NOGUERA

### *Mujeres del pueblo*

—¿Con quién hablabas esta mañana?

—Me he dado de bruces con el As de Copas, no he podido evitarlo. Ya estaba borracho. Tenía los ojos así de brillantes.

—¿Qué quería?

—Me lo he quitado de encima. Los guardias civiles, cuanto más lejos, mejor.

—Un día el As de Copas tumbó a un chico joven, un trabajador, de un puñetazo.

—¿Qué había hecho?

—Ni idea. El As de Copas es un bruto. Debía de ir borracho, como siempre. Cuando el chico estaba tendido en el suelo, le iba a dar una patada, pero el Aragonés lo detuvo. Con aquellas botas que llevan le habría reventado el hígado.

—A mí los civiles me dan miedo. Con aquel capote y con la escopeta siempre al hombro...

—Escopeta no, fusil. Y dicen que lo llevan siempre cargado, a punto de disparar.

—Al As de Copas no tendrían que dejarle llevar armas. Un día habrá una desgracia.

—Si todos fuesen como el Aragonés...

—Es el más educado. Da los buenos días, te ayuda y te dice: a su servicio, señora.

—A mí el que más me gusta es el otro, el jovencito.

—Pues qué quieres que te diga, demasiado finito para mi gusto. No tiene un pelo en la cara.

—Tan pequeñajo y vestido de guardia civil parece un niño de primera comunión.

—¿De quién habláis?

—Del Lindos Ojos.

—Ay, sí. ¿A que es monín?

—¿Un hombre monín? Los hombres no pueden ser monines. Y si lo son,

no son hombres.

—Quizás es poco hombre, pero no molesta, que ya es mucho.

—Yo no sé qué voz tiene ese Lindos Ojos. Es tan calladito...

—Mejor que mejor. Todos los civiles tendrían que ser como él. Pacíficos y mudos.

—No nos libramos nunca de ellos. Cada día hay más. Aquí, en Tírvia, en Tavascán, en Alins, en Farrera...

—Antes los enviaban a docenas para perseguir a los maquis, y ahora los envían para vigilar a los obreros; pero si quieres que te diga la verdad, suerte tenemos.

—Hala, pero ¿qué dices? Cuanto más lejos, mejor.

—No señora. Gracias a los civiles no hay más discusiones ni peleas. Con tantos forasteros por todas partes...

—Yo antes dejaba siempre la puerta abierta. Ahora cada vez que salgo de casa cierro con llave.

—Esta gente es así. Vienen de la tierra de María Santísima y, como se añoran, venga a beber vino. Son de mala vida.

—Llevan navajas. Si no fuese por la Guardia Civil, se matarían entre ellos.

—Es posible que haya algunos de sangre caliente, pero, vaya, el de nuestra casa no cata el vino. Aunque el agua, tampoco, porque no se lava nunca.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has tenido en la cama?

—¡Pobre hombre! ¡Qué más quisiera!

—Se ve que en Ainet hay un picapedrero que hace furor.

—¿Quién es?

—¿Cómo es?

—¿Uno alto y delgado?

—¿Trabaja aquí, en Noguera, o arriba en la montaña?

—¿Para qué queréis uno de Ainet? Por Noguera corren algunos morenazos que parecen artistas de cine.

—Sí, hija, sí; los de Cohisa tienen buen ojo para escoger el género.

—Se las saben todas, esos pollos. Cuando quieren son zalameros.

—No son los únicos. El Sapo también.



—El Sapo ¿zalamero?  
—No, quiero decir que tiene las manos largas.  
—Pobre de él si se me acerca.  
—¿A ti? Tranquila, mujer, el Sapo sólo persigue a las jóvenes.  
—¿A quién le ha tocado la china ahora?  
—A Rossita.  
—Pues sólo le faltaba esto.  
—¿Estás segura de que es Rossita? Si su marido sabe que el Sapo la acosa...  
—A su marido le importa un pito. ¿Habéis visto alguna vez juntos a Jaume y a Rossita?  
—Después de aquello, no.  
—Parece que Jaume no se lo perdona.  
—Pobre Rossita, quién la ha visto y quién la ve.  
—No parece la misma.  
—¿De dónde has sacado eso del Sapo?  
—Me han dicho que entra en la Taverneta por la puerta de atrás. A escondidas.  
—A todas partes entra a escondidas.  
—A mí me da miedo.  
—¿Cómo debe de ser el Sapo desnudo?  
—Más asqueroso que una rata.  
—Redondo como un botijo y lleno de verrugas, con unos ojos así, hinchados como un...  
—¡Como un sapo! ¿Por qué le llamamos Sapo si no?  
—Porque escupe veneno, hija, escupe veneno con la mirada.

CASA IGNASI, ESTANCO, ESTAFETA DE CORREOS,  
CENTRALITA DE TELÉFONOS  
*Ignàsia madre e Ignàsia hija*

Ignàsia madre escucha con mucho interés una conversación entre dos abonados. Con la mano derecha se ajusta bien el auricular a la oreja y con la

izquierda tapa la trompa del micrófono para que no la oigan. La hija se impacienta.

—¿Quién es?

—Luego te lo cuento.

—Pero ¿quién es?

La hija mira el cuadro de la centralita y ve una de las clavijas conectada a la parroquia.

—¿Con quién habla el cura?

La madre la mira y le indica con señas que se calle, y cierra los ojos para concentrarse mejor. Suelta un momento el auricular para decir con gestos uy, uy, uy.

—Pero ¿qué dicen?

Con la mirada, Ignàsia madre dice: un momento, que luego te lo cuento. La hija la interroga con los ojos hasta que se enciende el piloto de fin de llamada. La madre devuelve las clavijas a la posición de reposo.

—Era mosén Antonino que hablaba con don Max.

—¿Quién ha llamado a quién?

—Don Max, que dice que si quiere ir con él a elegir el armonio.

—¿Qué armonio?

—El nuevo, el que quieren estrenar para la fiesta mayor.

—¿Y qué tiene que ver don Max?

—El armonio lo paga él.

—¿Él o Cohisa? Debe de ser un regalo de la empresa al pueblo.

—No, no, me ha parecido entender que lo paga don Max de su bolsillo. ¡El Renegado! ¿Quién lo iba a decir? No sé qué se traen entre manos él y el cura, pero parecen amigos de toda la vida.

—¿Pero don Max no era protestante?

—Sí, pero mosén Antonino lo trata como si fuese de misa diaria. ¡Cuántos cumplidos! Siempre ha dicho que los protestantes son de la piel de Barrabás, y ahora, mira... ¡Cómo le hace la rosca! ¡Tendrías que haberlo oído!

—¿En qué hablaban?

—En castellano. Don Max lo habla muy bien.

—Pero no entiendo por qué compra él el armonio.

—Imagínatelo.

—Hay gato encerrado. Yo te doy esto y tú me das lo otro.

—¡Ángela María!

La madre hace una pausa y retoma la conversación en voz baja. Está acostumbrada a bajar la voz para no regalar ni media palabra a los muchos oídos del pueblo chismosos como los suyos.

—Los párrocos se venden los cálices, las custodias y las vírgenes y cualquier cosa antigua bajo mano.

—Insinúas que mosén Antonino trueca una cosa por otra...

—No lo sé. Ya sabes lo que dicen del cura.

—Sí, que lo trajeron aquí medio desterrado, castigado. Siempre he oído decir eso. Pero ¿por qué? Yo no lo veo metido en política. No me lo imagino hablando mal de Franco.

—Eso viene de antes de la guerra.

—Sí, claro, ¡todo viene de la guerra! ¿No sabes hablar de otra cosa, mamá?

—Es que en la guerra pasaron muchas cosas. Mosén Antonino...

—¿Qué pasó?

—Vete tú a saber. Algo gordo. Por eso el cura tiene tan mal carácter. Lleva la rabia dentro y nos lo hace pagar a todos los demás. ¿Te acuerdas de que no quiso casar a Antón de casa Torrat por un tema de papeles? Decía que la fe de bautismo no valía.

—También son ganas de hacer la puñeta.

—A Rossita le dijo que no aceptar la voluntad de Dios era pecado de orgullo.

—Pobre Rossita.

—Es un amargado, te lo digo yo.

—Pero ¿por qué? ¿Quién te ha dicho eso de que lo enviaron aquí para castigarlo?

—Yo he oído tantas cosas con estos oídos que ya no sé qué es verdad y qué no.

—¿Y de qué más ha hablado con don Max?

—Sólo del armonio. Pero mosén Antonino ha aprovechado para pedirle que doña Frau no vaya por Llurri ni por Noguera con pantalones.

—¿Y qué le ha contestado?

—Que no se meta donde no lo llaman. Eso sí, con buenas palabras. Es muy listo ese don Max.

—Y doña Frau es mucha doña. Muy moderna, pero muy señora.

—Más puta que las gallinas, diría tu padre, Dios lo tenga en su gloria.

JULITA LLAMBRI, MARÇALETA

*Antigua trabajadora doméstica al servicio  
de la familia Schwarzstein*

Pues sí, soy hija de Bonestarre, pero fui a vivir a Llurri cuando me casé con Tomeu de casa Garlanda. Debía de ser voluntad de Dios que mi marido se muriese de una peritonitis aguda a los tres meses justos de la boda. Lo llevaron a Sort retorciéndose de dolor sobre un mulo, pero ya no llegó vivo. ¡Antes se tardaba tanto en ir de un sitio a otro! Con un mulo lo llevaban, *pobret!* La vida era muy dura, mucho, pero ya nacíamos resignados. *Alabat siga Déu*, decíamos, y hala, apáñatelas como puedas cada día para poder comer y para tener un techo, pues algo más ya era pedir demasiado.

A los dieciocho años me quedé viuda y con un hijo en camino, que resultó ser una niña. No volví a Bonestarre, me quedé en Llurri, sin marido, ni suegros, que ya habían muerto. Crié sola a la niña, pero no del todo, porque yo iba a las casas a trabajar, en el huerto, en el prado o en la casa. Con los animales, ni hablar, no señor, pero los otros trabajos los he hecho todos, creo, y poco a poco fui dedicándome sólo a coser y a planchar para las mejores casas de Llurri, Noguera, Anàs, Estaon... A la escuela no íbamos mucho, qué le diría, hasta los doce años, para aprender las cuatro reglas; pero lo que sí hice es ir a costura. Todas las chicas queríamos aprender a coser, porque si no sabías coser no valías nada. ¿Usted sabe la de ropa que se remendaba en las casas? Les dábamos la vuelta a los abrigos y a los cuellos de las camisas, a las camisetas, y a los pantalones de los hombres. ¡Uf, ni se lo imagina! Todo eran remiendos, sobre todo en el culo y en las rodillas. Veías a un hombre de espaldas con un remiendo azul o verde o negro, y de lejos parecía que llevase un libro abierto en el culo, sí señora, como un libro

en el culo. Lo aprovechábamos todito, todito. Alargábamos, acortábamos, ensanchábamos, estrechábamos... Incluso hacíamos blusas de la ropa que habían abandonado los soldados en la guerra. Fíjese usted, blusas de mujer hechas con ropa militar. Y aprovechábamos las mantas y las botas de algunos soldados muertos. No se tiraba nada.

Pues sí, yo me ofrecía para trabajar de lo que fuera. De cocinera también, ya lo creo. Me llamaban cuando tiraban la casa por la ventana para una boda u otra celebración. Me llevaba a Tomeua conmigo a todas partes, y me ayudaba a hacer la faena. Cuando se fue haciendo mayor jugaba con los niños de la casa, si los había. Por eso ha salido tan buena cocinera, porque aprendió a manejar los fogones ya de pequeña, sí señora. En los pueblos de los alrededores todo quisqui conoce el arroz de palomino de Marçaleta, ya lo creo. Y el conejo guisado con setas, la babilla de cordero rellena y el pollo asado con manzana... Así fui criando a Tomeua, de un trabajo a otro, de una casa a otra.

Los años de Cohisa fueron muy movidos. Yo tuve mucha suerte. Los mandamases de la compañía y los que dirigían las obras vivían todos abajo, en Noguera, donde tenían unas casitas sólo para los jefes. Pero el mandamás principal vino aquí con toda su familia y alquiló casa Torrado. Ahora está un poco abandonada, pero en aquel entonces... Don Max la dejó como nueva, y convirtió el patio, un patio grande que hay por la parte de atrás, en un jardín precioso, que la señora cuidaba como si fuera la niña de sus ojos. Se ve que en su país los jardines son como palacios.

Eran suizos y tenían dos hijos, un niño y una niña que para Tomeua fueron como hermanos. Poco a poco, Tomeua fue aprendiendo a chapurrear cuatro cosas en alemán, porque en aquella casa se pasaban el día hablando de una forma que no los entendía ni Dios bendito. Tenían un nombre puñeteramente difícil de pronunciar, y la gente les llamaba por el nombre: don Max y doña Frau. Todo el mundo los conocía como los Renegados, yo no, eh, pero la gente, ya se sabe... Como no eran católicos y a veces venía un cura de su cuerda, de aquellos que iban con pantalones, que entonces aquí no se habían visto ni en pintura...

Pues un día, mejor dicho, una noche, se presenta el Búho para hablar con don Max. Le llamábamos así, el Búho, porque era como uno de esos pájaros

que de noche lo ven todo pero tú no los ves. Era alto y delgado, no se relacionaba mucho con la gente del pueblo, como si se escondiese. Eso, como si se escondiese, sí señora. Como era el secretario del ayuntamiento, se encargaba de las relaciones con los capitostes de la Fecsa, de Cohisa, los que hacían las obras de la carretera... Todo pasaba por sus manos. Vaya, que cortaba el bacalao y chupaba por todas partes. Ya le digo que era como los búhos, que están quietos vigilando y no dejan escapar ninguna presa.

Pues lo que le digo. Una noche se presenta el Búho para darle un paquete a don Max. Más o menos así, quizás un poco más grande que una pastilla de jabón. Don Max no sabía de qué iba aquello hasta que abrió el paquete: era un fajo de billetes. Billetes, sí señora, que yo lo vi con estos ojitos, que Dios me castigue y que me muera aquí mismo si miento. Don Max se puso... ¡Uy, cómo se puso! Se encerraron en su despacho, se las tuvieron tiesas, y, al cabo de un rato, el Búho se fue de muy mal humor y con el mismo paquete que había traído, pero en el último momento, con la puerta en la mano, don Max le dijo: espere, deme eso. ¿En qué quedamos, quiere su parte o no la quiere? No, pero usted tampoco se quedará con la mía. Servirá para hacer una buena obra en el pueblo.

Con aquel dinero don Max pagó el armonio y de paso se metió a mosén Antonino en el bolsillo. Dejó de chincharle y dejó de molestar a doña Frau con la cantinela de la decencia. Antes, el cura la amonestaba porque iba con pantalones por la calle y le pedía a la Guardia Civil que se lo prohibiese, pero cuando supo que don Max pagaba un armonio nuevo, hizo la vista gorda y se calló de repente.

## CASA SEBASTIANET

### *Rossita y el sargento de la Guardia Civil*

—¿Qué quiere?

—¿Está tu marido?

—No.

—¡Vaya por Dios!

—No está. Váyase.

—No tan deprisa, niña. Somos amigos, ¿o no?

—No.

—Sólo he preguntado por Jaume.

—¿Por qué pregunta?

—Para saber si está.

—Yo nunca sé por dónde anda mi marido, pero usted se presenta siempre cuando él no está.

—Qué raro, ¿verdad? Desaparece y vuelve al cabo de unos días con dinero fresco en el bolsillo.

—Trabaja mucho para poder pagar los jornales.

—Lo más probable es que ahora mismo esté talando bosques sin encomendarse a nadie.

—Los bosques no se pueden talar así como así. El propietario lo denunciaría. Además, la mayoría son comunales.

—Los bosques comunales son de todos y no son de nadie.

—La ley los protege.

—Con la ley en la mano te pueden dar permisos y hacer la vista gorda. Depende. Todo tiene un precio. Jaume lo sabe bien.

—Ya le digo que yo no sé nada.

—Yo sí sé muchas cosas.

—Pues no me interesan.

—Aunque a ti te dé igual lo que haga Jaume, yo sé cosas de tu marido. Y de tu padre. Sé que anda metido en el contrabando de Chesterfield. ¿Me equivoco?

—Deje en paz a mi padre.

—A eso he venido. A decirte que tu padre corre peligro.

—Mi padre está ya muy mayor y casi no puede andar. Ya no está para llevar fardos arriba y abajo.

—Para llevarlos no, pero para esconderlos, sí.

—Le comentaré que no haga tonterías. Gracias por avisarme.

—¿Me echas?

—Tengo mucho trabajo.

—¿Y qué? Favor con favor se paga.

—No, sargento.

—No seas boba.

—Otra vez, no, por favor.

—Pero no llores, niña. Anda...

—¡No me toque!

—¿Te he tocado yo alguna vez?

—No.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Me sabría mal que un día de estos pillaran a tu padre. La cárcel, a su edad, mal asunto. Y a lo mejor hasta le encuentran alguna pistola escondida. Uy, uy, uy... Si le mete mano la justicia militar, nadie lo libra de un consejo de guerra.

—Senyor Déu meu, traieu-me aquest home del davant!

—Sería una lástima que tu madre se quedara sola allá arriba, en Ginestarre.

—¡Váyase! ¿Me oye? ¡Váyase y no vuelva más!

—Pero ¿no ves que estoy de tu lado?

—Usted es una mala persona.

—Los que le llevan los fardos a tu padre, esos sí son malas personas. Si les ocurre algo o les requisan el género a lo mejor le queman el granero. Dios no lo quiera, pero podría ocurrir.

—Por favor se lo pido...

—Y hasta podrían quemarle la casa entera. Es muy vieja y con tanta madera... En un decir Jesús no quedaría nada. La gente del contrabando es muy mala, Rossita, muy mala.

—Si les pasa algo a mis padres, le mato.

—¡Qué me vas a matar tú!

—*Santa Maria, Santa Coloma, Mare de Déu del Roser...*

—Pero, niña, deja de llorar. Yo te quiero bien.

—Por el amor de Dios, se lo suplico.

—Pues mira, Dios te ha escuchado. A tu padre no le ocurrirá nada mientras podamos arreglarlo entre tú y yo.

—¿Por qué yo? ¿A cuántas mujeres les hace lo mismo?

—Tú me tienes loquito, ya lo sabes. Sólo te pido que seamos buenos amigos.

—No, usted pide más.



—Sí, que te desabroches la blusa. Y que te la quites. Y ahora el sostén. ¡Qué carne más blanca y más firme! ¡Qué pezones más hermosos! ¡Oh, Rossita, Rossita! ¡Cómo hueles a mujer! Ahora la falda.

Rossita se queda desnuda, con una mano se tapa los pechos y con la otra se cubre el sexo. Mira hacia el suelo con los ojos llenos de lágrimas.

—Siéntate. Y aparta las manos de ahí. No escondas lo más precioso.

Rossita obedece. El sargento se acerca a ella hasta un metro de distancia.

—Ya ves que no te toco ni un pelo, pero sé buena y pórtate bien.

El sargento se desabrocha la bragueta, muestra un miembro erecto, una polla grande y oscura como la verga de un asno, y empieza a masturbarse.

## PISO DE LA FAMILIA PERIQUET

*Caio Periquet, su mujer Liduvina y sus dos hijos*

El matrimonio Periquet y sus hijos, Maria Josep y Josep Maria, cenan en el diminuto comedor del piso que tienen alquilado en Noguera. La madre ha preparado una cena extra a base de caldo, babilla de cordero rellena de ajo y panceta, y coca dulce. A la hora del postre abren una botella de Rondel extra y brindan con los vasos llenos de champán.

—*Per molts anys!*

—*Per molts anys!*

—No, por muchos años, no, ¡por nunca más!

Se miran unos a otros como diciendo: ya estamos. La madre no desaprovecha ninguna ocasión para exigir a su marido que deje de trabajar en obras hidroeléctricas.

—Ahora sí que se acabó, este año es el último.

—Quedamos que cuando inaugurasen la primera central.

—Y lo mantengo. Pero aún faltan unos meses para que Llavorsí entre en funcionamiento.

—Mamá, yo me quedo. Aquí tengo muchos amigos y hay trabajo para unos cuantos años. Justo ahora empiezan a construir la central de Tavascán.

—A mí no me engañas. Tu padre dijo que nos iríamos cuando terminasen Llavorsí. Me lo prometiste ¿sí o no?

—Para no oírte más, Liduvina, para no oírte más.

—Me da igual. Me diste tu palabra y eso no tiene vuelta atrás. Yo ya he empezado a empaquetar algunas cosas.

—Pues yo de aquí no me voy.

—¿Y de qué vivirás? ¿Del sueldo de aprendiz?

—A mí me gusta el trabajo. Necesitan soldados, y en poco tiempo puedo llegar a oficial de primera.

—A ver si se lo quitas de la cabeza, Caio. Primero que haga el servicio militar y luego ya veremos.

—Papá, tú me dijiste que podría quedarme.

—¿Queréis callaros de una vez? Es mi cumpleaños y, como es un día especial, quiero hacer un brindis por Maria Josep.

—¿Por mí?

—Sí, sí, por ti, para que seas muy feliz.

Desconcierto.

Maria Josep se pone colorada como un pimiento y no sabe adónde mirar.

—Venga, ¿lo cuentas tú o lo cuento yo?

—Pero, papá, ¿tú crees...? No sé si ahora es el momento.

—¡Pues claro que lo es! ¿No estás contenta?

—Sí, mucho.

—Pues dilo.

—Es que..., así de repente..., papá quiere que os diga que tengo novio. Caras de sorpresa y de alegría.

—Lo ves, mujer. No tienes que esconderte de las cosas bonitas.

—Es que hace poco que salimos.

—Con la cara que pones... se ve a la legua que eres feliz.

El chico aplaude con entusiasmo.

—Papá tiene razón. Esto hay que celebrarlo.

—¿Puedo besar a la novia?

El padre abraza a su hija y le da un beso. La madre también la abraza.

—Ay, hija, ¡qué mayor te has hecho! Vas a hacerme llorar.

—¿Lo conozco? ¿Cómo se llama mi futuro cuñado?

—Agustín.

La madre pega un brinco.

—¿Agustín o Agustí?  
—Agustín.  
—Agustín qué más.  
—Canales.  
—¿De dónde es? No será un carrilano, ¿verdad?  
—Es extremeño, de Monterrubio de la Serena.  
—El corazón me decía que iba a pasar. ¡Y seguro que trabaja en las obras!  
—Sí.  
—¡Otro! *Verge Santa del Remei*, ¿qué he hecho yo para merecer este castigo?

MARIA JOSEP PERIQUET  
*Hija de Caio Periquet*

Madre se pasó la vida lamentándose, aunque no era la típica persona gruñona que le pone pegas a todo, no. Madre sólo se quejaba de una cosa, de haberse casado con un Periquet. Decía que los Periquet no son como la gente normal que tiene oficios normales. No, según ella, los Periquet tienen tendencia a jugarse la vida porque sí, sólo por ganas de hacer sufrir a sus mujeres. Decía que los Periquet llevan la electricidad en la sangre y cuando yo me prometí con Agustín, que trabajaba en las obras, tuvo un gran disgusto. Lo ves, lo ves. Mira que hay chicos en el mundo, y has tenido que elegir a uno de las obras. Y además forastero.

Sólo se quejaba de eso, pero era una queja que lo abarcaba todo. Vivía con el corazón en un puño, con el presentimiento de que cada día que padre iba a trabajar sería el último. Esto se acentuó en Noguera, cuando madre contaba los días que faltaban para que cumplierse la promesa de abandonar las obras para siempre. Cada día le decía: Caio, hazme el favor de volver, te quiero vivo. Era una orden que no admitía réplica. Caio, te quiero vivo, le decía cada día, cada día, cada día. ¿Y sabe una cosa?, de tanto oírla, a padre le entraba por una oreja y le salía por la otra. Tenía un cargo de responsabilidad, dirigía un equipo de perforación en Canalada, allí arriba,

donde se tenía que subir con aquella vagoneta que ponía los pelos de punta. Vaya, vaya a Guerón y vea la vía oxidada que ha quedado, mire hacia arriba y dígame si usted tendría valor para subir hasta allí sobre una plataforma descubierta, la mesilla, la llamaban. Pues ese era el pan de cada día de padre, porque eso sí, valiente lo era un rato, se apuntaba a los trabajos más peligrosos, que eran los mejor pagados. Decía que ahorraba para volver a la Vall Fosca con el suficiente dinero para abrir un negocio allí, en Espui. Decía que el futuro eran las pistas de esquí, que tarde o temprano abrirían una estación en la Vall Fosca y que había que estar preparado.

La culpa es del abuelo Custodi, decía madre, que es una gran injusticia, porque el pobre hombre no trabajó nunca en una obra. Pero habría podido hacerlo, porque era de Espui, y habría podido ser albañil, picapedrero o mecánico de centrales, porque los abuelos vivieron el tráfago que cambió completamente la Vall Fosca hace cien años.

El abuelo Custodi sólo tuvo un oficio, el de chófer de la única empresa que había de coches de línea, la Primera de Flamisell. Tuvo algunos accidentes, claro, porque antes estas carreteras eran... ¡ni se lo imagina! Una vez le fallaron los frenos cuando bajaba por el puerto de Perves y tuvo la sangre fría de arrimarse al lado de la montaña. El autobús quedó abollado y algunos pasajeros sufrieron arañazos y magulladuras, pero si llega a caer por una curva no queda nadie vivo para contarlo. El abuelo había hecho tantas veces el collado de Perves, que decía que podría subir y bajar por él con los ojos cerrados. Era todo un experto en manejar aquellas carracas por unas carreteras tan llenas de baches y socavones que reventaban los neumáticos. Estrechas y retorcidas como una mala cosa. Con nieve y hielo y el asfalto destrozado. O sin asfalto, pues había trozos de tierra y piedras. Tan pronto te quedabas atascado en el barro como te salía una vaca por una curva. Un desastre, óigame, un desastre total. Pero los chóferes de la Primera se las sabían todas y siempre salvaban la situación.

Madre no se quitó de la cabeza el accidente de Perves y estaba convencida de que un día le dirían que se había despeñado un coche de la Primera, y que precisamente lo conducía su suegro. No tenía ninguna duda, porque los Periquet juegan con fuego hasta que se queman, decía siempre. De ahí no la sacabas, y cuando el abuelo Custodio murió de viejo, en la cama,

dijo que había tenido mucha suerte porque había estado en un tris de matarse unas cuantas veces. Si no se hubiese casado con un Periquet, madre también se habría pasado la vida presagiando tragedias. Cuando me prometí con Agustín, no dejó de refunfuñar ni un momento. Que si los trabajadores de fuera tenían más accidentes, que si eran unos alocados que sólo sabían beber y pelearse... *Que Déu em perdoni*, pero a veces pienso que si Agustín hubiese tenido un accidente, madre incluso se habría alegrado. No quería un yerno forastero de ninguna manera, pero al final cedió un poco.

En Espui, en casa de los abuelos Periquet, no se hablaba de obras ni de centrales, allí la vida giraba en torno a la Primera de Flamisell. El abuelo Custodi se sentía tan importante como todos los médicos, curas, veterinarios y maestros que había entre la Pobla y el Pont de Suert. Y más arriba aún, pues acabó yendo hasta Viella, por el túnel. Pregunte si no en la Vall Fosca, en la Pobla, en Senterada, en Sarroca, en Bohí, en Barruera, en Viu, en el Pont de Suert, en Vilaller, en Bono, pregunte, pregunte a la gente qué hubiesen hecho sin la Primera. Lo conocía todo el mundo, le daban recados: Custodi, dígame a Antonieta que ya ha nacido el *hereu*; Custodi, dale este reloj a mi yerno, que ya está arreglado; Custodi, dale estos décimos de lotería a Miquel de la plaza... Eso no me lo han contado, eso lo viví yo de pequeña, y, desde entonces hasta hoy, siempre me he sentido orgullosa de llamarme Periquet, como el abuelo Custodi y como padre, que en paz descansen.

## CASA SEBASTIANET

*Jaume, el de la Madera, Rossita, Santi Vallory y Zep Vidal*

—Santi, Zep, ¿os apetece estirar las piernas esta noche?

—¿Dónde?

—Es la fiesta mayor de Llurri. Habrá baile y juerga hasta tarde.

—Es que tenemos otro plan. Vamos de excursión con un grupo de Cohisa.

—¿De noche? ¿Qué tipo de excursión es esa?

—Iremos a ver la lluvia de estrellas.

—¡Bah! Se puede ver todos los años. Y si está nublado, perderéis el

tiempo.

—Justamente estos días hay luna nueva. Dicen que hace años que no se veían tan bien como se verán hoy y mañana.

—Queremos subir en land-rover al Pla de Nequa. No hemos estado nunca allí y dicen que es muy bonito.

—Sí, hay buenos prados, pero de noche no veréis nada.

—Pasaremos la noche allí, al raso, hasta que amanezca. Así tendremos dos espectáculos, el de la noche con las estrellas y después cuando salga el sol, que debe de ser precioso allí arriba. Venga, Santi, a ver si les convences.

—Haremos carne a la brasa y echaremos unos buenos tragos. Quien tenga, que lleve una bota de vino.

—Si lo pintáis tan bien...

—¿Y usted, Rossita?

—No, ella se queda.

—Que responda ella. ¿Qué le parece? ¿No le apetece salir un poco y tomar el fresco?

—Rossita no tiene nada que hacer allí. Todo serán hombres, ¿no?

—Precisamente por eso se lo digo, nos falta el elemento femenino. Y si quiere llevar a sus amigas, mucho mejor, Rossita.

—Ella no tiene amigas.

—Pues aún con más motivo. Venga ya, Rossita, salga de una vez de la madriguera.

—¿A ti qué te parece, Jaume?

—No insistáis. No aguantaría toda la noche al raso.

—Pues, si no viene Rossita, no irá nadie ¿verdad, Santi?

—Anímese. Llevaremos jamón serrano y panceta con mucho magro para asar.

—Un día es un día.

—Dejadla. Ya veis que no quiere ir.

—Pero si no ha abierto la boca.

—Ya basta de excusas, Jaume. Nos plantamos: o vamos todos a Nequa o no va nadie.

—Usted tiene la última palabra, Rossita.

—Si tienen que quedarse por mí...

—Muy bien dicho, sí señora.

—Después no te quejes. No volveremos atrás por ti.

—A mí me apetece porque hace muchos años que no subo al Pla de Nequa...

—Decidido: Rossita también viene. Nosotros llevaremos sacos de dormir. Allí arriba las madrugadas son frías. Jaume, traed anoraks o alguna manta.

—Me lo dices a mí, que he pasado más noches en el bosque que todos vosotros juntos.

—Yo también tengo experiencia. Duermo muy a menudo en el campamento de Canalada y allí en las noches de verano te pelas de frío.

—¿Cuántos sois?

—Unos cuantos, seis o siete más...

—Quizá no quepamos en un solo coche. Mi land-rover es grande, en él caben ocho personas.

—Iremos en dos coches, pues.

—No se hable más. ¡Todo el mundo a Nequa!

## CAMPAMENTO DE CANALADA

### *Caio Periquet y los hermanos Dinamita*

—Don Caio, ¿es verdad que vendrá el mandamás de Fecsa el día del cale?

—Eso dicen, pero yo no sé nada.

—Ese tal Juan March, ¿no es amigo íntimo de Franco?

—Tranquilos, que os veo venir.

—Sólo pregunto. Como siempre se apuntan peces gordos a los cales...

—¿Para qué queréis saberlo? ¿Para poner otra bandera comunista en el Pui Tabaca?

—Pues no sería mala idea, ¿verdad, tú?

—Me tenéis hasta la coronilla. Como hagáis otra tontería os despido a los dos en menos que canta un gallo.

—No lo hará. No hay huevos.

—¿Que no?

—Oye, tú. Un respeto al señor Periqué.  
—Nos necesita si quiere acabar el túnel a tiempo. Pero si encuentra a alguien que pique mejor que nosotros, adelante.  
—Divertíos, tocad la guitarra, cantad y bailad hasta caer reventados, pero sólo os pido una cosa: que no vayáis presumiendo de rojos por ahí.  
—Cago en el agua bendita, señor Caio. Eso se lleva en la sangre.  
—Pues lo mismo que se lleva, se calla.  
—Ahí le duele, que todo el mundo se caga de miedo. Pero nosotros no.  
—Los mineros miramos el peligro de frente.  
—Te la juegas más con la Guardia Civil que con los barrenos.  
—Pues le tengo mucho más respeto a la dinamita que a los civiles.  
—¿Y qué consigues con eso? ¿Que el sargento te muele a palos? ¿Quieres quedarte bizco de los dos ojos? Y tú, ¿cojo de las dos piernas?  
—Eso fueron accidentes de la mina.  
—Pues ya tenéis bastante. Estoy harto de salvaros el pellejo. Os dije que os portarais bien, que por vuestra culpa yo también estoy advertido. Me juego más el puesto yo que vosotros.  
—¡Pero si no hemos hecho nada malo!  
—Prometédme que no os vais a meter en más líos.  
—Pero don Caio...  
—Prometédmelo, ¡cojones!  
—Prometido.  
—Prometido.  
—Y olvidaos de la fiesta del cale. A vosotros os da igual que venga don Juan March o Perico de los Palotes.  
—Hombre, no es lo mismo.  
—Basta ya, ¡coño! Una más, y a la calle. Estáis avisados.

REYES JIMÉNEZ, MÍSTER PELTON  
*Antiguo trabajador de Cohisa y de Fecsa*

Coincidió con Santi y con Caio en una época difícil. Caio era el encargado de las obras, dirigía los equipos de trabajo y supervisaba las tareas que se



hacían cada día dentro de la ventana. Hacía vida en el campamento, pero tenía la familia en Noguera y bajaba a menudo. Santi también iba y venía, era topógrafo de las oficinas centrales y estaba en contacto con los topógrafos de las ventanas de arriba. Santi subía a menudo a Canalada, porque allí había un túnel muy cabrón que llevaba de cráneo a los ingenieros y a los geólogos.

Cuando acepté entrar en Cohisa le dije a mi padre, allí mismo, al bajar del tren en la Poblá, que no quería trabajar con él. Él estaba en Tavascán y yo, después del aprendizaje en Noguera, pedí ir a Canalada para apañármelas solo. Recuerdo que al firmar el primer contrato me llamó la atención que el nombre completo de la empresa fuese Construcciones Hidroeléctricas, Sociedad Anónima. No lo había oído en la vida. Aquí en Cardós, hablas de los años de Cohisa para referirte a aquella época y todo el mundo te entiende, pero si dices Construcciones Hidroeléctricas, nadie sabe de qué estás hablando.

Santi, y sobre todo Caio, me ayudaban; eran mayores que yo, y eran para mí un ejemplo de seriedad y de respeto en el trato con los obreros. Yo me ocupaba de la administración del campamento. Por mis manos pasaban las facturas, los albaranes de los suministros, las nóminas, los informes diarios, a los que llamábamos partes... Uno de mis cometidos era preparar la lista de asistencia al trabajo para hacer las nóminas, por eso me llamaban listero. Todos los campamentos tenían un listero, pero ese nombre no me gusta, yo me ocupaba de que la vida del campamento transcurriese sin problemas. Ya era suficientemente duro trabajar y vivir durante meses y meses a dos mil metros de altura.

¿Sabe usted qué es un cale? Es muy fácil de entender: desde una ventana se ataca un túnel y desde otra se excava hasta que ambas se encuentran. El momento de romper la última pared y de empalmar los dos túneles se llama cale. Pues mire, llegar al cale era motivo de preocupación y de alegría. De preocupación porque imagínese usted que uno de los equipos se desvía un poquitín de la dirección correcta. Al cabo de unos meses de picar, la desviación sería tan grande que los dos túneles no se encontrarían jamás; por eso hay que ir calculando y verificando continuamente los ángulos exactos. Siempre pasaba lo mismo, a medida que se acercaba el cale crecían los nervios. Si las dos galerías no acababan coincidiendo, ¿de quién sería la

culpa, de un lado o del otro? Dese cuenta de que los topógrafos no tienen ninguna referencia del exterior, lo calculan todo haciendo triangulaciones con puntos de referencia del interior del túnel, o sea, que si cometen un error lo arrastran y lo aumentan cada día que pasa. Por eso son tan meticulosos los topógrafos. Calculan y recalculan continuamente.

Pues como le iba diciendo. El cale era una gran fiesta. Lo celebraba todo el mundo; los obreros con una comida extra, con champán y todo, y los directivos haciéndose fotos con la plana mayor de la compañía. Y con una buena comilona, claro. Venían autoridades de todas partes, ya sabe usted que en las inauguraciones todo el mundo quiere salir en la foto. Y esta vez decían que vendría el presidente de Fecsa, que era un hombre que mandaba mucho y se dejaba ver poco. Sí, sí, don Juan March en persona, porque las obras las hacía Cohisa, pero la empresa hidroeléctrica era Fecsa. Invirtieron muchos duros en las obras de Cardós, ¡muchos! Imagínese lo que debió de costar pagar tantos jornales durante quince años y comprar kilómetros de tubos de hierro, y toda la maquinaria de las centrales... Una auténtica millonada.

A veces venían directivos a inspeccionar cómo iba todo, pero sobre todo venían a lucir el palmito, si me permite la expresión, cuando había un cale. Aquel día, todo el mundo quería hacerse notar. Subían incluso militares; recuerdo haber visto a algunos generales uniformados, con fajín y medallas; pero a quien más hacían la rosca era al gobernador civil y a los subsecretarios de los ministerios. Todo el mundo quería estar a buenas con ellos para mover influencias, ya me entiende, ¿verdad? Ahora bien, que viniese el mismísimo Juan March, aquello ya era la bomba. Yo creo que debía de tener envidia de don Victoriano Muñoz, el responsable de Enher. Don Victoriano vivía mucho las obras, y cada vez que inauguraban un pantano del Ribagorzana, aquellos tan grandes, hacía venir a Franco y lo llevaba a un chalet que construyó a propósito para él. En Cardós, en cambio, Franco no puso nunca los pies, y tampoco ningún ministro. Pero cuando se supo que don Juan March vendría al cale de Canalada, hubo un revuelo general.

Se daba por hecho que el presidente de Fecsa no subiría hasta allí arriba y que la fiesta grande se haría en Noguera. Canalada está a dos mil metros y el funicular era tan peligroso como la pista de tierra que sube hasta allí, sobre todo cuando hacía mal tiempo. Yo viví unas cuantas desgracias allí arriba por

culpa de la lluvia y de la nieve. De momento no nevaba, y si el cale se iba demorando era debido a los problemas de excavación, pero en cuanto el invierno nos cayese encima, no habría más remedio que cerrar el campamento y todo quedaría parado hasta la primavera. Así pues, había prisa y nervios, querían que don Juan March pudiese inaugurar a tiempo el túnel más complicado. Todo el mundo iba de cráneo, los ingenieros, los geólogos, los topógrafos... Y yo, consumido de impaciencia. ¡En mala hora se me ocurrió fijar mi boda para después del cale de Canalada!

## PLA DE NEQUA

*Excursión nocturna de Jaume, el de la Madera, Rossita, Santi, Zep y unos cuantos expedicionarios más*

Todos están echados en el suelo, dispersos aquí y allá con la vista clavada en el cielo, tan tachonado de estrellas que parece que no quepa ninguna más. De pronto, una centella dibuja una pincelada fosforescente que desaparece en un suspiro. Una a la derecha y al cabo de un buen rato otra más abajo. Nadie se exalta, ni grita ni señala el prodigio cada vez que una nueva línea luminosa atraviesa la noche del Pla de Nequa. La maravilla se ha convertido en rutina, pero nadie deja de escrutar el cielo. Después de hacer juerga mientras comían butifarras y tocino a la brasa, después de beber vino y coñac, después de zamparse entre todos una sandía enorme, ahora es el momento de una quietud que se confunde con el silencio cósmico de las estrellas.

Crepitan los restos de la hoguera. Alguien se levanta y revuelve las brasas con un bastón y las extiende hasta formar una superficie roja, incandescente que parece un reflejo de las puntas de amatista que brillan en lo alto. Debe de haber miles, millones, miles de millones en este cielo negro tan limpio, sin una nube y con un hilo de luna menguante. El resplandor de las estrellas baña el llano con una luz tenue que permite vislumbrar la proximidad de las montañas.

Santi rompe el silencio.

—En el principio de los tiempos todas las noches debían de ser así.

La frase queda aislada sin respuesta, como una lágrima de san Lorenzo

que se funde inmediatamente después de manifestarse. Vuelve el silencio, roto de vez en cuando por los pequeños ruidos de los animales nocturnos.

Un aire suave peina el Pla de Nequa y los cuerpos yacentes sienten el relente.

—Tengo frío.

—Yo también.

—¿Y si volvemos?

—Yo quiero ver cómo sale el sol.

Jaume, el de la Madera, hace una propuesta.

—¿Quién quiere ver salir el sol por detrás del Monteixo y de la Pica d'Estats?

—¿Está cerca, la Pica?

—No mucho, pero desde el collado de Tudela se ve perfectamente. Y desde la cima aún más. Si queréis os llevo hasta allí.

—¿Se puede ir en land-rover?

—No, andando. Estad atentos dónde ponéis los pies, de noche hay que ir con más cuidado porque el camino va por la cresta y a la derecha hay algún precipicio. Al principio es cuesta arriba, pero después es bastante llano.

—¿Y cómo volvemos?

—Santi, Zep, bajad con los coches y venid a buscarnos por la mañana al otro lado, en los Boldissos. ¿Sabéis dónde es?

—Sí, sí, claro. ¿Quién va y quién se queda?

—Yo prefiero caminar. Si no, acabaré entumecido.

—Yo también voy.

—Y yo.

—No os arrepentiréis. Traed alguna bota de vino, que nos ayudará a combatir el frío.

—Conmigo no contéis.

—¿Usted también va con ellos?

Santi espera la respuesta en tensión. Mira fijamente a Rossita, pero ella no tiene ánimo de contestar o quizá no ha oído la pregunta.

—¿Usted qué hace, Rossita?

Jaume responde por ella.

—No se te ha perdido nada en Tudela.

Yo sí, yo no, yo voy, yo me quedo. Al final siete hombres se van a pie hacia el collado de Tudela iluminados por la luz de las estrellas. Se quedan en el Pla de Nequa Rossita, Santi, Zep y dos oficiales del taller eléctrico de Cohisa que, con la excusa del frío, se han bebido una botella entera de coñac y no se tienen en pie.

Cuando los caminantes han desaparecido en la oscuridad, Zep le habla en voz baja a Santi.

—Yo me llevo a estos dos mastuerzos a dormir la mona en el coche y me quedo allí. Vía libre.

Zep se lleva a los dos oficiales borrachos, que caminan haciendo eses y casi arrastrándose hasta el land-rover 88 de Cohisa que está en la otra punta del prado. Rossita y Santi se quedan un buen rato en silencio uno delante del otro hasta que ella empieza a hablar con timidez.

—Me ha gustado mucho eso que has dicho antes.

—¿El qué?

—Que al principio de los tiempos las noches debían de ser así.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que siempre nos hemos hablado de usted y ahora, de repente, me tuteas.

—Me ha salido así.

—A mí también me sale así. Y me gusta. Porque tú me gustas, Rossita.

ZEP VIDAL

*Antiguo trabajador de Cohisa, compañero de Santi Vallory*

Santi y yo parecíamos Zipi y Zape, pero éramos como la noche y el día. Yo era, no sé cómo decirlo, más lanzado, más bromista, y él era muy tímido. Se le notaba que no había hecho la mili. Se había librado porque era hijo de viuda, hijo único, y fue una lástima. En la mili se habría soltado un poco, a Santi le faltaba un baño de vida canalla como si dijésemos, usted ya me entiende; quiero decir que le faltaban horas de jugar al póquer, de beber coñac, de escupir palabrotas y, perdóneme la franqueza, de hablar todo el día

de mujeres. Sí, le habría ido bien conocer la realidad de la vida. Parecía que tenía miedo a contaminarse.

Cuando yo le conocí, su madre ya había muerto y estaba solo, sin nadie más de familia, y cuando venían unos días de fiesta no tenía ánimos de bajar a Barcelona y correrse una juerga como hacen los jóvenes. Anda, ve, coño, y diviértete, que no tienes obligaciones y eres libre como un pájaro, le decía yo. Y también le decía que en el fondo aún estaba enmadrado, que siempre lo habían protegido de aquella forma que hacen las madres tan posesivas, y que ya era hora de dejar el nido y respirar hondo. Pero él no se atrevía a abrir las alas y a volar alto. Santi era muy cerrado. Yo se lo decía a la cara, no se crea, con toda las letras, que los amigos son para eso, para ayudarte a abrir los ojos. Le ponía al corriente de mis aventuras con el elemento femenino y él sonreía cuando le explicaba sin tapujos mis peripecias y cómo conseguía esquivar a los maridos celosos. Me decía: un día te matarás. Y tenía razón. Una vez estuve a punto de matarme cuando saltaba desde una buhardilla, y otra vez me libré de milagro de una perdigonada que rompió los cristales de una ventana. A pesar de todo, tuve algunas recompensas gloriosas, aunque me esté mal decirlo.

Yo intentaba hacerle ver a Santi que pronto se le pasaría el arroz, que las chicas no vienen a llamar a tu puerta, que tienes que ir a buscarlas tú. Ante el elemento femenino, Santi se ponía en guardia, y llegué a pensar que las mujeres le daban miedo. Pero de quien tenía miedo era de sí mismo. Por lo visto, cuando estudiaba en Madrid tuvo una mala experiencia, creo que allí salió con una chica, pero ya le digo que era muy reservado y no acabó de contármelo. Entendí que había llegado a tener una novia formal, que estaba muy enamorado y que hablaban de matrimonio cuando ella le plantó de repente sin apenas darle explicaciones. Aquello le quedó clavado muy adentro, y yo creo que lo rumiaba cada día. Yo le decía: olvídate de novias y de compromisos, no hay ninguna necesidad de enamorarse, si te gusta una chica te la llevas a la cama, y otro día te llevas a otra. Y si está casada, mejor que mejor, que esas van al grano y no van de mosquita muerta para luego echarte el lazo y que las lleves al altar.

Yo soy así, franco y directo. Y con la misma franqueza le digo a usted que, si no hubiese sido por mí, no habría habido nada entre él y Rossita, de

eso estoy seguro. Yo le di el empujoncito que le faltaba, le allané el camino para que la naturaleza siguiese su curso. ¿Pero se puede usted creer que nunca me dijo nada de Rossita? Yo ya veía que la cosa iba viento en popa. Miraditas, cuchicheos, aquella sensación de que estás de más porque los tortolitos quieren estar solos sin moros en la costa... Estaba clarísimo, pero nunca me dijo nada, como si no fuese yo quien lo puso en brazos de Rossita una noche que subimos al Pla de Nequa. Es difícil de creer, ¿no le parece? Como si yo fuese un extraño. No, nunca me dio las gracias, y cuando yo le preguntaba por Rossita, se cerraba como una lapa. Ni una confidencia, ni una palabra. Nada.

Pensándolo bien, quizá no éramos amigos, lo que se dice amigos, sino buenos compañeros. Desayunábamos juntos, cenábamos juntos, compartíamos muchos ratos muertos y dimos muchos paseos por el pueblo, carretera arriba y carretera abajo, yo hablando por los codos y él sin abrir la boca. Y trabajábamos en el mismo departamento, ¡imagínese usted la de horas que llegamos a pasar juntos! Pero él no estaba todo el tiempo en la oficina técnica, subía a menudo a Canalada con el land-rover, entraba en las ventanas y repasaba los cálculos una y mil veces con la gente de allí arriba, porque al cavar el túnel te puedes equivocar. De esta forma se hizo amigo de Caio Periquet, que era el encargado de Canalada, de Romedo y de todo aquello. Me imagino que sobre todo hablaban de trabajo, no lo sé. Ahora bien, si a mí no me comentó nada de cómo iban las cosas con Rossita, supongo que a Periquet aún menos, porque aquel hombre, Caio, también era bastante seco. Y me imagino que fue a través de él como Santi se convirtió en una especie de maestro o consejero de Agustín.

¿Sabe a qué se dedicaba Santi los domingos? Se pasaba horas y horas con Agustín, un chico que venía de la tierra de María Santísima y que se prometió con la hija de Caio Periquet. Santi le animó para que estudiase para aparejador y el chico le hizo caso, se apuntó a los cursos de Ceac por correspondencia, y sí, sí, aprovechaba todos los ratos libres para estudiar. Tenía mucha voluntad, Agustín, pero sin Santi no lo habría conseguido. Yo les oía en el comedor de casa Sebastianet, siempre estaban hablando de matemáticas, de cálculos y de cosas así. Para Santi, Agustín era un ahijado, un discípulo aplicado. Y el chico le estaba muy agradecido, le trataba con

respeto, mejor dicho, con admiración, lo tenía en un pedestal. Al estar lejos de su familia, Agustín convirtió a Santi en su hermano mayor.

PLA DE NEQUA

*Rossita y Santi Vallory*

—¿Sabías que este pino tiene nombre?

—No, ¿qué nombre?

—El pino del rebaño.

—¿Y cómo lo sabes?

—Dicen que es tan grande que debajo de él cabe un rebaño entero de ovejas. Se ponen a la sombra cuando pega el sol.

—¿Y qué más?

—No sé nada más. Me lo ha contado tu marido antes de irse. Lo sabe todo de los bosques.

—Continúa, no dejes de hablar.

—¿De qué?

—De lo que sea.

—No sé qué más decirte. Que recordaré siempre esta noche de san Lorenzo y el Pla de Nequa. Cuando me has dicho que venías con nosotros, el corazón me ha dado un brinco; lo único que quería era sentirte muy cerca, y mientras todo el mundo miraba cómo caían las estrellas, yo sólo te miraba a ti. Lo deseaba con todas mis fuerzas, pero creía que nunca llegaría este momento. He tenido una terrible lucha conmigo mismo, me había jurado no tocarte, ni decirte nada de mis sentimientos, nada, ni una sola palabra, y al mismo tiempo deseaba que se fueran todos, que nos dejaran el cielo y las estrellas para nosotros solos... Dicen que cada vez que aparece una estrella tienes que formular un deseo, y yo no pensaba en nada más que en tenerte como te tengo ahora, abrazarte como te abrazo. No sé si esto es amor o qué es, pero he tenido ganas de llorar cuando me has llenado de besos. Creía que era imposible sentir tanta felicidad y más aún entre tanta belleza. Nos acordaremos siempre de esta noche maravillosa. Lo leeré en tu mirada, te miraré a los ojos y no veré una lluvia de estrellas, sino una lluvia de amor.



Veré en tus ojos esta quietud, esta calma, la tibieza de tu cuerpo... ¡Oh, Rossita, me gustas tanto! Y cómo me gusta pronunciar tu nombre: Rossita, Rossita, Rossita...

—Continúa.

—No hay nada más bonito que quererse bajo las estrellas.

—¿Qué más?

—No me siento culpable de nada, sino libre, vivo como nunca me había sentido. Y no quiero regresar allí abajo ni pensar que mañana tendremos que volver a tratarnos de usted como si tú sólo fueses la patrona de la pensión y yo un huésped.

—¿Qué más?

—Que me gusta esta paz. Es toda nuestra. Mira cuánta quietud. Escucha el silencio...

—No, no, sigue hablando.

—¿Qué quieres que diga?

—No es necesario que cuentes nada, sólo habla.

—¿Que hable sin decir nada?

—No dejes de hablar. Me enamoré de ti por tu voz. ¿No te lo han dicho nunca?

—Sí, dicen que tengo una voz muy masculina.

—Masculina y dulce. Debe de ser la entonación o la forma de hablar, no lo sé, pero no sabes cuánto me gusta oírte desde la cocina mientras das clase a Agustín o cuando les cuentas cosas del trabajo a Zep y a mi marido.

—Tu marido... No, no quiero pensar en ello, Rossita. Ahora no.

—Mi marido es, cómo te lo diría, muy poco marido.

—¿Qué quieres decir?

—No me toca nunca.

—¿No te ha tocado nunca?

—Al principio sí, pero desde que pasó aquello...

—¿Qué pasó? ¿Cuándo?

—No, por favor.

—¿Qué?

—Eso que has dicho. No vuelvas a preguntármelo más. ¿Me oyes? Nunca más.

—Lo siento, no quería...

—Ni tú, ni Jaume ni nadie sabe todo lo que puede llegar a llorar una mujer. Y siempre crees que aún no has llorado lo suficiente.

—Pero Jaume... ¿te quiere?

—Desde aquello que pasó, no. No me lo perdona. Jaume es muy vengativo, pero de una venganza fría, calculada.

—Si tú y él no... ¿Va con otras mujeres?

—A Jaume lo único que le preocupa es hacer dinero. No sabes hasta qué punto...

—Parece que todo le va bien. Lo llaman de todas partes.

—Tenía la obsesión de comprarse un land-rover. Lo entiendo, porque es ideal para ir por el monte con las cuadrillas de hombres, pero... Jaume no me cuenta nada.

—A mí sí. Me dice que tienen que talar árboles aquí o allá. Cómo se sabe qué árboles es necesario talar y cuáles se han de dejar, me enseña mapas, me explica a quién compra la madera, a quién se la vende, cuántas personas necesita contratar cada vez; dice que cuesta mucho encontrar buenos picadores, que ya no quedan.

—Pero no te lo cuenta todo. Hace cosas que no están bien.

—¿Qué cosas?

—Le han puesto unas cuantas denuncias. Supongo que se salta la ley, que se lleva madera de otros bosques o que falsea las cuentas. Qué sé yo. La madera cada vez da menos dinero y él, en cambio, se ha comprado un land-rover. ¿Cómo se entiende eso?

—Yo no lo veo preocupado.

—Claro, porque tiene quien le cubra las espaldas.

—¿Quién?

—El Sapo.

—Te refieres...

—Al guardia civil, sí. Viene a meter las narices en el bar a menudo.

—Yo creía que venía a tomar un chato, no sabía que era para ver a tu marido.

—No viene por Jaume, no. Viene por mí. Que Nuestro Señor me perdone si no es así, pero creo que Jaume lo sabe. O que no lo quiere saber. Es su

venganza. Jaume no me ha perdonado nunca. Cada día siento que no me perdona.

—No quieres decirme qué pasó.

—No. No te imaginas cómo he sufrido y cómo sufro cada día. Soy prisionera del Sapo.

—¿Prisionera?, ¿por qué?

—Déjalo, no me recuerdes la mala vida que paso allí abajo. Háblame de ti, vuelve a decirme aquello de la noche, de las estrellas y de mis ojos. Habla, no dejes de hablar.

#### TELECLUB DE NOGUERA

*Los hermanos Dinamita, otros trabajadores de Cohisa,  
gente del pueblo y el número de la Guardia Civil  
conocido como el As de Copas*

Noche de domingo. Chicas del pueblo emperifolladas, hombres endomingados con una sencillez tosca, la mayoría con camisa blanca y una corbata que les ahoga. Últimos momentos de bullicio después de una tarde alegre, amenizada por el debut del primer conjunto musical formado exclusivamente por trabajadores de Cohisa. Se llaman The Fenómenos y agrupan a seis músicos de campamentos distintos: guitarra solista, bajo, trompeta, saxo tenor, batería y vocalista. Vestidos de una forma que recuerda vagamente a los Beatles, han tocado canciones de los Sírex, de los Mustang y de los propios Beatles en un inglés de imitación. El éxito ha sido total y la gente se va contenta.

En el bar de la sala, bajo los arcos de piedra que dan un aire rústico a la barra, se toman los últimos tragos. En un extremo, los dos hermanos Dinamita. El Bizco apura un vaso de cazalla y el Cojo canta en voz baja abstraído en sus pensamientos: «Dolores la Golondrina se ha vuelto una rosa fina, orgullosa y perfumá. Dolores la Golondrina lloraba por las esquinas en la turbia madrugá...».

El As de Copas golpea la barra con el culo de un vaso.

—Mastresa, un sol y sombra.

—¿Otro?

—Otro.

—Agente..., ¿no cree que ya ha bebido bastante?

—¡Un sol y sombra he dicho! Y cagando leches, no te quedes ahí pasmada.

El Dinamita Bizco interviene gritando:

—¡Un respeto a la señora!

El As de Copas, molesto, responde con un habla farfullante:

—Me lo repites a la cara y te dejo bizco del otro ojo.

Un trabajador prudente se interpone entre el agente y el Dinamita Bizco.

—No le haga caso, agente. Ha bebido mucho y no sabe lo que se dice.

—Si un hombre no sabe beber, no es un hombre. A ver, una botella de Fundador.

El trabajador, prudente, le da una botella de coñac empezada.

—Llévesela, agente. Para usted y sus compañeros. Le invitamos entre todos.

El Dinamita Cojo protesta en nombre de los hermanos y se planta ante el guardia civil.

—A que no hay huevos de beberse la botella.

El As de Copas intenta enfrentarse, pero la embriaguez le hace trastabillar y está a punto de caer. Lo tienen que sostener y aprovechan para conducirlo afuera.

—¿Le acompañamos al cuartel?

—¡Soltadme, coño!

—¿Quiere que llamemos a su hija?

—¡A mi hija ni mentarla! Bastante desgracia tuvo de perder a su madre y ahora tiene que pechar con un padre viudo que sólo le da disgustos y mala vida.

Se echa a llorar como un crío y se va tambaleante. Dentro del teleclub, los hermanos Dinamita se disponen a celebrar el triunfo.

—Mastresa, un chato para mí, otro para mi hermano.

—Chatos para todo el mundo, ea. Porque esto hay que celebrarlo. Y me lo apuntas, que los rojos somos bravos pero honrados. ¡A la salud de la clase obrera!

Se alzan voces simultáneas de protesta.

—¡Cállate la boca, joder! ¿Quieres que nos detengan a todos?

—Si pierdo el trabajo por vuestra culpa, os corto los huevos a los dos.

—A tomar por culo la política. Dejadnos en paz, coño.

—Bastante jodida está la vida.

—Si os fusilan no os llorará ni Cristo.

El Dinamita Cojo replica:

—Cagaos, que sois unos cagaos. ¿De qué tenéis miedo? ¿De esta chusma? Cuando vengan los nuestros, a todos estos les vamos a llenar el culo de dinamita.

El Dinamita Bizco pone paz:

—Venga, coño, no pelearse entre compañeros. Os invito. ¿No somos todos trabajadores? ¿No sudamos todos como cabrones ahí arriba en las galerías? ¿Qué ganamos haciéndoles el juego a los enemigos de la clase obrera enfrentándonos entre nosotros? Que se vea que somos hermanos, levantemos la cabeza con orgullo y cantemos juntos con alegría, ¡me cago en las cinco llagas! Dale, tú.

Se lo dice al Cojo, que rasguea la guitarra con acordes rápidos, barriendo todas las cuerdas con la mano derecha. Todo el mundo sabe que esto es el preludio del himno oficioso de los mineros, el canto que pone la carne de gallina cada vez que los hermanos Dinamita exhiben su destreza musical. Hay expectación mientras el Bizco carraspea antes de atacar la primera estrofa.

—«Yo no maldigo mi suerte porque minero nací, aunque me ronde la muerte no tengo miedo a morir. No me da envidia el dinero, porque de orgullo me llena ser el mejor barrenero de toda sierra Morena, de toda sierra Morena. Bajo a la mina cantando porque sé que en el altar mi madre queda rezando por el hijo que se va, y cuando tengo una pena lanzo al viento mi cantar».

Llega el momento culminante, la apoteosis. Todos los hombres se unen al canto a pleno pulmón y forman una masa coral compacta, vibrante, masculina, triunfal, desbordada de sentimiento.

—«Soy minero y templé mi corazón con pico y barrena. Soy minero y con caña, vino y ron me quito las penas. Soy barrenero porque a mí nada me

espanta y sólo quiero el sonido-ooo deee-eeee-eee-eeee una taranta».

Muchos ojos se enrojecen y se llenan de lágrimas.

MONTAÑAS PERFORADAS. REVISTA *PALLARS*, NÚM. 78

«*Los cowboys de la Canadiense*», Maria Emília Catarineu

Durante unos años el Pallars fue el *Far West*. Como aquellas caravanas de las películas que van al Oeste a buscar buenos pastos y minas de oro, la gente venía en masa atraída por las obras hidroeléctricas de la compañía Barcelona Traction, Light and Power y su filial Riegos y Fuerzas del Ebro, más conocidas como la Canadiense porque se constituyó en Toronto bajo la dirección de los infatigables ingenieros F. S. Pearson y Carles Emili Montañès.

A diferencia de las obras de la Vall Fosca, el objetivo no era unir lagos existentes, sino hacer uno artificial con una gran presa de contención en la garganta de Susterris. Así, en 1912 empezaron las obras previas al embalse de Sant Antoni, llamado también de Tremp o de Talarn. La avalancha de trabajadores y de máquinas hasta entonces nunca vistas, convirtió el tramo del Noguera Pallaresa que va de la Pobla a Tremp en un hormiguero humano que hervía a todas horas. La oferta de trabajo atrajo a una multitud de obreros —se calcula que hasta diez mil—, que no cupieron en los campamentos masificados de la compañía y acabaron realquilados a precio de oro por rincones de casas, chozas, pajares y cuadras de todos los pueblos de la zona, especialmente en la Pobla de Segur y en Tremp. «Ahora todo el mundo come y gasta», decía en 1913 una mujer de Tremp que casi no podía creerse que no hiciese falta ir a América para ganarse la vida.

El trastorno demográfico fue tan intenso que Tremp llegó a triplicar una población que antes era de 1500 habitantes. Proliferaron los cafés, las fondas y los tugurios donde se bebía y se jugaba. Y aparecieron, claro, un montón de prostíbulos. Para completar el panorama con todos los ingredientes de un *western*, los capataces, venidos de Norteamérica, se paseaban a caballo con botas de caña alta, sombreros de *cowboy*, y, algunos, con revólveres en el cinto.

Fue una construcción gigantesca y compleja que requirió muchos movimientos de tierra y de cemento. Miles de trabajadores hacían jornadas agotadoras, porque, igual que en la Vall Fosca, aquí también se iba a contrarreloj, tanto en la obra principal —la presa— como en las anexas —una central auxiliar previa, la fábrica de cemento más grande de España recién estrenada, las canalizaciones, los edificios de las máquinas que generan electricidad, etc.—. Hasta que el agua inundó el caserío de Sant Miquel de Susterris y buenas tierras de cultivo de Talarn, Salàs, Claverol y la Pobla de Segur. En 1916 se puso en funcionamiento la central que turbinaba las aguas embalsadas en el estrecho de Susterris. Eran el embalse (228 hectómetros cúbicos de capacidad) y la presa (86 metros de altura, 180 de longitud) más grandes de Europa.

Fuera de nuestra comarca, la Canadiense emprendió otras obras titánicas. Entre 1912 y 1914 se excavaron los 25 kilómetros del canal de Seròs, que terminaban con una central que devuelve el agua al Segre. Y en los años veinte se alzó la imponente presa de Camarasa, una pared de 103 metros, con una central hidroeléctrica al pie mismo de la presa. Estas construcciones, que tenían como objetivo prioritario llevar electricidad al área de Barcelona, se hicieron tan populares que fueron objeto de burla en cancioncillas como esta que corría por la Ciudad Condal: «¡Barceloneses! En Camarasa compran orines a precio de tasa, y con vuestras meadas Barcelona estará bien iluminada».

En 1923 la Canadiense absorbió a su rival, Energía Eléctrica de Cataluña, que había tomado la delantera en la Vall Fosca. Y continuó haciendo grandes obras como la presa de Terradets. Después de la guerra civil, la compañía sufrió graves dificultades financieras y fue adjudicada, prácticamente regalada, por la dictadura a Fecsa, regida por el banquero Juan March, protector y protegido de Franco. Pero la Canadiense ha pasado a la historia por otro motivo, por la huelga que declararon los obreros de Camarasa en 1918, y que en 1919 se extendió hasta paralizar completamente Barcelona. Se resolvió con el establecimiento por ley de la jornada laboral de ocho horas. Fue una gran conquista.

3

De la Fiesta Mayor de Noguera a la víspera del Pilar



CASA FORROLL DE GINESTARRE

*Rossita y su padre*

—Sólo le pido una cosa, padre. Que se olvide de los fardos para siempre.

—¿Tú crees que estoy yo para llevar fardos?

—No, usted no, pero aún tiene tratos con las cuadrillas del tabaco.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La Guardia Civil le persigue.

—Qué sabrán ellos.

—Lo saben.

—Estoy impedido, y tu madre, ya ves cómo está también. Ya no hacemos queso, me vendí la vaca y la mula, no nos aguantamos de pie ni para segar ni para cosechar patatas. Y no salimos nunca del pueblo. Con algo tenemos que ganarnos la vida.

—¿Por qué no arrienda las campos de arriba? O las vende, así podrán ir tirando sin preocupaciones.

—Nadie quiere saber nada de campos ni de campos. Ahora la gente sólo piensa en ganar dinero con las obras.

—Esto se tiene que acabar. ¿Ha pensado qué hará madre si le meten a usted en la cárcel?

—Yo los fardos ni los veo. Me dan doscientos duros, quinientos duros el día que más, para vigilar un poco, no hago mucho más.

—¿Dónde los esconden?

—Sí, a ti te lo voy a contar. ¡Recristo!, sólo me faltaba esto. ¿Te envían los civiles para que me tires de la lengua?

—Tiene que prometerme que lo dejará.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado de repente?

—No quiero que les pase nada, ni a usted ni a madre.

—¿Me lo dices ahora? Desde que me rompí las piernas, te vemos muy poco por aquí.

—Yo tampoco los tuve cerca cuando los necesité.

—¿Tú? ¿Cuándo?

—Cuando pasó lo que pasó. Ya lo sabe.  
—En aquel momento teníamos mucho trabajo aquí arriba.  
—Ahora yo tengo mucho trabajo allí abajo, y Jaume no encuentra nunca el momento de acompañarme. Siempre está fuera, por esos mundos de Dios.  
—Sí, claro.  
—Me compraré una bicicleta y vendré a verlos más a menudo.  
—Tu madre estará contenta.  
—Y les traeré aceite, arroz, conejo, garbanzos, latas de sardinas, nescafé... Dígame qué les falta y ya se lo traigo yo.  
—Dinero, eso es lo que nos falta.  
—¿Cuánto?  
—Recristo, Rossita. ¿Es que te ha tocado la lotería?  
—Le daré todo el dinero que tengo, pero, por el amor de Dios, prométame que dejará el contrabando para siempre.  
—Esa palabra es muy fea.  
—Hágalo por mí. Se lo pido de rodillas si quiere.  
—Me portaré bien, te lo prometo. Pero no es necesario que te pongas así.  
—Deme su palabra de que no hará nunca nada más fuera de la ley.  
¡Prométamelo! ¡Júremelo, por Dios Nuestro Señor, por la Madre de Dios de los siete Dolores, por la memoria de los abuelos que le dieron la vida...!  
¡Júremelo!  
—Pero ¿qué te pasa, Rossita? Me das miedo.

DESIDERI PERIQUET

*Hermano de Caio Periquet*

Mi cuñada, Liduvina, quizás exageraba un poco, pero yo la comprendo. Decía que los Periquet hemos nacido para hacer sufrir a las mujeres. Nos ponía a todos en el mismo saco, empezando por mi padre, pobre hombre. A Liduvina no le gustaba que fuese chófer de coches de línea, tenía miedo de que un día nos diera un disgusto, que él y el coche se despeñaran y fueran a parar al río. ¡Pobre hombre, padre era el chófer más prudente del Pirineo! Pero Liduvina, dale que te pego con que los Periquet somos imprudentes. Yo

estaba hasta los cojones de oír siempre la misma canción, pero ya le digo que yo la entiendo. Ella estaba negra con mi hermano, porque Caio sí iba de cabeza al peligro y tenía a mi cuñada siempre con el alma en vilo. Yo, en cambio, me acojoné y me fui. ¡Qué cojones, que vaya otro ciruelo al Valle de Arán!

Al Valle de Arán, sí. No tiene ni puñetera idea, ¿verdad? No me extraña. La gente cree que la electricidad se hace con unos embalses de cojones como el de Tremp o el de Escalles, pero hay otra forma más jodida y que supone un trabajo de cojones, con un ejército de trabajadores que se pasan cinco, diez o quince años haciendo unas obras acojonantes que no se ven. Los Periquet somos de la Vall Fosca y allí lo sabe todo el mundo, porque es donde se empezaron a unir lagos. Suba, suba al Estany Gento y verá que lo hicieron grande con una presa para que acumulase más agua, la que baja por canales y túneles de los otros lagos que están más arriba. ¡Más de veinte lagos grandes y pequeños acaban desembocando en el Estany Gento! ¿Qué me dice? Una red de cojones, ¿eh? Y el agua baja por una tubería forzada hasta la central de Cabdella, que se te ponen los cojones por corbata en cuanto ves aquel tobogán. Para hacer aquello tan vertical y con la nieve hasta los cojones, se tenía que haber pasado mucha hambre, que estos trabajos los acaban haciendo siempre los infelices que no tienen donde caerse muertos. O los chalados, como mi hermano. Él sí llevaba la electricidad en la sangre, yo no.

Después de la guerra empezaron a producir electricidad por este sistema en el Valle de Arán. Venga, súbete a las montañas a dos mil metros y ponte a juntar laguitos y ríos. ¿Ha oído hablar de la Restanca? ¿Se creerá si le digo que Saboreno, el Estany Llong, el Major, la Restanca y todo aquello de allí arriba está conectado y el agua baja por debajo a toda leche hacia Arties y Tredòs? Una bajada de cojones, así de vertical, y tan larga que se ve desde lejos. Las obras no se ven, pero hay más de treinta kilómetros de túneles. Yo me pasé muchas horas haciéndolos. Mi hermano y yo fuimos en el 56 por cojones, porque siempre vas allí donde hay trabajo. No éramos unos vulgares peones, teníamos un sueldo de encargado de sección que no estaba mal, pero yo me acojoné.

Yo no soy un cagueta, puede estar segura, pero una cosa es ser valiente y otra tener todos los números para irte al otro barrio. ¿Sabe usted cómo

cojones se vacía un lago? Sí, sí, vaciarlo, tal como suena. ¿Sabe cómo se hace? ¿Cómo vaciaría usted un lago? Pues mire, muy sencillo, como si fuese el fregadero de la cocina, sacas el tapón y ya está. Pero, ah, cojones, primero tienes que poner el tapón, ese es el intríngulis. Ya me dirá quién es el guapo que va por debajo, quién se pone a preparar voladuras dentro de un túnel que va a dar al culo de un lago viendo que cada vez hay más humedad y que de un momento a otro puede reventar el techo. Sí, sí, tiene cojones la cosa. Si el torrente cede, el agua se te lleva y tururú, no lo cuentas. Después enchufan una válvula grande de cojones y todo está controlado, pero los que hacen el primer túnel debajo de los lagos, esos sí se juegan la vida. Caio lo hizo alguna vez, y además se ofrecía voluntario, que tiene cojones la cosa. Ya me dirá si la pobre Liduvina no tenía que vivir con el alma en vilo.

En el Valle de Arán hubo accidentes, sobre todo en el Llac de Mar, que no fue por el agua sino por respirar aquel aire tóxico de cojones que se mete en los túneles después de las explosiones. Siete obreros a tomar por culo de repente. Yo me acojoné y dije basta, ya había pasado un buen susto. Estaba hasta los cojones de vivir en barracones y de trabajar en un infierno de hielo, no se me había perdido nada en aquel valle de los cojones orientado hacia Francia, pensé. Y vine para aquí, a Xerallo a hacer cemento, que fue una decisión muy acertada. Y de aquí no me saca ni el Cristo de Balaguer. Vivo en Xerallo y quiero morir en Xerallo, no quiero hacer el imbécil como mi hermano, que aún se quedó más tiempo en Arties, sólo por el maldito dinero. Dijo: ahora que nadie quiere hacer este trabajo, ahora que pagan mejor, ahora es la mía. Ya me dirá usted si no tenía razón mi cuñada. Caio se jugaba la vida cada día, ya lo creo. ¡Y tanto que se la jugaba, qué cojones!

Hacia los años 62, 63 y 64, como todo aquello de Arties ya se terminaba, los que se despedían iban a Cardós a pasarlas putas para hacer lo mismo: kilómetros y kilómetros de túneles y venga a conectar lagos, que era el trabajo más delicado de todos. Y Caio, ¿no quieres caldo?, pues tres tazas. Volvió a meterse bajo un lago a hurgar, a ver si conseguía sufrir un accidente de una vez. Porque sí, por cojones, porque Caio era así.

*Mosén Antonino y Frank King, nombre artístico de José Sánchez Muakuku*

—¿Me ha mandado llamar, padre?

—Sí, pasa.

—¿Qué ocurre?

—Que este pueblo es muy decente.

—Yo también soy muy decente, padre.

—Pero eres negro.

—¿Y qué?

—¿Estás bautizado?

—Sí, claro. En Guinea. Mi padre es español y mi madre guineana.

—A ver, enséñame la fe de bautismo.

—Pero qué cosas pide, padre.

—Padre no, mosén. Con los bailes hay que andarse con mucho ojo. Bailando, bailando, los jóvenes pierden la cabeza.

—Yo sólo canto, no hago nada malo.

—Tú no has venido aquí para cantar el *Tantum ergo* o el *Perdona a tu pueblo, Señor*, ¿verdad?

—En la iglesia se canta lo de la iglesia, pero en las salas de baile hay que darle a la gente lo que quiere: boleros, chachachás, rock and roll... ¿Ha oído hablar del twist?

—No, ni ganas.

—Es lo que se lleva. Los jóvenes se pirran por bailar el twist.

—¡Y dale! ¡Eso es lo que me preocupa! No consiento que nadie corrompa a mis feligreses. Además, hoy no es un día para bailar.

—¿Cómo que no? Es la fiesta mayor del pueblo, ¿no?

—Hoy es la Natividad de la Virgen de Noguera. Por eso mismo íbamos a estrenar un armonio y por desgracia no ha llegado.

—¿Por eso está de tan mal humor?

—¡Tú me pones de mal humor! La Virgen María es la defensora de la pureza. Hacer bailar a las chicas es una profanación.

—Pues yo voy a cantar con mi grupo, tanto si le gusta como si no. Todas las entradas están vendidas.

—¿No te me pongas gallito o llamo a la Guardia Civil! ¿Cómo sé que estás bautizado?

—Porque se lo digo yo.

—Mi obligación es velar por la salud espiritual de mis ovejas. ¿Hay misioneros en tu tribu?

—¿Qué tribu ni qué misioneros! Me ofende usted.

—A los negros los bautizan los misioneros.

—Yo soy de la capital, de Bata, y mi padre era funcionario del gobierno español. Me llamo José Sánchez Muakuku.

—Los carteles no dicen eso.

—Mi nombre artístico es Frank King.

—No veo nada malo en llamarse Sánchez.

—Para cantar no sirve. En cambio Frank King tiene gancho. Viene de Frank Sinatra y Nat King Cole. ¿Ha oído cantar a Nat King Cole?

—No.

—¿Y a Frank Sinatra?

—Es un pecador y un descreído.

—Cantan como los ángeles, padre.

—No blasfemes.

—No tengo tiempo para discutir, padre. Tengo que cambiarme para la actuación.

—Padre no, mosén.

—Pues ya está todo dicho y arreglado, mosén.

—Tú no te vas a ningún sitio.

—¿Qué más quiere, a ver?

—Asegurarme de que eres un buen cristiano. ¿Has hecho la primera comunión?

—Sí, claro, como todo el mundo.

—¿Cuántos dioses hay?

—Uno.

—¿Cuáles son las personas de la Santísima Trinidad?

—Padre, Hijo y Espíritu Santo.

—¿Qué sabes de los enemigos del alma?

—Los enemigos del alma son tres: mundo, demonio y carne.

—¿Y las virtudes teologales?

—Fe, esperanza y caridad. Y las virtudes cardinales son cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Seguro que muchos de sus parroquianos no lo saben. Pregúnteles a ellos, pregúnteles.

—Te pregunto a ti. Si te digo Ave María Purísima, ¿qué me respondes?

—Sin pecado concebida.

—Padre nuestro que estás en los cielos...

—... santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Amén.

—Arrodíllate.

—¿Cómo dice?

—Que te arrodilles.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

—¿Para qué?

—¡Que te arrodilles!

—Esto es el colmo, padre.

—Misereatur tui omnipotens Deus, et dimissis peccatis tuis, perducatur ad vitam aeternam. Amen. Benedicat te omnipotens Deus, Pater et Filius et Spiritus Sanctus. Amen. Persígñate y levántate.

—¿Me puedo ir?

—Sí, pero no peques ni hagas pecar a mis ovejas.

—No, padre.

—Padre no, mosén.

OFICINA TÉCNICA DEL CAMPAMENTO CENTRAL  
DE COHISA EN NOGUERA

*Santi Vallory, Zep Vidal y otros trabajadores  
de los departamentos de geología, topografía y dibujo técnico*

Zep Vidal lee en voz alta *La Vanguardia*.

—«En la localidad de Arties, del Valle de Arán, en edificio anexo a la central que lleva este nombre, se ha inaugurado un nuevo salto hidráulico. El sistema puesto en servicio es alimentado por un caudal de 14 metros cúbicos por segundo y un salto bruto de 266,85 metros de desnivel, con una potencia generadora de 32 000 kilovatios hora».

—¿Doscientos sesenta y seis metros solamente? Pues vaya mierda.

—¿Quién lo inauguró? ¿Franco?

—No. «El jefe provincial de Industria». Ya ves, ni siquiera un ministro, ni siquiera un triste director general.

—¿Vendrá Franco a inaugurar la central de Llavorsí?

—Hombre, si repueblan el embalse de Tavascán con cachalotes para que los pesque Su Excelencia...

—Aquí no vendrá nunca. El Caudillo sólo inaugura las obras de la Enher.

—Son unos lameculos. Le han montado una mansión para él y para la Collares que parece el palacio del Pardo. Y, por si acaso al señor le apetece ir a cazar o a pescar, cada vez que viene le llenan los ríos de truchas y sueltan corzos y gamos por los montes de alrededor.

—Los deben de atar a todos por una pata para que en el No-Do puedan decir que el Caudillo no falló ni un solo tiro.

—La escopeta que tiene atascada es la otra. ¿Sabíais que Carmencita no es hija suya?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Coño, es el secreto de Facundo que lo sabe todo el mundo.

—Pues ¿de quién es hija?

—Del Espíritu Santo, no te jode. ¿Habéis visto alguna vez una foto de la Collares con la niña de pequeña?

—Dicen que Paquito sólo tiene un huevo, como Hitler.

—Yo diría que ni eso. Con esa vocecilla de vicetiple...

—Con huevos o sin, que suba hasta aquí y que Cohisa nos sirva un banquetazo.

—Eso. Con langosta y champán.

—Y coñac francés.

—Y café café, café de verdad, del que traen de Guinea para los que cortan el bacalao, y no los meaos esos que te dan en los bares.



—Y que traigan también unas cuantas mulatas.

—No, por favor, que no venga Franco. Ni aquí ni a Barcelona. Me pongo de mala leche sólo de pensarlo.

—¿Tienes miedo de que los hermanos Dinamita le llenen el culo de cartuchos?

—Tú eres nuevo y no sabes el cacao que se monta aquí arriba cada vez que Franco viene a Cataluña.

—Hostia, sí.

—No veo qué relación hay.

—Antes de las visitas de Franco, la policía limpia Barcelona de delincuentes y nos los manda para aquí arriba.

—¡Anda ya!

—Te lo juro. Cuéntaselo tú, Zep.

—Tiene razón. Nos traen lo mejorcito de cada casa para que trabaje en las obras mientras el Caudillo está en Barcelona o de visita por Cataluña.

—¿Y por qué aquí?

—Vete tú a saber. Porque esto es el culo del mundo, dejado de la mano de Dios.

—La última vez, trajeron unos cuantos de esos a los campamentos de Graus y Tavascán para que al menos no diesen la lata en los pueblos de más abajo, pero aquello era un guirigay. ¡Menuda gentuza! Ni la Guardia Civil que vino de refuerzo podía con ellos.

—Pues otra vez que envíen a la chusma a otro lado, al Valle de Arán, que está más lejos.

—Las obras de allí ya se han terminado.

—Coño, ya era hora. Yo me pasé allí mis buenos cinco años y acabé hasta la coronilla de tanta distancia y tanta nieve. Cuando no se queda bloqueado el túnel, la Bonaigua está imposible. Y muchas veces no se puede salir ni por un lado ni por el otro. Sólo puedes ir hacia abajo, pero ya me dirás qué coño haces en Francia si tienes la familia aquí.

—Por cierto, Santi, te toca ir a Arties.

—A mí, ¿para qué?

—A recoger material de topografía.

—Ya no queda nada.

—Toma. Ha llegado esta mañana: «A la atención de don Santiago Vallory. Por la presente se le encarga la evaluación y recogida de los equipos e instrumentos topográficos inventariados, registrados y actualmente en desuso tras la finalización de las obras del salto Arties-Aiguamoix...», etcétera, etcétera. Y te pedirán un informe del estado del material.

—Ya les dije que allí sólo quedaban trípodes rotos y ópticas estropeadas. No se puede revender ni de segunda mano. ¿Por qué me lo piden a mí y no a un estudiante o a un aprendiz?

—Te lo tomas como una excursión y ya está. La gente se muere de ganas de ir al Valle de Arán.

Zep lee *La Vanguardia*.

—«Tanto la presa de contención y distribución como la conducción de caudales en túneles cubiertos, así como el edificio de la central han sido realizados por la misma empresa constructora, invirtiéndose tres años en su construcción...».

—¿Tres años? ¡Y una mierda! ¡Hace veinte que empezaron a hacer agujeros en Arties!

—Calla, coño: «... con un promedio de dos mil obreros, que han utilizado la maquinaria pesada más moderna».

—De los dos mil obreros del Valle de Arán ya no queda ni uno. Aquí pasará lo mismo. Dentro de unos años, vete tú a saber cuánta gente sabrá que aquí ha habido tanto jaleo.

—Santi, cuando vayas para allá, apaga la luz. Serás el último.

JULITA LLAMBRÍ

*Antigua empleada doméstica al servicio  
de la familia Schwarzstein*

No la han engañado, no, es tan verdad como el sol que alumbraba. Que Dios me castigue y que me muera aquí mismo si miento. Es verdad de la buena, cuando Franco iba a Barcelona, antes hacían una limpieza de gentuza y los traían a trabajar aquí. Aquí a Llurri, no, no señora, más arriba, a Graus y a Tavascán, que allí tienen un destacamento de la Guardia Civil sólo para

vigilar a los obreros. Allí arriba es donde había más peleas, sólo faltaba que nos enviasen a los malhechores de Barcelona. ¡Menudo trabajo tenían los civiles para tenerlos a raya!

A Tomeua le dieron un buen susto. Ya le he contado que antes de servir en casa de don Max y doña Frau me contrataban de cocinera, para lavar, para coser. Y cuando Tomeua fue un poco más mayorcita también empezaron a contratarla para ayudarme en algunas casas del valle y para llevar recados de un sitio a otro. A los niños siempre se les mandaban encargos, y a las niñas, más: haz el dobladillo de estos pantalones, devuelve las tenazas a la tía Rafaela y de paso la ayudas a hacer el queso, lleva la merienda a los segadores y quédate para atar gavillas... Yo de niña era como ella, tenía el duende en el cuerpo, no paraba, y además me tocaba ir a buscar agua a la fuente, sí señora, que antes sólo tenían agua corriente algunas casas ricas, y no todas.

Un día envié a Tomeua a Aineto, ya no recuerdo para qué, y regresó cuando caía la noche. Mira que yo le tenía dicho que volviese siempre con luz de día, como se ha hecho siempre: te quiero en casa para el toque de oración. Tomeua era ya una pollita y con tantos hombres por la montaña, sola, de noche... Tuvo un susto bien gordo. Bajaba de Aineto y se tropezó con unos hombres, tres malhechores que me la agarraron, me la empujaron hacia un margen y le rasgaron la ropa. Suerte que Tomeua tuvo el instinto de chillar y la oyeron unos trabajadores de las obras que subieron corriendo y me la salvaron a tiempo, *pobreta!* Y de paso le pegaron unos garrotazos a uno de aquellos animales y le abrieron la cabeza. Una brecha así de gorda le hicieron. Cuando le conté el caso a don Max, se fue a ver a la Guardia Civil y se las tuvo con el Sapo, sí, sí, con el Sapo, sí señora. Don Max era muy recto, ya le he contado antes que no quiso hacer negocios bajo mano con el Búho, y con el Sapo no se trataban ni poco ni mucho, no señora. Me pidió que le acompañase al cuartel a poner una denuncia contra los que habían querido forzar a Tomeua, y el Sapo no le daba importancia, chiquilladas, decía, las chicas se asustan por cualquier cosa, pero don Max me hizo firmar la denuncia, se fue al campamento de Tavascán con Tomeua, y cuando encontró a un hombre con la cabeza vendada, Tomeua dijo: es este. Don Max no paró hasta que se los llevaron a los tres a la cárcel de Sort. El Sapo no lo pudo

digerir, no estaba acostumbrado a que alguien hiciese cumplir las leyes.

Todo esto se lo cuento para decirle que, cuando Franco iba de visita a Barcelona, ya sabíamos que nos enviarían a la escoria y no estábamos tranquilos hasta que se los llevaban para abajo otra vez. Pero no se crea que teníamos miedo de todo el mundo. Venían gitanos a vender ajos y cestos. Los cestos los hacían ellos mismos, sí señora. Acampaban en las afueras del pueblo y los civiles los vigilaban día y noche sin necesidad. Eran pacíficos. Los gitanos no hacían daño a nadie. Unos vendían cestos y otros hacían bailar una cabra y al final pasaban el platillo y la gente les daba alguna que otra peseta o dos reales. Para la feria de Tírvia venían más gitanos, con aquellos carromatos que les servían de casas, y bailaban y hacían más números. A la chiquillería nos gustaban mucho los gitanos, los hungros, los llamábamos.

Antes pasaba mucha gente; unos arreglaban relojes, otros recomponían paraguas; mujeres que vendían ungüentos, jarabes y aceites para los golpes, para cuando te hacías daño o te torcías un pie... También pasaba el afilador, un retratista que te hacía una foto y te la daba el mismo día, un camión que vendía lechones para que los engordaran en las casas... Había un cura que recaudaba dinero para las vocaciones y siempre intentaba llevarse a algún chico al seminario. No tengo noticia de que pescara a alguno por la zona, pero era el sistema que se usaba entonces. Y también pasaban unas monjas para pedir caridad para los pobres. La gente les daba dos reales para quitárselas de encima, pero doña Frau, que era protestante pero muy señora, daba cinco duros al cura de las vocaciones y diez duros a la monja, la hermana Por el Amor de Dios, como la llamábamos. Y al Xiulit le daba siempre ropa vieja de su marido, pero no le dejaba poner los pies en su casa.

¿El Xiulit? ¡Ah, era todo un personaje Jan Xiulit! No sé cómo se llamaba de verdad ni de dónde venía. Iba de un sitio a otro, un día decían que lo habían visto en Espot y al cabo de unos días en Isil, o que lo habían visto viniendo hacia aquí desde Llavorsí. ¿Sabe por qué le llamaban Jan Xiulit? Pues porque silbaba muy bien y muy fuerte. Entraba en las casas y, en lugar de llamar, silbaba. Y decía: salud para la buena gente de esta casa. Entraba siempre por detrás, por el huerto o por la cuadra. Y no le hacía falta pedir nada. La gente le daba de comer y le dejaban dormir en algún rincón de la casa o en la cuadra. Aquí le daban un mendrugo de pan, allí una manzana, en

otra casa un trozo de chorizo, en otra una corteza de queso seco, un resto de bizcocho... En invierno no le faltaba nunca un plato de sopa ni un cuenco de leche caliente, pero él no lo pedía nunca, no señora. Y salía tal como había entrado: salud para la buena gente de esta casa.

Jan Xiulit pedía sin pedir, pero tampoco ofrecía nada a cambio. Yo no recuerdo haberlo visto nunca partiendo leña para alguien o ayudando a la hora de esquila las ovejas o llevando recados de una casa a otra. El único trabajo que hizo fue ir a todas las casas del valle, una a una, pueblo a pueblo, para repartir propaganda de la Santa Misión. No sé qué tratos había hecho con mosén Antonino, ni de dónde salieron aquellas hojas que llevaban impreso el programa de actos de la Santa Misión. Rosarios, sermones y cosas por el estilo que tanto le gustaban al cura. Decía con letras bien grandes que se estrenaría un armonio nuevo en sustitución del que quemaron los rojos en la guerra. Así lo decía, los rojos, tal cual, sí señora. Lo pagó don Max, pero el cura no quería que se supiera.

PISO DE LA FAMILIA PERIQUET.

HABITACIÓN DE MATRIMONIO

*Caio Periquet y su mujer, Liduvina*

Caio y su mujer se desnudan para acostarse.

—Te lo prometo. Hasta fin de año como máximo.

—Y después volvemos a Espui.

—Que sí, mujer. A Espui o a donde quieras.

—No aguanto más obras. Júrame que volveremos a la Vall Fosca.

—Te lo he jurado una y mil veces. ¿Por qué no me crees?

—¡Es que ya estoy de obras hasta la coronilla! ¡Tengo tantas ganas de vivir como una familia normal! Sólo te pido eso.

—Pues, mira, yo también te quiero pedir algo.

—¿Qué?

—Que no molestes más a la niña.

—¿Yo?

—Ese chico, Agustín, es muy serio, muy cabal.

—¿Para eso te has matado a trabajar, para que tu hija se case con un don nadie que acaba de llegar?

—¿Te crees que son mejores los chicos de aquí?

—Yo a los de aquí por lo menos los entiendo. Los forasteros nunca sé qué dicen.

—Forasteros o de aquí, da igual. Fíjate en Reyes, está a punto de casarse con la hija de un guardia civil y no dirías nunca que son de fuera ninguno de los dos.

—Preferiría que la niña saliera con un guardia civil que con un carrilano.

—¿Por qué le tienes tanta manía? Agustín viene de una familia humilde, ¿y qué? Nuestra familia también es humilde. Pero él no se conforma, es ambicioso y tiene mucha voluntad. Está haciendo los cursos de aparejador por correspondencia.

—Ya, ya. ¿Estás seguro de que sabe leer?

—Liduvina, ¡por el amor de Dios! Aunque no supiese hacer la o con un canuto, si la niña le quiere, nosotros no tenemos que meternos para nada.

—Yo querría alguien de más categoría para ella.

—No encontrarás a ningún otro más decidido y voluntarioso que Agustín. ¿Cómo crees que hizo el bachillerato? Trabajando de día como un animal y arañando horas a la noche. Se ha propuesto ser aparejador y puedes estar segura de que lo será. ¿No te has fijado en que se pasa más rato con los libros y con las clases que le da Santi que con tu hija?

—Sí, ya veo que no le hace mucho caso. ¿A eso le llamas un buen partido?

—La niña también se sacrifica, porque le quiere, y sabe que es bueno para los dos que Agustín llegue a ser aparejador.

—No hace falta ningún título para casarse.

—¡Basta ya, Liduvina! Te he prometido que pronto volveremos a Espui, y tú tienes que prometerme que si la niña quiere casarse con Agustín, tú no le quitarás la ilusión.

—¿Qué remedio!

—Coño, así no vamos a ninguna parte. Si de verdad la quieres, deja de poner esa cara de vinagre cuando te hable de Agustín.

—Es que yo quiero lo mejor para ella y para el niño. Son mis hijos, Caio.

—Pues a Agustín tienes que quererlo también como a un hijo. Vive lejos de su tierra y nos necesita más que si fuese de aquí. ¿Me prometes que harás un esfuerzo?

—Bueno.

—¿De verdad?

—Que sí, hombre.

—Ahora que estamos de acuerdo, dejémonos de morros delante de los hijos y de discutir siempre por lo mismo. Piensa que en 1966 todo será distinto y que quizá la niña incluso nos dé un nieto.

—Qué mayores se han hecho, Caio. No me lo quito de la cabeza.

—Nosotros también nos hemos hecho mayores.

—Sí, y siento haber perdido tantos años detrás de las obras.

—Liduvina, ¡otra vez, no!

—No, pero ya sabes lo que pienso. ¿Y cuándo será la boda? ¿Sabes si ya han hablado con mosén Anto...?

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada. Un dolor aquí...

—¿Tienes el periodo?

—No.

—¿Pues qué es esta mancha?

—Hace unos días que tengo pérdidas.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Los hombres os asustáis por nada.

—¿Todo esto es sangre?

—¿Lo ves como te asustas?

—¿Se lo has comentado al doctor Clua?

—Son cosas de mujeres. Qué sabrá él.

—Ahora mismo le aviso.

—Pobre de ti.

—Pues vamos al hospital.

—¡Sí hombre! ¿Cómo quieres ir al hospital de Tresp a estas horas? Yo no me muevo de aquí.

—Si el médico dice que tenemos que ir, iremos, sea la hora que sea.

—Que no, que ya se me pasará.

—Échate y no te muevas. Voy a avisar al doctor Clua.

Se pone la americana rápidamente y los pantalones encima del pijama y se va.

REYES JIMÉNEZ, MÍSTER PELTON

*Antiguo trabajador de Cohisa y de Fecsa*

No sé qué tienen los lagos que le embrujan a uno, están tan quietos y el aire es tan puro... Cuando hacía de listero en Canalada, me moría por bajar y olvidarme del río y de la rutina del campamento. Aquello era como la mili, todo el mundo esperaba el fin de semana para largarse y divertirse o, como era mi caso, para encontrarme con mi novia, que vivía en Noguera. Los días pasaban muy despacio si no podía verla. Todo nuestro noviazgo fue un rosario de sólo vernos los fines de semana, y no todos, hasta que nos casamos. Entonces dije basta, no subo más a Canalada.

¿Sabe qué recurso tenía yo para calmar la impaciencia? Cuando tenía un rato libre subía por un caminito que va haciendo eses hasta el lago de Romedo, el grande, el de más arriba, que estaba justo encima del campamento, y me pasaba mucho rato allí sentado, mirando el lago. Contemplaba cómo se reflejaban las nubes y, no sé cómo decirle, aquella quietud se me metía muy adentro y después volvía al campamento como si hubiese hecho una cura de reposo. Una vez llevé a mi novia allí arriba, le quería mostrar el campamento y la hice subir hasta el lago de Romedo. Nos sentamos en unas rocas y recuerdo que hacía una tarde tan tranquila, tan clara, con aquella luz tan limpia del Pirineo... Le regalé la islita que hay en medio del lago, una islita pequeña con un pino negro en el centro. Cosas de enamorado. Le dije: te la regalo, vendré aquí para mirar esta isla y este pino que me recordarán a ti; desde ahora será la isla Carolina y se llamará así hasta que yo me muera.

Disculpe esta efusión personal, pero es que llevo el lago de Romedo en el corazón. De vez en cuando necesito subir y pasar unas horas allá en medio del silencio de las montañas. Si alguna vez sube lo entenderá; si pilla un buen día, siéntese un buen rato junto al lago y no piense en nada, dedíquese a mirar



el agua, el cielo, el perfil de las cumbres, el valle... Pruébelo y al bajar se sentirá relajada, como nueva. Yo aún me emociono cuando miro la isla Carolina y veo cómo va creciendo aquel pino que entonces era muy joven. En Romedo tomé la decisión: basta, nos casamos de una vez y pediré un trabajo menos esclavo, ya estoy harto de vivir aquí arriba. Lo planteé a la empresa y me dijeron que sí, pero que me esperase al cale, y yo lo acepté sin saber que aquel cale estaba maldito. Sólo faltaba que quisiese asistir don Juan March. Por su culpa, todo el mundo iba de cabeza.

Sí, mi mujer se llama Carolina. Era hija de un guardia civil destinado en Noguera. En Noguera había una casa cuartel de la Guardia Civil que daba pena. Era un caserón vetusto, ruinoso, frío como una nevera. Allí vivían guardias solteros y guardias casados en unas condiciones lamentables, créame, lamentables. No piense que los guardias de Tírvia o de Tavascán vivían mejor, las casas cuartel estaban igual de deterioradas en todas partes. En Noguera, las familias de los guardias vivían en unos pisitos minúsculos que estaban metidos con calzador dentro de la casa cuartel. Se te caía el alma a los pies cuando entrabas allí. Dentro faltaba espacio. No sé si decirle que aquello no se ventilaba lo suficiente o se ventilaba demasiado, porque en invierno el aire entraba por todas partes. Yo le decía a Carolina: tú aquí abajo con el frío que se mete por las rendijas y yo allí arriba con la ventisca, parecemos esquimales.

No, lo siento, de eso no quiero hablar. Las cosas que sé de la Guardia Civil me las llevaré a la tumba. Las buenas y las malas, que para rescatar a alguien en medio de una inundación o para buscar a un excursionista perdido se jugaban la vida. Pero no le contaré nada. Sólo le diré que mi mujer tuvo que aguantar mucho. Era huérfana de madre, y su padre, al quedarse viudo, se descontroló. Bebía como una cuba, le llamaban el As de Copas, con eso se lo digo todo. A Carolina la ayudó mucho la familia de otro guardia al que llamaban el Aragonés, pero cuando empezó a salir conmigo le entraron unas ganas locas de ir a vivir a una casa normal. Tuve que esperar al famoso cale para sacarla de allí. Entonces no era como ahora, que la juventud se va de casa y las parejas se rejuntan antes de casarse. No, antes no era tan fácil saltarse las normas a la torera. Y aún menos con un suegro guardia civil.

¡Claro que conocía al Sapo! Pero no insista, señora. No le diré nada más.

Ni del Sapo ni de nadie. Ahora bien, si quiere información de Cohisa y de Fecsa, toda la que quiera. Empecé como listero y fui saltando de un puesto a otro, primero en Cohisa y después en Fecsa hasta que me jubilé.

Lo de Míster Pelton vino más tarde. En Canalada todo el mundo me llamaba por el nombre: Reyes. Siempre pasa lo mismo, a la gente le extraña, hay gente que se cree que es un nombre de mujer, pero después, Reyes por aquí, Reyes por allá, y todo el mundo se acostumbra a ello. Yo fui de los pocos que se quedaron cuando se acabaron las obras. Pasé a Fecsa y trabajé en las centrales de Tavascán, de Llavorsí y de Montamara, en todas las del valle. ¿Picando piedra? No, no, qué va, anotando y comunicando los datos, cuando todo el control de la producción de electricidad se hacía allí mismo, en las propias centrales. Ahora no, ahora lo llevan todo desde Barcelona, con un panel lleno de ordenadores. ¡Tanta gente que trabajó aquí y ahora no hace falta nadie! Sólo cuatro gatos para revisar y limpiar un poco. Y yo, Míster Pelton, un romántico de la energía hidroeléctrica que viene de visita de vez en cuando.

#### TELECLUB DE NOGUERA

*Los hermanos Dinamita, gente de los pueblos del valle  
y trabajadores de Cohisa*

Como es habitual los días de fiesta, hay más hombres que van endomingados, con americana y una corbata que los ahoga, pero hoy todos van más repeinados y mejor afeitados. Las chicas saben por qué. Les ha salido una rival inesperada, la chica nueva del bar del teleclub.

—¿Cómo se llama? ¿Núria?

—Mercè, me parece.

—A mí me han dicho que se llama Elisenda.

—A ellos les da igual. La sacan a bailar, pero es como si no estuviésemos. Sólo tienen ojos para ella.

—No sé qué le ven.

—Nena, ponte gafas. Es clavada a Brigitte Bardot.

—¡Pero qué dices! Es esa ropita tan ajustada y ese escote lo que los lleva

de culo.

—Y que es simpática, mira tú. Si los hombres te dicen cosas y tú sonríes y haces poses, te los metes en el bolsillo.

—Míralos cómo babean.

—Tu Antoñito también. No se mueve de la barra.

—Chicas, ¿bailáis?

Una de las chicas acepta la invitación y se coloca en medio de la sala donde están las parejas que bailan las canciones de moda. Pero hoy el centro de atención está en la barra.

—Niña, un coñac.

—Para mí un chato, preciosa.

—Un carajillo de anís. Dime una cosa: ¿de dónde has sacado esos ojazos?

—A mí, ahora me toca a mí. Un cubalibre.

—¡No, yo! A mí, un quinto.

—¡No empujar, coño!

—¿Me pones un quinto, guapa? Eres nueva, ¿no? ¿Cómo te llamas?

—Eso, eso, ¿cómo te llamas?

Aprovechando que se ha acabado una pieza de baile, el Dinamita Bizco hace una afirmación en voz alta que suena a sentencia.

—Se llama Perla.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque salta a la vista.

Se dirige a su hermano.

—¿No te parece que esta preciosidad es perla fina?

—Mismamente.

—Pues dale.

Mientras el Cojo se acomoda la guitarra el Bizco carraspea, se oyen las peticiones habituales.

—*¡Soy minero!*

—*¡Shhh!*

—*Que cante ¡Soy minero!*

—*¡Callarse todos!*

Se hace un silencio expectante. Todo el mundo se aparta, dejan un pasillo respetuoso hasta que los dos hermanos se plantan delante de la nueva

empleada del bar. El Dinamita Cojo puntea la guitarra con una agilidad de virtuoso y al cabo de un rato el Bizco se arranca con delicadeza, como si cantase al oído de la muchacha.

—«Tu carita es peeerla finaana, mora con almaaaa-aaaaaaaaa cristiana. Tu carita es perla finaana, mereceeeeeees por lo divinaaaa-aaaaaa que te nombreeee-eeeen la sultana de la Alhambraaaa-aaaaa-aaa granaíiii-iiiiiii-iiiiiiii-iiiiina».

AMADEU CASAS, MITUS  
*Natural de Ainet de Cardós*

Desde aquel mismo instante todo el mundo la llamó la Perla Fina y nadie se preocupó más de saber cómo se llamaba de verdad.

Trabajaba en el bar y era jovencita, simpática, con unos ojos azules que, oiga, parecía salida de una película. Todos queríamos hablar con ella, bailar con ella, invitarla. Y ella jugaba a aquel juego, se dejaba conquistar y aún nos encendía más. Las familias iban al teleclub a distraerse y a pasárselo bien, pero los hombres, sobre todo los jóvenes, íbamos por ella, nos pirrábamos por estar cerca de ella o para verla pasar. Íbamos detrás de la Perla Fina como un enjambre de abejas, todos a la vez. Yo no lo presencié nunca, pero decían que si el cura se la encontraba por la calle la reñía porque llevaba unos vestidos demasiado ajustados y porque no iba nunca a misa. Se ve que todas las mujeres del pueblo le tenían ojeriza y se quejaban al cura porque decían que aquello era un escándalo. Un escándalo precioso, créame, con un cuerpo de los que quitan el hipo. Un servidor se lo cuenta a usted tranquilamente porque es un recuerdo de juventud muy hermoso, pero mi mujer aún le guarda rencor a la Perla. La envidia es muy puñetera, ya lo creo.

Todo esto pasó cuando el teleclub era la plaza mayor de todo el valle de Cardós, el centro del mundo, como si dijésemos. La misma empresa que tenía el local y que se encargaba del cine y del baile puso un servicio de furgonetas para recoger a los trabajadores de los pueblos cada domingo y llevarlos de vuelta después. No se puede usted imaginar cómo estaba esto los días de fiesta. Daba gusto pasear por la carretera, con tanta gente de aquí para allá. Ni

las Ramblas de Barcelona, oiga. Por un duro tenías dos películas y el No-Do. Y si había baile, ¡para qué le voy a contar! Te pasabas la tarde moviendo el esqueleto.

Pero ¿sabe una cosa? Antes de este teleclub hubo otro. La gente ya no se acuerda, pero en aquella época sólo cuatro gatos tenían tele. Había una en el hostel nuevo, en alguna casa rica y pare usted de contar. Entonces alguien de Cohisa movió unos cuantos hilos para que nos diesen un televisor, uno de los primeros que daban en toda España. Aquello fue como si nos hubiese tocado la lotería. Dar, sí, gratis, que lo regalaba Fraga Iribarne para tener a la gente entretenida. Quizás usted ni siquiera sepa quién era Fraga Iribarne. Un pez gordo, sí, de esos que cortaban el bacalao. Cuando era ministro subió unas cuantas veces al Pirineo, pero nunca puso los pies en Cardós. Aquí nunca vino nadie, ni Franco, ni Fraga ni ningún pez gordo, salvo don Juan March. Se quedaban en Sort o pasaban de largo por Llavorsí para ir al Valle de Arán. Fíjese, por una vez que nos concedieron un televisor, tuvimos que ir a buscarlo nosotros mismos.

Fuimos el alcalde de Noguera, el jefe de personal de Cohisa y un servidor. No, no, qué va, en una tienda no, qué dice. Aquello era propaganda del régimen, claro. Lo daba el Gobierno Civil, y parecía que daba limosna a los pobres y encima tenías que poner buena cara. Allí que nos fuimos a Lérida a aquella especie de palacio que hay junto al Segre. Incluso salimos retratados en *La Mañana* en el momento en que el gobernador civil en persona nos entregaba el televisor. Era un Philips bastante grandecito para la época, que luego no había forma de meterlo en el coche.

¡Todo un éxito, oiga! Costó un poco ponerlo en marcha, pero en Cohisa había técnicos de todo tipo y entre todos acabamos de encontrar el punto para que se viese más o menos bien. No, no, en el teleclub, no. Mejor dicho, sí, en el teleclub, el primero, el del campamento de Noguera. Es que hubo dos teleclubs, porque, ¿sabe usted lo que pasó? Pues que todo el mundo quería ver la tele, y allí dentro del barracón que llamaban la cantina no se cabía. Entonces fue cuando abrieron el grande en el pueblo, que también hacía las veces de cine, de teatro, de sala de baile, vaya. Aún existe, y todo está como antes, con los tres arcos de piedra, la barra, la chimenea, un rinconcito con unas butacas para leer libros y periódicos... ¡Qué recuerdos tan buenos! Del

teleclub salieron unas cuantas parejas, como la de un servidor sin ir más lejos, pues conocí allí a mi señora. Es de Ainet de Besan, del otro valle, porque la juventud de la Vallferrera también venía aquí a divertirse. Son cosas del destino. ¿Usted cree en el destino? Yo sí. Si no llega a ser por las obras y por el teleclub, yo quizá no habría conocido a mi señora y quizá me hubiera ido a ganarme la vida a Tremp o a Lleida.

Ahora estas cosas no ocurren porque no hay cine, ni baile ni nada de nada. No hay gente, esa es la cosa. Deje que me explique, gente sí que hay, la de los pueblos, pero en comparación con aquellos tiempos somos cuatro gatos. Las chicas de aquí que se casaron con trabajadores de Cohisa después se fueron con ellos. Nos dejaron aún más solos como quien dice. Nos quedamos sin trabajo y sin mujeres casaderas. Ahora que no me oye mi señora, le diré con franqueza que la juventud se tiene que aprovechar al máximo, porque las alegrías duran poco. La Perla Fina no estuvo mucho aquí y a mí me quedó el reconcomio de no haber intentado algo bonito con ella. Quiero decir haberme atrevido. Y mire que la tuve..., cómo le diría. Fue un día que en el teleclub todo el mundo estaba muy animado, como si nos hubiésemos vuelto todos locos, y nos pusimos a bailar la conga. ¿La conoce? Es muy divertida. Cada uno se agarraba al de delante, chicos y chicas, así, y yo también, en medio de la fila. En estas que miro a la barra y veo que la Perla Fina se estaba muriendo de ganas de unirse al jolgorio, y ¿sabe qué hago? Salgo de la fila y me voy directo hacia ella... Perdone, ya se lo contaré en otro momento. Acaba de llegar mi señora. Si me oye hablar de la Perla Fina, me tirará este jarrón a la cabeza.

PUERTO DE LA BONAIGUA

*Santi Vallory y Rossita*

Rossita y Santi contemplan el paisaje desde la cruz de la cima del puerto. Él la estrecha contra el pecho, ella apoya la cabeza en Santi y lo ciñe por la cintura con ambos brazos. Un viento leve les roza la cara, y ese mismo viento que comba la hierba y peina todas las briznas con una uniformidad constante despeina a Rossita y le revuelve unos mechones de cabello indómitos.

Santi saca de la chaqueta un paquete envuelto en papel de seda.

—Toma.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Rossita abre el paquete con una curiosidad ansiosa y despliega un pañuelo de cabeza estampado de flores rosas y amarillas.

—¡Oh, Santi, es precioso! Cómo se te ha ocurrido...

—Póntelo. Te irá perfecto con este viento.

—¡Tramposo! Por eso querías que nos parásemos aquí.

—Claro. Aquí siempre sopla viento. Quiero que tengas un recuerdo de este día tan bonito.

—¿Dónde lo has comprado? ¿En Noguera?

—No, lo he comprado hoy en Viella. Te he engañado, he dicho que iba al estanco a comprar celtas. Yo no entiendo mucho, pero me ha parecido que este te gustaría.

—Por supuesto que me gusta. Siempre que me lo ponga será para que tú lo veas.

—¿No le parecerá extraño a tu marido?

—Jaume nunca se fija. No sabe ni siquiera qué ropa tiene.

Rossita dobla el pañuelo para convertirlo en un triángulo, se lo coloca en la cabeza y, antes de anudárselo a la barbilla, se asegura de que todo el pelo le quede recogido. El viento agita la punta libre del pañuelo y los mechones que quedan sueltos en la nuca, como si quisieran liberarse.

—¿Qué tal?

—Ven aquí.

Santi la besa en los labios y ambos se funden en un beso largo y suave que se deshace y se retoma varias veces hasta que se quedan enlazados mirando el paisaje en silencio. El sol declina a su espalda, pero baña aún la cima del puerto. La cumbre de las montañas tiene una luz pajiza que se confunde con la hierba tostada, quemada ya por el frío nocturno.

La corriente de aire se intensifica y recuerda que el pasillo que comunica el Pallars con el Valle de Arán es un territorio de lucha perpetua entre los vientos de un lado y del otro. Aquí y allá pequeños ventisqueros conservan nieve de inviernos pasados. Desde el fondo del valle, que empieza a

ensombrecerse, sube la cinta estrecha de la carretera en una sucesión de curvas encadenadas. Allí abajo se ve un camión que desciende y que en algún momento se encontrará con otro que sube asfixiado. Desde la distancia parece que no hay suficiente espacio para que puedan pasar sin rozarse el uno al otro.

—Esta mañana, cuando subíamos, pensaba: ¿y si nos encontramos el autocar de la Alsina Graells en una curva y nos vamos todos abajo?

—Ya te veías muerta.

—No, viva. Pensaba que, si teníamos un accidente, cómo le explico yo a Jaume que estaba en el puerto de la Bonaigua. Le he dicho que iba a Sort a graduarme la vista.

—No te imagino con gafas.

—Veo perfectamente. Pero es una buena excusa para bajar. De todas formas he comprado una cafetera orolei de ocho tazas y un hule nuevo para la mesa del comedor. Quiero que parezca que me he pasado el día en el mercado y en las tiendas de Sort.

—¿Y si a Jaume se le ocurre ir a buscarte?

—Jaume nunca me acompaña ni me viene a buscar. Sería la primera vez que lo hace. Además, hoy iba a pasar cuentas con un socio o con un cliente, un tal Solano de Balaguer, y pueden pasarse allí todo el día. Y tú, ¿qué dirás?

—Qué quieres que diga. Yo he venido a trabajar, a recoger cuatro trastos de topografía que podrían tirarse, pero mira por dónde, ha sido una suerte que me mandasen a mí. ¿Tienes frío?

—Sí. Y no quiero llegar tarde. El camión de la leche no espera a nadie. Si eres puntual, vale, pero si no, ya te apañarás.

—¿Cuánto te cobra Avelino?

—Cinco duros para ir y volver de Noguera a Sort.

—¿Cinco duros? ¡Vaya cara que tiene!

—Es baratísimo. Y mil pesetas aún me parecería poco para un día tan bonito.

—Pero ¿qué te pasa?

—Nada, nada.

—¿Lloras?

—Claro. He sufrido tanto y he llorado tanto, que me apetece llorar.



Porque estoy contenta.

—Me gustaría recordarte siempre así, con esta mirada que no se sabe si ríe o llora y el viento que te deja la cara limpia, y con mi pañuelo en la cabeza que te hace más joven y más alegre. Pareces una de esas turistas francesas que vienen a pasar el verano a Noguera y que sólo por la forma de vestirse y de tratar a la gente ya se ve que vienen de otro mundo. Es como si nos dijese que se puede vivir de otra forma, que con más libertad eres más feliz. Si fueses francesa, te podrías divorciar y empezar una nueva vida. No te imaginas lo que me gustaría tenerte junto a mí cuando me levanto y estar cerca de ti cuando trajinas por la casa. Me bastaría con muy poco, sería el hombre más feliz del mundo si pudiésemos tener una vida normal de marido y mujer. Estaría todo el día mirándote y pensaría: hace el café para mí, dobla las camisas con esa perfección para mí, escoge los mejores huevos de las mejores gallinas para mí, llena la casa de flores para alegrarme la vista, pone bolsitas de espliego en los armarios para que durmamos en sábanas perfumadas...

—Lo único que deseo es sentirte siempre como ahora. Quiero oír tu voz, que me trastorna como si me llenases de besos. Cuando estoy en la cocina y te oigo hablar con Zep, pienso que con esa voz podrías enamorar a todas las mujeres del Pallars, y me digo a mí misma: habla más, Santi, continúa hablando.

—¿Y si hablo para decir que tendríamos que bajar ya?

—Tienes razón. Pero hasta Sort ve contándome cosas.

—¿Qué cosas?

—Me da igual. De topografía, por ejemplo. Dime para qué sirven todos esos aparatos que llevas ahí detrás.

—¿Los teodolitos? Con eso se miden los ángulos y se hacen cálculos para poder levantar los planos.

—Qué palabra tan bonita: ¡teodolito! Parece el nombre de una persona sabia. Venga, cuéntamelo todo de los teodolitos.

Se dirigen hacia el land-rover 109, aparcado junto a la mole de piedra con aspecto de castillo que construyó la Productora de Fuerzas Motrices. Antes de entrar en el coche, Rossita se quita el pañuelo de la cabeza y el viento la acomete por la espalda, le revuelve el pelo hacia delante y le deja el cuello al

descubierto. No puede reprimir un escalofrío.

Antes de incorporarse a la carretera con el land-rover, Santi deja pasar un camión Ebro B35 cargado de animales, el mismo que han visto antes subir por las curvas del puerto con tanto esfuerzo. El sol cae deprisa.

DESIDERI PERIQUET

*Hermano de Caio Periquet*

Si no fuese por las compañías de la luz, en la Vall Fosca no quedaría ni una rata. La electricidad obligó a hacer carreteras y dio trabajo a un montón de familias. Sin las obras, no habría existido la Primera de Flamisell, padre no habría sido chófer y quizás habría emigrado a Barcelona o a la Argentina. Después de la guerra todo estaba muy jodido y tanto yo como mi hermano tuvimos la suerte de las hidroeléctricas. Fuimos al Valle de Arán, a la cuenca del Garona, que ya le he contado que allí arriba hacía un frío de cojones. Cuando ya estaba hasta los cojones, vine para aquí. Caio aún se quedó un tiempo allá y después se fue a Cardós. Ya ve, un Periquet en cada lado, pero los dos nos ganábamos el jornal gracias a las hidroeléctricas.

No, aquí no hay centrales ni presas. Están en el otro Noguera, si va a Pont de Suert y sigue hacia abajo por la nacional buena y no por esta carretera de mierda que da vergüenza, pasará por Escales, que es un embalse de cojones. Y más abajo, por los de Canelles y Santa Anna, que también son enormes. Yo he visto cómo hacían todo aquello, lo construyeron los de la Enher en los años cincuenta. Usted no sabe la cantidad de hombres que trabajaron allí. Mire, Pont de Suert antes no era nada, pero con las obras vino gente de todas partes y Pont de Suert creció tanto que se construyeron barrios nuevos, enteros, sólo para los trabajadores.

¿Usted se atrevería a calcular cuánto cemento vertieron en cada presa? Tienen una altura de cien metros y una base tan ancha como un campo de fútbol. Con eso ya se lo digo todo. Calcule. ¿Y de dónde salía el cemento? Pues de aquí. La Enher compró las canteras de aquí al lado y entonces hizo una fábrica grande de cojones. No me negará que es como una catedral. La chimenea sacaba humo todo el día, y los hornos rotatorios, que eran dos, no

se paraban nunca. Hoy la gente se queja de los humos, del polvo y del ruido, pero para nosotros aquel runrún era, cómo se lo diría, era como estar en casa, nos daba confianza, nos hacía compañía. Tiene cojones la cosa, ¿no?

Pregunte por el cemento de Xerallo y por la marca Pirineo. Todo el mundo le dirá que era el mejor cemento que se fabricaba en España. ¿Sabe por qué? Pues porque don Victoriano Muñoz, que era el alma y el cerebro de la Enher, era muy exigente. Venía aquí y no hacía como los otros peces gordos del régimen, que venían a inaugurar pantanos, a pescar truchas y a pegarse unos festines de cojones, no, don Victoriano pasaba revista a todo personalmente. A los jefes se les ponían los huevos por corbata, pero a nosotros aquellas visitas nos iban de cojones. Don Victoriano hizo construir las casitas de los trabajadores, una escuela, comedores... Teníamos médico, cine, teníamos una iglesia pequeña pero cojonuda, más moderna incluso que la de Pont de Suert. Entonces era cuando mi cuñada, Liduvina, quería que Caio dejase las obras de Cardós, y yo le decía a mi hermano: ven aquí, cojones, que aquí hay trabajo seguro y no te juegas la vida. Un poco de polvo, y un poco de ruido, pero te acostumbras. Peor es pasarte horas y horas metido en un túnel, que acabas hasta los cojones. Lo digo yo, que sé de qué hablo, ¿sabe? Caio dudaba si venir o no venir, pero entonces todo se fue al carajo y la cosa no pasó de aquí. Yo estoy seguro de que don Victoriano le hubiese conseguido un buen empleo, porque era todo un señor, un hombre de palabra. No como los hijos de puta que vinieron después. Si yo mandase, los colgaría a todos por los cojones.

Cuando la Enher hubo terminado las presas del Ribagorzana, la fábrica continuó haciendo cemento, el mejor de España, se lo digo yo. Pero a los otros fabricantes catalanes de cemento del Pirineo les tocaba demasiado los cojones y compraron Xerallo en 1971. Como aquí se hacía el mejor cemento de España y el más barato, entre todos compraron la fábrica que les hacía la competencia. ¿Y qué hicieron? ¿Aumentar la producción? ¿Ampliar la fábrica? No, mujer, no. Todo lo contrario: la cerraron. Por eso la compraron aquellos hijos de puta, para cerrarla. Automáticamente el precio del cemento se disparó. ¡Tócate los cojones! Los de siempre, podridos de beneficios sin salir de Barcelona, y en el Pallars, un montón de familias en el paro. ¡Qué cojones, qué santos cojones hay que tener para hacer una canallada como esa!

A todos esos capitalistas los querría ver cargando y descargando camiones de sacos de cemento Pirineo, que pesaban cincuenta kilos. Poca broma, eh, cincuenta kilos son muchos kilos, que te dejan la espalda jodida para el resto de tu vida. Los ricachones a trabajar como mulas y los trabajadores a fumar puros en un despacho, a ver si aprenden qué cojones se siente cuando te pasas la vida matándote a trabajar y se te quitan de encima a patadas, como cuando se te mete una gallina entre los pies.

Aquí tiene el *Titanic* del Pirineo. No me diga que no se parece al *Titanic*, con esa chimenea que parece el palo de un barco que se hunde. Sí, sí, haga tantas fotos como quiera, pero tenga cuidado, si se da un tortazo no me diga que no la he avisado.

Cuando pusieron a la venta las casas de los trabajadores, yo me compré esta. Como puede ver, están todas arregladitas y da gusto ver toda la calle, ha quedado bastante apañado, no parece que esto antes estuviese lleno de polvo de cemento. No sé si ha visto que en la entrada pone Zona Residencial Xerallo, que tiene cojones lo de residencial. Fíjese, hay un dibujo de una cabra salvaje, la misma que había pintada en los sacos del cemento Pirineo, que ya le digo que era el mejor cemento de España. Hombre, un poco residencial puede que sí lo sea, pero demasiado tranquilo para mi gusto. Echo de menos el runrún. Vine para trabajar y me largué cuando cerró la fábrica, pero he vuelto, y de aquí a Desideri Periquet no lo sacarán si no es con los pies por delante. Se lo juro por mis cojones.

CASA SEBASTIANET

*Santi Vallory, Agustín y Jaume, el de la Madera*

Jaume lee *El Correo Catalán* en la mesa del comedor. En otra mesa más pequeña, adosada a la ventana, Santi ayuda a Agustín a hacer los ejercicios del curso de aparejador por correspondencia. Le instruye sobre el funcionamiento de la regla de cálculo recién estrenada.

—¿Tiene funciones trigonométricas?

—Pues claro. Y también logarítmicas y exponenciales.

—Uf, el tiempo que voy a ahorrarme con esto.

—Al principio, no. Tienes que estudiarte el manual con mucha atención. Y practicar, practicar mucho. Ya te aviso que te va a costar, pero cuando le cojas el tranquillo ya no sabrás hacer nada sin la regla.

—No sé cómo agradeceréelo, don Santiago.

Santi habla con un celta colgando de los labios.

—Coño, Agustín, ¿otra vez? Tutéame, hombre, que no soy tan mayor.

—Como quieras, pero muchas gracias. Me has dejado de piedra.

—Pues mira, te va a servir también para la piedra. Es ideal para calcular la resistencia de materiales, como ese problema de hormigón armado que tienes que resolver. Lo haremos juntos con la regla.

Jaume interrumpe la conversación.

—El diario habla de Noguera.

—¿De las obras?

—No, de la Santa Misión.

—¡Bah!

—Tanta bulla huele mal. ¿Habéis visto el arco de enramadas que están construyendo a la entrada del pueblo? Parece que vaya a venir Franco, o la Lola Flores, no hay mucha diferencia.

—Al final el cura se ha salido con la suya.

—No del todo. Quería organizar una gran procesión con antorchas por la carretera, pero la gente no está para pasar frío. Y quería que vinieran tres curas y se ve que sólo puede pagar a uno. Lo dicen en el periódico: «El padre claretiano don Manuel Villagrasa predicará la Santa Misión de Noguera de Cardós, en el valle del mismo nombre, que empezará el sábado día 9 con un rosario solemne y la bendición de una gran cruz de madera que será colocada en la cima del monte Tabaca. Los actos concluirán el martes 12, festividad de la Virgen del Pilar, patrona de España, con una misa solemne». No pone nada más. Es una nota pequeña.

—¿Una cruz en el Pui Tabaca?

—Eso dice.

Entra Rossita con un aparato de radio de tamaño mediano. Lleva una bata de andar por casa y en la cabeza el pañuelo de flores de color rosa y amarillo que le regaló Santi.

—¿Qué es esto?

—Una regla de cálculo, me la ha regalado don Santiago para mis estudios.

—De don, nada. Le he dicho a Agustín que si continúa tratándome de usted, se han acabado las clases. ¿Estamos? ¿Esta es la radio que se ha estropeado?

—Sí. Si alguien la sabe arreglar...

—Yo sé de cálculos, pero no soy un manitas.

—Trae para acá.

Jaume coge el aparato, un modelo Philips de color azul claro. Lo enchufa, pulsa uno a uno, alternativamente, los cuatro botones y de vez en cuando provoca un sonido refrido, pero no consigue que se oiga ninguna emisora.

—Ya puedes tirarla.

Deja el aparato con displicencia y reemprende la lectura del periódico.

—Caramba, Rossita, qué pañuelo más bonito lleva.

—¿Le gusta?

Ella mira a Santi con una risita de atrevimiento y responde envalentonada sin dejar de mirarle.

—Es alegre, ¿verdad? ¿Le gusta, Santi?

Santi intenta disimular su turbación. Responde con balbuceos.

—Sí, mucho. ¿Qué flores son, rosas?

—Creo que rododendros.

—Parece la montaña de Ginestarre, en verano llena de rododendros y de retama.

Jaume, sin levantar la vista del periódico, puntualiza.

—Aquí les llamamos escobas.

—¿Escobas? ¿A los pañuelos para la cabeza?

—No la llamamos retama, sino escoba.

—Tendríamos que comprar otra radio. El martes que viene volveré a Sort a ver si encuentro un transistor que esté bien de precio.

—No pierdas el tiempo con transistores, que aquí como mucho sintonizamos radio Andorra. Y quítate ese pañuelo de la cabeza que pareces una gitana.

Rossita intercambia una mirada de complicidad con Santi: lástima, no ha funcionado, tendré que buscar otra excusa para que pasemos otro día juntos.

## FUNICULAR DE GUERÓN

### *Mosén Antonino y trabajadores de Cohisa*

—Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam et secundum multitudinem miserationum tuarum dele iniquitatem meam...

Mosén Antonino lleva sobre la sotana un abrigo grueso y viejo de color indefinido, que tanto podría ser marrón como lila, y una bufanda negra enroscada al cuello. Le hacen quitarse la boina que lleva incrustada hasta las cejas.

—Póngase el casco.

—Nadie más lleva casco. ¿Por qué yo?

—Si se rompe el cabrestante nos matamos todos, pero si usted lleva casco se matará un poco menos que los demás.

Todos ríen, pero al cura no le hace ninguna gracia. Se concentra en una retahíla de rezos antes de subir a la plataforma del funicular que recorre un kilómetro y medio para salvar los novecientos metros de desnivel que hay entre el campamento de Tavascán y los campamentos de arriba.

—De profundis clamavi ad te, Domine; Domine, exaudi vocem meam...

—Ya puede subir, padre. Y abríguese bien, que allí arriba hace mucho frío.

Le ayudan a subir y a sentarse en uno de los rudimentarios bancos de madera de la mesilla. Una vez colocados los otros once ocupantes y aseguradas las barras de hierro que hacen las veces de baranda, el encargado de las señales toca con la punta de la percha los hilos eléctricos que comunican con la estación superior.

—Atención, que nos vamos.

El funicular inicia la ascensión. El cura se santigua, se saca un rosario del bolsillo y cierra los ojos. El aire es helado. Los ocupantes de la plataforma se embozan con fulares, bufandas y alzan los cuellos de los anoraks, excepto el cura, que, sin abrir los ojos en ningún momento, continúa el murmullo de un rosario al que responde él mismo. De vez en cuando, una pequeña irregularidad de las vías provoca una sacudida de la plataforma y el cura reacciona aumentando el volumen de su voz.

—Regina sine labe originali concepta, ora pro nobis; regina in caelum Assumpta, ora pro nobis...

—Eh, que ya llegamos. Ya puede abrir los ojos.

—Baje despacio, con cuidado, mire dónde pone los pies.

Desembarcan en tierra firme, el cura se quita el casco y se vuelve a calar la boina con la energía del militar que está ansioso por entrar en combate. Pregunta dónde está el frente con una firmeza imperativa.

—¿Dónde está el campamento? ¿Y dónde están ahora los trabajadores?

Algunos están en el tajo y los otros están en los dormitorios o en la cantina.

—¡Pues venga, vamos!

En la zona del barracón que funciona como cantina hay una docena de trabajadores; algunos juegan a las cartas y otros al dominó. Todos se quedan sorprendidos cuando ven entrar la silueta del cura, abultada por el abrigo, la boina y la bufanda.

—Ostras, tú. Mira.

—Joder.

—Ave María Purísima.

—Qué sorpresa, padre. ¿Qué le trae hasta aquí?

—Necesito un puñado de valientes para subir una cruz al Pui Tabaca.

—¿Una cruz? ¿Qué cruz?

—Una grande, hecha con troncos de árboles de la misma montaña, los más altos, para que se vea bien desde todas partes.

—¿En el Pui Tabaca dice? ¿A cuento de qué?

—Será la contribución de los trabajadores a la Santa Misión de Noguera.

—Más cruces, no. Trabajar aquí arriba, eso sí es una buena cruz.

—¿No se apunta nadie? ¿No vais a ayudarme a predicar la buena nueva?

—¿Cuál?

—La Santa Misión. Serán unos días de fervor religioso y penitencia para limpiar la suciedad del alma y devolverle el brillo de la gracia.

Reparte estampas de la Inmaculada (Mater admirabilis, ora pro nobis) y del Sagrado Corazón (En Vos confío).

—Os ayudarán a ser buenos cristianos. Cumplid los mandamientos, santificad las fiestas, rezad el rosario, confesaos y pedid a Dios que en su



infinita misericordia os conceda el perdón de vuestros pecados.

Se acerca a dos hombres apoyados en la barra que lo miran con el cuerpo medio girado y con cara de estupefacción. El cura se lame la yema del pulgar y les da unas estampas.

—Venid y convenced a vuestros compañeros. Aunque no piséis nunca la iglesia, recordad que estáis bautizados y que en el Evangelio está escrito que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos.

Uno de los trabajadores que juegan al dominó en un rincón se quita el palillo de la boca para hacer un comentario en voz baja.

—Hay que reconocer que el tío tiene cojones.

MONTAÑAS PERFORADAS. REVISTA *PALLARS*, NÚM. 78

«*Los pantanos de Franco*», *Maria Emília Catarineu*

La guerra civil frustró la expansión de la industria eléctrica. Donde antes se recuperó el impulso fue en las comarcas hermanas del Valle de Arán y de la Alta Ribagorza. La productora (Productora de Fuerzas Motrices, fundada en 1917 por Emili Riu, el mismo impulsor de las centrales de la Vall Fosca) reemprendió en 1942 el aprovechamiento del río Garona y de sus afluentes que ya se había iniciado en los años veinte. En 1942 se empieza a construir la central de Viella y en 1943 se emprende un proyecto ambicioso y muy complicado, el de la conexión de una treintena de lagos en la cabecera de los ríos Ruda, Aiguamoix y Valarties, y se levantan presas en los lagos de Saboredó, Obago, Colomers, Mar, Restanca, etc., y se canaliza el agua hasta el salto de Arties. Las obras se terminaron en 1955, y en 1965, en una fase posterior, se puso en funcionamiento un segundo salto del mismo complejo hidroeléctrico. Y en pocos años se completaron también los saltos de Benós y de Bossòst.

La comunicación de los lagos del Alto Arán seguía el modelo de Cabdella, es decir, era necesario formar una gran masa de agua a partir de los circos glaciares situados por encima de los 2000 metros. La gran complejidad de acceso, de transporte y de condiciones de trabajo se incrementó debido a

la complicada obra de ingeniería civil consistente en excavar largas galerías subterráneas para conducir el agua tomada de los lagos. Por ejemplo, 3000 metros de túnel entre los lagos Tort y Mar, 2000 del lago Mayor al Montcasau, 4700 metros de galería principal entre la Restanca y Montcasau, y 500 metros más entre Montcasau y la cámara de aguas, a partir de la que bajaba una tubería forzada de 756 metros de desnivel. Para colocar las válvulas que regulan la aportación de cada uno de los lagos, primero era necesario vaciarlos, y para eso hacía falta acceder por debajo. Era uno de los peligros extremos, pero no el único. También lo eran los gruesos de nieve, los aludes, las tormentas repentinas, los rayos, la ventisca y el frío intenso de la cara norte del Pirineo. Excavando los túneles que conectaban los lagos por debajo hubo un accidente en el lago de Mar que costó la vida a siete trabajadores.

Las montañas perforadas del Valle de Arán son el precedente inmediato de las montañas perforadas de Cardós. Entonces la Productora había sido absorbida por Fecsa, que en aquellos mismos años cincuenta ya había construido los saltos hidroeléctricos del valle d'Àneu, de Esterrí d'Àneu, Espot-Sant Maurici y de otros de nuestro Pallars. Casi cada vez que Franco visitaba Cataluña inauguraba algún pantano o alguna central, primero en el Valle de Arán y más tarde en la Ribagorza.

Las obras hidroeléctricas más grandes de después de la guerra fueron sin duda las que inició entre 1946 y 1962 la empresa Enher, impulsada por el ingeniero Victoriano Muñoz desde el INI. Empezó el aprovechamiento integral del río Noguera Ribagorzana con las centrales de Pont de Suert, Escalles, Santa Anna y otras. Fueron quince años que cambiaron completamente la fisonomía de la comarca, escalonada por grandes embalses y atravesada por unas comunicaciones mejoradas, con carreteras y puentes nuevos que permitían el paso continuo de camiones de gran tonelaje, sobre todo desde la gran fábrica de cemento que Enher abrió en Xerallo, en las lindes del Pallars.

El alud humano fue extraordinario. En aquella época la población de la comarca pasó de 3000 habitantes a 6600. Hasta 4000 trabajadores de todos los oficios (albañiles, peones, carpinteros, soldadores, picapedreros, etc.) vivían en los campamentos distribuidos por las distintas obras. Pont de Suert,

que era el centro neurálgico de las operaciones, experimentó una repentina transformación urbanística, con barrios nuevos de confortables casas de piedra donde residían los técnicos, y otras más sencillas para los obreros.

En los años sesenta, las grandes obras de la Enher continuaron en el tramo final del Ebro con las grandes presas de Mequinenza y Ribarroja. Y al principio de los años ochenta, con otra gran obra, el complejo hidroeléctrico de Senet, con la central reversible de Moralets-Baserca.

## CASA SEBASTIANET

### *Rossita y el sargento de la Guardia Civil*

Rossita zurce calcetines.

—¿Da usted su permiso?

—¡Qué susto me ha dado!

—Conmigo no tienes nada que temer, cielo.

—¡Fuera de aquí! ¡Salga inmediatamente!

—Primero tenemos que solucionar un asuntillo.

—Ya está arreglado. Fui a ver a mi padre y le he convencido de que no tenga más tratos con los del contrabando.

—Si tú lo dices, será verdad.

—Pues márchese.

—¿Sabes, Rossita? Cada día estás más lozana.

—Márchese. ¿Me oye? Márchese, por el amor de Dios.

—Estás estupenda. Se nota que te cuidas más y te vistes mejor. Te peinas como las mocitas y echas fuego por los ojos.

—Márchese o grito.

—Vamos, niña, que se va a enterar todo el mundo.

—Pues ya es hora.

—¿De verdad quieres que sepan que tienes un amiguito?

—¿Qué amiguito?

—A mí no se me escapa nada, te lo tengo dicho.

—No sé de qué me habla.

—Desde que te refocilas con el huésped cada día estás más apetitosa.

¡Hay que ver cómo me pones! Anda, criatura, no te hagas de rogar, que vengo hecho una brasa.

Rossita agarra los llares de la chimenea y le amenaza.

—¡No se me acerque!

—¿Acaso te he puesto las manos encima alguna vez? Y no será por falta de ganas.

—¡Atrás!

—No me tientes, Rossita, no me tientes.

—Si da un paso más, se lo clavo en el cuello, como a un cerdo.

El sargento se desabrocha la bragueta.

—Desnúdate ya y déjate de cháchara, ¡coño! ¿O quieres que se lo cuente a Jaume?

Rossita le tira los llares con furia.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

El sargento se aparta y se abrocha los pantalones con dificultad, precipitadamente.

—¿Se puede saber qué coño te pasa?

—¡Fuera!

—Lo de tu padre no es nada comparado con la que va a armar tu marido cuando sepa lo guarra que eres.

Rossita le tira una fuente de cristal llena de flores secas que cae al suelo y se hace añicos.

—Tú lo has querido. Si no es por las buenas, será por las malas.

Se va, pero Rossita continúa arrojando todo lo que tiene a mano, el huevo de zurcir, una caja de latón llena de hilos de coser, un jarrón de asas, un cenicero de latón, un juego de llaves, un tubo de aspirinas, un canuto de agujas de hacer media, una bufanda de lana a medio tejer. El estrépito ha provocado que suba Matildo. Ve el reguero de objetos y cristales rotos.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, Matildo.

—¿Se encuentra bien?

—Sí.

—¿Y todo esto?

—Cosas que se han roto.

—¿Quiere que la ayude?

—No, gracias, Matildo.

—No se corte con los cristales.

—Iré con cuidado.

—¿Qué le dirá a don Jaume?

—Yo, nada. ¿Y tú?

—Yo no veo ni hablo.

—Bien hecho.

—Si no me necesita, me vuelvo con la vaca. Hoy tiene un mal día.

—Pues venga.

Cuando Matildo estaba a punto de irse, suena un silbido agudo y retorcido que viene de la calle. Rossita se sobresalta.

—¡El Xiulit!

Se le oye gritar abajo, al pie de la escalera o de la cuadra.

—Salud para la buena gente de esta casa.

—Ve tú, Matildo. Mejor que no suba.

—No se preocupe. Xiulit no tiene nada que hacer aquí arriba.

—Hazle pasar a la Taverneta y le das cualquier cosa.

—Le diré que me cuide la vaca. Hoy tiene un mal día.

TERESA ARTAU

*Antigua trabajadora del colegio público de Noguera*

Como el párroco no recogió mucho dinero, todo quedó a medias y la Santa Misión tuvo que hacerse con pocos recursos. El cura quería que hubiese altarcitos en cada rincón del pueblo, con imágenes, flores y cirios, como los que se montan en Corpus, y sólo se hizo uno, bastante raquítico. El arco de enramadas de un lado a otro de la carretera duró un día, no aguantó el paso de los muchos camiones y se rompió. Y no se puso la cruz en la cima del Pui Tabaca como quería el cura porque no encontró los voluntarios suficientes. En resumen, todo daba un poco de pena. Dicen que el mismo cura que daba las conferencias se quejó porque le habían engañado. El hombre esperaba que la iglesia estuviera a reventar y la calle llena de gente

como cuando trajeron a la Virgen de Fátima al Pallars. Pero ¡qué va, ni punto de comparación!

Mosén Antonino obligó, quieras que no, a las escuelas a hacer un festival de gimnasia. Tenían a don Salustio y a doña Lesmes para obedecer cualquier orden que viniese de cualquier autoridad, y el cura era una. Faltaría más. A las niñas les tocó cantar una canción piadosa y a los niños un himno falangista. Todavía podría cantarla entera: «Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza. A Ti celestial princesa, Virgen Sagrada María, yo te ofrezco en este día, alma vida y corazón. Mírame con compasión, no me dejes, Madre mía». La cantamos tantas veces..., y venga a repetirla, una y otra vez.

Don Salustio y doña Lesmes eran un matrimonio de maestros nacionales sin ningún otro método pedagógico que no fuese la rutina y la repetición como un loro de las lecciones. Cada día los saludábamos al empezar las clases: buenos días, señora maestra. Y los chicos: buenos días, señor maestro. Habíamos llegado a ser unos sesenta en una clase, quiero decir sesenta niños y sesenta niñas, que estábamos separados, claro. Doña Lesmes no se preocupaba por darnos una instrucción muy elevada, decía que para tener hijos y cuidar vacas las chicas ya tenían bastante con las cuatro reglas y una ortografía decente para escribir una carta por si algún día nos enviaban a servir a una casa de Barcelona. Lo decía así, tal cual, como si hacer de criada fuese el destino natural de una niña del Pallars. Años atrás, quizá sí, pero en aquel momento no se iba nadie. Al contrario, las obras trajeron a tanta gente a Noguera que no cabíamos en la escuela. Y nos moríamos de frío, que hoy en día eso no lo aguanta nadie.

Sólo había dos clases, una para los chicos y otra para las chicas. Hala, todas juntas allí, desde las que ya tenían catorce años hasta las que aún se meaban encima. Con tantos trabajadores de Cohisa que vinieron de toda la comarca y de Andalucía con sus familias, aquello fue una invasión. No cabíamos todos. Doña Lesmes lo solucionó haciendo que las mayores hiciésemos labores mientras enseñaba a leer a las pequeñas. En cambio, don Salustio tenía que preparar a unos cuantos chicos, no muchos, para el bachillerato, que iban a examinarse a Lérida como alumnos libres, y eso ya era otro cantar.

Para la Santa Misión teníamos que hacer un número al que llamaban de arcos y guirnaldas, pero que nadie sabía a ciencia cierta de qué iba. Don Salustio y doña Lesmes iban de cabeza porque quien les daba las instrucciones era el sargento de la Guardia Civil, pero enseguida se desentendió del tema. El mosén no quería que los niños y las niñas se mezclasen para que no nos pudiéramos tocar, y al final todo quedó reducido a unas tablas de gimnasia sueca que hacíamos por separado, los niños con arcos y las niñas con guirnaldas, y cada grupo con su canción. Aquello quería ser un festival gimnástico, pero no tenía ni pies ni cabeza. *Quina manera de fer el ridícul, mare meva!*

Pero no hubo festival de gimnasia ni nada parecido porque fue un día muy desgraciado. Seguramente no hubiésemos hecho el número de los arcos y las guirnaldas porque había nevado y hacía un frío de órdago. Habría sido una imprudencia tener a los niños allí plantados en la intemperie sólo para contentar al cura y a los cuatro falangistas de siempre que venían a Noguera cuando se hacían actos de exaltación patriótica y religiosa. La nieve fue una buena noticia, porque así nos librábamos de hacer el numerito delante de los padres y de las autoridades. Pero eso no es más que una anécdota comparado con la desgracia que obligó a suspender todos los actos.

Parece que fue ayer, porque estas cosas no se olvidan. Te quedan clavadas dentro para siempre. Todo el mundo recuerda que la Santa Misión acabó como el rosario de la aurora, con aquel hombre allí tendido en el suelo hasta que llegó el juez de Sort y autorizó que se llevasen el cadáver. No sé si fue al mediodía o por la tarde, sólo recuerdo que pasó muchas horas allá tirado en el suelo, boca abajo, hasta que se lo llevaron.

BORDA DE BERNAT

*Los hermanos Dinamita*

Los dos hermanos Dinamita se amparan en la soledad de la borda para cortar, coser y remendar sin ser vistos por nadie. Lejos del pueblo, de los campamentos de trabajadores y, sobre todo, de los guardias civiles. Trabajan dentro de la borda, pero vigilando el exterior para ver si sube alguien por el

camino.

El sol del mediodía entra por la puerta entornada y por las rendijas del maltrecho tejado. El Dinamita Cojo tiene en el regazo figuras de tela amarilla recortadas y las cose en la esquina de un gran lienzo rojo. Son un martillo, una hoz y una estrella de cinco puntas. Mientras cose no deja de fumar ni de cantar entre dientes. «Cinco luceros azules alumbran cinco farolas desde su casa a mi casa, desde su boca a mi boca. Cinco añitos que la quiero, cinco añitos que me adora, la mala gente qué sabe, qué sabe de nuestras cosas».

El Dinamita Bizco también cose. Se apresura a unir unas grandes tiras de tela roja. De vez en cuando se suma a las canciones de su hermano. «Cinco luceros azules alumbran cinco farolas desde su casa a mi casa, desde su boca a mi boca».

—Oye tú, esto ya está.

Acaban de unir todos los retales con las últimas puntadas.

—Vamos afuera. Quiero verla desplegada.

—¡Me cago en los panes y los peces! Tú estás loco. ¡Te van a ver desde el quinto pino!

—Qué coño van a ver. Aquí no sube ni Dios.

—Los civiles que patrullan por allí arriba llevan prismáticos y lo ven todo.

—Sólo será un momento.

El Dinamita Bizco extiende la bandera en la explanada hasta desplegarla completamente. El rojo de distintos tonos destaca sobre la hierba

—Ha quedado preciosa.

—Para la Santa Misión llegamos tarde.

—La guardamos y, cuando sea el momento, ¡zas!

—El día del cale, por mis cojones que la vuelvo a plantar allí arriba. Que vengan los mandamases a celebrarlo y sabrán lo que es bueno.

—Dicen que vendrá Juan March en persona.

—Pues a lo mejor viene con Franco. Se ve que son muy amigos. ¿Cómo andas tú de dinamita?

—Sólo he podido sisar un par de cartuchos.

—Habrá que espabilarse y afanar unos cuantos más.

—Mandar a Franco a tomar por culo sería... ¿Te imaginas?



—Se iban a acordar del cale de Canalada por los siglos de los siglos.

El Dinamita Cojo lleva un bote de alquitrán y una brocha.

—Oye, ¿cómo se escribe *viva*? ¿Con be o con uve?

—Yo diría que con uve.

—Ya me parecía a mí.

Como la bandera es grande, el Dinamita Bizco de pie encima de la tela pinta las letras. Hasta que da el trabajo por terminado y se aparta satisfecho. Se queda un buen rato contemplando su obra.

—Va a ser el no va más.

—Me voy a descojonar.

—Venga tú, que es tarde.

—Sí, en cuanto se seque nos largamos.

Recogen la pintura, las tijeras, el hilo, las agujas y los retales que han sobrado, mientras se seca al sol la pintura negra de las letras que en dos líneas dicen: VIVA LA CLASE OBRERA, VIVA LA UNION SOBIETICA.

CARRETERA DE NOGUERA A TAVASCÁN,

DESVÍO DE ARRÓS Y GINESTARRE

*Santi Vallory y Rossita*

Rossita lleva dos cestos de mimbre en el regazo, tapados con un trapo de cocina de cuadros blancos y verdes. Está sentada al lado de Santi, que deja la carretera principal y toma el desvío que sube hasta Esterri de Cardós y Ginestarre.

—Déjame aquí.

—¿Tan lejos?

—No quiero que nos vean juntos.

—Te llevo hasta Esterri. O hasta Arrós por lo menos.

—Ya estoy acostumbrada. Toda la vida hemos ido a pie de un pueblo a otro.

—¿Subirás hasta Ginestarre con todo este peso?

—Sí.

—¿Qué llevas ahí?

—Comida. Chuletas de cerdo, arroz, aceite, melocotón en almíbar, pasta de sopa, marías, mistol, jabón de coco, cosas así. Le prometí a padre que le llevaría de todo y pienso cumplirlo.

—Una cosa es que te ocupes de tus padres, pero si lo haces para que el Sapo no los moleste...

—Quiero que los deje tranquilos. A ellos y a mí también.

—¿Te ha vuelto a molestar?

—¿El Sapo? Bueno, no...

—No lo dices muy convencida.

—Es que no te lo quería decir, pero, sí.

—¡Será cabrón! ¿Qué te ha hecho?

—Nada. Esta vez le planté cara.

—¿Por qué no me lo has dicho? Cojones, Rossita, ¿qué pasó?

—Le tiré los llaves de la chimenea y no sé cuántas cosas más a la cara. ¿No te has dado cuenta de que falta un jarrón en el comedor? Y también le tiré la fuente de cristal, que se hizo añicos. Incluso subió Matildo a ver qué pasaba.

—¿Te vio Matildo con el Sapo? Y tu marido, ¿lo sabe?

—No lo sabe nadie.

—No puede ser, Rossita. ¡Esto se tiene que terminar!

—Fue la primera vez que le paré los pies. Me quedé temblando como una hoja, pero me sentí tan valiente que no creo que vuelva.

—¿Que no? ¡Volverá, y con más mala leche! Ahora es un animal herido.

—Se fue como alma que lleva el diablo. Me amenazó, pero no sé si creérmelo.

—¿Te amenazó y no me lo has dicho? Ese hombre no se detendrá, Rossita. Y nunca tendrá bastante. ¿No ves que querrá vengarse y volverá para humillarte, para forzarte como una bestia salvaje? Pero pobre de él que...

—Cálmate, Santi.

—Es que no puedo soportarlo. Entre el Sapo y tu marido, que permite que pasen estas cosas... ¿Qué tengo que hacer? Dime, ¿qué tengo que hacer? ¿Dejar que te maltraten los dos? Pues no, no voy a consentirlo.

—¿Lo ves? Por eso no quería decírtelo.

—Claro que me lo tienes que decir.

—Déjame hablar. Me dijo con una sonrisita que ya no le hace falta amenazarme con detener a padre por contrabando. Ahora me amenaza con contarle a Jaume que tú y yo...

—¡Hijo de puta! ¿Quién se lo ha contado?

—Seguramente nadie. Se dedica a vigilar a todo el mundo.

—Para hacer chantaje. Quizás ahora mismo nos esté espiando. ¿Le ha dicho algo a tu marido?

—Creo que no. Pero no sé qué pasará si llega a saberlo. Temo más a Jaume que al Sapo. Tú no lo conoces.

—Pues que lo sepa, y que salte todo por los aires de una vez. Larguémonos a Francia ya y perdamos de vista toda esta mierda.

—Sí. Yo no me había sentido nunca tan valiente. Contigo me siento capaz de hacer cosas que antes ni se me habían pasado por la cabeza.

—Yo también, Rossita. No pienso en otra cosa.

Va a besarla, pero ella le rechaza suavemente.

—No, aquí no.

Baja del coche y camina carretera arriba con un cesto en cada mano. Santi la sigue con la mirada un buen rato y, cuando Rossita desaparece en una curva, arranca el motor del land-rover 88 y da media vuelta.

ANTONIO JESÚS PALOMERO, SOMBRITA

*Antiguo trabajador de Cohisa*

¿Sabe por qué me llaman Sombrita? Por esta mancha, sí, pero por otra cosa. ¿A que no lo adivina?

Tienes la misma piel que el Lindos Ojos, me decían los compañeros. El Lindos Ojos era uno de los guardias civiles que subían a pagar cada mes. Sí, sí, hasta arriba subían, ya lo creo. La empresa llevaba el dinero a todos los campamentos el día 3 de cada mes sin falta. Te daban los billetes y las monedas en un sobrecito marrón y tú firmabas el conforme. Pero, joé, el dinero no te duraba na. En cuanto cobrabas, ibas al economato y a la cantina a pagar las deudas, te borraban de la lista y enseguida volvías a comprar de fiao. Y el 14 de cada mes, igual, que te daban un anticipo y ocurría lo mismo.

Eso sí, cobrábamos puntualmente, dinero en mano, y con una pareja de civiles a cada lao del pagador.

¡Cómo esperábamos los días de pago! Y cómo nos cagábamos en el listero entonces. Porque cobrabas según los días que habías trabajao y el listero era un empleo de confianza de la empresa, el que pasaba lista y que no te dejaba pasar una.

Yo trabajé con el señor Periqué, ya lo creo. Y con los hermanos Dinamita también, con los dos, con el bizco y el cojo. Joé, a esos los conocía todo Dios, pero yo más porque trabajé con ellos. Pero no por mucho tiempo, porque aquello acabó malamente.

El señor Periqué era el jefe del mejor equipo que tuvo Cohisa mientras duraron las obras. Se lo digo yo que estuve hasta el final, cuando se acabó Montamara. Trabajemos juntos en Canalada, allá arriba de to, en los lagos. Le juro por mi madre, que en gloria esté, que nadie perforaba más que nosotros. Cobrábamos más, claro que sí, pero nos lo ganemos a pulso, joé, pencando como fieras. Los hermanos Dinamita arreaban a base de bien y tos de culo para seguir su ritmo. ¡Qué genio tenían, joé! ¡Y qué aguante! No he visto a nadie trabajar como ellos. Y eso que entraban al tajo con unos cuantos tragos de coñá en el gazzate. Decían que era para coger fuerzas. ¡Y era verdad, joé! ¡Embestían el barreno como un toro!

Las obras no se paraban nunca. Había turnos de mañana, tarde y noche. Yo casi siempre trabajé en el primero, entrábamos al tajo a las seis y salíamos a las dos. A las seis de la mañana, eh, a ver quién es el guapo que a las seis está ya en el tajo y dale que te pego ocho horas seguidas. Pero joé, con los hermanos en el barreno se adelantaba una barbaridad. Y eso que era todo de pizarra, que es una piedra muy cabrona, muy dura, que no se deja picar. Pero ellos habían mamao el oficio en su tierra y decían que era más difícil picar en las minas que en los túneles de Cohisa.

No se crea que puede barrenar cualquiera. Hay que saber onde clavar la punta y, sobre todo, en qué dirección. Y luego ir hincándole la barrena bien hondo. Hasta dos metros llegaban, para meter luego los cartuchos bien adentro y avanzar un buen trecho. Pero lo bueno de ellos es que dejaban el perfil como nadie, perfecto, bien orientao y casi liso. No, no, no, ya no se picaba con mazas, no, eso es muy antiguo. Eran unos martillos neumáticos

bien apoyaos en un caballete que iban con aire y con agua pa que no salga el polvillo y te se meta en los pulmones pa toda la vida. Con el agua eso no pasa, pero no vea cómo queda el suelo. Allá dentro to era fango. Y el ruido tremendo de los martillos: te-te-te-te-te-te-te-te-te. Y todos a la vez, oiga, que por eso estoy medio sordo. Cuando paraban un momento, aquello parecía la gloria.

Mire usté, un servidor era peón vagonero. Cargaba los cascotes en las vagonetas y las llevaba hasta las ventanas, echábamos las piedras al exterior, y otra vez para adentro. Arriba y abajo, adentro y afuera con los trenes de vagonetas. Usté no sabe cuántas toneladas llegué a echar, ¡qué sé yo! Joé, todavía se ven por el valle los escombros que echemos por esa ventana, por la otra y la otra y la otra... Otros compañeros aseguraban bien las paredes y el techo con estibas o cimbras, según el caso, y, a medida que íbamos perforando, otros iban alargando las vías de las vagonetas, los cables de la iluminación, los tubos del agua, los conductos de ventilación... Alargando, alargando pa dentro, y siempre así, cada día un poco más, tran-tran-tran-tran, hasta que llegaba el cale y el túnel de aquí se encontraba con el del otro lao. Usted no sabe la emoción que sientes cuando hay un cale y te encuentras con los compañeros que han picao en dirección contraria. Es bonito de ver un cale, sí señor.

To iba bien hasta que acababa malamente. ¿Entiende lo que le quiero decir? No tenía que pasar na, pero, joé, a veces pasaban cosas. Vamos, desgracias. Cuando estás allá dentro te confías y cuando te das cuenta del peligro ya es demasiao tarde. Un derrumbe te podía dar de lleno o dejarte medio enterraao. Ocurrió pocas veces, pero, mire usté, yo vi a los Dinamita jugarse el pellejo sin pestañear, porque, joé, eran los más bravos, pa salvar a un compañero le echaban más güevos que nadie. Y el señor Periqué, otro que tal. Era el encargao de allá y si se abría una falla en la galería no dejaba pasar a nadie. Si había peligro, él iba delante, el primero siempre. Tenía unos güevos así, el señor Periqué, en paz descanse.

La esposa del señor Periqué se puso muy mala. Recuerdo que se la llevaron a la Alianza a operarla, pero él casi no faltó al trabajo. Bajaba a Tresp por la tarde y a la mañana siguiente, a las seis de la mañana, estaba en la boca de la ventana controlando el cambio de turno. No sé cuándo dormía

ese hombre, parecía que estaba en los dos sitios a la vez, al lao de su señora y en el tajo. Cada día preguntábamos por ella y él decía: mejor, va tirando. Y cuando la trajeron para hacer la convalecencia en Noguera, él continuó diciendo: mejor, va tirando. De ahí no lo sacabas, pero su señora seguía sin salir a la calle y pensabas que se encontraba malamente. Pero no insistíamos, porque el señor Periqué era muy serio y daba mucho respeto.

¡Joé! Entre unas cosas y otras, todavía no le he contaó por qué me llaman Sombrita. ¿A que no lo adivina? Por esta mancha de la cara, sí, pero esto no es de nacimiento, fue un accidente de trabajo, en las minas de mi pueblo. Gajes del oficio, esto es ya para toda la vida. Fíjese que es una mancha clarita, casi blanca, y en cambio me llaman Sombrita. ¿Sabe por qué? Por un boxeador que entonces era famoso, uno que tenía una mancha en toda la cara y le llamaban asín, Sombrita. Pero, joé, la suya era oscura, de color café, y la mía es de leche, ¿qué le parece?

#### CAMPANARIO DE LA IGLESIA DE NOGUERA

*Mosén Antonino y Pasqualet de Casa Xico, monaguillo*

Pasqualet ya está a punto para el rosario, lleva la saya negra y el roquete sobre la ropa de calle. Mosén Antonino no se ha revestido, aún va con el bonete puesto. Va de la sacristía al campanario y del campanario a la sacristía con pasos rápidos.

—¿Toco ya, mosén?

—Todavía no. Ya te avisaré.

—¿Cuántos toques?

—Muchos, hasta que te diga basta.

—¿Como el toque de rosario?

—Más, mucho más. Que todo el mundo sepa que hoy es un rosario especial.

—¿Y si no viene nadie?

—No digas sandeces. Con el pueblo adornado y la iglesia tan engalanada, ¡cómo quieres que no venga la gente! Tienen que venir, tienen que venir por fuerza. Hoy, mañana y pasado. Que vengan al rosario, a la misa a las

conferencias, a todo.

—¿Qué son las conferencias?

—Sermones para arrepentirse de los pecados y volver al buen camino. Si en lugar de bailar y de ver tanta peliculita, la gente se confesase más y fuese más a misa, no haría falta traer conferenciantes.

—¿Y qué tiene de malo bailar?

—Jóvenes que estáis bailando, al infierno vais bajando. ¿No te lo han enseñado en la escuela? Venga, va, deja de preguntar y espabila.

—¿Qué hago?

—Lo primero no hacer el ganso. Hoy tienes que hacerlo todo perfecto. Empezamos la Santa Misión con una sabatina solemne y después saldremos fuera para encender los farolillos y rezar el rosario solemne.

—¿Qué es una sabatina?

—¿Y tú eres monaguillo?

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, mosén.

—El sábado es el día de la Virgen. ¿Por qué te crees que cada sábado rezamos una salve después del rosario?

—No me había dado cuenta.

—Venga, dale. A ver si te luces con un buen repique.

—¿Tiro ya de la cuerda?

—Sí.

—¿La campana grande?

—Sí, hasta que suene bien fuerte. Ten cuidado, que pesa. ¿Quieres que te ayude?

—No, puedo solo.

Pasqalet tira con fuerza, pero la cuerda apenas cede. Necesita varios tirones para mover la masa de bronce hasta que consigue que la campana casi se columpie sola. Ya empiezan a oírse los tañidos, flojos al principio, y más sonoros, majestuosos, a medida que el bronce toma impulso y se mece con un balanceo constante.

—¿Más?

—Sí. No pares.

El cura vuelve a la sacristía.

Ahora que las campanas voltean casi solas, Pasqualet tira con un recorrido muy largo de los brazos y se agarra fuerte a la cuerda, no la suelta cuando asciende, sube con ella y siente como si flotase desde cierta altura. Al bajar, la saya se hincha como las faldas de una mujer. Arribaaaa, abaaaaajo, arribaaaa, abaaaaajo...

—Pero ¿qué haces, desgraciado? ¿Es que quieres matarte?

Desde las alturas, el monaguillo ve la mancha negra que forma el cura y los gestos de enojo que hacen que la sotana ondee. Pasqualet da un brinco acrobático para no aplastar el bonete del párroco.

—Pero ¿qué te tengo dicho? ¿Qué te tengo dicho?

El cura pellizca con fuerza la mejilla del monaguillo y, mientras lo tiene inmovilizado, le riñe.

—¡Puedes romperte una pierna si saltas así! Y te puedes ahogar con la cuerda. No serías ni el primero ni el segundo monaguillo que se ahorca con la cuerda de las campanas. Se empieza a lo tonto y se acaba en el cementerio. Pero ¿es que quieres matarte? ¿O es que quieres matar a tu madre a disgustos? ¿Quieres acabar colgado como Judas Iscariote?

Retuerce la mejilla con el pellizco.

—Dime, ¿es eso lo que quieres?

—No.

—¿No qué?

—No, mosén.

Lo suelta y Pasqualet se pone la mano en la mejilla enrojecida. Le caen dos lagrimones.

Las campanas pierden impulso y los tañidos se distancian, la voz del metal va apagándose hasta que el último eco se extingue completamente.

—Todos estos días, mientras dure la Santa Misión, das los toques con la campana grande y el repique con la pequeña. Más largo incluso. Pero si vuelves a hacer el tonto le diré a tu madre que no quiero verte más por aquí. ¿Entendido?

—Sí, mosén.

—Cada día a primera hora. A las siete. Ten en cuenta que las campanas son la voz de Nuestro Señor y que tú eres un ángel que predica la buena



nueva.

—¿Qué es la buena nueva?

—Venga, vete, botarate. Toca bien fuerte cada día, que todo el pueblo se levante con ganas de asistir a la Santa Misión.

—Sí, mosén.

REYES JIMÉNEZ, MÍSTER PELTON

*Antiguo trabajador de Cohisa y de Fecsa*

Mi trabajo de listero incluía entregar el sueldo a los trabajadores, y pedirles que firmaran el recibo correspondiente. Esto se hacía el tercer día de cada mes, y el día 14 les daba un anticipo. Allí arriba, en el campamento mismo. Subía el habilitado, que llevaba el dinero en una caja de madera, y venía siempre con dos guardias civiles. Al final te acabas acostumbrando, pero al principio la pareja de guardias civiles me inspiraba mucho respeto, con el capote cuando hacía mal tiempo y con el arma colgada al hombro, de pie como estatuas a mi lado mientras yo pagaba a los trabajadores de uno en uno y en metálico. En billetes y monedas, hasta la última peseta, dentro de un sobre.

Era un momento delicado, porque el dinero trae disputas. Siempre había algún obrero resentido contigo porque eres riguroso a la hora de anotar las horas trabajadas y las ausencias. Por eso me llamaban el listero, porque hacía una lista de las nóminas y aquí no valían simpatías ni antipatías: tantas horas, tantos días, te toca tanto. Entonces venía el momento de pagar las deudas y de quedarse sin un céntimo el mismo día de la paga. No hablo en general, claro, pero sí es verdad que pasaban estas cosas. Y el dinero volaba misteriosamente. Como en Canalada no había manera de guardar el dinero de forma segura, muchos obreros lo escondían bajo el colchón, que no es el lugar más seguro del mundo.

El trabajo no se paraba nunca, yo guardaba los sobres de los obreros que en aquel momento estaban dentro del túnel hasta que terminaban su turno. Un día vienen unos a recoger la paga al salir del tajo, firman los recibos y agarran los sobres, pero no los abren. Los dejan sobre mi mesa y allí mismo, delante

de mí, se juegan el contenido de siete, ocho o nueve sobres a la carta más alta. Uno se lo quedó todo, y los otros, sin un duro. No recuerdo cómo acabó aquello, pero en esos casos se pulían los cuartos invitando y gastando porque sí. Y los que se habían quedado sin nada te perseguían para que les adelantases una cantidad a cuenta, querían un anticipo del anticipo.

Los mineros, que ganaban más que nadie, con mucha diferencia, se fundían los billetes. Aguantaban horas y horas de trabajo duro, pero no sabían pasarse tantos días seguidos de abstinencia, quiero decir sin mujeres, claro. Iban tan quemados que cuando tenían dinero fresco, bajaban en grupo a Barcelona en taxi. Siete horas de carretera no se las quitaba nadie, iban de putas al Barrio Chino, y el domingo por la noche, otras tantas horas de regreso por aquellas carreteras que eran un martirio. El lunes llegaban puntuales al trabajo, eso sí, pero imagínese en qué estado se encontraban para trabajar con aquellas máquinas tan peligrosas. Y enseguida volvían a pedir y a endeudarse. Se habían ido cargados de duros y regresaban sin blanca después de correrse unas buenas juergas con las fulanas de la calle Robadors.

Cuando hay tanta gente que vive aislada y no tiene muchas opciones de distracción, aprendes a hacerte respetar y también aprendes a no juzgar a la ligera. El más sensato puede ser muy egoísta, y el más bala perdida y malgastador es el más decidido a la hora de jugarse la vida para salvar a un compañero.

Yo entonces era muy joven, y como dicen aquí aún no había salido del cascarón, pero allí arriba, en Canalada, pasaban cosas de aquellas que te hacen madurar en un santiamén. Por ejemplo, yo, que sólo era un administrativo, era el encargado de los primeros auxilios. Nos daban cuatro instrucciones, y venga, espábilate. Si alguien se lastimaba, yo desinfectaba la herida, le ponía una venda y lo enviaba aquí, a Noguera, donde había un dispensario central, pero a veces te llamaban para que entraras en el túnel y te encontrabas un panorama que... prefiero no recordarlo.

Lo pasaba francamente mal cuando subían a pagar el sueldo y uno de los guardias era el As de Copas. Muchas veces subían él y el Lindos Ojos, que le llamaban. No es que ocurriese nada especial, pero el As de Copas era el padre de mi novia, y la situación era un poco violenta. No era ningún secreto, él sabía que queríamos casarnos pronto, me aceptaba como yerno, pero no le

gustaba que quisiésemos ir a vivir a Llavorsí o a Rialp. No discutía, sólo se lamentaba, y entonces rompía a llorar, decía que Carolina era desgraciada por su culpa, por su mal carácter. Y era cierto. No queríamos que nos amargase la vida de casados. Parece mentira que aquel pedazo de animal que se liaba a tortazos con todo el mundo pudiese ser tan llorica. Cuando subía a pagar a Canalada, no sabías si protagonizaría una discusión violenta o acabaría llorando a moco tendido.

Después todo fue distinto porque en el cuartel de Noguera cambiaron los guardias en poco tiempo y a él lo enviaron a Tarifa. Mejor dicho, pidió el traslado expresamente para no perjudicar más a Carolina. Fue todo un detalle por su parte, un regalo de boda que no esperaba. Eso sí, se me hizo muy larga la espera para casarnos. Como tenía que venir don Juan March, las obras iban a marchas forzadas para que no se nos echase encima el invierno. Me habían prometido quince días de permiso extra si aguantaba un tiempo en Canalada hasta después del cale o hasta que llegase el mal tiempo y se cerrase el campamento. Pero las semanas pasaban y no llegaba nunca ni una cosa ni la otra.

## CAFÉ DEL CENTRO

### *Grupo de hombres que juegan al tute*

—Nevará.

—¿Cómo coño quieres que nieve por el Pilar?

—Por el Pilar, por el Rosario, por la Virgen de Agosto... Hemos visto nevar todos los meses del año. Incluso en julio.

—En las montañas no te digo que no.

—Antes nevaba más y hacía más frío que ahora.

—Hace el mismo frío de siempre. Y este año quizá más, que ya ha empezado el invierno y no parará hasta mayo.

—Que no va a nevar, coño, que es demasiado pronto.

—¿Pero es que no tienes ojos en la cara? El Tabaca ya está medio cubierto.

—¿Y qué? Sólo serán unos truenos y cuatro gotas. Y mañana sol todo el

día.

—Hablas como el hombre del tiempo de la radio.

—Que llueva o que nieve, que caiga una tormenta de padre y muy señor mío y mande la Santa Misión a tomar por culo.

—Y al cura también.

—A mí me preguntó si quería subir una cruz de troncos al Pui Tabaca y le dije que a otro burro con esa albarda.

—No me hables de la Santa Misión. Estoy hasta los cojones de tanto repique de campanas.

—Tanto predicar y tanto sermón a mí también me jode.

—Yo fui el primer día y ya tuve bastante. El cura soltó un sermón de los suyos. Esta vez le tocó pagar el pato al teleclub. Si fuese por él, lo cerraba.

—¿Pero en qué mundo vive este hombre? Dice que mientras él sea el párroco en el teleclub no echarán nunca *La dama del alba*.

—Pues iremos a verla a Sort.

—¿Sabéis que hizo cuando vinieron a rodar la película?

—¿No me digas que también fue al río?

—¡Tú sí que fuiste!

—Coño, como todos.

—Y qué, ¿viste algo?

—Nada.

—Dicen que la artista joven, la francesita, tenía que bañarse tal como la trajeron al mundo.

—En *Siega verde* hicieron lo mismo. Te cuentan que la chica se mete desnuda en el agua, pero no ves nada de nada.

—En la pantalla no, pero cuando ruedan las películas, las artistas van medio desnudas o desnudas del todo.

—Yo también lo creía. Subí al Pla de Boavi caliente como una mala cosa, y vaya mierda, tú. La francesa iba más vestida que una monja y sólo metió los pies en el agua porque decía que estaba helada y no lo resistía.

—¡Maldita la gracia! No sé por qué vienen a hacer películas aquí arriba. Sólo para ponernos cachondos.

—Cuando vinieron los de *La dama del alba*, el mosén se encerró en la parroquia. Sólo salía para el rosario, la misa y para los óleos si se moría

alguien.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Para no toparse con los artistas. Dice que el cine es el gran pecado del siglo XX.

—¡Coño, y tiene razón! La Sophia Loren es la tentación de la carne. ¿O no?

—Más que mi mujer seguro.

—Mosén Antonino ve el demonio en todas partes: en el cine, en la televisión, en el baile. Fue al teleclub a decir que sólo tendrían que dejar bailar a las parejas casadas.

—¡Qué cojones tienen estos curas! Para ellos todo es pecado.

—A ver quién les dice a los trabajadores que sólo pueden bailar con la legal y que se jodan si no están casados...

—Yo le he oído decir al mosén que los carrilanos nos han traído el vicio y la mala vida.

—¿Mala vida? Si no fuese por las obras, seríamos tan pobres como antes.

—Habla por ti. Yo estoy sin blanca como siempre.

—No te quejes, que tienes dos habitaciones alquiladas y has construido un par nuevas.

—Las he reformado, que no es lo mismo. Y de los huéspedes no me encargo. Es cosa de mi mujer, que ahora se pasa el día encendiendo velas y rezando las novenas de la Santa Misión de los cojones.

—Mañana se acaba la comedia. Estoy hasta la coronilla de la Santa Misión esa. Pero, francamente, creía que habría más sarao.

—Al mosén le ha salido el tiro por la culata.

—A mí ya me engatusaron cuando trajeron a la Virgen de Fátima, ¿os acordáis?

—¡Qué gentío! No se quedó nadie en casa. Es que antes... éramos más tontos que Abundio.

—Cuando vi el arco de enramadas que pusieron en la carretera pensé: me cago en Satanás, ya estamos otra vez. Pero cuando me dijeron que un berliet se lo había llevado por delante, me alegré mucho.

—Yo estaba hablando con Josepillo y vimos pasar el berliet que arrastraba las enramadas. Carajo, ¡cómo nos reímos!

—Debe de ser un pecado muy gordo eso de desear que la Santa Misión se vaya a la mierda, ¿verdad?

—Si mañana nieva, acabará como el rosario de la aurora.

—Que no, que no nevará. ¿Qué apostamos?

## CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL

### *Sargento comandante del puesto*

Antes de entrar en el cuartel, el sargento chupa con avidez la punta del faria y exhala el humo con fuerza. El guardia de puertas le saluda.

—Buenas noches, mi sargento.

—Malas, querrás decir. Parece que va a nevar.

—Eso dicen.

—¿Alguna novedad?

—No, mi sargento. ¿Me permite una pregunta?

—Adelante.

—Si mañana nieva, ¿se van a suspender los actos?

—Los festejos esos del cura me la traen floja, pero la misa de nuestra patrona no se la salta ni Dios bendito.

—Yo lo decía por...

—Mañana los quiero a todos de gala tanto si nieva como si se hunde el mundo. A las ocho en punto paso revista. ¿Entendido?

—Sí, mi sargento.

El sargento sube las escaleras y se va directamente a la letrina. Mantiene la punta del faria colgando de los labios para tener las manos libres, aparta el capote, desabrocha los botones de la bragueta y mientras orina largamente observa por el ventanuco la luz mortecina que viene de la casa de al lado.

Una vez en la habitación, se quita el tricornio, se libra del capote y se desabrocha la guerrera. Abre una botella de Anís de la Asturiana y llena medio vaso. Moja con parsimonia el extremo del faria y, antes de dar las últimas caladas, lo lame a conciencia. Apura el faria con caladas profundas, y cuando ya le llega la ceniza a los dedos, abre la ventana y tira la colilla a la calle. Cierra la ventana y el postigo y se frota las manos para entrar en calor.

Se descalza, se quita el uniforme y lo cuelga en el respaldo de la silla. Se queda en calzoncillos y camiseta de franela. Se pone unas zapatillas de lana andrajosas y se mira al espejo. Con unas tijeras pequeñas y pegado al cristal, recorta los pelos de las cejas que sobresalen como alambres, y cercena también las cerdas que brotan de las orejas y de la nariz. Saca del armario la guerrera de gala, se la prueba y se abrocha hasta el último botón. Vuelve al armario para probarse también el tricornio de gala que va a lucir al día siguiente. Hace gestos y muecas ante el espejo, se contempla de frente y de perfil en actitud marcial y con las tijeritas se recorta algún pelo indómito de la cabeza, de la cara, de la nariz, de las orejas. Tras múltiples comprobaciones y pequeños retoques, da por terminada la operación estética. Saca pecho y canta a media voz en posición de firmes.

—«Instituto, gloria a ti, por tu honor quiero vivir. ¡Viva España! ¡Viva Franco! ¡Viva el orden y la ley! ¡Viva honrada la Guardia Civil!».

Se cuadra para saludarse militarmente, pero, cuando quiere entrechocar los talones, no suenan. Va en calzoncillos y pantuflas y eso no obsta para que se pase revista a sí mismo, de pies a cabeza, con una mirada de satisfacción.

Se quita la guerrera de gala y el tricornio y los guarda con cuidado en el armario. Se pone el pijama, da cuerda al despertador y deja el medio vaso de anís en la mesilla de noche, se mete en la cama con los calcetines puestos y apaga la luz.

Una vez bien arrebujado, empieza a dar vueltas. No acaba de encontrar la postura. De vez en cuando enciende la luz y mira el despertador. No aguanta mucho rato quieto, se vuelve, se revuelve y mira de reojo el despertador hasta que enciende la luz de la mesilla de noche. Se levanta, se pone las zapatillas andrajosas y abre los postigos para mirar afuera.

—Cago en la puta. ¡Mira que nevar por el Pilar!

Cierra la ventana de nuevo y vuelve a meterse en la cama. Apura el anís que ha quedado en el vaso, se enjuaga con él y hace gárgaras a conciencia antes de tragárselo. Apaga la luz.

CASA SEBASTIANET.

HABITACIÓN DE SANTI VALLORY

## *Santi Vallory*

Santi, vestido de calle, fuma tumbado en la cama, mira al techo sin parpadear. No hace ningún otro movimiento que el de llevar el cigarro a la boca, dar una calada y echar el humo. Hasta que el cigarro queda reducido a la mínima expresión y aplasta la colilla en el cenicero de la mesilla de noche. Después continúa tumbado en la misma posición, inmóvil, con los ojos clavados en el techo.

De repente se incorpora de un brinco, como un perro que yergue las orejas porque le ha parecido percibir un ruido minúsculo. Todo su ser se convierte en una antena atenta a captar los sonidos imperceptibles. Entreabre la puerta y afina el oído en actitud de alerta. Se abriga y sale de la habitación. No enciende ninguna luz, camina a tientas por la casa procurando amortiguar el paso y amparándose en las manos para no topar con nada. Con cautela lenta, de felino, sale afuera por la puerta de arriba, por el callejón, manteniéndose expectante, siempre en guardia. Después de un rato de indecisión baja hacia la carretera y tuerce a la derecha en dirección a Llavorsí.

Pasa por debajo de lo que había sido un arco triunfal de enramadas dedicado a la Santa Misión y que ha quedado reducido a dos troncos, uno a cada lado, con restos de guirnaldas vegetales. Camina rápido por la oscuridad. A medida que se aleja del pueblo, la carretera se hace más oscura hasta que la proximidad del campamento proyecta una luz brumosa. De los barracones llegan unas voces apagadas, también risas y alguna canción andaluza que suena como un lamento. Santi acelera el paso y deja atrás el campamento hasta que pierde el hilo de luz que marcaba los límites de la carretera. Ahora la noche es cerrada y las pupilas tardan en adaptarse a la oscuridad hasta que unas sombras se recortan con más precisión que otras. En el margen izquierdo, el río canta por detrás de una hilera de chopos, y a la derecha se alinean los enormes tubos de las obras que esperan para ser transportados al interior de las galerías.

Al cabo de unas cuantas curvas, cuando la soledad y la negrura son más intensas, Santi se sienta sobre un montón de grava. Saca un paquete de celtas, se pone un cigarro entre los labios, palpa los bolsillos con insistencia y se da



cuenta de que no lleva ni cerillas ni mechero. Vuelve a guardar el cigarro en el paquete y se queda un buen rato quieto. De vez en cuando se golpea los brazos y el pecho para combatir el frío. Dentro de la oscuridad se insinúa la fosforescencia tenue de un cielo de plomo. La tiniebla deja de ser uniforme, la tierra y el cielo toman una corporeidad diferenciada, se acentúa el contraste entre carbón y ceniza cuando las nubes, invisibles toda la noche, se manifiestan con un mensaje de nieve.

Cae el primer copo, Santi se levanta y vuelve la vista hacia Noguera. El campamento está ahora en silencio. Los faroles hacen visible la precipitación de unos copos de nieve tan finos que parecen levitar. Poco a poco, a medida que Santi se acerca al pueblo, aumenta el tamaño y la intensidad de los copos y la noche adopta una luminosidad espectral. Es la primera nevada de este año en Noguera.

4

Del Pilar a Todos los Santos

CASA IGNASI, ESTANCO, ESTAFETA DE CORREOS,  
CENTRALITA DE TELÉFONOS

*Ignàsia madre y mujeres del pueblo*

—Boca abajo, así. No se le ve ni la cara.

—A mí los civiles no me han dejado pasar.

—A mí tampoco.

—¿Estás segura de que lo han matado?

—Eso dicen.

—Quizás haya resbalado por culpa de la nieve y se haya desnucado.

—Con estas calles tan empinadas no sé cómo no nos hemos matado todas.

—Que no, que no, que lo han matado.

—¿Pero es un guardia civil, o no?

—Sí, seguro que lo es. Ellos mismos lo han dicho.

—Están que muerden.

—¿Pero a quién han matado?

—No lo sé.

—Debe de ser el As de Copas. Siempre está borracho. Se veía venir que acabaría mal.

—No, el As de Copas no. Fue él el que no me dejó pasar.

—A mí tampoco me ha dejado pasar. Estaba cabreado pero sereno.

—Debe de estar de mala uva porque hoy no puede beber.

—Quizá sí. Soltaba unos tacos...

—Mujer, esta vez tiene motivos. Matan a uno de los suyos justamente el día de su patrona...

—¿Por qué no se lo llevan?

—Uy, aún tardarán en llevárselo. Hasta que lo autorice el juez de Sort. A saber cuándo llegará.

—Dicen que le han aplastado la cabeza.

—¿Con qué?

—Con una piedra o con un martillo, no lo sé.

—O sea, que no lo han apuñalado.  
—No, y tampoco le han aplastado la cabeza. Dicen que lo han degollado con una hoz.  
—O con una navaja, vete tú a saber.  
—Y que tiene las manos atadas a la espalda.  
—Con una hoz, no. Debe de ser una horquilla o un hacha, porque a mí me ha parecido ver un mango. Pero de lejos, porque no dejan que te acerques.  
—Que no, que le han aplastado la cabeza.  
—Quizá lo han confundido.  
—Yo ya decía que esto de las obras no nos traería más que disgustos.  
—Un día u otro tenía que pasar. Tantos carrilanos, tantos carrilanos...  
—¿Cómo sabes que ha sido un carrilano?  
—Quizás ha sido otro guardia civil. Entre ellos también tienen sus cosas.  
—O los maquis, vete tú a saber.  
—Hace años que los maquis crían malvas. Se los cargaron a todos.  
—Por eso lo digo. A lo mejor es una venganza.  
—Si hablamos de venganzas... No hace falta que sean maquis. Hay muchas cuentas pendientes con los civiles.  
—¿Lo dices por los fardos?  
—Por los fardos y por tantas cosas.  
—Eh, que hay civiles de una pieza.  
—¿Por quién lo dices, por el Aragonés?  
—¿Qué? ¿Han matado al Aragonés? ¡Pobre hombre!  
—No lo sé. Yo sólo pregunto.  
—Eso sí sería una desgracia.  
—¿Al final qué pasa con la misa y con todo el jaleo de la Santa Misión?  
—Se ha suspendido todo. Ni misa solemne, ni festival de gimnasia ni nada.  
—¿Pero cómo querías que las pobres criaturas hiciesen gimnasia al aire libre con toda esa nieve?  
—Yo ya avisé que si nevaba, mi niña no iba.  
—Y la mía tampoco. Y los niños de Angelita tampoco. Con este frío, *Verge santa!*  
—Lo siento por el mosén. Había puesto tanta ilusión en esto...

—Pues que aprenda. No se puede obligar a la gente a tragarse tantas misas y tantos rosarios y tantas novenas. ¿Qué se ha creído?

—Que Dios me perdone, pero si el muerto fuese mosén Antonino, no lo lloraría.

—Jesús, María y José.

—Calla, calla, tiene sus cosas, pero...

—Hace tiempo que chochea. Ya nadie le hace caso.

—No sé de dónde sacas eso. ¿Qué me dices de la Santa Misión?

—Mucho ruido y pocas nueces. Mosén Antonino ya no es lo que era.

—Dicen que está hundido. Que se ha encerrado en la iglesia y no sale.

—Sí sale, sí. Yo lo he visto.

—Yo también. Estaba discutiendo la jugada con el Sapo.

—¿Qué jugada?

—Suspender los festejos. Se ve que el Sapo lo quiere prohibir todo. Ni cine, ni baile, ni teleclub ni nada. Y todos los bares cerrados hasta nueva orden.

—Parecerá Semana Santa.

—Pero vamos a ver. Al final, en qué quedamos, ¿le han aplastado la cabeza o lo han degollado?

## PASCUAL DE CASA XICO

### *Antiguo monaguillo de Noguera*

Yo vi los dos primeros muertos. Cuando eres pequeño, estas cosas te quedan grabadas para siempre y aún más si te has visto envuelto de alguna forma, como me pasó a mí. En ambos casos fue por casualidad, sólo porque yo era monaguillo, por nada más. Si el monaguillo hubiese sido otro, se habría encontrado con lo mismo. Y dos veces, que parece mentira. El primero, en la parte alta del pueblo, y el segundo, el ahorcado, en el puente de Cassibrós. Hoy cada uno lo cuenta a su manera, pero yo lo vi con estos ojos. La Guardia Civil me llamó a declarar dos veces, y eso no puede decirlo todo el mundo. Me escucharon con mucha atención y lo apuntaron todo. Había uno que iba escribiendo a máquina todo el tiempo y que de vez en cuando

decía: para un momento, niño, ¿puedes repetirlo? ¿Cómo se escribe Cassibrós?

Los de mi quinta crecimos oyendo hablar de los rojos y de los nacionales, de las barbaridades que hicieron unos y otros, de muchachos que van a la guerra y no vuelven, de familias que lo perdieron todo. También decían cosas de los judíos que pasaban la frontera huyendo de los nazis, de algunos que andaban perdidos por esos montes y que eran asaltados para robarles el dinero y las joyas. Se hablaba también de los maquis, que ya no había, pero habían dejado el país sembrado de historias, que si unos se escondían en esta borda, que si otros tuvieron un encuentro con la Guardia Civil, que si en este sitio encontraron a uno con un tiro en la frente... De todo esto se hablaba y no se hablaba, porque todo se decía a medias y en voz baja, siempre en voz baja.

Hasta que no eres mayor no tienes una perspectiva de las cosas que pasaron en aquellos tiempos. Nosotros, los niños, no acabábamos de saber de qué ni de quién hablaban exactamente. Pero sí captábamos algunas cosas, nos dábamos cuenta de que las historias antiguas no se acababan de cerrar nunca y de que en estas montañas, poco o mucho, siempre ha habido desgracias, porque la vida, antes, era muy dura. Muy dura. La gente también era dura, no perdonaba nada. Los rencores duraban años y años. Yo todo esto lo he vivido, familias peleadas por algo que ya nadie recordaba. Como monaguillo, acompañé al cura a todas las casas del pueblo y comprobé que había vecinos que no se hablaban y nadie supo explicarme nunca por qué. Me parece que ellos tampoco lo sabían, pero el odio pasaba de padres a hijos. Decían que todo venía de la guerra, pero yo creo que venía incluso de antes.

Y cuando estás cerca de la frontera pasan cosas que oficialmente no ocurren nunca, cosas que parecen inventadas porque nadie las cuenta abiertamente. Pero todo el mundo habla de ellas con indirectas y cuchicheos. Me refiero al contrabando y a la gente que huía hacia aquí o hacia allá por motivos políticos. La vida es tranquila hasta que empieza a circular un runrún fuerte como una ventisca, como si el aire de repente esparciera unos hechos extraordinarios que nadie acaba de detallar. Entonces no era como ahora, que todo se sabe; no, entonces, si había una muerte extraña, todo eran rumores y sospechas, cotilleos...

A los niños aquello nos llegaba como un cuento de miedo, estábamos acostumbrados a los relatos que nos contaban los abuelos. Cuando éramos pequeños no distinguíamos mucho entre lo que realmente había ocurrido y lo que se inventaban para asustarnos. Como lo de Tírvia, que era como un cuento de aquellos poblados de ogros y de lobos que no te dejan dormir. Porque los abuelos se regodeaban metiéndote el miedo en el cuerpo. La gente que no había huido hablaba de Tírvia como un infierno, decían que por todo el valle se oía cómo explotaban las bombas y se veía el resplandor de las llamas. Para nosotros, los pequeños que no lo vivimos, no había mucha diferencia entre los maquis, las escaramuzas de los contrabandistas con los carabineros, los pueblos bombardeados y las historias llenas de osos y de lobos y de demonios. No habíamos visto nada de todo aquello, ni ogros, ni maquis, ni demonios, ni hombres fusilados. En el fondo crees que todas las historias son mentira, leyendas que se inventa la gente. Pero aquella vez fue distinto, fue la primera que las historias pasaban de verdad delante de nuestros ojos. No nos lo contaban los mayores: lo vivíamos, estábamos en medio de una tragedia que nadie se esperaba. Y a mí me tocó hacer pública la noticia de que allí arriba había un hombre muerto.

Fue el primer muerto, y pasó por el Pilar. Yo me había levantado muy pronto porque el mosén quería que hiciese un repique de campanas muy largo para anunciar el último día de la Santa Misión. Me dirigía a la iglesia, y, con tanta nieve, bajaba con cuidado para no resbalar. Entonces me encontré con Matildo, que estaba muy asustado y me dijo que había un muerto. ¿Dónde? Allí, allí. Me señalaba de lejos una sombra en medio de la calle, una especie de bulto en el suelo, como un saco, y cubierto de nieve, que tenía una herramienta clavada, como un hacha con el mango nevado. ¡Corre, corre! ¡Ve a avisar al cura!, me dijo Matildo.

Todavía era de noche, pero la nieve brillaba con fuerza. Era raro que nevara por el Pilar, pero así fue. Había medio palmo o un palmo entero de nieve, y yo bajé hasta la iglesia pisando la nieve virgen. ¡Mosén, mosén! ¡Que han matado a un hombre! ¿Quién?, me preguntó. No lo sé. Allí, ¡corra, corra, deprisa! Agarró con rapidez los óleos de la extremaunción y salió como un cohete. Aún me parece verlo. Caminando sobre la nieve con unas zancadas tan largas que hasta se le veían los pantalones por debajo de la

sotana. De repente dio media vuelta y volvió hacia mí para decirme que no tocase el repique de fiesta, que ya tocaríamos a muertos más tarde, pero aún no. ¡Y no juegues con la cuerda de las campanas, porque un día te estrangularás! El mosén tenía mucha manía con eso.

## CASA SEBASTIANET

*Rossita, Jaume, el de la Madera, y Zep Vidal*

—¿Y Santi?

—No se ha levantado todavía.

—Qué raro. Con lo madrugador que es...

—Hoy es fiesta.

—Si yo tuviese las llaves de la oficina, me iría a trabajar. Es mejor que estar pendiente de lo que dicen y de lo que pasa.

—Yo también estoy intranquilo, no se habla de otra cosa. Me parece que volveré a salir.

—¿Acabas de entrar y ya quieres volver a salir?

—Es que aquí me siento enjaulado. ¿Quieres venir, Zep?

—Quizá sí, pero no sé qué es peor. En la calle todo el mundo da su opinión y no sabes a qué atenerte.

—Por lo menos estiraremos las piernas.

—Si salís, abrigaos, que hace mucho frío.

—Ya decían ayer que nevaría.

—También decían que no, que es demasiado pronto. No es normal que nieve tanto por el Pilar.

—Hoy no hay nada normal. ¿Vamos, Zep?

—Sí.

Entra Santi.

—Buenos días, dormilón.

—Buenos días, Jaume, Rossita.

—Vaya ojeras, chico...

—¿No se encuentra bien?

—Acabo de levantarme.



—Tienes más cara de enfermo que de sueño.  
—Debe de ser que he dormido demasiado.  
—Dormir cansa, ya lo digo yo.  
—¿Quiere desayunar algo? ¿Le preparo un café con leche?  
—Sí, gracias.  
—No sabes nada, ¿verdad?  
—¿Nada de qué?  
—De lo que ha pasado.  
—¿Qué ha pasado?  
—Que han matado al Lindos Ojos.  
Santi trastabilla ligeramente y se apoya en la mesa. Se sienta en una silla.  
—¿Qué dices que ha pasado?  
—El Lindos ojos, que lo han encontrado muerto.  
—Muerto no, asesinado. Le han matado.  
—¿De quién hablas?  
—Del Lindos Ojos.  
—¿Quién es?  
—Aquel guardia civil jovencito.  
—¿Qué..., cómo ha ocurrido?  
—Le clavaron una herramienta. Aquí cerca, a la vuelta de la bajada.  
—Pero... ¿quién decís..., un guardia civil?  
—Matildo lo ha encontrado tendido en el suelo. Primero no sabía quién era porque estaba cubierto de nieve.  
—¿Estáis seguros?  
—Sí, sí, no hay duda de que es el Lindos Ojos, pero nadie sabe qué ha pasado. Jaime y yo vamos a ver qué hay de nuevo. ¿Quieres venir?  
—No, no.  
—Rossita, quizá no volvamos hasta la hora de comer.  
Jaime y Zep se van. Santi se queda cabizbajo, mirando el suelo.  
—Enseguida le traigo el café.  
Santi la retiene. La agarra por la muñeca.  
—Rossita...  
—Sí. ¿Quiere mucha leche en el café?  
—¡Por el amor de Dios, no me trates de usted!

—Por favor, suéltame. Si viene Jaume...

—Rossita...

—¿Qué?

—Rossita...

—¿Qué te pasa? Tenía razón Zep, tú no estás muy católico.

Santi se levanta y abraza a Rossita con fuerza.

—Rossita, Rossita...

Se queda un buen rato abrazado a ella, mejilla con mejilla.

—¿Quieres que te prepare unas hierbas?

—No quiero nada.

—¿Tienes fiebre?

—Puede que sí. Fiebre de pensar en ti noche y día y de hacer cualquier cosa por ti.

—Por favor, Santi. Si Jaume nos ve así...

—Ojalá.

—Jaume es rencoroso. No nos lo perdonaría.

—Quizás él sea rencoroso, pero yo soy celoso. Y cada día lo soy más, ¿lo entiendes? Porque él sólo es tu marido ¡y yo soy tu hombre! Tu hombre soy yo. Tu hombre. ¿Sabes lo que significa eso?

—Santi, por el amor de Dios, cálmate.

Santi se separa de Rossita y se sienta. Se hace un largo silencio, ella le acaricia el pelo mientras él recorre con los dedos una veta de la madera de la mesa y mantiene la vista perdida, más allá de las paredes, de la casa, de la nieve de las montañas...

—Habla, amor mío.

—No puedo.

—Dime que no sabes qué decirme, pero no dejes de hablar. Sólo con oír tu voz ya siento que me quieres.

Santi cabizbajo, abatido, habla.

—Tienes razón. Estoy enfermo de ti. Tengo la fiebre de los celos, que es una enfermedad horrible y sucia, que me hace perder el sentido. Soy un hombre vulgar, Rossita, muy vulgar, pero te juro que no soy una mala persona.

REYES JIMÉNEZ, MÍSTER PELTON

*Antiguo trabajador de Cohisa y de Fecsa*

No insista. Ya le he dicho que de mi boca no saldrá nada referido a la Guardia Civil de aquella época. Si sé algo es porque mi mujer vivió allí, pero ella tampoco le contará nada. Le duele recordar que su padre no era un buen ejemplo, y también le parece mal decir según qué cosas, como si todos los guardias fuesen de la piel de Barrabás. Carolina cree que su padre fue víctima de una forma de vivir inhumana, que los guardias cobraban un sueldo de miseria y tenían que sacrificarse mucho yendo de un sitio a otro con la familia, sin poder echar raíces en ninguno. Ella tiene buenos recuerdos de aquella época hasta que fue a Cardós y la muerte de su madre coincidió con la llegada de aquel sargento al que llamaban el Sapo. Fue entonces cuando todo empezó a ir de mal en peor.

Yo no llegué a tener una mala relación con mi suegro, pero habríamos terminado mal si él no hubiese decidido irse bien lejos para no perjudicar más a su hija. Fue una decisión que no sé si calificar de valiente o de cobarde, por no querer enmendarse, pero el resultado es que bebió aún más y que en un par de años se acabó de destrozar el hígado. Son desgracias de familia que no puedo esconder porque las conoce todo el mundo, pero aquí termina la cosa. Si quiere saber algo más de la casa cuartel de Cardós, busque a otro. Ya le digo que con mi mujer no cuente, y dudo que el Aragonés, que aún vive y tiene la cabeza muy clara, quiera contarle algo.

Sí, de aquella muerte se habló mucho, claro, pero yo me pasaba toda la semana en Canalada, y allí arriba teníamos otras preocupaciones. La nevada del Pilar nos llevó de cabeza. El campamento se cerraba cada año cuando el tiempo hacía imposible vivir allí arriba, cubiertos de nieve y con un viento helado que no te dejaba ni caminar. Porque la ventisca, además de calarte hasta la médula, barre la nieve y la levanta con tanta fuerza que forma unas cortinas que no te dejan ver nada.

Lo de nevar antes de tiempo ya había pasado otras veces, pero al cabo de unos días volvía a hacer una bonanza relativa. En aquella ocasión, sin embargo, nevió con una intensidad fuera de lo común. ¿Qué hacemos, cerramos el campamento hasta la primavera? ¿Esperamos unos días a ver si

mejora el tiempo y se funde la nieve? ¿Y si empeora y nos quedamos aquí bloqueados? ¿Y si perdemos la comunicación telefónica con el campamento central? ¿Cuántos días podremos resistir con los víveres que tenemos?

La dinámica de la empresa era no detener nunca el avance de las galerías, y en caso de fuerza mayor, parar el menor tiempo posible. La seguridad primaba por delante de todo, claro, pero antes de clausurar un campamento durante unos meses se lo pensaban dos veces y esperaban hasta el ultimísimo momento. La opinión de Caio Periquet fue decisiva. Él era muy meticuloso a la hora de evitar el peligro, creía que en pocos días podríamos reemprender el trabajo sin correr riesgos. Dijo: no excavaremos ni un metro más en malas condiciones para avanzar el cale; me da igual que tenga que venir don Juan March o Perico de los Palotes, pero creo que podremos continuar trabajando como siempre y a buen ritmo mientras tengamos a los Dinamita en forma. Eran tremendos barrenando, había días que su equipo avanzaba el doble que los demás.

Los problemas provenían más de las rocas que de la meteorología. Aquel maldito túnel obligaba a replantear el trazado sobre la marcha y aquello coincidió con unas semanas en las que Caio tenía que bajar a menudo porque su mujer estaba muy enferma. Además, Santi Vallory, que era el supervisor de topografía, estaba más callado que nunca, no sé si decir que estaba huraño o de mala leche. Lo recuerdo bien porque tuvo algunas discusiones agrias con los geólogos y eso me sorprendió, porque siempre había sido muy correcto con todos. Sí, fueron unos días muy duros. Y yo también estaba de mal humor, sólo pensaba en mi boda, íbamos retrasándola, retrasándola y ya empezaba a desesperarme. Entonces hacía demasiado frío para subir a Romedo y calmarme contemplando la isla que le había regalado a mi novia.

#### CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL

*Eduardo María Delgado, juez militar instructor,  
y el sargento de la Guardia Civil*

—No me venga con majaderías, sargento. ¿Cómo llegó aquí este libro?

—Qué sé yo. Cada guardia tiene sus cosas, yo no voy husmeando por

aquí a ver si esconden libros prohibidos.

—*El capital*, de Carlos Marx, no es un libro prohibido, es subversivo. Es la biblia del comunismo. Y nada menos que en una casa cuartel.

—Cosas del niño ese...

—Un respeto, sargento. Estamos hablando de un difunto. Retire lo de niño.

—Lo retiro, le ruego me perdone. El guardia Celedonio Froilaz era muy reservado, no hablaba con nadie, no tenía amigos, no bebía, no fumaba...

—Hable claro: ¿era comunista? ¿Formaba parte de una célula? ¿Era un enlace entre el Partido Comunista del interior y los cabecillas que están en Francia? Un rojo infiltrado en la Guardia Civil sería gravísimo, sargento. ¡Gravísimo!

—¡Es imposible, mi capitán! Juro por Dios que ninguno de mis guardias tiene trato alguno con los comunistas.

—Ese libro no ha venido solo.

—A lo mejor se lo requisaron a alguien, no lo sé.

—¿Quién lo requisó? ¿Cuándo? ¿En qué libro de registro consta?

—A lo mejor estaba por ahí desde el tiempo de los maquis.

—«A lo mejor», «por ahí»... ¡Pero qué clase de sargento es usted! ¿Cómo quiere imponer orden y disciplina si aquí todo va manga por hombro?

—Trabajamos y malvivimos como podemos. Esta casa es indigna de la Guardia Civil. Hace más frío aquí que en la calle.

—No es excusa para tenerlo hecho una pocilga.

—Yo siempre...

—¡No me interrumpa! Voy a instalarme en el hostal. Tengo que hablar con el alcalde, el secretario del ayuntamiento, los jefes de las obras y un montón de personas más.

—El alcalde es un calzonazos. Aquí el que manda es el secretario del ayuntamiento.

—Y el cura. Y usted. Y los que parece que no mandan pero se forran pasando fardos sin que los pille la Guardia Civil.

—No damos abasto, mi capitán. Con las obras se nos amontona el trabajo. Sólo nos faltaba acompañar a los habilitados para entregar los haberes los días de paga. ¿Sabe cuántos campamentos hay por todo el valle?

—Esa es tarea de la Guardia Civil, no me venga con bobadas. A propósito, ¿entre los productores ha habido sus más y sus menos con los guardias?

—Reyertas, borracheras, sustracciones... Los invertidos, que siempre se cuele algún vicioso.

—¿El guardia fallecido era de esos?

—¿De cuáles?

—¿Es verdad que tenía un no sé qué de afeminado? ¿Tenía tratos con perversos?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Con tantos hombres en el valle, no me dirá que no hay mariposeo.

—Tres o cuatro casos como mucho. Y tenemos a raya a los elementos disolventes.

—¿De qué tipo?

—Rojos. Los más contumaces son dos mineros que según nuestros informadores se las dan de comunistas.

—Vaya, vaya, o sea que sí, que hay trazas de comunismo.

—Sí, pero lejos del cuartel. Nos odian a muerte, justamente porque los tenemos fichadísimos y vigiladísimos.

—Nombres.

—Todo el mundo los conoce por los hermanos Dinamita.

—¿Por qué no están en la cárcel?

—La empresa no quiere echarlos hasta que acaben un túnel. Tienen prisa y los necesitan.

—¿Mineros? ¿Y trabajan con explosivos?

—Claro, hay polvorines en todos los campamentos. Cada día se hacen voladuras.

—¡Coño, sargento! ¿Qué mierda de vigilancia es esta? ¿Les dan dinamita a los comunistas?

—Son más bravucones que otra cosa. Además, esos no matan por la espalda. Tienen los cojones de aguantar sin pestañear aunque les muelan a palos.

—Tráigamelos.

—A sus órdenes. ¿Me permite una pregunta, mi capitán?

—Diga.

—¿El guardia que mataron era del gremio digamos afeminado?

—Lo de este muchacho no va por ahí. A Celedonio Froilaz lo mataron por otra cosa.

—¿Cuál?

—A su debido tiempo.

—Como insiste tanto en eso del comunismo...

—Es que tengo la obligación de aclararlo. Lo que menos esperas encontrarte en una casa cuartel es un manual de marxismo. Puede que no tenga nada que ver con el asesinato. O puede que sí. Pero voy a cursar un oficio para informar al Instituto por si es constitutivo de una infracción grave del reglamento.

—¿Infracción de quién, mi capitán?

—Nada más, puede retirarse.

—¿Infracción de quién? Mía no, desde luego.

—Puede retirarse.

—A sus órdenes.

OFICINA TÉCNICA DEL CAMPAMENTO CENTRAL  
DE COHISA EN NOGUERA

*Santi Vallory*

Santi tiene un plano extendido sobre la mesa. Utiliza una regla de cálculo y va anotando cifras en un bloc de notas. Entra un teniente de la Guardia Civil y, sin decir nada, después de echar una ojeada, levanta algunos objetos, inspecciona, revuelve ligeramente con actitud escrutadora.

Santi está inmóvil, paralizado, hasta que se atreve a hablar con un hilo de voz.

—¿Necesita usted algo?

—Miro.

—Ah.

—¿Usted trabaja aquí?

—Sí.

—¿Y qué hace?

—Soy topógrafo.

—¿Eso qué es?

—Tomo medidas del terreno para las obras.

—¿Se pasa aquí todo el día?

—Según.

—¿Qué quiere decir según?

—Voy arriba y abajo. A veces me llaman de una ventana y a veces de otra.

—¿Una ventana? ¿Qué ventana?

—Son los accesos a los túneles por donde pasará el agua. Les llamamos ventanas.

—Pues sí que hablan raro. Una ventana es una ventana. ¿Quién se sienta aquí?

—Un compañero delineante. Yo le paso los datos y él hace los planos.

Entra un número de la Guardia Civil. Lleva un fusil colgado al hombro.

—Mi teniente.

—Diga.

—Hemos encontrado esto en los barracones.

Le muestra un fajo de revistas pornográficas extranjeras. El teniente se va tal como ha entrado, sin decir nada. Cuando los dos civiles se han ido, Santi permanece inmóvil durante un buen rato hasta que por fin se acerca tímidamente a la puerta y comprueba que se han ido.

Se relaja y se deja caer en una silla. Respira con fuertes bufidos para serenarse. Abre un paquete de celtas, pero el pulso le tiembla, le cuesta agarrar un cigarro y acertar la llama del encendedor. Fuma con aspiraciones profundas y de vez en cuando lanza miradas afuera. De repente irrumpe en la oficina el Dinamita Bizco, que lleva un bulto grande enrollado de cualquier manera.

—Esconda esto, rápido.

—¿Qué es?

—Rápido, coño.

El propio Dinamita busca un escondite. Habla con precipitación por miedo a que le descubran.



—¿Qué es?

—Nada.

El Dinamita oculta el paquete en un rincón. Ya se va cuando Santi le agarra de la chaqueta.

—¿Se puede saber qué está pasando?

—Los civiles.

—Ya lo sé.

—Han venido cuatro o cinco y lo revuelven todo. Entran en los dormitorios, hurgan en los armarios, abren las taquillas.

—¿Qué buscan?

—Al asesino del Lindos Ojos, supongo. Yo no tengo nada que ver, pero si me pillan con esto, estoy jodido.

—¿Y si me pillan a mí?

—¡Que le van a pillar! Con esa cara de angelito...

—No, no. Llévase eso. Hace un rato ha entrado un civil por esta misma puerta.

—Por eso se lo traigo. Aquí ya no vuelven.

—¿No será dinamita?

—No tenga miedo, hombre, que no explota.

—¡Baja la voz, *collons!* ¿Qué puñetas haces tú en este campamento? ¿Por qué no estás en Canalada con tu hermano?

—Cosas de la vida.

—Me comprometes y encima te choteas.

—Hágame un favor. Usted, que va con un jeep arriba y abajo, llévase esto disimuladamente. Escóndalo, quémelo, cualquier cosa. Cuanto antes, mejor.

—Abulta mucho. ¿Dónde lo escondo?

—Buena pregunta, jefe. Muy buena.

El Dinamita Bizco se va rápidamente, pero vuelve atrás.

—Usted no sabe nada ni me ha visto, ¿estamos?

Le guiña un ojo y desaparece.

FLORENCIO GAVILÁN

*Excabo de la Guardia Civil*

Ha pasado mucho tiempo y se lo puedo contar. Yo llegué a Noguera cuando todo había pasado y ya no quedaba ningún guardia de los que había cuando ocurrieron los hechos. De puertas para afuera, la Guardia Civil salió intacta, como si en la casa cuartel de Noguera no se hubiesen perpetrado desafueros. Sin hacer ruido se fueron relevando a todos los guardias, empezando por el sargento comandante del puesto. Ignoro si llegaron a abrirle un expediente disciplinario, sólo sé que al cabo de muchos años me enteré de que andaba por Lanzarote no sé si medio desterrado o expulsado del Cuerpo. Pero no supe más de él. Si todavía vive, no creo que tenga arrestos para volver al valle de visita. Dejó muchas cuentas pendientes y creo que más de uno y de dos le siguen teniendo ganas.

Como yo estaba destinado a oficinas, pasaron muchos documentos por mis manos y, entre lo que leí, lo que me contaron y lo que adiviné atando cabos, pude hacerme una idea bastante exacta del guardia fallecido, un tal Celedonio Froilaz. Al parecer era un joven atento que gozaba de buena consideración entre los moradores del valle. Pero se percató de ciertas irregularidades consentidas por su superior relativas al contrabando y a extorsiones a los industriales del valle. El sargento siempre se llevaba un pellizco de ciertas transacciones, con la amenaza de una lluvia de inspecciones y denuncias. Estaba conchabado con el secretario del ayuntamiento, que se quedaba con la parte del león. Y algo pillaba también del comercio ilegal, el estraperlo, que todavía era floreciente. De Andorra para acá traían picadura de tabaco, cigarrillos rubios americanos, que entonces se pusieron muy de moda, café, nescafé, medias de nailon, botones de nácar, aspirinas francesas... Para allá, subían sobre todo lana cruda en unos fardos que pesaban por lo menos treinta kilos. Les llevaba horas, un día entero subir a los collados y bajar hasta Andorra. Yo he visto fardos de hasta cuarenta kilos. Y desgraciados que pasaban neumáticos de coche y hasta de camión. Parece mentira que se pueda subir por esos montes empinados con esa carga. En realidad a quienes cogemos suelen ser pobres diablos que no tienen donde caerse muertos. Los peces gordos, los *caps de colla*, que les llaman aquí, a esos es difícil echarles el guante.

Le diré una cosa. Lo siento mucho, pero es así. Los puestos de fronteras eran los más solicitados, ¿se imagina por qué? Pues sí, a veces veías a un

compañero que tenía su cochecito, su televisor, sus buenos zapatos y unas comodidades que los demás no podíamos permitirnos. El sueldo de un guardia civil, y más en aquella época, era de miseria. Menos que un maestro de escuela ganábamos. Pero los que habían estado en fronteras, no todos, eh, cuidado, que no digo yo que fuera siempre así, tenían sus ahorrillos y vivían mejor. Dios sabe que lo digo con dolor del corazón, pero es así. Sospecho que el guardia Froilaz no se conformó con pellizcos y le cegó la codicia. Por cierto, ¿le he dicho que en el pueblo le llamaban el Lindos Ojos? Se ve que el mote se lo pusieron las mujeres, que las de allí eran como las de todas partes, que siempre sueñan con hombres guapos y galanes de cine. En otro pueblo a un compañero mío que era un guaperas le llamaban Robert Taylor. Puede estar segura de que si usted fuera guardia civil, ahora que hay tantas mujeres en el Cuerpo, pues también le pondrían motes de ese estilo, no le quepa duda.

Lo que le decía. El guardia Froilaz descubrió que hacer la vista gorda tiene un precio y que detener a los contrabandistas era un perjuicio para todos. Lo mejor era interceptarlos, quedarse con el botín y soltarlos. Entonces estableció su propio plan, ajeno por completo al sargento. Se asoció con jefecillos del contrabando y con ciertos personajes de por aquí que organizaban expediciones. *Caps de colla*, se entiende. Sabían cuándo y dónde dar el alto para repartirse el alijo entre tres o cuatro.

Durante la investigación del asesinato se descubrió que Celedonio Froilaz tenía una cuenta corriente en un banco andorrano. No le puedo precisar la cantidad, pero varios miles de duros tendría ahorrados, el muy bellaco. Esos son los guardias que deshonran al Cuerpo, los que las matan callando. Fíjese adónde llegaba la codicia de aquel chico, que incluso se compró en Andorra un libro de Carlos Marx que se llama *El capital*. ¿Sabe por qué? ¿Para hacerse marxista-leninista? ¡No! ¡Qué va! Lo compró con otros libros del estilo *De vendedor de periódicos a millonario* o *Cómo hacerse rico con las quinielas*. Tiene guasa. Para medrar leía a Carlos Marx, ¿qué le parece?

OFICINA DEL CAMPAMENTO DE CANALADA  
*Santi Vallory, Caio Periquet, Reyes Jiménez*  
*y cuadros técnicos*

El subdirector de las obras, mano derecha del ingeniero jefe Max Schwarzstein, explica la situación al personal técnico.

—Esta jodida ventana no trae más que problemas. Los geólogos nos avisaron de que encontraríamos alguna falla y ya la tenemos aquí. Continuaremos con el trazado previsto pero avanzando muy despacio. Sobre la marcha iremos valorando si es necesario desviar el frente de ataque.

—¿Y si nos cae el mundo encima?

—No caerá nada sobre nadie, ¡por el amor de Dios! Esto vale para todas las ventanas. Caio, Reyes, don Max quiere un informe diario en que aparezcan las incidencias con todo detalle.

—Lo tendrá.

—Meteos en la cabeza que más vale atrasarse dos meses que arriesgar la vida de alguien.

—Allí dentro es el cuento de nunca acabar. Picas un poco y se derrumba todo.

—Ahora ya lo sabemos y no nos puede pillar por sorpresa. No sacaremos más escombros, dejaremos que se rellene la grieta con los propios desprendimientos. Esto puede cegar toda la sección de la galería, pero no pasa nada. Introduciremos la lanza de hormigón y sin perder ni un minuto echaremos el cemento tan arriba como podamos para ir sellando la falla. Avanzaremos con una sección reducida, apuntalando con cimbras de hierro y hormigón rápido. Al terminar ampliaremos la sección y si es necesario lo recubriremos todo con perfiles laminados y pernos. O con un revestimiento doble si hace falta, pero esto será más adelante. Una vez se haya desmoronado todo iremos avanzando, pero muy despacio, medio metro cada día si es preciso y con una sección muy pequeña, la mínima para avanzar y desescombrar. Prohibido avanzar ni un centímetro sin autorización.

—Yo tengo que frenar a los hermanos Dinamita. No saben trabajar despacio.

—Después hablamos de los Dinamita.

—¿Qué pasa con ellos?

—Que hay chivatos por todas partes y los de arriba están al corriente de todo. Saben que los Dinamita hacen arengas en el teleclub y tienen miedo de que cualquier día revolucionen al personal con reivindicaciones y huelgas.

No los han despedido gracias a ti, Caio, pero ya te digo yo que tienen un pie y medio fuera.

—Es que nadie perfora como ellos. ¿Habéis visto alguna vez un picador que pueda manejar dos martillos, uno en cada mano y además empuje otro con el pecho? Hay que ver lo limpio y perfilado que dejan cada tramo que pican. Entrás en una galería después de una pega y enseguida sabes si han barrenado los Dinamita. Mira que he conocido perforistas, pero como ellos, ninguno.

Reyes Jiménez, que hasta entonces había estado callado, toma la palabra.

—¿No tendrían que enviarnos refuerzo médico? Yo sólo soy listero, y si pasa alguna desgracia...

—Haremos que suba un practicante, al menos por unos días, mientras dure el peligro. Si tenéis dudas, llamad abajo, pero, vaya, iremos subiendo tantas veces como haga falta. *Entesos?*

La reunión se disuelve. Caio Periquet y Reyes Jiménez se quedan en la oficina. Caio resopla.

—No entiendo a los de abajo, tan pronto te dicen que vayas con cuidado como que no pierdas ni un minuto.

—¿Es verdad que están tan nerviosos porque vendrá don Juan March?

—¡Yo qué cojones sé! ¡Todo el mundo me pregunta lo mismo!

—Es que yo quiero casarme de una vez por todas y sólo hacen que pedirme que me espere hasta el cale.

—Lo siento, chico, no sé qué decirte. Tengo tantos problemas en este momento.

Entra Santi y se dirige a Caio.

—¿Cómo está tu mujer?

—Delicada. Después de la operación parece que le haya pasado un berliet por encima.

—¿Qué dicen los médicos?

—Hay que esperar a que pase un tiempo.

—¿Está sola?

—Con mi hija. Baja cada día a Tresp y se queda con ella tantas horas como le es posible.

—Dile de mi parte que se mejore. Y dale recuerdos también a tu hija.

¿Cuándo se casa con Agustín?

—Nadie piensa ahora en la boda. Con Liduvina así, ya me dirás...

—¿Bajas a Noguera o te quedas aquí?

—Me quedo. Tengo que hablar con aquel par. Ya estoy harto de jugarme la piel por ellos. ¿Sabías que los han interrogado?

—¿A los Dinamita?

—Por lo del guardia civil aquel que mataron. No sé por qué te sorprende. Son los primeros sospechosos. Tienen todos los números.

—¿Están detenidos? ¿Qué les han hecho?

—Están aquí. Les han soltado porque aquella noche se la pasaron aquí cantando y tocando la guitarra hasta las tantas. Dicen que llevaban un buen pedo.

—Beben como esponjas.

—Cuanto más mamados, más prisa tienen por redimir a la clase obrera. Estuve a punto de denunciar al Sapo por las hostias que les había dado, pero no tuve cojones. ¿Y por allí abajo qué se cuenta?

—¿De la falla?

—No, hombre, no, de lo del guardia civil fiambre.

—No lo sé, no me interesan los chismorreos.

MARÍA AUXILIADORA ROYO

*Exempleada municipal de Noguera*

En el ayuntamiento debe de haber fotos de aquellos años, me imagino que sí. Yo entonces trabajaba allí, en las oficinas del ayuntamiento, había estudiado secretariado y comercio en Tremp, era una buena mecanógrafa y sabía un poco de taquigrafía. Hacía un poco de todo, pero sobre todo llevaba la correspondencia que, en aquella época, con las obras, había mucha. Y todo pasaba por mis manos, sobre todo las respuestas a Cohisa, al Gobierno Civil, a la Diputación, a Fecsa... Le hablo de escribir a máquina y de poner siempre papel carbón para tener copias de todo. Ya no quedan muchas que sepan escribir bien y deprisa como antes. Si quiere, la desafío a escribir una página entera a máquina, sin ningún error ¡y sin mirar el teclado!

Quien lo decidía todo era el secretario, el Búho, que le llamaban. Más que decidir, lo que hacía era trapichear. Estaba en contacto con Cohisa y Fecsa y por sus manos pasaban todos los permisos, expropiaciones, permutas, líneas de electricidad y de teléfono, los autocares que reclutaban obreros por toda España... Y él mismo, el Búho, adjudicaba las obras a dedo, decidía las afectaciones, por dónde pasaba la línea de teléfono, dónde se podía edificar y dónde no. Las cuentas oficiales no cuadraban. Entre las cantidades que yo veía en un documento o en un cheque y las que anotaba en los libros, había muchas diferencias. Eso sin contar el dinero que corría bajo mano para favores o anticipos de favores. ¿Qué se cree usted, que esto sólo pasaba en Noguera? Pasaba antes, pasa ahora y pasará siempre y en todas partes, puede estar segura, pero entonces todo estaba podrido y no se podían denunciar estas cosas. Las obras movían mucho dinero y muchos intereses y el Búho tenía todos los ases en la mano.

En Noguera todo lo decidían entre tres, el Búho, que no se dejaba ver mucho, el sargento de la Guardia Civil y el cura, pero mosén Antonino sólo se preocupaba de que la gente fuese a misa y de que las mujeres nos vistiéramos con decencia. ¿Le han contado el lío que montó con la Santa Misión? Sí, claro, debe de estar harta de que todo el mundo le cuente lo mismo, porque lo de la Santa Misión fue muy sonado. Y la historia del armonio también lo fue. ¿No? ¡Mira que trajo disputas aquel armonio! El mosén buscaba a alguien que supiese tocar el armonio, y cuando supo que yo había aprendido en el colegio de las monjas de Tremp, me persiguió con insistencia para que tocara en la iglesia el día del estreno. ¿Pero sabe qué pasó? Pues que el armonio tenía que llegar para la Virgen de Agosto, y no llegó. Y tampoco llegó para la Virgen de Septiembre, que es la fiesta mayor. ¡Cómo se puso el mosén!

Al final le aseguraron que para la Santa Misión el mosén tendría su armonio nuevo. Y sí, llegó unos días antes, pero entre don Max y el Búho había, cómo le diría, tanta animadversión que las pocas veces que les vi juntos, hablando de tú a tú, daba miedo verlos. No levantaban la voz, pero se notaba que no se podían ver. Don Max se interesó por su armonio y el Búho le dijo que no se apropiase de algo que no era suyo, sino que era un regalo que Cohisa hacía al pueblo. El caso es que el armonio llegó antes de la Santa

Misión y el Búho dijo que de momento lo guardasen en una especie de cobertizo que hacía las veces de almacén municipal. El caso es que el armonio fue a parar bajo una techumbre de uralita, donde estuvo unos días desembalado a merced de la humedad de la noche y de las nieblas. Un drama, créame, un drama. El Búho se desentendió, dijo que él había dado órdenes de guardar el armonio en el ayuntamiento y sin desembalar, pero... Con la madera hinchada y los mecanismos encallados, no se pudo arreglar a tiempo para la Santa Misión. El cura echó la culpa a don Max, decía que lo había hecho ex profeso porque un protestante no podía sufrir un triunfo de la Iglesia católica tan enorme como la Santa Misión. ¡Pobre don Max! Escribí su apellido tantas veces en oficios y documentos oficiales que todavía sabría escribirlo sin faltas: Max Schwarzstein.

Si el Búho estaba contento es que la jugada de desacreditar a don Max le había salido bien. Una vez que hablaba de él en voz baja con el sargento de la Guardia Civil, oí que uno de los dos decía: a ver si lo trasladan a la Conchinchina de una puta vez.

#### VENTANA DE CANALADA. INTERIOR DEL TÚNEL

*Caio Periquet, los hermanos Dinamita,  
Sombrita y otros trabajadores*

Actividad de hormiguero dentro del túnel, con estrépito de timbres variados y operarios que se afanan en las tareas simultáneas de perforación, consolidación, desescombros y prolongación de las conducciones. Unas luces potentes en el techo iluminan el frente de ataque y se reflejan en los charcos fangosos del suelo.

—«Cuando vengo de la mina, lleno de polvo y trabajo, mi sed calmarla quisiera en la fuente de tus labios».

El Dinamita Cojo canturrea para sí mientras clava dos barrenos a la vez, uno con cada mano. Cerca de él, su hermano hunde la punta de dos martillos neumáticos más en la roca en medio del ruido infernal de los compresores que funcionan a la vez.

—«No me des pa contentarme sólo gotas de queré, que el agua bebía a



chorros es la que calma la sed. Que el agua bebía a chorros es la que calma la sed. Vente pa la mina, vente; vente pa la mina, vente; vente pa la mina, que me faltas tú».

Caio espera a que hagan una pausa.

—«Vente pa la mina, vente; vente pa la mina, vente; vente pa la mina, que me faltas tú, vente que en mi sombra vas a ser la luz. Vente pa la mina, vente; no me quites la salud, vente pa la miiii-iiii-iiiina veee-eenteee-eeee-ee, que sin ti tendría para siempre yo una cruz».

Caio toca el hombro del Dinamita Cojo y le hace señal de que pare. El Dinamita Bizco se da cuenta y para sus martillos.

—Usted dirá, jefe.

—¿Qué tal está su señora?

—Así, así. Tirando.

—¿Ya está en casa?

—Sigue todavía en el hospital.

—Si podemos hacer algo...

—No, gracias. A ver... Las cosas se ponen feas.

—¿Qué cosas?

Tienen que hablar alto porque, a pesar de que los martillos han callado, el ruido de las bombas y de los generadores no les deja oírse claramente.

—Vienen a buscaros.

—¿Quién?

—Una pareja.

—¿De chavalas o de civiles?

—Déjate de chistes. Dos números del destacamento de Tavascán.

—¡Cago en el buey y la mula!

—¡Y las pajas del pesebre! ¿Y eso por qué?

—Porque estáis locos. A nadie con dos dedos de frente se le ocurre presumir de comunista.

—Es que lo somos.

—Cuando lo fusilaron, nuestro padre gritó: ¡a la mierda los fascistas! ¡Viva el comunismo!

—Si él murió con el puño en alto, nosotros no vamos a ser menos.

—Pues ya ves lo que consigues.

—¿Adónde nos llevan?

—Yo qué sé. A Sort, a Lleida, a Madrid...

—Oye tú, igual nos mandan a la Dirección General de Seguridad.

—A mí no, desde luego.

—Pues a mí tampoco.

—No hagáis el tonto. Os está esperando una pareja en la puerta de la ventana. Me ha costado lo mío no dejarles entrar por seguridad, pero ahí están. No podéis escapar.

—¿Que no?

Con dos dedos en la boca, suelta un silbido potente que llama la atención de Sombrita. Le hace un ademán para que se acerque.

—Nos metemos en la vagoneta y nos cubres de cascotes.

—¡Joé! ¡No podréis respirar! Las piedras os aplastarán.

—Haz lo que te dice mi hermano y nos sacas afuera como si nada.

—Pero no se te ocurra volcarla delante de los civiles.

—¿Y si me pillan?

—Pues te llevan con nosotros a la cárcel.

—A la DGS, que es peor.

—Venga, meteros dentro. ¡Y me cago en la madre que os parió a los dos!

Los dos hermanos saltan dentro de la vagoneta, les tapan con una lona y, mientras los van tapando con escombros, Caio rehace el camino hasta la salida, caminando despacio entre las vías, las conducciones y los charcos. En la boca de la ventana le esperan dos guardias civiles, cubiertos con capotes y con los fusiles colgados del hombro.

—No están.

—¿Cómo que no?

—Pasa a menudo. Ayer debieron de coger una buena cogorza.

—¿Para esto ha tardado tanto rato? ¡De mí no se cachondea nadie!

—Ya le he dicho antes que el túnel es largo.

—Le advierto que si los encuentro va a tener que responder. Deme una linterna, rápido.

—No hace falta. Está todo iluminado, hasta el final.

—Vamos para adentro.

—¡Oiga, que no se puede entrar sin casco!

—¡A la mierda el casco! Tú, ándate con ojo y amartilla el fusil.

—¡Y sin botas de agua se van a poner perdidos! ¡No entren! ¡Hay peligro de desprendimientos!

Los dos civiles no se molestan en responder. Empuñan los fusiles, quitan el seguro y entran decididos a la galería con un chaf-chaf a cada paso sobre el lodazal. Mientras se adentran, se cruzan con una vagoneta colmada de escombros que Sombrita empuja hacia el exterior. Sombrita les saluda con una inclinación de cabeza cuando pasa a su lado.

## CASA SEBASTIANET

*Zep Vidal y Rossita*

—¿Sabe si Santi bajará a cenar?

—No lo sé, Rossita.

—¿Por qué no se lo pregunta?

—Porque me mandará a la mierda.

—Está enfadado, ¿verdad?

—¿Con quién?

—Conmigo, con Jaume. Tampoco debe de ponerle muy buena cara a usted, y eso que son amigos. ¿Se han peleado?

—No.

—Hace días que casi no come.

—Ni come, ni habla. Últimamente no se le puede decir nada.

—¿Qué le pasa?

—Yo también se lo pregunto y me contesta: cosas mías. Y de ahí no lo sacas.

—Cosas del trabajo, quizás.

—Hay problemas en el túnel de Canalada, debe de ser por eso.

—Le pasa algo. Tiene mala cara.

—Y fuma como un carretero. Un día quemará la habitación.

—No se queda mucho en la habitación. Vuelve muy tarde y a veces de madrugada. Le oigo subir las escaleras, supongo que es él. No sé cómo puede dormir tan pocas horas.

—Yo también lo oigo y también estoy intrigado.

—Mi marido empieza a estar mosca con Santi. Dice que quizá sería mejor alquilar la habitación a uno de esos carrilanos alegres que tocan la guitarra.

—¡No lo haga, por favor! Prefiero un compañero de pensión mudo que uno que se pase el día cantando flamenco con esos ayes retorcidos que no se acaban nunca.

—No me extrañaría que Santi se fuese un día de estos.

—¿Adónde?

—No lo sé. Si aquí no está bien...

—Ya se le pasará, Rossita. Todos tenemos nuestros momentos buenos y malos.

—Quizá necesita ayuda y no sabe cómo pedirla.

—Ya es mayorcito.

—Sí, claro.

—¿Por qué no se lo pregunta usted misma?

—¿Yo? *Déu me'n guard!*

—¿Por qué no? A usted la escucha, Rossita, Santi la tiene en mucha estima.

—¿A mí?

—Sí, Rossita, sí. Santi la aprecia mucho. Somos amigos y me consta que es así.

Rossita se pone colorada hasta las orejas y se azora. Cambia de conversación con brusquedad.

—Entonces, ¿qué querrá para cenar?

—¿Qué hay?

—Judías con tocino. O tortilla de patatas, si lo prefiere.

—Me da igual.

—¿El vino lo quiere con gaseosa?

—Sí, ya ve. Últimamente me ha dado por ahí. Para variar un poco.

—Pues voy a la cocina.

—Si al final baja Santi, le cedo mi cena. Los moribundos tienen preferencia.

MONTAÑAS PERFORADAS. REVISTA *PALLARS*, NÚM. 78

«Cardós», *Maria Emília Catarineu con la colaboración de Mister Pelton*

Las obras hidroeléctricas del complejo de Cardós duraron quince años, desde 1959 a 1974. Respondían al modelo que llamamos Cabdella, que consiste en enlazar los lagos glaciares de la alta montaña para concentrar los caudales y hacer bajar el agua hasta las centrales desde grandes alturas para convertir la fuerza de la gravedad en fuerza motriz.

El grueso de las obras consistió en perforar las montañas con una red de casi 75 kilómetros de túneles, por algunos de los cuales podrían circular camiones; pozos muy profundos; cámaras de carga, chimeneas de equilibrio y tres cavernas subterráneas que alojan cuatro centrales, las de Llavorsí, Tavascán Inferior, Tavascán Superior y Montamara, que es a la vez central y estación de bombeo. Las cavernas donde están las turbinas y los generadores de electricidad equivalen a un edificio de diez pisos —dieciocho en el caso de Montamara— sin contar con las cámaras anexas, de grandes dimensiones.

Tavascán Superior turбина el agua que llega desde el lago de Certascán — a 2250 metros, el más grande de todo el Pirineo, 100 metros de profundidad — y el de Romedo a través de túneles y un salto de 900 metros de desnivel que va por dentro de la montaña. El embalse de Graus —alimentado a través de galerías subterráneas desde la Vall Ferrera, a 15 kilómetros— mueve las turbinas de Tavascán inferior. Montamara funciona de forma alternativa con las otras dos y, además, según las horas y las necesidades, retorna el agua al lago de Romedo bombeando 16 000 litros de agua por segundo desde la cota 1360 hasta la 2010. Veinte kilómetros más abajo, el agua, canalizada siempre por túneles, llega a la central de Llavorsí.

Sólo algunas de aquellas grandes obras son visibles, como las presas de los lagos superiores, los embalses de Tavascán y de Graus, las vías del funicular de Llavorsí o la central de distribución que hay al pie. La gente cree que aquel bosque de torres y cables de alta tensión genera electricidad, pero no, las turbinas están dentro de la roca, como casi todo el complejo

hidroeléctrico, que tampoco se ve. Es el secreto más bien guardado de las montañas perforadas.

La actividad fundamental fue la excavación. Cada cuatro kilómetros aproximadamente había una ventana de acceso a los túneles con las correspondientes instalaciones de hormigón y servicios auxiliares, y también un campamento próximo para alojar a los obreros. La memoria popular aún asocia los nombres de los pueblos a la ventana más próxima: Lladrós, ventana número 4; Anás, ventana número 5; Noguera de Cardós, ventana número 7, etc.

Los mineros eran los mejor pagados, porque si ellos avanzaban, avanzaban los demás y se ganaba tiempo. Cobraban por metro lineal arañando a la roca, eso hacía que se apresurasen a perforar con destreza y, a menudo, percutiendo con dos barrenos, uno en cada mano. Pero dependía mucho del terreno, aquí hay mucha pizarra, que es muy dura y cuesta más perforarla. Al final de cada turno y una vez desalojada la galería, se procedía a la voladura simultánea de todos los explosivos, la *pega*, en argot minero. Si todo había ido bien —un cartucho sin explotar representaba una amenaza extrema que era necesario neutralizar con mucho cuidado—, se activaba la extracción de humos y se hacía una limpieza de todas las piedras del techo y de los laterales que pudiesen resultar peligrosas. Mediante pequeños dúmpers y convoyes de vagonetas se cargaban y se transportaban los escombros hasta el exterior, y una vez desembarazada la zona, se prolongaban las instalaciones auxiliares de electricidad, ventilación, iluminación, conducciones de entrada de agua, canalización de retirada de aguas y las vías del tren de vagonetas. Todo avanzaba a la vez.

A veces, era necesario superar las grietas o fallas geológicas que aparecían de repente. Salvarlas era una tarea compleja que obligaba a detener la perforación hasta que el paso no fuese completamente seguro. También se producían desprendimientos, se entraba en una zona de material descompuesto o minado por filtraciones que había que sellar con procedimientos enérgicos. Si los peligros no se podían evitar de ninguna forma, se abandonaba parte del túnel ya construido y se cambiaba la trayectoria con un nuevo trazado, lo cual equivalía a atrasar unas cuantas semanas la calada, o cale, o incluso unos cuantos meses. Los informes de los

geólogos tenían la última palabra.

Las perforaciones más incómodas eran las de los pozos verticales o chimeneas de equilibrio y las de las tuberías forzadas, conducciones con inclinaciones que rondan el 50%, y que, como en el caso de Tavascán superior, pueden tener unos desniveles de más de 800 metros, todo excavado en la roca viva por dentro de las montañas. Trabajar allí dentro es tener la gravedad como enemiga. Tanto si se perfora en sentido descendente como ascendente, la incomodidad es constante, con problemas añadidos por el bombeo del agua y la retirada de los escombros al exterior. Además, se ha de compartir el espacio, de 2,5 metros de diámetro, con las conducciones auxiliares y con un sistema de *mesilla* o funicular interno que permite el acceso al personal y el transporte de materiales.

## FERIA GANADERA DE TÍRVIA

### *Grupo de hombres y mujeres*

—¿Qué sabéis del Xiulit?

—Yo nada.

—Yo tampoco. ¿Qué le pasa?

—Hace días que no se le ve por ningún lado.

—¿Y qué?

—Que es raro.

—¿Qué coño va a ser raro! Pasan meses y meses sin que se le vea el pelo.

—¿Qué quieres del Xiulit?

—Dicen que la Guardia Civil lo tiene encerrado en Sort.

—¿Ha robado algo?

—¿Ladrón, el Xiulit? Siempre va a la suya, no se relaciona con nadie y va hecho un guarro, pero es incapaz de robar nada.

—Mira que hace años que entra en todas las casas y nunca nadie ha dicho que se haya llevado ni una migaja.

—Ni una migaja.

—Yo no he dicho nada de robar, lo tienen por lo del Lindos Ojos.

—¿Y quién es ese?

—Coño, pues el guardia que mataron en Noguera.  
—Parece que el Xiulit rondaba por Noguera aquellos días.  
—Eso es que quieren cargarle el muerto. El Xiulit ni roba ni mata.  
—Eso no lo sabemos.  
—Podría ser... Cuando el Xiulit te mira de aquella manera...  
—¿Cómo coño quieres que mire? Pues como todo quisqui.  
—Pues no sé qué quieres que te diga. Alguien tan salvaje como él...  
—¿Salvaje dices? ¡Que no, *collons*!  
—No lo han visto en ninguna parte, y nadie sabe de él. Algo debe haber pasado.  
—Por eso pregunto si sabéis algo. Estoy muy intrigada.  
—Me dejas de piedra. No tenía ni idea.  
—¿Estás segura?  
—Eso es lo que me han dicho.  
—Quizá no ha sido él, pero sabe quién lo ha hecho.  
—Si es el único testigo, deben de tenerlo encerrado para que no se lo carguen.  
—El Xiulit entra en todas partes como Pedro por su casa, y ve un montón de cosas. Lo sabe todo de todos.  
—A lo mejor estaba durmiendo en alguna buhardilla y desde allí vio el crimen.  
—¿De noche? ¿Dónde?  
—¡Yo qué sé!  
—No me creo nada de lo que decís. Habláis por hablar.  
—Me apuesto lo que sea a que no vuelves a ver al Xiulit.

ZEP VIDAL

*Antiguo trabajador de Cohisa  
y compañero de Santi Vallory*

Más tarde, cuando ya había pasado todo, lo entendí. Pero en aquel momento estaba muy desconcertado. Santi no era Santi. Estaba arisco, de un mal humor que, no sé cómo decirlo, llegaba a ser desagradable. Y a veces



parecía ausente. Le decías algo y ni siquiera te miraba. Yo lo atribuía todo a su relación con Rossita, claro. Quizá las cosas no acababan de funcionar, quizá Jaume les había amenazado... Hasta que un día me alarmé de verdad. Me dijo: me voy. ¿Adónde? No lo sé. Coño, Santi, ¿qué quiere decir que no sabes adónde vas? No lo sé, me da igual. ¿Y cuándo vuelves? Quizá no vuelva.

Cuando yo trabajaba en Cardós aprovechaba el fin de semana para largarme y airearme un poco. Muchas veces le decía a Santi: vamos a dar una vuelta, pero él prefería quedarse, era su forma de ser, no le gustaba la juerga, ni salir ni ver mundo. En cambio, pasar el fin de semana dando clases a Agustín le relajaba, porque Santi disfrutaba viendo cómo el chico iba progresando gracias a él. De alguna forma el progreso de Agustín era obra suya, pero últimamente estaba huraño con todo el mudo, también con Agustín, y recuerdo que el pobre chico también estaba desconcertado. Como venía mucho por casa Sebastianet y nos teníamos confianza, un día me preguntó: oye, Zep, ¿tú sabes si Santiago está enfadado conmigo?

Me quedé de piedra cuando Santi tomó las de Villadiego de aquella forma tan extraña. Llevaba una especie de maletín o una bolsa, no recuerdo, pero parecía que se iba de viaje. Como yo soy así, franco y directo, le pregunté qué le pasaba, y ¿sabe qué me contestó? ¡No te importa un carajo! Así, tal como se lo digo, y con ese tono: ¡no te importa un carajo! Uy, uy, uy, pensé, aquí hay un lío de faldas. Perdona si utilizo estas expresiones, no es para ofenderla, pero siempre se había dicho así: un lío de faldas, ¿me entiendes?

Pues al cabo de unas horas Rossita va y me pregunta: Santi se ha ido sin decir nada, ¿sabe cuándo volverá? Tuve la tentación de decirle que se había largado para siempre, pero me hice el sueco. Hacía tiempo que tenía ganas de decirle a Santi y también a Rossita que si estaban liados podían contar conmigo, que por mi boca ni Jaume ni nadie sabría nunca nada. Porque eso lo tengo muy claro: el elemento femenino no tiene propietario, es de libre disposición y no valen ni maridos, ni amantes ni la madre que los parió, pero con los amigos hay que jugar limpio y ayudarlos cuando pierden la cabeza por una mujer. Me habría gustado decirle a Rossita que la comprendía, que yo también estaba preocupado por Santi, porque últimamente estaba muy irritable y antipático con todo el mundo, pero temía meter la pata sin querer.

Era como decirle: ya sé que os queréis a escondidas, y me imagino que está así porque os habéis peleado o habéis roto.

No me atrevía. No tenía la suficiente confianza con Rossita. Mientras estuve en casa Sebastianet, la traté siempre de usted. Y Santi también lo hacía, pero a su marido lo tuteábamos, nos salía así: oye, Jaume; mira, Jaume... Y a ella siempre de usted y por favor. No me pregunte por qué. Quizá por respeto, por buena educación, por no dar a entender al marido que nos tomábamos demasiadas confianzas en su casa.

Yo callaba para no meterme en camisa de once varas, pero veía que Rossita sufría y que se lo quedaba para sí. Era evidente que Santi la esquivaba. Y aquel día creí que se iba de verdad. Pero el lunes ya estaba puntual en la oficina, después volvió a casa Sebastianet y se encerró en su cuarto sin dar explicaciones a nadie. Y estuvo un tiempo así, hablando poco, sin salir de su cuarto, como un preso. No bajaba ni para cenar ni para desayunar. En lugar de comer, fumaba como un descosido.

NOGUERA DE CARDÓS, NO MUY LEJOS

DE LA BORDA DE FERRER PERET

*El secretario del ayuntamiento y el sargento  
de la Guardia Civil*

—¿Por qué nos vemos aquí y no en el cuartel?

—Porque lo que tengo que preguntarle quedará entre usted y yo.

—A ver. Desembucha.

—Me llegan voces sobre el chico ese que mataron.

—¿Qué chico?

—El guardia que se cepillaron. Oigo cosas que no me cuadran.

—¿Como cuáles?

—Quieren que les devuelvan los fardos que les quitaron.

—¿Qué fardos? ¿De qué coño me hablas?

—En poco tiempo los cazaron unas cuantas veces. Están furiosos.

—Por mí, como si se la machacan.

—Están furiosos con usted. Contra usted, vaya.

—¿Quién está furioso? ¡Suéltalo de una vez, cabrón!

—Que yo sepa, Sindo de Llurri, Ramonet de Malmercat y algún otro.

—Sindo es un *cap de colla* de contrabandistas más conocido que la ruda.

Nos llevamos bien, nada más.

—Pues dice que usted enviaba al guardia ese que mataron...

—Celedonio Froilaz se llamaba.

—... para quedarse con los fardos.

—¿Que yo...? ¿Dices que yo...? ¿Me tomas el pelo o qué? ¿Cómo te atreves a acusarme?

—Le puedo acusar de muchas cosas y no me equivocaré en ninguna, pero sospecho que alguien actúa por su cuenta y hace creer que usted está detrás.

—Pues la cagan. No sé nada de fardos. Lo de Andorra vale poco, ya no es como antes.

—Los pasadores creen que sí. Por eso callan, tienen miedo de que usted les queme el pajar o la casa entera. Ya ve que hablo claro.

—Yo también: ¡que les den por culo a todos! Y el niño ese ¿qué tiene que ver con lo que me estás contando?

—Parece que era el cerebro de la red.

—¿Celedonio?

—A mí también me extrañó, pero vas atando cabos y descubres que era un tipo muy listo. Al lado de usted se aprende pronto a mangonear...

—Sigue hablando así y te corto los huevos.

—Era un zorro. No como usted, que es más bruto que un arado.

—No te consiento...

—¿Que no me consiente qué? Deme las gracias de que yo hago como que no sé nada y miro para otro lado, pero, si yo quiero, le hundo. Me basta con una simple llamada telefónica.

—Pues hazla si tienes cuajo.

—Ni a usted ni a mí nos convienen esos guardias civiles quisquillosos que meten la nariz donde no deben.

—¿Estás seguro de que Celedonio Froilaz...?

—Pregúntele a Jaume, el del Cemento.

—¿Qué tiene que ver? ¿No me has dicho que trataba con el de Llurri?

—Sí, con Sindo de Llurri. Últimamente a Sindo le han interceptado unos

cuantos envíos.

—Primera noticia.

—Él creía que era por orden de usted, pero me huelo que el guardia que mataron trataba con los dos. Andaba con Jaume, el del Cemento, pero estaba compinchado con Sindo. Así los fardos de uno acabaron en manos del otro.

—¿Tan bajo ha caído Jaume, el del Cemento?

—¿Quiere una respuesta cruda o me ando por las ramas?

—Dime la verdad.

—Lo más parecido a la verdad es que las obras del valle lo han cambiado todo y Jaume, el del Cemento, se ha dado cuenta demasiado tarde. Ahora el dinero ya no se gana jugándose el pellejo acarreando fardos por la noche. El mercado negro ya no da como antes. Hace años que no falta trigo ni azúcar ni aceite ni jabón ni algodón ni yeso ni cemento ni gasolina... Ahora corre más dinero y todo el mundo se compra un coche, abren carreteras nuevas, ensanchan los puentes porque los camiones son más grandes, las montañas se llenan de chalets y de urbanizaciones modernas, de todas partes llegan autocares de excursionistas, vienen turistas cargados de divisas... Y con las obras todo esto ha llegado al valle de repente. Mire la carretera nueva, los postes de la luz, el tendido de la línea telefónica... Pasa mucho dinero delante de nuestras narices y el valor de los terrenos sube. Fíjese cuántas casas se han hecho por aquí en poco tiempo, cámpings, hoteles... Si sabes anticiparte y te mueves bien, algo pillas. En estas situaciones antes siempre sacaba tajada Jaume, el del Cemento, pero ahora Cohisa se trae el cemento de Fígols y ya me encargo yo de que no meta las narices en otros negocios. Y lo he conseguido. Jaume, el del Cemento, ya no pinta nada en el ramo de la construcción y ha vuelto a lo antiguo, a los fardos, a bajarse café y tabaco de Andorra como había hecho toda su familia.

—¿Pero el niñato estaba liado con él o con el de Llurri?

—Tenía tratos con el de Llurri, con Sindo, pero Jaume, el del Cemento, debió de untarle bien para que le engañara. Seguramente sacaba tajada del uno y del otro.

—Entonces al chico ese ¿quién lo mató?

—Yo qué sé. Pero ándese con tiento porque es una guerra entre terceros. Yo que usted dejaría bien claro que no tiene nada que ver con ninguno de los

dos antes de que alguien se vaya de la lengua.

LLORENÇ TORRES

*Natural de Noguera de Cardós*

Antes, en todos los pueblos solía haber algún Jaume. También había hombres que se llamaban Miquel, Joan, Antoni, Ramon, Pere, y muchos Josep. También muchas mujeres que se llamaban Maria, Carme, Teresa, Isabel, Roser, Montserrat... Y Coloma, porque Santa Coloma es la patrona de Llurri. Pero aunque hubiese siete u ocho nombres repetidos no nos equivocábamos nunca de Josep, por ejemplo, porque uno era Jepó; el otro, Pepet de casa Llosca; el otro, Josep el espartero, y otro, Josep Maria de casa Blat. Lo mismo pasaba con Jaume. No recuerdo cuántos había, pero así a bote pronto me acuerdo de dos que eran muy conocidos. Uno era Jaume, el del Cemento, y el otro, Jaume, el de la Madera.

Jaume, el del Cemento, era un albañil de Ginestarre que, como la mayoría de los segundones, no tenía herencia y se tuvo que espabilar para ganarse la vida. Se casó con una chica de Benante, segundona y pobre como él, y tuvo la suerte o el acierto de encontrar trabajo en Tírvia. Allí se necesitaban albañiles a docenas, pues la guerra lo había destruido todo. Llovieron un montón de bombas y las pocas casas que quedaron en pie, se caían con sólo mirarlas. Por eso la mayoría de las casas de Tírvia son nuevas, prácticamente todo el pueblo lo es.

Mucha gente se fue, allí no se podía vivir, pero los que se quedaron consiguieron, a base de sangre, sudor y sacrificios, que Tírvia volviese a ser un pueblo. Primero les ayudaron los de Regiones Devastadas, una empresa del Gobierno que se dedicaba a reconstruir las zonas destruidas en la guerra. Si tenemos en cuenta todos los años que los de las Regiones Devastadas estuvieron en Tírvia, la verdad es que podían haber hecho mucho más de lo que hicieron, pues arreglaron el pueblo sólo a medias. Y además perdieron mucho tiempo con la iglesia, que había resistido los bombardeos, pero no aguantó mucho más y se derrumbó mientras reconstruían el pueblo. Hala, déjalo todo y ponte a levantar una iglesia nueva. Ya se sabe cómo acaban

estas cosas, que primero prometen mucho y después, ahí te las compongas.

Como después de la guerra no había nada, el que quería algo tenía que conseguirlo de contrabando o de estraperlo. Si sabías moverte, tener aceite, azúcar, harina o gasolina era como tener oro. Otra cosa que faltó durante muchos años fue el cemento. No había suficiente para reconstruir el país y hacer casas nuevas, nuevas fábricas, nuevos puentes... Era desesperante, no se podía hacer nada porque el cemento era caro y escaso. ¿Quién tenía cemento? Las obras que dependían del Estado, como las de Regiones o las defensas militares que construyeron en todo el Pirineo.

Hay quien dice que Jaume, el del Cemento, empezó a ganar duros proporcionando cemento a Regiones y a los militares que hacían trincheras y búnkeres por todo el Pirineo. Pero las malas lenguas dicen que fue al revés, que el cemento era del gobierno y que Jaume untaba a unos y a otros, les compraba bajo cuerda y lo revendía aquí, en Sort, en la Pobla, en la Seo de Urgel, en Artesa. Los militares no hicieron mucho ruido, tenían unos cuantos soldados aquí y allá trabajando a pico y pala, pero no molestaban. Eso sí, los jefes, los militares y Jaume se trataban como si fuesen amigos de toda la vida. Eso es así y que cada uno piense lo que quiera. Yo no sé de dónde sacaba el cemento, no acuso a nadie, pero todo el mundo sabe que en poco tiempo Jaume ganó muchas perras. Tenía dos o tres camiones que sólo trabajaban para él.

Cuando empezaron las obras, Cohisa se trajo el cemento de una fábrica que tenía en Fígols, y Jaume quedó al margen. Vendió los camiones y no sé exactamente cómo se ganaba la vida. Había llegado muy alto y cayó muy bajo. No hay más que ver cómo acabó, pobre hombre. Dicen que sólo tenía deudas y que los mismos que hacían contrabando con él le habían delatado a la Guardia Civil porque se habían peleado entre ellos o porque no les pagaba. No lo sé. El desgraciado final de Jaume no fue ninguna sorpresa. Estaba arruinado y consumido, pero quería continuar viviendo como cuando era el rey del cemento. Sabe lo que le digo, que quien nace pobre y vive pobre toda la vida es más feliz que el pobre que se hace rico y después ya no sabe volver a ser pobre.

El otro Jaume, el de la Madera, también hizo muchos cuartos. Cuando era joven le llamábamos Jaumet, porque su padre y su abuelo también se

llamaban Jaume. Y siguió con el negocio de la familia, que eran contratistas de bosques y empleaban gente para cortar, descortezar, bajar troncos al río y, antiguamente, para hacer carboneras, que era un trabajo muy complicado. ¡Había que ser muy diestro para hacer carboneras! Se pasaban días y noches seguidos en el bosque para tapar aquí, destapar allí, mientras se iba quemando la leña hasta que se convertía toda en carbón. Decían que el padre de Jaumet era un gran evaluador. Llegaba a un bosque y en un momento calculaba cuánta madera se podía sacar y cuánto valía. Murió cuando aún era joven, cuando el chico, que era el *hereu*, estaba en la mili, y como Jaumet siempre le había ayudado y conocía el oficio, continuó el trabajo que hacía su padre y ya nunca más fue Jaumet, sino Jaume, el de la Madera.

La gente de mi quinta lo recuerda bien, pero la juventud de hoy no lo conoció, sólo saben que era el marido de aquella Rossita que fue tan desgraciada. De ella se habla más que de él, que desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra.

CASA SEBASTIANET.

HABITACIÓN DE SANTI VALLORY

*Santi Vallory y Rossita*

—¿Puedo pasar? Soy yo, Rossita.

—Pase.

—¿Cenará hoy?

—No lo creo.

Rossita entorna la puerta y después avanza unos pasos, vuelve atrás, cierra con llave, y mueve la manija para asegurarse de que la puerta está bien cerrada. Habla en voz baja, pero con intensidad.

—¿Qué tienes?

—Nada.

—Esto no es vivir, Santi. ¿Qué te pasa? ¿Es por mi culpa? ¿Te ha dicho algo Jaume?

—Que no, Rossita, que no me pasa nada.

—Quiero saber la verdad. Si estás arrepentido o te has cansado de mí,

dímelo.

—¿Cómo quieres que me canse de ti?

—No hables tan alto que nos pueden oír.

Santi la abraza y atrae la cara de Rossita contra su pecho.

—Sólo pienso en ti, Rossita, no querría hacer nada más que estar así, y tocarte y llenarte de besos y tenerte siempre a mi lado y mirarte, porque no me canso nunca de mirarte, y no sabes cómo me tortura disimular, mirar hacia otro lado, hablarte de usted, fingir que para mí eres una persona cualquiera... ¡No, Rossita, no! No puedo más. Él sí te trata como a una persona cualquiera, como un mueble, le da igual si ríes o si lloras; o si estás más bonita que nunca, como el día que te pusiste una flor azul en un ojal de la blusa. ¡Jaume ni se dio cuenta! Sólo se interesa por Matildo y por la vaca. Pero cuando tú le hablas ni siquiera te mira.

—Sigue.

—¿Qué quieres decir?

—Que hables. Echaba de menos tu voz, sólo con oírte ya me calmo y me siento querida.

—Aún no sabes de lo que soy capaz de hacer por ti, Rossita.

—Y yo.

—No, Rossita. Yo... necesito saber algo que para mí es muy importante.

—Dime.

—¿Te ha vuelto a molestar el Sapo? Quiero saber la verdad.

—Hace semanas que no.

—¿De verdad?

—De verdad. Con todo este lío está demasiado ocupado.

—Si el Sapo te pone las manos encima, soy capaz de matarlo.

—No tendrás que matar a nadie. Desde aquella noche en el Pla de Nequa me siento más valiente. A veces, cuando Jaume me trata con aquel menosprecio, me entran ganas de decirle que no le necesito, que tengo otro hombre que me quiere de verdad.

—Vámonos, Rossita. ¡Vámonos ya!

—Jaume está a punto de llegar. Tú no le conoces. No te enfrentes a él.

—No me has contado qué os pasó, ¿por qué no te perdona?

—No te lo contaré.



—Quiero saberlo todo.

—Shhh. ¿Quieres que nos oiga todo el mundo? Voy a preparar la cena.

—Todavía no.

—¿Qué quieres?

Santi se acerca a ella y la besa con desesperación. Le besa la frente, el cuello, la boca, y ella le abraza la cabeza y corresponde con el mismo ardor. Resbala una mano hacia la espalda y le pone la otra en la nuca para atraerla hacia sí con fuerza. Las bocas se funden una en la otra. Santi abraza el cuerpo de Rossita y cuando le va a levantar la falda, ella le rechaza.

—No, así no. Tómame entera.

Se sienta en la esquina de la cama, para desatarse los cordones de los zapatos, pero no puede deshacer el nudo. Santi se arrodilla y con gestos secos le quita los zapatos sin desatárselos. Rossita se quita las medias, enrollándolas a medida que bajan por la pierna y se pone en pie para quitarse las bragas. Deja que él le desabroche el jersey de lana y la falda. La ropa cae al suelo sin orden, hasta la última pieza. Santi, aún vestido, le acaricia la espalda, le besa los hombros, frota su cara contra los pechos, chupa los pezones y después le agarra cada pecho y aprieta con fuerza mientras las lenguas se enredan.

Rossita se tumba en la cama, se ofrece, espera con la mirada dulce que Santi acabe de desnudarse y acoge con caricias el torso y la cara y los muslos, y él le besa los senos delicadamente. Ella le susurra al oído.

—Habla, amor mío. No dejes de hablar.

## LAVADERO PÚBLICO DE NOGUERA

### *Mujeres del pueblo*

—¿Qué sabéis de los hermanos Dinamita?

—¿Aquellos andaluces tan salados que siempre cantan? Dicen que les han visto.

—¿No les buscaba la Guardia Civil?

—Por todas partes. Removieron cielo y tierra buscándolos.

—Dicen que quizá mataron al Lindos Ojos.

—Si lo hubiesen hecho ellos, se habrían largado enseguida.  
—Pero ahora han huido de verdad.  
—Cuanto más lejos, mejor. Nos ahorraremos peleas y disgustos.  
—Anda ya, pero qué dices. Con lo bien que cantaban...  
—Y con aquel sentimiento... Se podrían ganar la vida cantando.  
—¿Un cojo y un bizco? ¡Pero qué dices! No los querrían en las casas de discos.  
—A quien no quieren es a Jaume. ¿Lo sabíais?  
—¿El qué? ¿Qué Jaume?  
—El del Cemento. Antonia lo ha echado de casa.  
—Ya se le pasará. Debe de haber sido un berrinche.  
—No lo creo. Dice que ha cambiado la cerradura de la puerta.  
—¿Cómo lo sabes?  
—Por Casimiro. Ha sido él el que le ha cambiado la cerradura. Dice que le ha hecho poner dos para asegurarse, y de las más caras.  
—Antonia estaba harta de Jaume.  
—Ahora sí, pero antes presumía de marido.  
—Cuando ataban los perros con longanizas se las daba de señorona.  
—Yo no me alegro de las desgracias de los demás, pero a Jaume ya le conviene un buen escarmiento.  
—Se acabó el cemento y se acabó todo. Vendió los camiones y ahora vuelve a ir en carro.  
—Había acostumbrado a Antonia a vivir bien, ahora, míralos.  
—Pero no pasan hambre.  
—Dicen que Jaume tenía un lío con una de Llavorsí.  
—A mí me habían dicho que con una de la Pobla.  
—Ya se recuperará. Jaume siempre cae de pie.  
—Ya me dirás cómo.  
—Tiene gente que trabaja para él. Y que se arriesga a ir a la cárcel por él.  
—Todos los duros los ha hecho así. Y no como mi marido, que se gana un sueldo sudando la gota gorda.  
—Habláis por hablar.  
—Pues habla tú, que vives justo enfrente. ¿Qué sabes de eso?  
—Todo.

—¿Y por qué no lo decías?

—Nadie me lo ha preguntado. Como sois tan sabihondas...

—Pues ahora te lo preguntamos. ¿Qué ha pasado?

—Que lo ha echado de casa. Y ha hecho cambiar la cerradura.

—¡Pues vaya novedad! Eso mismo me ha dicho Casimiro.

—Dejadla hablar. ¿Por qué lo ha echado de casa?

—Por el Sapo.

—¡Esta sí que es buena!

—¿El Sapo? ¿Seguro que era él?

—Lo he visto entrar y salir. Y lo he oído todo, pero sólo hablaba el Sapo.

Hablaba a gritos, y se oía todo. Y Jaume callaba como un muerto.

—Jaume es así. No discute, pero las mata callando.

—¿Qué le ha dicho el Sapo?

—Que le arrancarían los mismísimos. Se ve que Jaume había preguntado por unos fardos que se habían perdido, como si el Sapo tuviese algo que ver con eso. Pero parece que no, que el Sapo no sabía nada.

—Historias de fardos, eso es más viejo que la Tana.

—Ha dicho que le arrancarían los cacahuets si iba contando mentiras por ahí sobre él. Y que le haría la vida imposible, que lo vigilaría día y noche y que no le dejaría dar un paso. Que se le había terminado la buena vida, que no estaría tranquilo hasta que no lo viese en la miseria o en la cárcel. Se lo ha dicho a grito pelado y tan clarito que se oía desde lejos.

—¿Y qué ha contestado Jaume?

—No lo sé. Cuando el Sapo se ha ido, entonces ha empezado a gritarle Antonia. Le ha llamado de todo: inútil, holgazán y que ya no haría nada bueno en la vida. Y que no ganaba para disgustos.

—Ya os lo decía yo que Antonia no ha digerido que ya no tiene los posibles de antes.

—Y entonces lo ha echado.

—Sí y no.

—Venga, va, mujer. ¿Sí o no?

—Como él ya no sabía cómo capear el temporal, ha dicho que se iba de casa y que no volvería más.

—Lo ves. No le ha echado.

- Antonia lo ha sacado a empujones y le ha dicho que no vuelva.  
—Pues entonces le ha echado.  
—Jaume quería hacerse el valiente, pero parecía un niño cuando le están riñendo.  
—Pobre Jaume.  
—Sí, daba pena.  
—Dicen que no sale del Café del Centro. Que bebe y no habla con nadie.  
—Yo he pasado a recoger la ropa para lavarla y no estaba.  
—Pues yo juraría que lo he visto subir hacia Llurri.  
—No era él, seguro. Lo han visto carretera abajo.  
—Quizá se vaya a Andorra con los socios de los fardos y no vuelva.  
—No le quiero ningún mal a Jaume, el del Cemento, pero ojalá reviente.

PASQUAL DE CASA XICO  
*Exmonaguillo de Noguera*

Pues sí, el segundo muerto también lo vi. Y también de lejos, como al otro. Del primero, del Lindos Ojos, sólo recuerdo un uniforme y un tricornio cubiertos de nieve. Matildo me hizo ir corriendo a avisar al mosén y después ya no dejaron que me acercase, pero el segundo sí. Lo descubrí yo mientras acompañaba al mosén a llevar el viático. Uf, aún me parece verlo.

¿Sabe qué quiere decir llevar el viático? Yo lo había hecho muchas veces. Acompañaba al mosén cuando llevaba la comunión a casa de un enfermo o de un impedido que no podía ir a misa. Primero lo confesaba y al terminar le daba la comunión. Y por el camino yo iba tocando la campana, din, don, din, don, para que la gente supiese que pasaba el viático, o sea, que el mosén llevaba consigo la hostia consagrada. Además, le gustaba llevar el viático con el roquete y la estola puestos, así todo el mundo veía que llevaba la comunión a un enfermo. La gente se paraba, se santiguaba, se quitaban el sombrero o hacían una genuflexión cuando pasábamos. Yo me sentía importante, porque abría el paso. Y porque de esa forma entré en muchas casas. A veces me daban chocolate o peladillas o alguna peseta.

Pues aquel día teníamos que llevar el viático a una abuela de Cassibrós, y

al doblar una curva, al final de la recta donde ahora está el camping... Allí, desde allí vi perfectamente al ahorcado. Mire, mosén, le dije. Me respondió con una colleja, porque cuando llevábamos el viático quería que yo estuviese todo el rato calladito y con actitud de devoción. Él miraba al suelo, concentrado en la hostia que llevaba en una cajita de plata, y yo insistí: mire, mire, un ahorcado. Mosén Antonino reaccionó con un gesto instintivo de protección. Me agarró la cabeza y volvió mi cara contra su pecho para que no viese aquel cuerpo que pendía del puente viejo de Cassibrós. No me dejó ver de quién se trataba.

¡Con lo bonito que es aquel puente! Viene gente a propósito para verlo y bajan del coche para hacer fotos. Encontrará el puente de Cassibrós retratado en muchos sitios, pero, por más años que pasen, yo siempre veo el carro allí en medio y aquel hombre colgado. Era Jaume, el del Cemento, que se había subido al carro, porque entonces aún había carros en los pueblos; lo había llevado hasta el puente viejo de Cassibrós, lo había frenado, había atado un cabo de cuerda en uno de los rayos de las ruedas y el otro se lo puso alrededor del cuello con un lazo corredizo. Una cuerda larga, por cierto. Debió de pegar un buen salto y el tirón debió de dejarlo tieso al instante.

El mosén me mandó a avisar a la Guardia Civil. Ya le digo que era la segunda vez que me enviaban a avisar de una muerte escabrosa. Llegué a tener miedo. Pensaba que si volvía a haber otra mala muerte me tocaría descubrirla a mí, y no me hacía ninguna gracia ir por lugares solitarios o atravesar bosques aunque fuese en compañía de adultos.

El juez de Sort volvió a subir a Noguera y la Guardia Civil volvió a abrir diligencias para averiguar si había sido un suicidio o un asesinato. Todo el mundo sabía que se había matado porque Jaume, el del Cemento, iba diciendo que prefería morirse que ser pobre o ir a la cárcel. El caso es que la reacción del mosén fue tremenda. No recuerdo si se hizo un funeral o no por Jaume, pero no puedo olvidar el sermón que dio mosén Antonino en la misa del domingo.

Se quejaba con los ojos hinchados de que en Noguera se habían producido dos muertes violentas en pocos meses porque estaba ganando el paganismo, y ponía el grito en el cielo porque arrebatarse la vida de los otros o la propia era una herejía. Decía que la gente que se aparta de Dios se cuelga

como lo hizo Judas, que vendió a Dios Nuestro Señor y después se ahorcó. El colgado no va al cielo, decía, se queda colgado para siempre. Y se extendió mucho sobre esto, decía que no le cabía en la cabeza que ahorcarse fuese una costumbre, una especie de tradición del valle. Llegó a decir en un tono colérico, como si estuviese a punto de reventar: ¿por qué os ahorcáis? Así, directamente en las narices de todos, como si cada una de las personas que habían ido a misa hubiese decidido que se colgaría. Yo, que me lo miraba desde el altar, veía la cara de la gente. No sé si estaban indignados con el cura o es que se preguntaban con horror si todos acabarían colgándose un día u otro. En el puente de Cassibrós o en una ventana, o de una rama o de una viga. El mosén tenía algo de razón porque la gente de aquí se cuelga, es como una tradición, pero según cómo lo dices parece que cada día se cuelgue alguien, y en realidad eso sólo pasa muy de vez en cuando.

Aquello era más una bronca que una homilía. Hoy no lo aguantaría nadie, usted tampoco, se iría a medio sermón indignada. Pero antes los curas tenían mucho poder y estabas de suerte si el obispado te enviaba un buen hombre, no como mosén Antonino, que siempre estaba de uñas con todo el mundo. Se las ingeniaba para mezclarlo todo y ligar el suicidio de Jaume, el del Cemento, con la pérdida de religiosidad fomentada por el cine, por la televisión y por la manía de la juventud de bailar. Y acusaba a las obras de haber llenado el valle de falsos ídolos como el dinero, la bebida, la concupiscencia y el orgullo. Estas cuatro cosas las decía siempre juntas. Lo recuerdo porque a mí me costó mucho saber qué era la concupiscencia. Haciendo de monaguillo lo oía muchas veces, pero no entendía nada. En cambio, cuando decía que acabarían ahorcados como Judas sí lo entendía. Me lo repetía cada vez que tocaba la campana. No quería que me columpiara en la cuerda: te ahorcarás como Judas Iscariote.

## BOSQUE DE VIRÓS

*Santi Vallory y Rossita*

Amparados en la oscuridad protectora de los primeros pinos, más allá del límite que separa el gris de los árboles desnudos del verde tupido de los

bosques, Santi y Rossita ven el río que circula más abajo, flanqueado por los alisos y los chopos que se desprenden de las últimas hojas de color amarillo, naranja y cobre. Al otro lado del río y de la carretera no se ve a nadie, ni en Araós ni en los alrededores de la ermita de San Francisco, sólo un par de vacas que pacen más arriba y un perro que parece vigilarla.

Santi y Rossita están junto al torrente que baja por el barranco de Virós hasta el río. Ella está sentada en una especie de banco natural de la montaña y él ha hecho un hoyo en la tierra con una barra de hierro. Junto a él descansa el bulto que le endosó el Dinamita Bizco en las oficinas de Cohisa. Cuando cree que ya ha cavado suficiente, agarra el paquete. Rossita siente curiosidad.

—¿Qué es?

—No es mío, ya te lo he dicho.

—¿Pero qué es?

Santi despliega discretamente el contenido. Sobre varios pedazos de tela roja recosidos unos con otros se lee VIVA LA UNION SOBIETICA.

—Es un favor que me han pedido, pero yo no tengo nada que ver con esto.

—Santi, por favor, no juegues con fuego.

Santi entierra la bandera, la cubre con tierra y luego amontona hojas secas y piedras encima.

—¿No ves que te las puedes cargar?

—Ojalá. No aguanto más esta situación.

—Yo tampoco. Huyamos, Santi; vayámonos de aquí. A donde tú quieras.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Me buscan.

—¿A ti? ¿Quién te busca?

—Por ahora nadie, pero no tardarán en descubrirme.

—No me asustes. ¿Ha pasado algo en el trabajo? ¿Estás metido en política?

—No. Es que...

—No me hagas sufrir. ¿Qué te pasa? Te lo pido por favor, no me hagas sufrir más. A mí puedes contármelo.

—No, no puedo. Te juro que no puedo.

—Zep, Jaume, Matildo, todo el mundo ve que estás siempre de mal humor y que no quieres saber nada de nadie. Pareces un extraño, de repente te has vuelto arisco. Yo misma había pensado que era por mi culpa, que te sentías atado y no sabías cómo decírmelo.

—Menos mal que me siento ligado a ti. Si no fuese por ti, no lo resistiría.

—¿Y si te digo que la que no aguanta más soy yo? Dime de una vez qué te pasa.

—Es que..., si te lo cuento..., si te lo cuento, no querrás verme nunca más.

—No digas bobadas.

—Un día te avisé de que soy un hombre muy vulgar.

—Date una vuelta por el pueblo, entra en los cafés, habla con Jaume y verás lo que es un hombre vulgar. ¡Cómo puedes decir que tú eres vulgar!

—Yo soy el peor de todos. Puede que sean celosos, pero son incapaces de matar a nadie por celos.

—No te entiendo.

—El hombre celoso es vulgar, primitivo, no piensa, actúa por despecho, se mueve por una venganza de animal salvaje.

—Estás celoso porque me quieres.

—No, Rossita. Le he dado muchas vueltas. No puedo pensar en nada más. Me horrorizo de mí mismo, me pregunto cómo puedo haber cometido una insensatez tan espantosa.

—Todos cometemos insensateces. Vernos aquí es una, ¿qué dirá la gente si nos ve?

—Yo maté al guardia civil.

—¿Qué?

—Que yo maté al guardia civil.

—¡Santi!

—Creí que era el Sapo, que subía hacia tu casa para... Tú ya sabes para qué va el Sapo a tu casa.

—¿Pero qué dices? Nadie le ha hecho nada al Sapo.

—Era de noche, nevaba. Y con aquel capote y el tricornio... Vi que caminaba escondiéndose y lo seguí. Estaba seguro de que..., me confundí, Rossita. No me quito a aquel chico de la cabeza...



—Santi, Santi, Santi...

—Ahora ya sabes qué me pasa y también que me detendrán de un momento a otro.

—A ver..., a ver... Así que... ¿Lo hiciste tú? ¿De verdad?

—Sí.

—Pero..., a ver..., ahora entiendo que tú..., pero hasta ahora no han venido a buscarte ni te han llamado para nada. Si no hay testigos...

—El único testigo soy yo. Y si algún día me interrogan, no creo que resista mucho. Los remordimientos no me dejan vivir.

—¡Pues tienes que resistir por mí!

—No sé si podré.

—Tú no querías matar al Lindos Ojos, ¿verdad?

—No, pero al sargento sí. Eso de por sí ya es horrible.

—Tú no eres un asesino, Santi.

—¿No? ¿Y aquel infeliz cómo murió? ¿De un ataque de corazón? No puedo quitármelo de la cabeza, allí tirado en el suelo...

—No pienses más en ello.

—Matar es tan fácil...

—Yo seguiré queriéndote. Más incluso que antes.

—¿Cómo puedes querer a un hombre que lleva una muerte sobre su conciencia?

—¿Sabes por qué Jaume no me toca ni quiere saber nada de mí?

—No.

—Porque no me perdona. Me he sentido muy sola hasta que te he conocido. ¡Es tan duro el peso de la culpa!

—¿De qué culpa hablas?

—Yo también llevo una muerte sobre mi conciencia.

—¿Tú?

—Y la llevaré toda la vida.

—Lo dices para consolarme.

—Yo tuve un hijo, un niño precioso, pero murió. ¿Sabes cómo? Le estaba dando el pecho, y un día estaba tan agotada por el trabajo de la Taverneta, por los horarios del niño, que mamaba a todas horas y no me dejaba descansar mucho rato seguido..., estaba tan muerta de sueño...

—Te dormiste.

—Sí, mientras el niño mamaba parece que me moví y quedó debajo de mí, sin poder respirar. Desde entonces...

Rossita no puede continuar. Se abraza a Santi y llora con grandes espasmos. El torrente desatado del llanto se convierte en un gemido que se funde con el rumor del río y el suave tintineo de las hojas muertas que aún resisten en los chopos y que van cayendo poco a poco, aquí una, allí otra, espaciadamente, como si obedeciesen un orden preestablecido que determina en qué momento le toca desprenderse a cada hoja hasta que no quede ninguna.

5

De Todos los Santos a San Andrés

CASA IGNASI, ESTANCO, ESTAFETA DE CORREOS,  
CENTRALITA DE TELÉFONOS

*Ignàsia hija, Caio Periquet y Agustín*

—¡Demora, demora, demora! ¿No sabe decir otra cosa?

—Lo siento, caballero, no depende de mí.

—Llevamos un día y medio de demora, ¿le parece normal?

—Pues sí. Hay conferencias que tardan dos o tres días en dártelas.

—Le digo que es urgente y usted como si nada. ¡No hay derecho! ¡No hay derecho!

—¡Haga el favor! Si me vuelve a gritar, le echo a la calle.

—Cálmate, Agustín. La señorita hace lo que puede. Perdónalo, está muy nervioso. Ponte en su lugar, no sabe nada de la familia, sólo las noticias de los periódicos. Y el número de muertos crece cada día.

—Ya lo sé. Todo el mundo quiere conferencia con Extremadura y no me dan ni una. Me dicen que más tarde, que dos horas, cuatro horas, diez horas... Pero nada. Deben de estar cortadas las líneas. ¿Y si llama a Madrid? Quizás allí tienen la lista de fallecidos. Para Madrid no habrá tanta demora.

—No se me ha perdido nada en Madrid. ¿A qué número llamo? ¿Por quién pido?

—Vaya al cuartel de la Guardia Civil, a lo mejor están al corriente de lo que pasa.

—Ya hemos ido. No saben nada.

—¿Dónde vive su familia? ¿Cerca del pantano?

—Dos hermanos de mi madre trabajan allí. Mucha gente se fue a trabajar a los embalses. Yo también fui a Torrejón del Rubio, pero las obras estaban ya muy adelantadas y no contrataban a nadie más. Entonces me vine para acá. Si me llego a quedar, a lo mejor no lo cuento.

—Hagamos una cosa. Deme los apellidos de estas personas, y si le dan a alguien una conferencia con Badajoz o un sitio de estos, le diré que pregunte también por estos nombres. ¿Qué le parece?

—Se lo agradezco. ¿Dónde se lo apunto?

—Aquí. Si sé algo, aviso al señor Caio, que vive aquí mismo.

—Yo no estoy mucho y mi hija tampoco. Con lo de mi mujer, se pasa más tiempo en el hospital que aquí.

—¿Cómo está?

—Pronto le darán el alta. Después de la operación se quedó anémica y ahora le están dando vitaminas y reconstituyentes. Por cierto, Agustín, si bajas a verla, te pido por favor...

—Sí, ya lo sé. Pierda cuidado, no voy a decir nada de la inundación, ni de los muertos ni de los nervios que estoy pasando.

—Con la manía que les tiene a las obras, si se entera de lo que ha pasado en tu tierra...

—Lo más seguro es que ya lo sepa. La gente lee los periódicos y escucha la radio.

—Sí habla la gente, sí. Mientras esperan para una conferencia, la gente habla. ¡Ya lo creo que habla! Tienen miedo de que cualquier día pase una desgracia como esa aquí.

—¿Qué manía os ha dado a todos de repente! ¿Qué coño quieres que pase?

—Que baje toda el agua de golpe y se lleve el pueblo.

—Estas obras no tienen nada que ver con lo de Extremadura. Aquello es un embalse grande y aquí hacemos canalizaciones.

—¿Y qué me dices del pantano de Graus? ¿Y del de Tavascán?

—Son muy pequeños, y las presas son muy seguras, segurísimas.

—Alguna vez que el río ha bajado lleno ha estado a punto de llevarse por delante algún campamento.

—Los campamentos de aquí no se pueden comparar con el de Torrejón. Es un poblado enorme, de tres o cuatro mil hombres. Muchas familias se han instalado allí como han podido, en cabañas y barracones. Si la riada lo ha barrido todo... No quiero ni pensarlo.

«A la izquierda y al fondo, al pie de los prados, se han encendido las luces de un poblado de barracones. Se construye una instalación hidroeléctrica. Cuando el baile de Gausac haya terminado, los andaluces atravesarán el llano y se irán a dormir».

«Pont de Suert, antigua población, puerta de la Alta Ribagorza, se ha convertido en una ciudad gracias a las obras hidroeléctricas. Pont se ha desbordado. Bloques de casas, paseos nuevos, jeeps. La inmigración ha constituido un pueblo dentro de Pont. Se llama Baena. Desde Andalucía llegan ya las cartas que sólo ponen: “Baena (Lérida)”, sin poner Pont de Suert».

En *Viaje al Pirineo de Lérida*, Josep Maria Espinàs reporta la existencia de campamentos de trabajadores en varios tramos de su recorrido. Era 1957 y los fragmentos seleccionados hablan de las obras de las centrales del Valle de Arán (Fecsa) y de la Ribagorza (Enher), respectivamente. Eran obras colosales que necesitaban mucha mano de obra. Cuando finalizaron las obras de la central de Arties, un gran grupo de operarios se trasladó al valle de Cardós para empezar otro complejo hidroeléctrico aún más vasto.

Para la gran cantidad de mano de obra que se requiere, se necesitan alojamientos generalmente en forma de poblados o campamentos provisionales. Y se realizan importantes infraestructuras previas como el ensanche de carreteras y la apertura de otras nuevas que permitan trasladar a personas y material pesado hasta los tajos, en el argot de los trabajadores.

El campamento central de Cohisa se encontraba en Noguera. Allí estaban la plana mayor, las oficinas técnicas, contabilidad, pagaduría, el economato, los talleres, los dispensarios, los almacenes, el parque móvil, etc. Los otros campamentos, distribuidos a lo largo de las obras, tenían dormitorios, duchas, cantina, cocina y comedor. El personal cualificado —básicamente el topógrafo, el encargado de las obras y el administrativo o listero— comía y dormía aparte en unas dependencias propias. Separados a una distancia de seguridad estaban los polvorines, una caseta en cada campamento asignada al cartuchero, un vigilante que custodiaba los explosivos y los detonadores y que tenía licencia para llevar pistola. El cartuchero entregaba diariamente en un saquito el número exacto de cartuchos de dinamita, de mechas y de detonadores que eran necesarios para la pega, que eran los barrenos que cada

turno de trabajo hacía explotar. Hoy es impensable que pudiese haber tanta dinamita junta cerca de unas viviendas frágiles y en unas condiciones no demasiado estrictas de seguridad y vigilancia. Durante las obras llegaron a utilizarse dos millones de kilos de dinamita.

Actualmente se usan helicópteros para el transporte hasta cotas elevadas, pero el sistema tradicional, empleado antes en Cabdella, el Valle de Arán y otros muchos lugares, ha sido el de vagonetas suspendidas y, sobre todo, los pequeños trenes y funiculares. A estos se los conocía como mesillas, porque en realidad sólo eran unas plataformas que subían y bajaban por unos raíles muy verticales para salvar grandes desniveles en línea recta. Se llama funicular porque el vehículo es arrastrado por un cabrestante o cable desde la estación superior. Si el cabrestante se rompía, no había salvación.

El funicular de Guerón fue una pieza básica de las obras de Cardós. Aún se ven las vías y la estación inferior. Porque las obras siempre dejan un rastro de abandono en forma de vías, hierros oxidados, postes, torres metálicas para las vagonetas aéreas, y sobre todo barracones y hasta campamentos abandonados de la mano de Dios. Los hay por todo el Pirineo, concretamente en Cardós queda el campamento entero de Noguera, los de las distintas ventanas, y barracones, como los de Tavascán o el de Llavorsí.

Cien años después de las obras de la Vall Fosca en los márgenes del Estany Gento aún quedan raíles del tren de vía estrecha que en aquel tiempo era arrastrado por mulas. En Cardós circulaban por dentro de los túneles trenecillos con locomotoras diésel que arrastraban un montón de vagonetas desde el frente de ataque hasta el exterior para descargar los escombros. En las galerías de sección más reducida, la circulación de los trenes era un peligro para los hombres que trabajaban allí (picadores, encofradores, electricistas, los propios vagoneros que las llenaban y las vaciaban...). Míster Pelton, nuestro informador de Cardós, cuenta que un maquinista de su campamento se clavó en el cuello una pieza del revestimiento de hierro del túnel cuando hacía marcha atrás. Quedó suspendido en la pared, mientras el tren continuaba su marcha solo.

En el interior de algunas galerías había cruces pintadas con minio en recuerdo de los obreros que, como aquel maquinista, perdieron la vida en explosiones y accidentes varios. Las montañas perforadas esconden la

magnitud de los trabajos y también las tragedias que ya nadie recuerda.

GREGORIA GARCÍA

*Antigua trabajadora del hostel nuevo*

El hostel era un poco el centro de todo. Cuando rodaron *La dama del alba*, una montonera de gente ocupó todas las habitaciones. Nunca me hubiera imaginado que para hacer una película hiciesen falta tantos operarios, tantas máquinas, tantas luces, tantos camiones, tantos coches... La gente del pueblo, los trabajadores de Cohisa, todo el mundo se acercaba al hostel para ver a los artistas de cerca. Sobre todo a la mexicana, Dolores del Río, que ya estaba un poco talludita. Vaya humos, imagínese, hizo que le pintaran la habitación de color rosa. Quería más a su perrito que a su marido, un pedazo de pastaflora que no sabía nunca dónde meterse. Fueron unos días agotadores, de no parar. Cocinábamos en el hostel, pero había que trabajar desde muy temprano para poder llevar la comida hasta donde rodaban, tanto si era cerca como lejos, en Lladorre o Boavi. Cenaban en el hostel y aquello era un guirigay que se prolongaba toda la noche, porque a la hora de acostarse parecía una comedia de enredo, con idas y venidas de una habitación a otra. Se metían en una habitación y se despertaban en la de enfrente, usted ya me entiende. Igualito que en las comedias. Cuando trabajas en hostelería ya sabes que estas cosas pasan y que tú tienes que hacer como si no las vieses, pero aquellos días fueron de locura, se lo aseguro.

Sólo faltaba el mosén, que quería que se cerrara el hostel. Mientras duró el rodaje, rezó una novena a santa María Goretti para que protegiese la virginidad de las chicas del pueblo. El mosén era un exagerado, pero a su manera tenía razón. Los hombres del valle iban todos a ver cómo rodaban las escenas del río porque corrió la voz de que la actriz joven, la francesa, iba a bañarse desnuda. Al final, no sé si se desnudó o no, pero recuerdo que el cura dio un sermón de aquellos que hacen historia. Parece mentira, ¿verdad? Pero esas cosas pasaban. Cada vez que el cura se encontraba con una turista en pantalón corto, le soltaba una perorata. Y me parece que entonces los bikinis todavía no habían llegado a Cardós. ¡El bikini, *mare de Déu*, el bikini! Las



mujeres éramos tan de misa y tan decentes que nos confesábamos si nos habíamos puesto un bikini, ¡incluso para ponernos pantalones pedíamos permiso al cura! ¡Qué bobas éramos, pero qué bobas!

Todas las cosas importantes se hacían en el hostal. Si venía un pez gordo del régimen, lo llevaban al hostal. Cuando los de las obras hacían una inauguración, venían a celebrarlo al hostal. Servía también de despacho y de sala de reuniones. Los viajantes citaban allí a sus clientes, también lo hacían los tratantes de ganado, los agentes de seguros, los inspectores escolares, los de sanidad... Venía un sastre y alquilaba una habitación, tomaba medidas y al cabo de ocho días traía la ropa hilvanada y hacía las pruebas. Entonces no había tanta ropa confeccionada como ahora, y tenían que hacértela a medida. Los trabajadores que querían estar elegantes el día que llegaban sus familias encargaban un traje en el hostal.

También funcionaba como consultorio. Cada quince días subía un dentista de Tresp a pasar visita. Pagaba el alquiler de un día por una habitación y durante unas horas no hacía otra cosa que arrancar dientes y muelas. Yo no sé si era dentista o veterinario, porque aquel hombre parecía más dispuesto a hacer parir a una marrana que a examinar encías. Todo el mundo salía de allí con una muela menos, iba a destajo. Ponía una rodilla contra el pecho de los pacientes mientras tiraba con fuerza con los alicates, como quien arranca cebollas. Desde fuera se oían los ayes y un clinc que me hacía estremecer. Cada muela que arrancaba iba a parar a una palangana de zinc y se oía clinc. Otra, pensaba yo. Al final del día, cuando ya había terminado de pasar consulta, me tocaba entrar en la habitación y llevarme aquella palangana llena de sangre y de muelas. Yo ya entraba medio mareada. ¡Qué asco!

Otro que también se instaló allí fue el militar que vino para lo del guardia civil, el Lindos Ojos que le llamábamos. Ocupaba unas habitaciones del piso de arriba y nos prohibía que nos acercáramos sin permiso de sus ayudantes. Eran los guardias que vinieron a investigar, unos hombres muy callados y muy serios que imponían mucho respeto. O miedo. Sobre todo el mandamás. Cuando veías que todo el mundo se cuadraba delante de él y que siempre se hacía el silencio a su alrededor, ibas con mucho cuidado de no hacer ruido ni nada que pudiese molestarle. Parecía que fuera a meterte en la cárcel por la

más mínima falta. No levantaba la voz, excepto una vez. ¡Uy, aquel día! Le dijo de todo al Sapo, el sargento de la Guardia Civil que teníamos aquí, una mala pécora. Se encerraban en el piso de arriba para que no les oyese nadie. La investigación del asesinato era secreta y el militar no soltaba nunca ni una palabra sobre el caso. Pero aquel día gritaba tanto que los gritos se oían desde Llurri. Lo oímos todo. Yo y todos los que estaban en el hostel. Pregunte, pregunte, ya verá como todo el mundo le dice lo mismo. Fue la tarde del día que se colgó Jaume, el del Cemento. Por los gritos supimos que el Sapo se había metido donde no le llamaban, se ve que había ido a ver a Jaume, el del Cemento, por su cuenta y que le amenazó o algo por el estilo, porque el Sapo no hablaba, amenazaba. Y pobre del que se atrevía a plantarle cara. Eso sólo lo hacían los hermanos Dinamita. Pregunte a la gente de aquellos años por los hermanos Dinamita y todos le dirán que se las tenían con el Sapo de tú a tú. Pero, claro, acababan siempre mal. Muy mal, pobrecillos.

Aquel día, mejor dicho, aquella tarde, los gritos del juez militar se podían oír desde el río. Se entendió perfectamente que el militar tenía vigilado a Jaume, el del Cemento, y que el Sapo le había espantado la caza. El del Cemento se asustó o se deprimió, no lo sé, decían que su mujer lo había echado de casa, tampoco lo sé, el caso es que se ahorcó y el militar ya no pudo interrogarlo. ¡Cómo se puso aquel hombre, con lo frío que parecía! Por lo visto, no dejó que el Sapo abriera la boca. ¡Que se calle! ¡Firmes!, chillaba. El Sapo salió blanco como el papel. O verde o lila, no lo sé, no lo habíamos visto nunca derrotado. No nos lo dijimos, pero yo creo que todos nos alegramos de que alguien hiciese pasar por el tubo al Sapo. Se habló mucho de aquello en el pueblo, pero aún se habló más de otra cosa, aquello que se suponía que no tenía que saber nadie. Que el Lindos Ojos y Jaume, el del Cemento, estaban compinchados. ¡Quién lo hubiera dicho! El guardia civil más calladito, el más mosquita muerta, haciendo trapicheos bajo mano. Aquello fue una bomba. Desde Tavascán a Llavorsí no se hablaba de otra cosa. Y seguramente, por culpa de la indiscreción del Sapo, todo se precipitó.

BOSQUE DE VIRÓS

*Santi Vallory y Rossita*

—Ni te han detenido ni te han llamado para declarar.

—Por ahora no.

—Ya te dije que no te pasaría nada. Si no te vio nadie...

—Dicen que tienen a Jan Xiulit encerrado en la cárcel de Sort.

—Al Xiulit siempre lo detienen los civiles. Lo encierran en el calabozo para que no se muera de frío y lo sueltan al día siguiente.

—Aquellos días rondaba por el pueblo, me acuerdo bien.

—¿Y qué?

—Quizá me vio desde una buhardilla o desde una cuadra. Quizá rondaba por las calles de noche, como hice yo aquel día, y ahora se lo ha chivado todo a la Guardia Civil.

—Si hubiese visto algo, los civiles ya habrían venido a buscarte.

—¿Y si interrogan a Matildo?

—¿Qué puede decir? Que ya había cerrado el bar y que no sabe nada.

—Matildo lo ve todo y lo sabe todo.

—Por él no sufras, tiene la boca sellada. Preocupémonos más de nosotros. Hasta que nos vayamos nos conviene ir con mucho cuidado.

—¿Adónde quieres ir?

—Quiero ir contigo a Lérida, a Barcelona, a Francia, a donde tú quieras. Estoy decidida a dejar a Jaume.

—¿Estás segura?

—Contigo sí.

—¿Cuándo?

—Esperemos a que se calme todo esto. No podemos dar la sensación de que huimos. Después podremos escaparnos como una pareja cualquiera. A veces ocurre. Una mujer de Bonestarre se fue con un francés y ya ha tenido dos hijos con él. Y un hombre de Tírvia plantó a la familia para irse a Barcelona con una mujer rica que también plantó a su marido. Pero por ahora tenemos que disimular.

—¿Qué le dirás a Jaume?

—Nada. Me iré y ya está. Quiero que se encuentre la casa cerrada y vacía cuando vuelva de una de sus salidas. El otro día me dijo que tiene que ir a Viella o a la Seo antes de Navidad, no lo recuerdo exactamente. Estaré preparada por si podemos aprovechar la ocasión. Pero, si no lo vemos claro,

esperaremos un poco más.

—¿Cómo reaccionará?

—No lo sé. Quizá con indiferencia. No tendrá que disimular. La gente sabe lo que me pasó y cómo me trata Jaume desde entonces.

—Yo no estoy tan seguro. Podría perseguirnos, denunciarnos a la Guardia Civil.

—A ti te dejarán tranquilo. En cambio a mí me acusarán de adulterio.

—Te veo muy segura.

—Es que estoy muy ilusionada y decidida. Y tú, ¿estás más tranquilo ahora?

—Procuro hacer de tripas corazón.

—Sólo te pido una cosa. Escúchame bien, porque es muy importante.

—Dime.

—Veo que intentas volver a hacer una vida normal. Pero tienes que esforzarte más. Que nadie pueda decir que estás decaído y extraño justamente desde el día del Pilar.

—Lo intento. Desde que hablamos, me siento un poco mejor. Pero sólo un poco. No puedo dejar de cavilar y cavilar.

—Desayunarás, cenarás y harás la sobremesa con Zep y Jaume, hablarás con los compañeros de trabajo como has hecho siempre, irás al café con ellos, te dejarás ver por las calles y por las tiendas. Volverás a ser amable con Agustín cuando le echas una mano con sus estudios y volverás a ver a Caio Periquet tal como hacías antes.

—Lo haré. Y desde ahora empieza a contar los días que faltan para que nos larguemos.

—No tengas prisa. Dejemos que pase un tiempo, unos meses. Mientras tanto, tú vuelve a ser el huésped amable y educado que no se mete en nada, y yo seré el ama de casa silenciosa y obediente. Eso será nuestra salvación, tenemos que esforzarnos.

—¿Sabes que estás muy guapa?

—Sí, ya me dirás cómo, con esta ropa y tan despeinada...

—No es la ropa, son tus ojos.

—¿Qué les pasa a mis ojos?

—Que ya no están tristes.

MARTEN HUIJGEN

*Profesor de geología marina residente en Arrós*

Trabajo en un instituto oceanográfico belga, pero soy holandés. Me formé como geólogo en la Universidad de Leiden y tuve la oportunidad de ir al valle de Cardós en las campañas que cada verano organizaban los profesores Ulbo de Sitter y su discípulo Henk Zwart. Los dos estudiaron a fondo la formación de la cordillera pirenaica y traían a unos alumnos de posgrado a ver unos afloramientos muy interesantes que hay aquí mismo, en la confluencia del torrente de Esterri con el Noguera de Cardós. Para un estudiante aquello era como el abecé, una lección práctica de los plegamientos hercinianos explicada con una claridad de libro. El profesor Zwart nos decía que es como si aquel trozo de montaña se hubiese levantado la falda para enseñar todas las capas de enaguas. Precisamente porque es muy accesible y fácil de leer con ayuda de grandes geólogos, las prácticas de geología en Cardós se habían convertido en una costumbre. Aquel año se hicieron dos expediciones, una en verano y otra en otoño. Yo vine en la de otoño, que no era un buen momento, porque hacía frío, había nevado hacía poco, y los días eran cortos y se hacía de noche muy pronto.

Por lo visto, al principio la gente del valle se extrañaba de ver a un grupo de holandeses; íbamos con pantalones cortos y un martillito en la mano, y nos pasábamos el día revolviendo piedras. Todos éramos chicos, ya que por entonces era muy raro que una chica estudiase geología. Llamábamos la atención porque éramos altos, rubios y tan blanquitos que la piel se nos quemaba enseguida. Pero aquí arriba también había geólogos y topógrafos que trabajaban para las grandes obras hidroeléctricas, y cuando yo vine había tanto jaleo de camiones y máquinas y campamentos de obreros que ya nadie se fijaba en nosotros. Nos alojábamos en el hostel, pero no nos apetecía pasar los ratos libres allí dentro. Había habido varios muertos, un juez militar daba instrucciones desde el propio hostel y se respiraba un ambiente tenso. Nos centrábamos en el trabajo y después intentábamos ir a cualquier bar, pues había muchos en los pueblos del valle. A veces te encontrabas con trabajadores de las obras que tocaban la guitarra y cantaban. ¡Flamenco, olé!,

decíamos nosotros creyendo que era una música típica del Pirineo.

Íbamos a estudiar el geotopo la Pallaresa, en un lugar que la gente del país ya llamaba el rincón de los holandeses. ¿Pero qué hacéis que estáis todo el día mirando piedras?, nos habían preguntado alguna que otra vez. Y así estábamos, dibujando, tomando notas de las explicaciones del profesor Zwart, explorando la montaña y cambiando impresiones con los compañeros, cuando oímos cuatro o cinco tiros, y al cabo de un rato cuatro o cinco más. Nos quedamos inmóviles como estatuas y nos miramos los unos a los otros. Sí, aquello eran disparos. Venían de más arriba, quizá de Ginestarre o del Roc Bataller, no lo podíamos saber porque en los valles el eco es muy engañoso. Cuando hay tormenta arriba en las montañas, los truenos parecen cañonazos, resuenan como un bombardeo que va acercándose. Si no estás acostumbrado, incluso da miedo. Aquellos tiros también resonaban, como si estuviesen muy cerca. Nosotros estábamos cobijados en una especie de abrigo natural de la montaña, un rincón desde el que no veíamos nada por encima de nuestras cabezas, sólo el río y la carretera principal del otro lado, por donde iban y venían los camiones de las obras durante todo el día.

Pum, otro disparo. Pum, pum, dos más. El profesor nos hizo sentar allí mismo, porque aquel era un lugar resguardado. Inmóviles y en un silencio absoluto oíamos algún tiro de vez en cuando y unos gritos lejanos. Estuvimos un buen rato así, hasta que de repente llegó por la carretera un land-rover de la Guardia Civil. Se paró un momento, bajó un guardia y se quedó en la entrada del puente para no dejar pasar a nadie, y el land-rover continuó subiendo en dirección a Arrós y Ginestarre a toda velocidad. El guardia que vigilaba el puente llevaba una metralleta en la mano y nos hizo señas para que nos estuviésemos quietos, agachados y callados. No era necesario que lo dijese, porque los teníamos de corbata, como dicen aquí. No sé si estuvimos así media hora o una hora, sólo me acuerdo de que aquel rato se nos hizo eterno. Aquí las tardes son cortas y oscurece pronto, si aquello duraba mucho, nos habríamos empezado a pelar de frío.

Más gritos, una ráfaga de ametralladora, ra-ta-ta-tat, y silencio. Y nosotros, quietos como una roca más del terreno. Al cabo de un rato, oímos unas voces que se acercaban y nos alarmamos, pero no nos movimos ni un centímetro. De repente, por encima de nuestras cabezas, aparecieron dos

guardias civiles que bajaban de la montaña con el arma colgada al hombro, fumando y charlando tranquilamente. Saludaron al profesor con gesto militar y se limitaron a decirle: ya está. Se reunieron en el puente con otros dos guardias civiles que venían caminando chino chano por la carretera de Arrós. Los recogió el land-rover de antes y se fueron carretera adelante. Y al cabo de un rato bajó otro land-rover, que no sé de dónde había salido, porque nosotros sólo habíamos visto subir a uno.

Por la noche, en Noguera, supimos que había habido una persecución. Parece ser que los guardias estaban apostados por aquí arriba, por el barranco de Molina y la caseta de Fonteana, desde hacía horas. O días, no lo sé. Hicieron unos disparos intimidatorios hasta que atraparon al hombre que buscaban, un tal Sindo, que hacía pocos días había asesinado a un guardia civil. En el hostel no se hablaba de otra cosa. Con mucha libertad, porque los militares ya se habían ido. Se marcharon con el detenido a Sort o a Lleida, para interrogarlo y encerrarlo en la cárcel. Aquella noche fue larga, nos ayudamos a pasar el susto con una cena extra. Como dicen ustedes, fue un *tiberi*. Nos dieron aquella *escudella* con peras de Cardós que no hacen en ningún otro sitio, y unas truchas de río con miel y vinagre... ¡Qué cosa más rica! En el hostel decían que las truchas tienen que llegar a la mesa cantando, ¿sabe qué quiere decir? Recién sacadas del fuego, cuando todavía chisporrotean. Y de postre, tortilla dulce, o sea, flambeada con azúcar y ron. ¡Qué cosa tan rica! Y venga vino y cerveza hasta que ninguno de nosotros se aguantaba en pie.

De todo el grupo, yo debo de ser el que conserva un recuerdo más vivo de aquella tarde. Hace doce años que me compré esta casa, y siempre que podemos mi mujer y yo venimos a pasar largas temporadas. Estoy a punto de jubilarme y probablemente nos quedaremos a vivir aquí. Nuestra hija se ha casado hace poco y nos gustaría que, si tiene hijos, nuestros nietos vengan a veranear con nosotros. Porque, ¿quiere que le diga una cosa? Arrós es el pueblo más bonito del Pirineo, el más tranquilo. Está situado en este valle pequeño tan suave, de cara al sol, con tanta gracia... Parece mentira que en este rincón tan bonito hubiese persecuciones y disparos de ametralladora, ¿verdad? Pero sí, así fue como pasó. Allí estaba yo, y aún me tiemblan las piernas cuando me acuerdo del ra-ta-ta-tat de la ametralladora.

La tortilla flambeada, ¡qué cosa más rica! Hoy me gusta aún más que entonces, quizá porque no puedo comerla. Lleva demasiado azúcar y el médico me lo tiene prohibido. Pero si un día vuelve por aquí, avíseme, que le prepararé una. Está invitada.

## CASA SEBASTIANET

*Jaume, el de la Madera, Zep Vidal, Santi Vallory y Rossita*

Los tres hombres cenan en el comedor. Rossita va y viene de la cocina. Hablan de los trabajadores de Cohisa. Jaume no deja de hacer preguntas.

—¿Cómo se las apañan allí arriba para trabajar? Debe de hacer un frío de narices.

—¿Cómo lo hacen? Pues cómo va a ser, pasándolas putas. Santi, tú que subes a menudo, ¿a qué temperatura deben de estar ahora?

—Bajo cero, seguro. Aquello está a dos mil metros y muy pronto no se podrá subir ni en land-rover.

—¿Y si se quedan bloqueados?

—Tienen comida de sobra. Y siempre les queda el funicular.

—Coño, Santi, no jodas. Yo en aquel funicular no subo ni loco.

—Impresiona, sí, pero cuando te acostumbras...

—¿A mí me dejarían subir?

—Un consejo de amigo, Jaume: haz testamento antes.

—Parece de juguete, pero es seguro.

—Me gustaría verlo. No me imagino cómo debe de ser trabajar allí arriba todo el invierno.

—Trabajar es lo de menos. La mayoría del trabajo se hace en los túneles, que tienen una temperatura más civilizada y constante que la de fuera. Ahora bien, los turnos de descanso los tienen que pasar en los barracones y de allí no pueden salir. Tienen calefacción y cantina, pero están enjaulados.

Entra Rossita con una fuente de bacalao y patatas hervidas.

—Rossita, me ha adivinado usted el pensamiento. Que le diga Santi si no. ¿Verdad que te he dicho que hoy me apetecería un plato de bacalao? ¿Verdad que sí?



—Sí.

—¿Lo ve?

—Me llevo la sopa. ¿No quieren más?

—No gracias.

Se oyen unos golpes en la puerta y Matildo asoma la cabeza por el comedor.

—Buen provecho.

—Pasa, pasa. ¿Qué ocurre?

—¿Lo saben?

—¿El qué?

—Que ya lo tienen.

—Coño, Matildo. ¿Qué pasa?

—Que ya lo han detenido. Y se lo han llevado.

—¿A quién han detenido? ¿A quién se han llevado? ¿Adónde? ¿Se te ha comido la lengua el gato?

—A Sindo de Llurri.

—¿Qué pasa con Sindo?

—Mató al guardia.

—*Collons!* ¿Sindo? Pero si no hace mucho que estuvo por aquí, en la Taverneta, charlando conmigo. Me pidió leña para pasar el invierno.

Rossita no responde. Ella y Santi se miran fijamente.

—Vino por si le podía vender unos quintales de leña, le pregunté cuánta y echamos unas cuentas. ¿Te acuerdas, Rossita?

—Sí, no sé. No me acuerdo.

—Se ha construido una chimenea nueva y quería leña para todo el invierno. *Collons*, quién iba a decirme que estaba hablando con un asesino. ¿Qué más se sabe, Matildo?

—Dicen que lo han atrapado arriba, en la montaña.

—¿Qué montaña?

—No lo sé. Lo han atrapado y se lo llevan abajo.

—¿Estás seguro de que era Sindo? ¿No decían que buscaban a los dos mineros aquellos de la guitarra?

—Sí, pero parece ser que no fueron ellos.

Zep no acaba de comprender y pide aclaraciones a Jaume, el de la

Madera.

—¿Quién es ese tal Sindo?

—Uno de Llurri.

—¿A qué se dedica?

—Hace un poco de todo. Va y viene mucho de Andorra y eso aquí ya sabes qué significa. Pero, vaya, no me lo imagino clavando un pico en la espalda de un guardia civil. Hay que ser muy animal para matar a un hombre así. ¡Muy animal!

Santi se levanta de la mesa y se va.

—¿Qué le pasa a este?

—Hace unos días que no está muy católico. Ahora iba a preguntarle si quiere que le prepare unas hierbas.

—No, Rossita. Lo que pasa es que los de Barcelona son unos blandengues y se impresionan por cualquier cosa.

—Eh, que yo también soy de Barcelona y los crímenes escabrosos no me hacen perder el apetito. Si no os importa, querría chupar el rosario del bacalao.

#### CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL

*Eduardo María Delgado, juez militar instructor,  
y el sargento comandante de la Guardia Civil del lugar*

—¿Una copita, mi capitán?

—¿A cuento de qué?

—¿De qué va a ser? Para celebrar la resolución del caso.

—Le veo muy satisfecho, sargento.

—Muchísimo. Le juré a la Virgen del Pilar que no descansaría hasta dar con el asesino del guardia Froilaz. Porque le mataron el mismo día de la patrona, que para mí constituye un agravante.

—No está del todo claro.

—¿El qué?

—Según la autopsia, pudo morir un poco antes de medianoche o un poco después.

—Qué más da. Lo importante es que ya está entre rejas. Y, si van a fusilarlo, me ofrezco voluntario.

—Olvídelo. Estaría feo que la propia Benemérita ajusticiase al hombre que mató a uno de sus miembros. Por cierto, ¿se sabe algo de esos dos hermanos subversivos?

—¿Los Dinamita también están en el ajo?

—¿Qué ajo?

—El asesinato.

—Ya sabe usted que no. Tienen todas las coartadas del mundo. Pero si se asoman por aquí, les echa el guante. A ver si les quitamos las ganas de ir por ahí con el puño en alto y cantando *La Internacional*. ¿Estamos?

—A sus órdenes. ¿Me acepta una copita?

—No.

—De despedida.

—Que no, sargento.

—Déjeme desearle un feliz regreso. Dentro de lo que cabe, claro, porque estas carreteras son muy malas.

—Sí, muy malas.

—Y muy traidoras, pero que muy traidoras.

—Sí lo son.

—A sus órdenes siempre, a la mayor honra y prez del Cuerpo.

—¿Honra? ¿Ha dicho usted honra?

—Honra y prez. ¿No se dice así?

—A buenas horas.

—No comprendo, mi capitán.

—No tardará mucho en comprender. Lo de ese muchacho, Froilaz...

—Una desgracia, sí. Tan joven...

—Y tan hijoputa.

—Pues sí. ¡Quién lo iba a decir!

—Usted.

—¿Perdón?

—Usted debía velar por que sus subordinados tuvieran una conducta digna del Instituto. Usted debía comunicar a sus superiores cualquier sospecha de irregularidad. Usted tenía que dar ejemplo a los demás guardias

y a la población civil. Usted debería ser respetado por todo el mundo, dentro y fuera del puesto.

—Mantener el orden aquí no es fácil. No ganamos para reyertas, hurtos, escándalos cada noche por borracheras... Si te descuidas, las riñas acaban con un duelo de navajas traperas, y, mientras esté yo, la consigna es evitar derramamiento de sangre.

—Ya.

—El orden y la paz lo primero. Le pese a quien le pese.

—Claro.

—Nunca he pretendido ser un personaje popular. Con el principio de autoridad no se juega.

—No.

—Nadie lamenta más que yo la desgracia de Celedonio Froilaz.

—Una pena, sí.

Hay un silencio largo, durante el cual el capitán no deja de mirar al sargento a los ojos, y este esquivo la mirada y se ve obligado a decir algo.

—Bueno, yo... Le felicito por el operativo. La detención de Gumersindo Pallarés, quiero decir.

—Gracias.

—Fue un éxito.

—Sí.

—A ver si ahora se calman los ánimos.

—A ver.

—Pues nada... Buen viaje.

—Eso espero.

—¿Ordena alguna cosa más, mi capitán?

—No. Adiós.

—Adiós.

FÉLIX CARNEVALLI

*Periodista jubilado*

Yo fui el único que publicó la noticia de la detención de Gumersindo

Pallarés. Yo soy de la vieja escuela, lo conservo todo metido en cajas y carpetas, ¿lo ve? Como antes no existía eso de la informática, si no archivabas las notas y los recortes de prensa, estabas listo. No me gustaría que cuando me muera todo este material acabase en la basura. Mire cuántos nombres y cuántos datos. Más de un pez gordo pagaría un buen pellizco para que no saliera a la luz algún trapicheo que tengo documentado. Siempre pienso que un día sacaré a la luz unos cuantos trapos sucios, pero me da pereza revolver todo este papelamen.

Trabajé para *El Caso* y no me avergüenzo de decirlo. A lo tonto, a lo tonto, en aquella época, en los años sesenta, se vendían entre ciento cincuenta y doscientos mil ejemplares cada semana. ¡Qué le parece! ¿Y sabe por qué *El Caso* tuvo tanto éxito? Si usted me dice que explotaba el morbo de la gente por lo truculento que era, yo le diré que no está en lo cierto. El éxito de *El Caso* residía en que hablaba de cosas que no publicaba nadie más. La prensa de entonces y la televisión pintaban un país en el que iba todo sobre ruedas gracias al régimen, en cambio *El Caso* mostraba otra cara, la de la miseria, la de la delincuencia, y algunos escándalos de la alta sociedad. La España negra, me dirá usted, y yo le responderé que sí, pero era la España auténtica, la de verdad. *El Caso* no lo compraban sólo las criadas y el populacho, no, también lo compraba la gente que sabía leer entre líneas.

La prueba es que sólo *El Caso* habló del crimen de Cardós. Poco, pero nadie más dedicó ni una sola línea. ¿Qué le parece? ¿Tengo o no tengo razón? Aquello pasó en 1965, antes de la famosa ley de prensa de Fraga Iribarne que empezó a aflojar la cuerda y que abrió un poco el grifo de la libertad de expresión. Hasta aquel momento, todas las redacciones funcionaban a base de consignas que venían de arriba y de una censura que no dejaba pasar ni una. Teóricamente *El Caso* sólo podía informar de un delito de sangre en cada número. Así, parecía que en España la gente no se mataba mucho. ¿Policía política? ¿Detenciones ilegales? ¿Juicios sumarísimos? Desde luego, eran el pan de cada día, pero era absolutamente impublicable, y nosotros éramos los únicos que hacíamos alguna alusión indirecta, simulando que se trataba de delitos comunes. Las violaciones eran un tabú, y la homosexualidad, otro. Tampoco se podía hablar abiertamente de adulterios. Ni de maltratos, claro. Lo reducíamos todo a crímenes pasionales,

y andando que es gerundio. Ya sé que antes se disculpaba al hombre que pegaba a la mujer o que la mataba por celos. Sí, pero la culpa no era de *El Caso*, la sociedad era así entonces. ¡El trabajo que teníamos para batallar con la censura cada semana, y simular que no excedíamos la cuota de crímenes! ¡Desde luego que la excedíamos! Si me pregunta cómo, le diré que con oficio. Como periodista, usted sabe que nuestro trabajo nos obliga a forzar siempre los límites que nos marca el poder y a esquivar la censura, incluso la de la propia empresa. Lo comprendí desde el primer día. En las redacciones aprendías a decir sin decir, a dar a entender, a dejar entrever sin comprometerte. Cuando te dicen hasta aquí, tú tienes que ir un poco más allá. Si no, ¿qué sentido tiene el periodismo, no le parece?

Usted debe de haber oído hablar de los maquis, ¿verdad? Los periódicos convencionales iban con pies de plomo para informar sobre los maquis, mientras que *El Caso* explicaba las escaramuzas y las detenciones con fotos y todo. Si usted me dice que en *El Caso* no salía nunca la palabra maquis y todavía menos la de guerrillero, yo le diré que sí, que tiene razón, y que tratábamos el tema como si habláramos de delincuentes comunes, pero dejábamos constancia de cómo los iban aniquilando. Y no hablábamos nunca de la ley de fugas, no hacía falta, todo el mundo sabía que les pegaban cuatro tiros por la espalda, pimpam, y los dejaban fritos con la excusa de que se escapaban. No lo decíamos, pero ya se entendía. Por otra parte, ¿usted cree que en Barcelona, por ejemplo, la gente no sabía quién era Quico Sabater o el Caracremada? Leñe, ¡pues claro que lo sabían! Así, a lo tonto, a lo tonto, nadie informó tan bien del juicio de Burgos como *El Caso*, que se la jugó cuando nadie más podía hacerlo.

Habían matado a un guardia civil. Con eso está todo dicho. Tema prohibido, censurado. En la España oficial los curas, los militares, los policías, los falangistas, los grandes estraperlistas de cuello blanco no podían figurar nunca en las noticias de sucesos. Ni mataban ellos ni los mataba nadie. Y no robaban ni estafaban. Ni protagonizaban escándalos. Los delitos de sangre eran cosa de gente rústica y de gitanos, porque siempre se las cargaban los gitanos, tanto si tenían la culpa como si no la tenían. Usted se preguntará cómo me las arreglé para escribir algo sobre lo de Cardós, ¿verdad? Pues midiendo bien las palabras, sin decir nunca el nombre del

guardia civil asesinado y sin dar ningún otro detalle de la víctima. Centré la crónica en el individuo que habían detenido, un tal Gumersindo Pallarés, de Llurri, en el mismo valle.

Cuando supieron que el guardia asesinado participaba en el negocio clandestino de tabaco y que había engañado a uno de los jefes locales del contrabando, los civiles prendieron a los de su grupo. Tengo los nombres apuntados, mire: un tal Ramonet de Malmercat, otro de Tornafor, uno de Adrall y quizás algún otro que no apunté. Los agarraron uno por uno y los interrogaron por separado. Interrogar entre comillas, claro, ya sabe usted cómo iban los interrogatorios en aquella época. Cantaron todos la Traviata, ¡ya lo creo que sí! ¡Como un ruiseñor! Dijeron la hora y el lugar de la cita, y se ve que el tal Gumersindo se olió algo, porque cuando ya estaba en lo alto de la montaña dio media vuelta en el último momento. Lo persiguieron un rato, pero no fue muy lejos, se acojonó al oír los disparos de ametralladora. Yo no sé qué habría hecho usted, pero yo también me hubiese entregado. Primero disparaban y después te daban el alto. Y tiraban a matar, puede usted creerme, que no se andaban con chiquitas.

Todo esto me lo contó un guardia, un número, le invité a aguardiente en uno de los bares del pueblo y se le soltó la lengua. Trabajábamos así, porque ya le digo que oficialmente nunca pasaba nada. Lástima que sólo nos dejaron publicar una pequeña noticia, porque el caso no se acabó aquí, no señora, pero no me dieron permiso para poner la noticia del día. Demasiado escabroso, me dijeron. Y usted me dirá que el asesinato de un guardia civil corrupto al final quedó tapado, y yo le diré que sí, que quedó completamente tapado. Como pasaba siempre.

## EL TILO DE LA CARRETERA

### *Punto de recogida diaria de la leche*

Hombres y mujeres del pueblo, cada uno con su lechera de aluminio, esperan bajo el tilo de la carretera la llegada del camión de la leche. Hay también dos niños y una niña de entre once y trece años. Los pequeños escuchan ávidamente la conversación que mantienen los mayores en voz

baja, pero les cuesta captar las palabras enteras, porque los mayores cotillean con pericia, hablan flojito, como si el aire húmedo de primera hora de la mañana mojase la voz y la cháchara cayese a plomo antes de llegar a los oídos de contertulianos no autorizados.

—Ya se veía venir que Sindo acabaría mal.

—¿Por qué lo dices? Sindo no es mejor ni peor que cualquiera de nosotros.

—¿De qué trabajaba? ¿De dónde sacó los cuartos para hacerse la casa nueva y ponerse calefacción?

—¡Calefacción! ¡Quién pudiese tener calefacción, ahora que ya tenemos el invierno encima!

—Calefacción y todo el alicatado nuevo, bañera, un tocadiscos estereofónico, una lavadora y una máquina de filmar, que no sé para qué la quería Sindo.

—Si yo tuviese cuartos también me compraría todo eso. Y un cuatro latas, si pudiese, para ir a Sort y a la Pobla sin pedir favores a nadie.

—Pero tú no matarías para poder comprarte un coche.

—Dicen que se pelearon.

—¿Quién?

—Sindo y el Lindos Ojos. El guardia civil le había pedido dinero y no había forma de que se lo devolviera. Por eso se pelearon.

—No, fue al revés. Es Sindo quien debía dinero al civil.

—¿Qué dinero quieres que preste un número de la Guardia Civil? ¡Si son unos muertos de hambre!

—Dinero o favores, ya me entendéis.

—No se pelearon. Lo mató por la espalda.

—¿Y quién te dice que no fue el Sapo el que lo mandó matar?

—Podría ser.

—El Sapo está metido en esto. Seguro. Vamos, segurísimo.

—Quizás el Lindos Ojos lo sabía y por eso lo mataron.

—¿Qué le harán a Sindo?

—Le darán garrote de aquí a cuatro días o lo soltarán en cuanto empiece a largar.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que aquí se hace contrabando? ¡Vaya noticia!



Más hay en la Seo y nadie larga más de la cuenta porque todo el mundo chupa del bote.

—¿Pero tú crees que matarán a Sindo?

—No lo verás más. Como lo lleva la justicia militar, le meterán un consejo de guerra y adiós Sindo.

—Todo esto del contrabando no me lo creo.

—¿Ah, no? ¿De qué vivía Sindo si no?

—Quiero decir que por eso no mataría. Ni él ni nadie de aquí.

—¿Pues por qué mató al guardia civil?

—Por...

Los tertulianos juntan las cabezas y la conversación continúa como en una conferencia secreta de máximo nivel en la que es necesario asegurar que no se escape ni una palabra del círculo de seguridad.

—... por Aurora.

—¿Aurora?

—Claro.

—En Llurri lo sabe todo el mundo.

—¿El qué?

—Que cuando el marido va y viene de Andorra, en aquella casa pasan cosas.

—Es que Aurora es un cacho mujer.

—Últimamente se pintaba y se arreglaba mucho.

—¿Y quién es él?

—Quizás haya más de uno.

—Uno ya está criando malvas.

—¿El Lindos Ojos?

—¿Por eso se lo cargaron?

—¿Por Aurora?

—Sí, pero por la otra Aurora, la hija.

—*Reina Santa del cel!*

—Está hecha una pollita, sí.

—Y el civil bebía los vientos por ella.

—Y pasó a mayores.

—Claro, y a Sindo se le encendió la sangre.

—Ya decía yo que no era por dinero.

—¡Pobre Sindo!

Llega el camión de la leche, un Ebro B35 con la caja descubierta. Se detiene y el camionero va metiendo todas las lecheras en la caja asegurándose de que queden firmes. Cuando ha cesado el entrechocar de las lecheras llenas, un hombre se le acerca.

—Avelino, ¿te importaría bajarme hasta Llavorsí?

—En la caja, si quieres. Ya ves que voy con la cabina llena. La Dolores de Tavascán y su marido, que llevan al niño a Tremp para que le quiten las amígdalas.

—*Collons!*, ¿con este frío y me haces ir a la intemperie?

—No te quejes, que hay unas cuantas sillas.

—Yo no voy aquí detrás en una silla.

—Tú mismo.

—Qué remedio. No tienes corazón, Avelino. Pero no te entretengas mucho, que me voy a helar.

—Si me ayudas a recoger la leche, iremos más deprisa.

El hombre se sienta en una silla en un rincón de la caja y se levanta el cuello de la chaqueta. El camión se va y el grupo se disgrega, excepto los tres pequeños, que se quedan para reconstruir la conversación de los mayores con los fragmentos sueltos que han podido pescar.

—¿Qué han dicho?

—Que en Llurri lo sabe todo el mundo.

—¿El qué?

—Que el Lindos Ojos se compró un cuatro latas con un dinero que le había dejado Sindo. Y cuando Sindo vio que no le devolvía el dinero, habló con su mujer y ella le dijo que lo matase.

AMADEU CASAS, MITUS

*Natural de Ainet de Cardós*

La detención de Sindo fue como limpiar el aire que respirábamos. Por fin se había acabado aquella sensación de ahogo, aquella angustia constante.

Porque, entiéndame bien, cuando pasa algo así, aunque no quieras, te vuelves desconfiado. Empiezas a pensar si el asesino no será alguien conocido al que saludas cada día, te preguntas si volverá a matar, y acabas sospechando de todo el mundo. Noticias, pocas, ahora bien, rumores, todos los que quiera. Después del asesinato, todo el mundo veía comportamientos extraños a su alrededor y sacaba conclusiones insensatas. En definitiva, se acabaron los aires malsanos y los rumores se centraron a partir de entonces en Sindo de Llurri. Se le atribuían tantas proezas de contrabando como fechorías, como si fuese un personaje de leyenda, tal cual. Había discusiones encarnizadas y hasta se hacían apuestas sobre si lo fusilarían o si le darían garrote. Siendo la víctima un guardia civil, la sentencia de muerte se daba por segura.

El nombre de Sindo iba de boca en boca. Recuerdo un domingo en el teleclub en que no se hablaba de otra cosa. Era al final del día, después del baile, cuando la gente empieza a irse y sólo quedan los más lanzados y los más borrachos. Íbamos medio curdas o curdas del todo, y nos arrancamos a bailar la yenka, todos así, en fila, agarrados a la cintura del de delante. No sé si conoce la letra, que es muy tonta y facilona, pero alguien la cambió por otra que decía: venga, chicos, vamos a fusilar, a Sindo de Llurri vamos a matar; izquierda, izquierda, derecha, derecha, apunten a Sindo, un, dos, tres; izquierda, izquierda, derecha, derecha, apunten a Sindo, ¡fuego ya! ¿Qué le parece? Pone los pelos de punta, ¿no? Pues a nosotros nos parecía la mar de divertida, y venga, otra vez, otra vez... Apunten a Sindo, ¡fuego ya!

Lo tengo aquí grabado porque uno de los mejores recuerdos de mi juventud fue aquel domingo. Después de la yenka, aprovechando que estábamos todos en fila, nos pusimos a bailar la conga. Fue un impulso, así, de repente, sin pensármelo dos veces, fui hacia la barra, hice salir a la Perla Fina, la agarré con decisión, me la subí a hombros, me puse al principio de la fila, y, ¡hala, a divertirse, y a vivir, que son dos días! Y ella, ¡qué bien se lo montó, la puñetera! ¡Vaya éxito! «La conga de Jaruco, ahí viene, arrollando». Todo era gritar y reír mientras yo me paseaba con la Perla Fina encima. Fui la envidia de todo el mundo, y cuando alguien me lo recuerda, mi mujer se pone de morros. No sé por qué. No pasó nada, fue un momento de euforia y nada más, pero ¡cómo no voy a contarlo si es uno de los mejores recuerdos de mi juventud! A costa del pobre Sindo, que se estaba pudriendo en el calabozo.

Hay que ver la de burradas que llegamos a hacer de jóvenes, ¿verdad?

Al día siguiente todo Dios sabía que Mitus había llevado a la Perla Fina a cuestras. Yo entonces todavía no tenía novia y podía hacer lo que me diera la gana, pero, al poco tiempo de empezar a salir con la que luego sería mi mujer, ella va y me suelta la pregunta que la carcomía por dentro: ¿qué hicisteis tú y la Perla Fina? Quería saber si la Perla Fina y yo... Vaya, que si había habido algo. Y le dije la verdad: que na de na, que lo único que hice fue llevarla a hombros por todo el teleclub. Y ella, venga a insistir: ¿sólo eso? ¡Mira que son retorcidas las mujeres! Si la envidia fuese tiña... No, perdone, no lo digo por usted, no se lo tome a mal, lo digo por mi señora, que me hizo jurar por el Niño Jesús y su Santísima Madre que no había habido nada. Se lo juré porque era la pura verdad, pero por dentro pensaba: por desgracia. Toda la vida he lamentado no haber aprovechado una ocasión como aquella, estoy seguro de que la Perla Fina estaba más caliente que una gata en celo. Y aún le diré algo, y, por favor, no se me escandalice: por más años que pasen, cuando me acuerdo de aquello todavía noto el calor y la humedad de sus piernas pegadas a mi cogote. ¡Se lo juro!

Bueno, pues lo que le decía. Todo aquel sarao coincidió con la detención de Sindo Pallarés. Fue como si nos hubiesen quitado un peso de encima; después de estar tanto tiempo acoquinados, aquel domingo nos desmadramos haciendo el animal más que nunca. ¿Y sabe cómo acabó todo? Pues cantando *Soy minero*. Los hermanos Dinamita no estaban, se habían pirado o los habían pillado los civiles, eso no lo sabía nadie, pero nos habían dejado la tradición de cantar *Soy minero* en el teleclub para acabar la semana. Salimos de allí agotados de bailar y borrachos como una cuba. Entonces siempre había alguien que decía: mañana, accidente seguro. Y era matemático, nunca fallaba.

PLA DE NEQUA

*Santi Vallory*

El viento abrillanta el cielo con un azul luminoso, intensísimo, que ilumina el paisaje hasta el horizonte. Desde lo alto, Santi contempla el verde

de los prados, las cintas de los arroyos, las extensiones de árboles desnudos y las de bosque tupido. A la altura de la vista, el verde oscuro del pino negro se recorta hoy con un nítido relieve que perfila los árboles uno por uno y contrasta con el tapiz de los prados, de un verde descolorido, amarillento, como un último suspiro de plenitud antes del rigor invernal. Más arriba, las cumbres, con manchas de nieve refulgente, y la cresta larga y afilada que cierra el horizonte como una muralla definitiva. Y el cielo, ese azul intenso que hoy fulgura como un día de fiesta gracias a un viento constante que mantiene el aire puro y la luz viva.

Sobre la hierba, multitud de cornejas dispersas caminan y brincan por el prado. De vez en cuando picotean y hacen trayectos cortos en vuelos que parecen de gallina. Algunas se acercan a Santi, que fuma sentado en un tronco reseco, caído desde quién sabe cuándo, uno de esos árboles muertos que yacen con aire de escultura leñosa y que, antes de desintegrarse del todo, se agrietan y se dan a la carcoma, a las hormigas y a todas las larvas del llano. Santi fuma, expulsa un humo invisible porque el viento se lo lleva enseguida. Mira a lo lejos sin fijar la vista en ningún punto, casi no parpadea, está tan quieto que podría pasar por una estatua si no fuese por los gestos de fumador. Una corneja se le acerca y llega a picarle un zapato, pero, en vez de obtener una porción de alimento en forma de insecto o de semilla, se gana un puntapié que no la llega a tocar. La corneja se aparta de un salto y busca la pítanza en otro lado.

Con este movimiento instintivo, Santi parece volver a la realidad. Se levanta y se frota las manos para calentarse. Camina por el prado a paso lento. Algunas cornejas se apartan de un salto para dejarlo pasar, pero no se inmutan demasiado. Santi se acerca a un pino altísimo que, a pesar de estar muerto, se mantiene erguido y exhibe en un último acto de soberbia todo el ramaje pelado que tiempo atrás había dado una sombra majestuosa sin ningún competidor en torno.

Camina, camina, pasa de largo del land-rover 88, parado en medio del llano, y continúa caminando deteniéndose a menudo y sin rumbo. Poco a poco, haciendo eses erráticas, llega al pie del pino del rebaño y se apoya en el árbol, de cara al tronco, utilizando los dos brazos como cojín entre él y la venerable corteza. Así permanece un buen rato, erguido, con la cabeza

apoyada en el árbol, con una pierna flexionada y con el pie de la otra dando golpes suaves contra el suelo.

Aparecen pequeñas nubes que enseguida se funden en este cielo de azul encendido. De repente Santi cambia de actitud, se yergue, arroja el cigarro y camina con paso firme hasta el land-rover. Lo pone en marcha y el coche traza una media vuelta rápida que levanta puñados de tierra y de hierba cuando entra en la pista forestal en dirección al valle de Cardós por el camino corto que va directamente a Noguera.

La pista baja haciendo zigzags por el empinado bosque de Cassibrós, y en una de las curvas Santi frena el land-rover. Sin bajar del coche ni apagar el motor, permanece un buen rato mirando hacia abajo. Allí, junto al río, se ve Noguera, con la pequeña iglesia y la pequeña punta de pizarra del campanario y el pequeño cementerio de pueblo pequeño pegado al ábside. Se distinguen perfectamente las líneas de las tres calles que suben y que parecen querer tocar las primeras casas de Llurri, siempre encaramado por encima de Noguera, pero que desde arriba parece una simple extensión, un barrio anejo, con su iglesita y su pequeño campanario. Todo se ve reducido, como si fuera de juguete. La cinta de la carretera, por donde sube la miniatura amarilla de un berliet cargado de vete a saber qué; los barracones y los talleres del campamento, que son como los bloques de madera de un juego de arquitectura. Incluso el Pui Tabaca parece menos alto desde aquí.

Todo ordenado, cada cosa en su sitio y todo reconocible desde la distancia. El Café del Centro, el teleclub, el patio del colegio, la piscina del hostel nuevo, el tilo donde se para el camión de la leche, el estanco, el ayuntamiento, el lavadero en la parte alta... Se pueden distinguir las casas casi una por una: allí el cuartel de la Guardia Civil, allá casa Sebastianet. Santi se pasa un largo rato mirando la pequeña Noguera desde la altura. Hasta que reemprende la marcha.

Cuando llega abajo, deja el land-rover 88 en la carretera y entra en casa Sebastianet sin pasar por el bar, directamente, por detrás.

—Rossita, estoy decidido.

Rossita le hace señas con la mano: ten cuidado. Señala adentro y, sin voz, pero articulando bien las palabras dice: está Jaume.

—Voy a contarlo.

Rossita se alarma, pero no puede hablar en voz muy alta.

—¿Qué quieres hacer?

—No es justo que Sindo pague por algo que no ha hecho.

—¡Santi!

—Tengo que contarlo, Rossita, no aguanto más.

REYES JIMÉNEZ, MÍSTER PELTON

*Antiguo trabajador de Cohisa y de Fecsa*

El tiempo te da sorpresas. Me refiero a la meteorología. El otoño había empezado con una nevada prematura por el Pilar y parecía que cerrarían el campamento de Canalada antes del cale, pero noviembre y diciembre fueron muy benignos, con una temperatura anormalmente suave. De hecho, no empezó a nevar intensamente casi hasta Navidad. Entonces Canalada ya estaba cerrado a cal y canto hasta que llegara el buen tiempo.

Los trabajos de perforación continuaron hasta el maldito cale que parecía que no iba a llegar nunca y que retrasó mi boda. ¿Sabe cuándo me casé? El 31 de diciembre, le prometí a Carolina que nos casaríamos aquel año y al final lo cumplí in extremis como quien dice. Pero fue una boda triste. Para huir un poco de aquel ambiente tan cerrado escogimos la iglesia románica de Gerri, que es muy bonita. Mi suegro quería ir con el uniforme de gala de la Guardia Civil, pero le pedimos que fuese de paisano, y la verdad es que se portó bien y estuvo sereno hasta el convite. Entonces empezó a beber y ya no hubo remedio. Le dio por llorar y decir: no tengo remedio, soy un mal padre, soy un mal hombre, soy un bellaco... Costó Dios y ayuda meterlo en el coche para llevarlo de regreso al cuartel de Noguera. Pero fue el último numerito que montó como el As de Copas, que es como todo el mundo lo conocía. A los pocos días viajaba hacia otro destino, muy lejos, a Tarifa.

Pues como le iba diciendo, por fin se superaron todos los problemas técnicos del túnel y se fijó la fecha del cale para primeros de diciembre, que era tardísimo, pero, si el tiempo aguantaba, se podía hacer. ¿Vendría don Juan March o no vendría? Oficialmente, no, ahora bien, radio macuto decía que sí, y eso iba unido a otro rumor. Ya hacía días que los hermanos

Dinamita habían desaparecido, se rumoreaba que alguien los había visto y que estaban al acecho, preparando una sorpresa de las suyas para cuando llegara don Juan March. Los Dinamita eran así, no sé si llamarlos temerarios o valientes, pero las mismas agallas que tenían dentro de los túneles para jugarse la piel cuando había que salvar a un compañero, las tenían para desafiar a la Guardia Civil con proclamas contra Franco. No he conocido nunca a nadie que plantase cara a la dictadura con tanto atrevimiento.

La empresa estaba contenta porque se había superado la fase más crítica de la excavación del túnel y porque hacía buen tiempo. Entiéndame bien, allí arriba hacía un frío que calaba los huesos, sobre todo de noche, pero no nevaba o eran capas tan ligeras de nieve que no interrumpían las comunicaciones. Yo estaba de mal humor por el retraso de mi boda y muchos trabajadores también, porque muchos aprovechaban el parón invernal para ir a cosechar aceitunas en su pueblo y no llegaba nunca el momento de poder marcharse. Pero había otro malestar más importante y más serio allí arriba. Había una psicosis de accidente motivada por la excavación del túnel en un terreno muy malo y porque acababa de ocurrir una catástrofe en unas obras hidroeléctricas de Extremadura. Cuando ya estaban acabando una presa muy grande cerca del Tajo, falló una compuerta y el agua se llevó a los trabajadores que estaban encofrando el canal de desagüe. El agua arrastró a los hombres, a las máquinas y a los camiones que trabajaban más abajo. Murieron sesenta personas, pero dicen que quizá fueron más de cien. Nunca se sabrá. Los periódicos fueron dando cifras los primeros días, pero enseguida dejaron de hablar de la tragedia. El régimen hizo todo lo posible para tapanlo y minimizarlo, pero la gente se inquietó. Los que tenían familia en Extremadura estaban alarmados y extendieron un nerviosismo que fue creciendo como una bola de nieve. Tenga en cuenta que un centenar de hombres se pasaban buena parte del día en la alta montaña, encerrados en barracones y hablando siempre de lo mismo. Los malos presagios corrían como la pólvora, se decía que si allí pasaba alguna desgracia el mundo no llegaría a saber nunca la verdad, como acababa de ocurrir en Extremadura.

Caio, que era una persona muy equilibrada, intentaba rebajar la tensión, y contaba que el novio de su hija, Agustín, que trabajaba en Cohisa, abajo, en los talleres, tenía familiares que trabajaban en aquellas obras de Extremadura



y que no les había pasado nada. Pero no conseguía calmar los ánimos. Quizá porque Caio había perdido un poco su ascendiente sobre los trabajadores. Estaba pasando por un mal momento familiar, habían operado a su mujer y la llevaron a Noguera cuando ya se veía que no había nada que hacer. Le daba lo mismo que el cale se hiciera o no y que lo celebrasen con una gran fiesta. Su cabeza estaba en otro sitio.

## IGLESIA PARROQUIAL DE NOGUERA

*Mosén Antonino, mujeres que rezan y Santi Vallory*

Hay cuatro mujeres que rezan arrodilladas y otra que se está confesando. Santi hace rato que las observa de lejos y se mantiene en pie al lado de la puerta. La mujer que se estaba confesando deja el confesonario, se arrodilla en un reclinatorio, se santigua y reza articulando todas las palabras en silencio, Santi da un paso inseguro y recula enseguida. Continúa observando el entorno hasta que por fin se dirige al confesonario con unas zancadas rápidas y se arrodilla en un costado, en el lado de las mujeres. No dice nada; mosén Antonino toma la palabra.

—Ave María Purísima.

Santi repite en voz muy baja.

—Ave María Purísima.

Mosén Antonino responde enfadado.

—¿Estás dormida o qué te pasa? Si te digo: Ave María Purísima, tú contestas: sin pecado concebida. Y si tú dices: Ave María Purísima, contesto yo. A ver, ¿cuánto tiempo hace que no te confiesas si ni siquiera te acuerdas de eso?

—...

—No me hagas perder el tiempo, ¿quieres confesarte o no?

—Tengo que contarle una cosa bajo secreto de confesión.

—¡Tú eres un hombre! ¿Qué haces aquí? Este es el lado de las mujeres, ven aquí delante.

—Tengo que contarle una cosa bajo secreto de confesión.

—¿Qué dices? No te oigo.

—Júreme que mantendrá el secreto de confesión.

—¿De dónde sales tú? ¿De las obras? ¿En tu tierra no te han enseñado a confesarte y a temer a Dios?

—Sindo no mató al guardia civil.

—¡Arrodíllate aquí delante, demonio!

—Sindo de Llurri es inocente. Él no mató al guardia civil.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te envía?

—Nadie.

—A ver, a ver. Confiésate como Dios manda y aclaremos esto.

—Haga algo, diga que Sindo es inocente y que usted lo sabe por secreto de confesión.

—Pero ¿qué te has creído? ¿Cómo te atreves a darme órdenes tú, que no eres más que una oveja descarriada?

—Sindo no mató a nadie.

—Entonces, ¿quién fue?

—Él no.

—Ya veo. Él no, pero tú sí.

—Le juro por Dios que Sindo es inocente. Dígaselo al juez.

—Tienes los remordimientos del criminal y quieres que yo te resuelva la papeleta. Así, por las buenas. ¡Qué poca vergüenza! ¿Te crees que esto es una oficina de perdonar pecados, así, sin más? ¡Y qué pecados, *Mare de Déu del Jesús dolcíssim!* Sin examen de conciencia ni propósito de enmienda no hay confesión que valga. Espérate un momento, que saco a estas señoras de la iglesia y nos quedamos tú y yo solos para preparar una confesión general.

Las últimas palabras quedan en suspenso. Santi se ha levantado y se ha marchado precipitadamente. El cura retira la cortina y saca la cabeza por la abertura central del confesonario.

—¡Eh, tú! Ven aquí.

Mosén Antonino sale del confesonario con una precipitación tardía y se queda en medio del pasillo central de la iglesia, con la estola puesta y las manos en las caderas. Santi ya se ha esfumado. Las mujeres que rezaban miran al cura perplejas.

—¿Qué pasa, mosén?

—¿Quién era ese hombre que se ha ido?

—¿Qué hombre?

—Nada, no es nada. Recen un rosario más por la conversión de los pecadores.

ANTONIO JESÚS PALOMERO, SOMBRITA  
*Antiguo trabajador de Cohisa*

El señor Periqué nos tenía avisaos de que no quería accidentes nunca, y menos en lunes. O el día 4 de cada mes, porque siempre cobremos el 3, y como nos echábamos unas buenas juergas en la cantina, el día 4 era el de los accidentes. Y el 14, igual. Nos daban un adelanto, y como nos lo gastábamos en las tabernas, el 15 también era un día de accidentes.

Se tomaban precauciones, claro que sí, pero no era como ahora. Mire, señorita, no sé cómo decirle, no era lo mismo. Todo iba bien hasta que acababa malamente, ¿entiende lo que le quiero decir? Un accidente te podía pillar en el tajo o en otra parte. Al subir a Tavascán, antes de llegar a la presa, hay una curva más alta y más cerrada. Ahora no es tan peligrosa, pero entonces era una curva muy jodida. Un día subíamos sentaos en la caja de un berlié y al llegar allí, al Serrat de les Portes que le llaman, el camión se sale de la curva, baja de morro y se para de milagro al borde del río. ¡Joé, qué susto nos peguemos! ¡Vaya porrazo! Algunos nos quedemos amontonaos en la caja y otros salieron despedidos. Vaya tortazo, joé, que los berliés eran muy altos, con un morro asín de grande que parecía que se comía los caminos de piedra. Nos salvemos de milagro. Pues, mire usted, al cabo de unos años se estrelló otro berlié en el mismo sitio y hubo dos o tres muertos. Y no los encontraron hasta al cabo de unos meses... ¡en el pantano de Tresp! ¡Joé! ¡Setenta kilómetros más abajo, imagínese!

El señor Periqué daba mucho respeto. Y cuando ya no estaba entre nosotros no sabe usted cuánto le echemos en falta. Sobre to cuando ocurrió lo de la nieve. Menudo follón, joé. Al llegar el invierno cerraban los campamentos de arriba y bajábamos tos a trabajar a Graus y a Tavascán. Y algunos se iban a su pueblo a ganarse las perras con la temporada de la aceituna. Pero algunos años hubo nevadas antes de tiempo. Una vez con una

ventisca de esas que te se mete en las entrañas. Como no podíamos ir al tajo nos refugiemos tos en el comedor y, hala, a esperar que parara la tormenta de nieve y viento, pero la ventisca se metía por todas las rendijas y nos tuvimos que tapar con las mantas. Joé, qué frío pasemos. Y uno va y dice: joé, ¿dónde está el cartuchero? Era el responsable de la dinamita, que tenía una caseta separada del campamento. Pues salieron unos compañeros, tos mineros, que los mineros tenían más güevos que nadie, y se jugaron el pellejo para ir a buscar al cartuchero. Pero volvieron con la cabeza gacha. Ni caseta ni cartuchero, oiga. La ventisca se lo había llevao to. Tuvo que subir el ejército al cabo de unos días y encontraron al cartuchero más abajo, congelao, tieso como la mojama y con los brazos abiertos, asín.

Al año siguiente otra tormenta de nieve nos pilló otra vez en bragas. Los quitanieves no podían subir y el funicular no iba, claro, estaba to cubierto. Pasan los días y no nos suben comida, joé, que nos vamos a morir de hambre. Joé, ¿ahora qué hacemos? Nos decían que no pasaba nada, que podíamos aguantar quince días más, pero, mire ustedé, la gente se puso nerviosa y entonces intentemos bajar por los túneles, pero el viento te daba en la cara y no sabías si ponías el pie en el camino o fuera. Cuando soplabla la ventisca allí lo pasabas muy malamente. Andemos despacito, asín, despacito, porque si te resbalabas, te matabas.

Pues, mire ustedé, andemos por dentro de los túneles que ya estaban conectaos hasta la tubería forzada de Tavascán, que estaba a medio hacer. ¡Se dice pronto! Ustedé no la ve porque va por dentro de la montaña, desde arriba de to hasta la central. Ochocientos metros, to tieso, asín de empinao. Se lo digo yo, que trabajé allí y sé lo que es meterse ahí dentro y cagarte en la madre que parió los pozos y las tuberías forzadas. Dios bendito, son abujeros muy cabrones. Allí se trabaja malamente y si te descuidas te vas al carajo. Te se ponen los pelos de punta si miras abajo. No sé cuántos años estuvimos para hacer el túnel que va de arriba de todo a abajo de to. Túnel, no, pozo, asín de empinao, que lo abujereamos a mano y no se acababa nunca, porque todo aquello es de pizarra, que es una piedra muy cabrona. Cagüen la madre que parió la pizarra, oiga, usted no sabe lo dura que es.

¡Pues no vea cómo estábamos aquel día! Bajemos de uno en uno, ataos con unas cuerdas larguísimas. Como todavía no estaba encofrao, te podías

agarrar a los salientes, pero rezando a Dios y a la Virgen para que cuando estabas a medio bajar no te se cayeran piedras encima. Joé, nos caguemos en los jefes de las obras, todo eran insultos y gritos, la gente llegaba abajo cagá, temblando y hasta llorando. Los que trabajemos en el tajo estábamos más acostumbrados, pero los de la oficina, la cocina, la cantina, esos no habían puesto un pie en un túnel en su puta vida. ¡No sabían ni ponerse el casco! ¡Joé, cómo gritaban! Llegaban abajo mojaos del agua de las filtraciones, pero ya le digo yo que más de uno llegó más meao que una rana.

Si no me maté aquel día es que tengo siete vidas, como los gatos. Pero ya le digo que esto fue unos años más tarde. Con el señor Periqué no habría pasado, seguro. Era más serio que un plato de habas y nos hacía pensar mucho, pero, joé, qué tío, el señor Periqué. Siempre lo tenía todo previsto. Si él decía aquí no baja nadie, todos quietos. Y si él decía que se podía bajar, era el primero en echarse abajo para ver si todo estaba bien y para dar ejemplo. Ya le digo que el señor Periqué tenía los güevos de un Mihura.

Y los hermanos Dinamita también. Los dos, el cojo y el bizco. Se escaparon de la Guardia Civil ante sus narices, metidos en una vagoneta y cubiertos de escombros. Se lo digo yo, que era el vagonero y llevaba la vagoneta. Los tíos se acurrucaron en la vagoneta, uno así y el otro así, los tapé con un plástico y lo rellené todo de pedruscos. Y, hala, a empujar. Y en mitad del túnel me cruzo con los civiles y hasta les saludé y todo, y, tran-tran-tran-tran-tran-tran, hasta la boca de la ventana. Eso hice yo, el Sombrita, el vagonero. Se lo juro por lo más sagrado.

Cuántos recuerdos, oiga. Bajábamos de todas las ventanas al teleclub de Noguera y nos lo pasábamos en grande. Y los domingos ni le cuento. Baile, cine, había de todo. ¡Joé, qué ambiente más bonito! Si los hermanos Dinamita estaban entonaos, cantaban *Soy minero* y aquello era... Joé, todavía me se pone la carne de gallina al recordarlo. Nos acordábamos de nuestra tierra y acabábamos cantando todos: «Soy minero y con caña, vino y ron me quito las penas, soy barrenero porque a mí nadie me espanta y quiero sólo el sonido de una taranta...». ¿Lo ve? No lo puedo remediar, con esta canción me se pone un nudo aquí, en la garganta. ¡Qué grande era el Dinamita bizco! ¡Qué voz! ¡Qué sentimiento! ¡Te hacía creer que picar piedra era lo mejor que se puede hacer en este mundo!

Si ve a más gente de aquella época, les da recuerdos de mi parte. Por el nombre no sabrán quién soy, pero si les dice el Sombrita, dirán: ¡claro, joé, el vagonero, el Sombrita!

CASSIBRÓS. FIESTA MAYOR DE SAN ANDRÉS  
*Grupo de hombres*

—Buenos días nos dé Dios, madrugadores.

—Buenos días. ¡Qué!, ¿ya lo has visto?

—¿El qué?

—El coche de las ruedas pinchadas.

—¿Qué coche?

—El de Jaume, el de la Madera.

—No sé quién es.

—Coño, Jaumet, de Noguera. El hijo de Jaume, el de la Madera.

—¿Qué le ha pasado?

—Le han pinchado las ruedas del land-rover. Las cuatro.

—Pinchado no. Le han rajado los neumáticos con unos cortes así de largos.

—¿Quién ha sido?

—¡Vete tú a saber!

—Dicen que Jaume debe mucho dinero.

—Cuando se compró el land-rover parecía que le sobrara.

—Nuevecito y reluciente se lo compró, que le debió de costar un ojo de la cara.

—Habrá sido un jornalero de su peonada. Se ve que no paga y va dando largas.

—No, eso ha tenido que ser alguien de la competencia. Vendía la madera a unos precios...

—¿Cómo lo sabes?

—Hace tiempo que se comenta: ¿cómo puede vender la madera tan barata? ¿De dónde cojones la saca?

—Ese Jaume es más falso que un duro sevillano.

—Su padre era recto como una viga. Yo le conocí muy bien, Jaume, el de la Madera, hacía tratos con todo el mundo y nunca tuvo ningún problema con nadie. Pero se murió demasiado joven. Jaumet ha seguido otro camino.

—Eso dicen, que sólo va de cara a la pela.

—Pues quien riendo la hace, llorando la paga. Ha hecho muchos chanchullos y tenía a mucha gente cabreada. Ahora lo tienen cogido por los cojones y le pagan la madera a precio de saldo.

—Los bosques ya no son negocio.

—No.

—Mucho trabajo y mal pagado. Eso se está acabando.

—Y aquello también. Todo se va al garete.

—¿El qué?

—Todo, la madera, los animales. La feria de Tírvia va de baja, ¿no lo habéis notado?

—Va, hombre, va. ¡Estaríamos jodidos sin ganado!

—¿Qué me dices de Salás? ¿Quién compra hoy mulas y mulos? Las tartanas se han acabado, ahora todo el mundo quiere un seiscientos.

—Y cuando se muere un mulo, se compran un tractor.

—¿Aquí? ¿Qué cojones haces con un tractor en unas montañas tan empinadas que no las quiere ni Dios?

—Es que nadie quiere arar. Ni con tractor ni con mulo.

—Para cosechar cuatro patatas te vale con un huerto. Aquí si quieres ganarte la vida tienes que largarte. A Sort, a Barcelona...

—O te vas a la Argentina, como hacían los abuelos.

—O te apuntas a las obras. Mis cuñados trabajan en Cohisa, los tres, y bien contentos que están. Trabajo seguro y jornal seguro.

—Yo también lo haría, pero mi mujer...

—¡Maldita sea! ¿Pero quién lleva los pantalones en tu casa?

—Dice que no me conviene, que los carrilanos beben y se pelean.

—Gente de mala vida la hay en todas partes. Mira Jaume, el de la Madera.

—Ese acabará como el otro Jaume, colgado de un puente.

—Otro que tal. También se había acostumbrado a echar la casa por la ventana y luego...

—Cuando se acaban las vacas gordas...

—¿Dónde decís que está ese land-rover?

—En la entrada de Noguera. No tiene pérdida.

—Voy contigo. No todos los días se ve un coche con las cuatro ruedas rajadas.

—Da un poco de grima, pero si quieres que te diga la verdad, casi me alegro. Jaume quería venderme la leña a precio de oro.

—Es ley de vida: quien siembra vientos, recoge tempestades.



6

De San Andrés a la Purísima

OFICINA TÉCNICA DEL CAMPAMENTO  
CENTRAL DE COHISA EN NOGUERA  
*Zep Vidal y otros trabajadores de Cohisa*

Zep Vidal trabaja de pie ante la mesa de dibujo. De vez en cuando se para y atiende para escuchar el runrún de voces que llega desde otra dependencia. Hasta que Zep sale a ver qué pasa. Se lo pregunta al primer compañero que encuentra.

—¿A qué viene todo este alboroto?

—¿Por qué no has venido?

—¿Adónde?

—Nos han llamado a todos. Sólo faltabais tú y Santi.

—Hoy no está Santi. Pero no sé de qué me hablas.

—Don Max, que está que trina. Nos ha pegado una bronca de muy señor mío.

—¿Por qué?

—¿No te lo han dicho? Ha habido otro accidente.

—¿Otro? ¿Qué ha pasado?

—Alguien que se la ha pegado. Un coche o una máquina, no se sabe.

—¡Joder! Dos accidentes en dos días.

—Ayer un camión y hoy un dúmper o un land-rover, no sé. Por lo visto, allí arriba ha llovido más que aquí abajo y las riadas han echado a perder la carretera.

—¿Dónde ha sido?

—Subiendo o bajando de Canalada.

—¡Hostia! ¿En Canalada? Santi está hoy allí.

—¿Santi? Nadie ha dicho nada de Santi.

—Ha subido con el land-rover, pero no sé si iba solo o con otros. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—¡Yo qué coño sé! Cada uno da su versión. Unos dicen que ha volcado y otros que se ha despeñado.

—Pero alguien tiene que saber qué ha pasado. Voy a ver a don...

—Tranquilo, Zep. Todos estamos nerviosos, pero los de arriba están histéricos. Y don Max no parece el mismo. Los peces gordos de la compañía deben de haberle dado un toque, porque está cabreado como una mona. Dice que no puede ser que haya tantos accidentes, ya me dirás qué podemos hacer tú y yo, que nos pasamos todo el día sentados en un despacho.

—Mira que si es Santi...

—Es una auténtica lotería. Le puede tocar a cualquiera que suba allí arriba. Te acojonas tanto si subes en coche como si lo haces con el funicular de Guerón.

—Es más seguro por carretera, no hay comparación.

—¿Carretera? Una pista de mala muerte y gracias. Si en la parte más colgada te viene una máquina o una camioneta de frente, te cagas en todo porque uno de los dos ha de sacar las ruedas por la pendiente.

—Me cuesta creer que Santi... Tiene mucha experiencia, está harto de ir arriba y abajo con el land-rover.

—Tendrías que haber oído a don Max: ¡el enemigo es la rutina, métanse eso en la cabeza! Pero esta vez me parece que no, que la culpa ha sido de las riadas.

—¿Qué dicen los campamentos de arriba?

—Está todo incomunicado. Sin carreteras ni teléfonos.

—No parece que haya llovido tanto.

—Arriba sí, y parece ser que ha hecho mucho daño. ¿Has visto cómo baja el río? Da miedo.

—Ruge como nunca. Lo oigo desde mi mesa.

—Esperemos que no llegue hasta aquí.

—Nosotros siempre podemos pirarnos, pero Santi... ¿Cuándo se sabrá algo?

—No tengo ni puta idea, pero no puedo volver al trabajo como si aquí no hubiese pasado nada.

—Yo tampoco.

PARROQUIA DE NOGUERA

*Mosén Antonino y el sargento de la Guardia Civil*

—A ver, qué es eso tan urgente que tenía que decirme.

—¿Está seguro de que Sindo de Llurri mató al guardia el día del Pilar?

—Vaya, conque era eso.

—En conciencia estoy obligado a decirle que Sindo a lo mejor es inocente.

—¿Qué quiere decir a lo mejor?

—Que, si es inocente, no lo pueden condenar.

—No hay de qué preocuparse. Si es inocente, lo van a soltar y listos. ¿A qué viene este interés por Sindo?

—No se lo puedo decir.

—¿No andaría usted metido en cambalaches con él también?

—No diga tonterías, sargento. A mí sólo me preocupa la salvación de las almas.

—¿Pues qué tiene que ver usted con el tal Sindo?

—Nada.

—¿Entonces?

—Tengo la firme sospecha de que ese señor no mató al guardia civil el día del Pilar. Y no me pregunte nada más porque me debo al secreto de confesión, que, como sabe todo cristiano, es sagrado.

—Vaya, vaya con el mosén. Secretitos tenemos.

—Le ruego que no haga burla del sacramento de la penitencia.

—No me venga con pamplinas, coño. Estamos hablando de un crimen. Si el asesino no fue Sindo, ¿quién fue? ¿Los hermanos Dinamita? ¿Cuál de ellos?

—Quebrantar el sigilo sacramental es el peor pecado que puede cometer un sacerdote.

—Entonces no entiendo por qué me ha hecho venir.

—Para que haga saber a sus superiores lo que le he dicho.

—A ver si lo he entendido bien. Llamo al juez instructor y le digo: oye, suelta a este chico, que me han dicho que no ha roto un plato. Entonces el juez militar me dice: ¿en qué te basas? Y yo le digo: el cura del pueblo, que me ha dado su palabra de que el chico es inocente. Y él me dice: eso no basta, dame pruebas, hechos, datos, testigos. Y yo le digo: no puedo decírtelo porque es secreto de confesión, pero hazme un favor, anda, suelta al chico y

así el curita estará contento. Entonces va y lo sueltan. Colorín colorado, ¿verdad?

—Si es usted un buen cristiano, debe actuar como yo, en conciencia.

—En conciencia le digo que no pienso mover ni un dedo.

—Pues lo haré yo. Dígame a quién debo dirigirme.

—No haga el ridículo, mosén.

—Hágame caso o me verá obligado a elevar una queja a sus superiores.

—¡Qué miedo! No me venga con monsergas. Bastante tuvimos ya con la Santa Misión de los cojones que acabó con el guardia Froilaz tendido boca abajo y más muerto que los muertos del cementerio.

—No mezcle la Santa Misión en esto. Es un asunto muy grave, tan grave que tendré que ir a la Seo para consultarlo con el señor obispo.

—Dele recuerdos de mi parte.

—No se burle, sargento.

—Pero, hombre de Dios, ¿no se da cuenta? Cualquier maleante que tiene un compinche prendido por la justicia se acerca a un confesonario y, para que dejen al fulano en libertad, se echa todas las culpas a su espalda y listos. Así, con el truco del secreto de confesión, las cárceles estarían vacías y se podría robar y matar tan ricamente.

—En eso estoy de acuerdo con usted. Puede que el sigilo confesional proteja al malhechor. Se lo digo por experiencia y porque lo que yo sé con seguridad bastaría para enviar a cierto sargento de la Guardia Civil a presidio. Pero el sagrado ministerio me obliga a guardar el secreto bajo siete llaves, ya ve usted.

—Lo que le digan de mí me la trae floja, con perdón.

—¿Piensa hacer algo, sí o no?

—¿Tiene datos nuevos? ¿Algún testigo que no haya sido interrogado o que hubiera mentido? ¿Alguna prueba concluyente? ¿Tengo que fiarme de la palabra de un granuja que ni siquiera da la cara?

—No llame granujas a mis feligreses.

—Vaya, ya sabemos algo. No ha dicho feligresas, por lo tanto se trata de un hombre. Y, si es feligrés suyo, tiene que ser de este pueblo... Ya vamos concretando un poco. Siga, siga.

—Yo le tenía a usted por un defensor de la justicia.

—Usted vio al guardia Celedonio Froilaz con una piqueta clavada en la espalda. El asesino se merece morir de la misma manera. Eso es justicia.

—No, es venganza.

—Llámele como quiera.

## CASA SEBASTIANET

### *Jaume, el de la Madera, y Rossita*

Ninguno de los dos dice nada. Jaume tiene un montón de papeles esparcidos por la mesa del comedor. Escribe en la agenda, ordena facturas, calcula presupuestos. Rossita, que está muy inquieta, hace calceta en un rincón. Se levanta de golpe.

—Sube alguien.

Entra Zep y a Rossita no le hace falta preguntar si hay noticias porque lo hace con los brazos en suspenso en un gesto de expectativa, con el rostro hacia delante, la boca entreabierta y los ojos fijos en los ojos de Zep. Todo su cuerpo es un interrogante angustiado.

—Traigo noticias.

—¿Buenas o malas?

—Los están rescatando. Parece que están todos vivos.

—¿Santi también?

—Sí, todos. No sé si era el land-rover de Santi ni si conducía él, pero parece que iban cuatro, Santi y tres más. Eso está claro. Dicen que el agua ha arrastrado el land-rover y que se ha quedado atravesado o volcado, con el conductor atrapado debajo. Eso es lo que dicen. Y también que está consciente.

—Le he pedido a Jaume que suba con su jeep por si hace falta que les echen una mano.

—No hace falta, mujer. En Cohisa tenemos land-rovers y unimogs de sobra.

—Ves lo que te decía. Esta se cree que las desgracias del mundo son culpa nuestra. Y yo no tengo ningún jeep. Es un land-rover.

—Esté usted tranquila. Hay un equipo de emergencias trabajando para

auxiliar a los heridos y bajarlos a todos, pero al parecer la carretera está muy mal.

—Coño, Zep, ayer un accidente, y hoy otro. ¿Pero qué cojones hacéis?

—Yo nada, pobre de mí. Yo sólo dibujo. Pero el de ayer fue distinto.

—¿Qué pasó?

—¿No lo sabe, Rossita?

—No.

—Un berliet que llevaba personal en la bañera y no se sabe por qué se le levantó la caja mientras circulaba, y fueron cayendo todos los hombres a la carretera. Ocho o diez, todos abajo como en un tobogán, uno tras otro.

—Ignasieta me ha dicho algo, pero no estaba atenta. ¿Dónde pasó?

—Después de Tavascán, más arriba de Montalto. Menos mal que el camión iba despacio y que aquel trozo es de tierra y estaba mojado. Todo quedó en unos buenos batacazos, pero los que lo vieron de lejos dicen que fue espeluznante.

—A ver si los de Cohisa hacen algo de una vez, coño. A este paso acabaréis todos en el hospital.

—Dos de los accidentados han venido esta mañana a las oficinas a pedir el finiquito. Se acojonaron tanto que se vuelven al pueblo.

—Sólo con escucharte, también yo estoy asustada. Y esos pobres allí arriba... ¿Estás seguro de que no necesitan ayuda?

—Nosotros no podemos hacer nada. Además, la Guardia Civil no nos dejaría pasar. Han enviado una patrulla con material de salvamento. Ellos saben cómo hay que actuar en estos casos.

—¿La Guardia Civil?

—Sí, claro. Y el párroco de Lladorre también está allí. Lleva los óleos por si hay algún muerto o alguien que esté muriéndose.

—¡Jesús, no diga eso!

—No sé por qué te sorprende, Rossita. Los curas siempre lo hacen y mosén Antonino aún más; sale disparado en cuanto huele desgracias. Y ahora, con los accidentes de las obras, hace horas extras. Está claro que le gusta pasear con los óleos.

—No sé cómo puedes hablar así, Jaume. Parece que te lo tomes a guasa.

—Ya le he dicho que están todos vivos, Rossita. Yo ya estoy más

tranquilo. Si Santi está herido, se recuperará pronto. Es joven y fuerte.

—¡Basta ya, cojones! ¡Con tanta charla no puedo trabajar!

Jaume ha golpeado la mesa con el puño con tal fuerza que ha desbaratado una de las pilas de papeles que está consultando. Zep y Rossita se quedan sorprendidos por la brusquedad. Rossita no se atreve a contestar, pero Zep sí.

—Hostia, Jaume, que se trata de Santi.

—¿Y qué? Ni que fuera de la familia.

—Es mi compañero, mi amigo. Los dos somos huéspedes de esta casa, y pasamos más tiempo en este comedor que en nuestras habitaciones, así que un poco de la familia sí somos. Santi y yo también estaríamos nerviosos si te hubiese pasado a ti.

—Si me la pego con el land-rover, ya me recogerán. O ya me enterrarán. Pero no hacen falta tantos aspavientos. Son cosas que pasan.

—Aspavientos, no, son sentimientos. Es normal. Cuando se nos muere un amigo o una persona que apreciamos...

—Si están muertos ya los enterraremos. Y largaos de una vez, que no me dejáis trabajar.

—Antes déjame decirte que no somos de piedra. Los hombres también lloramos.

—Todos no. A mí las lágrimas me sacan de quicio. No las soporto.

PEPITO DUÑACH, *antiguo soldado*

FERNANDITA QUINTANA, *natural de Tírvia*

—¿Ha oído usted hablar de la línea Gutiérrez? Yo ayudé a hacerla, pero entonces no lo sabía. Yo soy de aquí, de Tremp, y me enviaron de soldado a Cardós, a trabajar en una compañía de zapadores que hacía unas fortificaciones militares. Defensas, las llamaban. Nos mandaban construir nidos de ametralladoras en lugares elevados para batir la carretera principal del valle, por si acaso entraba un ejército invasor. Eso decían, pero qué risa, María Luisa. Todo era una filfa, no se lo creían ni los propios militares. Estábamos muy cerca de la frontera, sí, pero ¿quién iba a entrar en España por el valle de Cardós? ¿Los maquis?



—Cuando tú hiciste el servicio militar ya se habían cargado a todos los maquis. Entonces, ¿por qué lo hacían? ¿Por miedo a los franceses? Ni línea Gutiérrez, ni sursum corda, aquello era una camándula de los militares para gastarse los cuartos porque sí y haceros perder el tiempo a los jóvenes, en vez de hacer escuelas y fábricas y hospitales y llevar la luz y el teléfono a las casas. ¡Eso es lo que hacía falta y no fortines!

—Bueno, aquello no era muy militar que digamos. Teníamos un arma, sí, pero no hacíamos instrucción, y llevábamos ropa de faena, que, si no fuese por la gorrilla y porque íbamos rapados casi al cero, no parecíamos soldados. En realidad éramos albañiles, o sea, mano de obra gratuita a cambio de una comida escasa y mala. Y de pasar un frío que helaba el pensamiento. Ya no hay inviernos como aquellos, entonces llegábamos a diez y a veinte bajo cero. Y espabilate. Ponte a preparar cemento y mortero cuando todo está helado. ¡Imposible! Antes teníamos que fundir el hielo en grandes calderos. No me extraña que muchas de las obras previstas se quedasen a medio hacer y que la mayoría ni siquiera se llegasen a empezar. Íbamos mal calzados, mal vestidos, mal alimentados. Y encima nos faltaban herramientas. Después de la guerra sólo había miseria, las carreteras eran una mierda y aún había muchos puentes derruidos. Y no había ni luz ni teléfono. Si no había dinero ni había nada de nada, ¿qué cojones hacíamos nosotros allí arriba construyendo aquellas fortificaciones absurdas? Pero no me quejo. Me lo pasé bien y hasta hice buenos amigos. Allí conocí a mi mujer, aquí presente, que es de Tírvia. Empezamos a tener relaciones cuando yo acababa el servicio, al cabo de dos años nos casamos y vinimos a vivir aquí, a Tremp.

—Fue idea mía. La gente cree que fui yo la que lo siguió a él, porque la mujer va siempre detrás del marido. ¡Qué va! Una servidora se lo dejó bien claro: Pepito, en cuanto nos casemos nos vamos a donde quieras, pero yo aquí no me quedo. Y todo por culpa de los militares, mira por dónde. Yo viví la guerra de niña y se me ha quedado una cosa aquí dentro que la llevaré hasta el día del Juicio Final. Aún me parece que veo a la gente de Tírvia marchándose del pueblo cuando los rojos se habían hecho fuertes. Después los nacionales. Nos bombardeaban por todos lados, salimos pitando con el tiempo justo de llevarnos cuatro cosas. Muchos pueblos quedaron abandonados. Primero Farrera y después Tírvia, la gente estaba muerta de

miedo y huía. Todo el pueblo explotó y el fuego se lo comió todo. Volver y encontrarte Tírvia completamente destruida, y tu casa, que era de las pocas que se mantenían en pie, partida en dos... Los militares, cuanto más lejos, mejor. Da igual que sean rojos o que sean nacionales. Sólo saben tirar bombas y hacer daño.

—Yo hablo de otros tiempos. En los años cincuenta el país todavía estaba hecho polvo, pero los que nacimos durante la guerra estábamos acostumbrados a la miseria. Teniendo en cuenta que los militares nos tenían cogidos por los mismísimos, yo tuve suerte. Allí en Noguera vivimos bien porque éramos soldados de leva y los oficiales ya veían que no se podían hacer milagros con tan pocos medios. Pero, ojo, ellos sí sacaban tajada.

—Porque eran los primeros en hacer estraperlo. ¿Sabe usted qué era el estraperlo? Pues muy fácil, faltaba de todo, pero había de todo. Bajo mano, claro. Más de uno se hizo de oro con el estraperlo.

—Una de las cosas más buscadas era el cemento. ¡No puede usted hacerse idea de cómo pesaban aquellos sacos! No se lo creería, sólo con levantar uno se habría quedado deslomada. Pesaban cincuenta kilos y a nosotros nos tocaba subirlos desde la carretera hasta la línea de fortificaciones. Si había mulas, con mulas, y, si no, a pie. Pero nos lo tomábamos con calma. Subíamos los sacos entre tres o cuatro que nos íbamos relevando, y disimuladamente abríamos el saco y enterrábamos un poco de cemento aquí, en un hoyo, bien tapado con piedras y hojarasca, un poco de cemento allá, y el saco llegaba arriba bastante más liviano. Nos pasábamos el día cazando moscas, pero hacíamos ver que trabajábamos de lo lindo. En la mili enseguida aprendías a hacerte el longuis.

—¿Sabe qué me decía madre? Que de los militares no puedes esperar nada bueno. Tenía más razón que un santo.

—Pero la mayoría de los sacos de cemento ni los veíamos. Los oficiales se los vendían a los estraperlistas y a la gente del país que se dedicaba al contrabando. Había un tal Jaume que siempre hacía la rosca al capitán y al que acabaron llamando Jaume, el del Cemento, porque si alguien del valle necesitaba cemento, iba a comprárselo al tal Jaume. Y nosotros, más contentos que unas pascuas. Todo el cemento que desaparecía era trabajo que nos ahorrábamos.

—¿Ve lo que le decía? Yo siempre desconfié de la gente que se entendía con militares, con falangistas o con guardias civiles. Y antes, de los que compadreaban con milicianos y comisarios políticos. A los lameculos y a los hipócritas los veo venir a la legua. Sólo piensan en los cuartos y nunca tienen bastante, y si acaban mal, no seré yo quien les llore.

—Déjate de monsergas, Fernandita. No le haga caso, señorita, siempre que habla de Tírvia, escupe bilis.

—¡Pues qué quieres que haga! ¿Sabe usted lo que es un pueblo entero en llamas? Lo destruyeron todo y mucha gente no volvió nunca más. ¿Por qué? Luego te plantan en la entrada del pueblo un letrero que dice: PUEBLO ADOPTADO POR EL CAUDILLO. Ver eso cada día te da ganas de vomitar. Yo me juraba a mí misma que el día que me fuese no volvería jamás. No lo he cumplido del todo, pero para mí, después del bombardeo, Tírvia ya no existe, es otro pueblo. Los de Regiones, que lo podrían haber rehecho todo, nos tomaron el pelo, y la reconstrucción acabó como el rosario de la aurora, como los fortines esos que le hacían construir a Pepito.

#### PISO DE LA FAMILIA PERIQUET

*Caio Periquet, su hermano Desideri, su hija,  
su hijo, Agustín, Santi Vallory, trabajadores de Cohisa,  
gente del pueblo y mosén Antonino*

En medio del comedor, en lugar de la mesa hay un túmulo sobrio forrado de tela negra y, sobre el túmulo, un féretro, sin tapa, con Liduvina expuesta. Iluminan la estancia las tres tulipas de plástico de la lámpara del techo y unos cirios que arden en cuatro candeleros, a ambos lados del catafalco. En la cabecera, desde un crucifijo de tres palmos colgado de la pared caen dos cintas de tul negro que se unen al negro mortuorio del túmulo y del féretro. Y al pie, en el suelo, sobre un almohadón de flores estampadas, un cuadro de la Virgen de los Dolores, con un corazón traspasado por siete puñales.

Han desaparecido el aparador y la máquina de coser. En pocas horas la casa ha experimentado un trajín frenético. Primero las vecinas se han ocupado de amortajar el cadáver, y luego un grupo de hombres ha metido en

otras casas los enseres y muebles que ocupaban la sala. Han empezado a llegar sillas de todos lados y las han colocado en la habitación de matrimonio, convertida en la sala de duelo de las mujeres, y en el comedor, que es donde se congregan los hombres. La puerta de la habitación, abierta de par en par, permite seguir el rosario que dirige mosén Antonino, arrodillado en un reclinatorio, el suyo, que se hace llevar siempre que hay que velar a un difunto.

Liduvina se parece al retrato de la Dolorosa. La mortaja le aprieta el rostro como la toca de una monja, como el manto que cubre la cabeza de la Virgen María que tiene a sus pies y que acentúa el rictus de sufrimiento. Así ha quedado también Liduvina, con una sombra de preocupación eterna entre las cejas. Las manos, en cambio, reposan serenamente sobre el vientre, con el rosario de cuentas de nácar de la primera comunión de su hija entre los dedos. La piel es monocroma, del mismo amarillo pálido de los cirios y de las tulipas de plástico que cuelgan del techo. Uno de los cirios se dobla hacia dentro y amenaza con gotear fuera del candelero.

Caio Periquet preside el duelo. Se sienta junto a la difunta, flanqueado por su hijo y por su hermano. Todos los hombres de la familia Periquet venidos de la Vall Fosca llevan corbata de luto y un brazalete negro, de cuatro dedos de ancho, cosido en el brazo izquierdo del jersey o de la americana. Pegado a un rincón, detrás de la presidencia familiar, Santi Vallory sigue el rosario cabizbajo, sin alzar la vista en ningún momento. Lleva un esparadrapo en la frente, sobre la ceja izquierda.

En la habitación de al lado, las mujeres forman una negrura compacta. Todas cubiertas con mantillas o pañuelos de tela negra y la mayoría enlutadas hasta los pies. A Maria Josep Periquet las vecinas le han teñido los vestidos deprisa y corriendo con el tinte Iberia número 21 que a alguien le había sobrado de algún duelo reciente. Ella es el centro de todos los afectos y condolencias, deja hacer y se deja llevar, pero no pierde el aplomo, y eso suscita algún murmullo.

—Ni una lágrima.

—Fíjate, no hay ningún Periquet que llore.

—No tienen entrañas. Son así.

—Sólo el novio de la niña, que es un pelagatos.

—Es un carrilano, ya ves.

—De eso se ha muerto la pobre, del disgusto.

Agustín está en el comedor, con los hombres, en medio de un grupo de trabajadores de Cohisa. Hombres del pueblo van y vienen, están un rato dentro y bajan a la calle a fumar mientras se desgrana un rosario que no se acaba nunca. La noche es larga.

El mosén tiene cuerda para rezar y para hacer rezar las tres partes del rosario sin tregua. Al principio todo el mundo respondía con firme unanimidad coral, pero poco a poco el rumor se ha ido amortiguando. Ahora casi sólo se oye su voz fuerte, segura.

De repente, suena un crujido seco. El cura se calla y todos se miran: ¿qué ha pasado? Vuelve a sonar el crujido, como de madera vieja, y el túmulo se inclina un poco hacia la izquierda. Un grupo de hombres se precipita al centro de la sala para impedir que el féretro se desestabilice. Levantan los faldones del catafalco, mueven el maderamen de debajo y lo calzan bien. Los presentes siguen las maniobras con atención hasta que, tras comprobar que el soporte es seguro, los carpinteros improvisados enderezan el cirio que cada vez está más torcido, y cada uno vuelve a su sitio.

La interrupción ha impacientado al cura, que termina de recitar las letanías con prisas. Añade un breve responso.

—Requiem aeternam dona ei, Domine.

—Et lux perpetua luceat ei.

—Requiescat in pace.

—Amén.

—Anima eius et animae omnium fidelium defunctorum per misericordiam Dei requiescant in pace.

—Amén.

—Que el Señor la tenga en su gloria.

Mosén Antonino se levanta del reclinatorio, se quita la estola, la besa, la dobla y le da la mano al viudo Periquet.

—Le acompaño en el sentimiento.

—Gracias, mosén.

Al darse la vuelta se topa con Santi, que se abría paso casi a empujones para salir. También le da la mano.

—Le acompaño en el sentimiento.

—No, yo no soy de la familia.

—Ah, disculpe. Como ha estado todo el rato con el marido de la difunta...

—Es que somos amigos.

—Bien hecho. Ahora es cuando hacen falta los amigos, en los momentos difíciles. ¿Ha venido especialmente para el entierro o vive aquí?

—Perdone, me están esperando.

Santi deja al cura con la palabra en la boca y desaparece escaleras abajo. El cura, que se disponía a salir tras él, se para, vuelve atrás y se acerca a Desideri Periquet.

—¿Cómo se llama ese amigo de su hermano que se ha pasado todo el rosario con él?

—Es un compañero de Cohisa. ¿Lo conoce?

—No, pero esa voz me suena.

CAMINO DE MONTESCLADO EN  
EL PLA DE SANT ANDREU  
*Santi Vallory y Rossita*

El land-rover está parado en un desvío de la pista, medio escondido entre los árboles. Santi está sentado en el asiento del conductor. Lleva un esparadrapo por encima del ojo izquierdo. Rossita le toca la herida.

—¿Te duele?

—Si aprietas fuerte, sí. Y me gusta. El accidente me ha distraído, el dolor te obliga a pensar en cosas prácticas, a vigilar cómo me siento, cómo duermo, porque tengo el cuerpo magullado. Pero no ha sido nada, ya lo ves.

—No sé cómo puedes volver a conducir.

—Cuanto antes, mejor. Me dan más miedo las otras cosas.

—No quiero volver a sufrir así, Santi. Yo muriéndome de impaciencia y Jaume allí a mi lado como si nada. Le daba lo mismo que estuvieses vivo o muerto. Lo pasé tan mal, tan mal...

Se abraza a Santi. Él le acaricia el pelo.

—Si yo hubiese estado en tu lugar me habría vuelto loco por tener noticias tuyas. Y me habría puesto en evidencia.

—No sé qué le pasa últimamente a Jaume. Está que muerde.

—¿Es verdad que está cargado de deudas?

—Eso dicen, sí. Pero a mí nunca me cuenta nada. Lo sé por Ignasieta.

—Seguramente por eso le reventaron las ruedas.

—Si Jaume averigua quién fue, es capaz de cualquier cosa. No duerme desde aquel día, se pasa las noches desvelado, le oigo pasear o hacer no sé qué en la sala. Prefiero no preguntarle nada, está muy nervioso.

—Yo también estoy inquieto. El mosén me vigila.

—Si lo dices por el entierro, no te preocupes. El mosén es así.

—Si yo hubiese sabido que el rosario lo pasaría él, no habría ido. Me di cuenta demasiado tarde, no me atreví a marcharme en mitad del rosario para no llamar la atención.

—¿No decías que te confundió con uno de la familia?

—En aquel momento, sí. Pero me miró de una manera como si pensase: yo a ti te conozco. Al final ha atado cabos y se ha acordado de cuando fui al confesonario a decirle que Sindo de Llurri era inocente.

—¿Estás seguro?

—Sí, me tiene calado.

—¿Y qué? No tiene ninguna prueba contra ti.

—¿Te parece poco?

—Los curas saben muchas cosas y están obligados a callarlas. Además, no te conoce de nada.

—¡Ahora sí! Ha intentado hablar conmigo dos veces, y cuando se me acerca doy media vuelta. Te digo que me ha reconocido, Rossita.

—¿Y qué puede hacer? ¿Soltarte un sermón de los suyos sobre los remordimientos?

—Me puede denunciar.

—Por algo que le dijiste en el confesonario, no.

—No puedo más, Rossita. Marchémonos, vayámonos lejos o me voy yo solo. Hoy, esta noche.

—Levantarás sospechas, y tarde o temprano te encontrarán. Habíamos quedado en esperar a que todo esto se calmara.

—No me puedo calmar. No me puedo quitar de la cabeza que maté a un hombre.

—Por favor, no me recuerdes que yo también tengo una espina clavada en el corazón. Tú me has ayudado a superar el dolor y ahora me toca a mí ayudarte.

—Y mientras tanto un desgraciado está en prisión por mi culpa y por mi culpa una familia está siendo señalada por todo el mundo. Cada día estoy más acorralado. Estoy perdido, Rossita.

—No, Santi. No estás solo. Mírame a los ojos y dime qué ves.

—Amor.

—Pues esa es nuestra fuerza. La tuya y la mía. Vuélveme a contar aquello.

—¿Qué?

—Aquello que soñaste.

—Me desperté con una sensación de bienestar muy agradable. Había soñado que hacía mucho tiempo que vivíamos juntos y que era un día cualquiera, que tú te levantabas por la mañana y que yo miraba cómo te ponías el vestido. Bueno, no te miraba, no, te contemplaba. Era un vestido estampado de flores rojas que se abrochaba con botones por delante. Nada más que eso, pero el sueño me llegó muy adentro. Yo era feliz teniéndote a mi lado cada día, y ver cómo te vestías era una rutina deliciosa. Quizá te vestías después de amarnos, no lo sé, pero mi sueño no era de pasión, sino de intimidad y de ternura. Nos teníamos una confianza que venía de muy lejos, como la de los amigos que se conocen de toda la vida y saben que el otro no les fallará nunca. En mi sueño nuestro amor era así, ¿cómo te diría?, confiado, plácido, tierno, como si llevásemos muchos años juntos, estábamos compenetrados en la vida diaria y no hacía falta que me dijese nada mientras hacías las cosas más sencillas, como abrocharte el vestido. ¡Nos tratábamos con una franqueza tan honda y tan bonita! ¡Tan limpia! ¡Tan sincera! Ya sé que sólo era un sueño, pero me dejó una dulzura dentro que aún me dura.

—Yo también sueño contigo, pero sueño despierta. Oigo tu voz que me explica cosas como esta.



## CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL

### *Mosén Antonino y el sargento comandante del lugar*

Los dos están de pie en el despacho del sargento, a poca distancia el uno del otro.

—Ya basta, padre, lárguese con viento fresco y no me toque más los cojones.

—Hágame caso, sargento. Sindo de Llurri no mató a nadie.

—¡Y dale!

—Ajusticiar a un inocente es un crimen, un pecado. El quinto, no matarás.

—Pues dígame quién cometió el pecado de matar al guardia Froilaz. Y no me repita el estribillo del secreto de confesión, porque se me acaba la paciencia.

—Usted sabe muy bien que es inviolable.

—¡Dígalo de una puta vez o se lo voy a arrancar a hostias!

—No blasfeme, sargento.

—¿No sabe lo que es una hostia? Esto es una hostia.

Le pega un puñetazo en el abdomen. El cura reprime un grito y, doblado por el dolor, se cubre el vientre con las manos.

—Las hostias de la iglesia son una cosa y en una casa cuartel son otra. Lo que la Guardia Civil no consigue por las buenas lo consigue a hostias.

—¡Irá al infierno! ¡Pegar a un sacerdote es un sacrilegio!

—Quítese la sotana, que parece una mujer, y tratemos el asunto de hombre a hombre.

—*Convertere Domine, et eripe animam meam: salvum me fac propter misericordiam tuam...*

—Los hombres hablan derecho con los huevos por delante. ¿O no son huevos lo que tiene ahí?

Le propina un rodillazo en el bajo vientre. El cura se encorva y cae de rodillas.

—Ni con patadas ni con puñetazos va a conseguir nada. *Laboravi in*

gemitu meo, lavabo per singulas noctes lectum meum lacrymis meis...

—Déjese de latines, coño, y suelte el nombre del hijoputa que mató al guardia Froilaz. ¡Y no me toque más los cojones! Entre usted y la comandancia me van a volver loco.

El cura habla arrodillado, dolorido, con las manos en el bajo vientre.

—¡No lo sé! Lo conozco sólo por la cara, por la voz.

—¿En qué quedamos, por la cara o por la voz?

—No le vi la cara en el confesonario, pero al cabo de unos días lo reconocí por la voz. Tiene una voz... Lo siento, el secreto sacramental me impide dar más explicaciones.

—Levántese, carajo, no me sea tan cagueta.

El cura se levanta con dificultad.

—Dice que lo conoce.

—Sí y no. Este hombre me rehúye, he intentado hablar con él y ahora estoy seguro, lleva la mancha de un pecado horrible en los ojos.

—No me hable de pecados horribles, padre. Usted no.

—¡Cómo que no! Yo absuelvo los pecados en nombre de Dios misericordioso y devuelvo a los pecadores al buen camino.

—¡Y un huevo! No se lo cree ni su puta madre.

—¡Sargento!

—¿Se cree que me chupo el dedo? Lo que es usted lo sé yo y lo van a saber sus feligreses porque voy a salir a la calle a pregonarlo: vuestro párroco es un cagón, un farsante que el obispo mandó a este valle de mierda como un castigo de por vida.

—¡No es verdad! ¡Son habladurías, falsos testimonios!

—A otro perro con este hueso. Cuando los rojos cazaban a los curas como conejos y se cepillaban a las monjas, usted salvó el pescuezo de milagro. Pero fue un milagro muy extraño. ¿Cómo se explica que echaran el guante a sus compañeros de fuga? ¿Quién los denunció? ¿Por qué fusilaron a los otros tres y a usted no? Porque es un chivato, un cobarde de la peor especie. ¿Usted habla de pecado y no se le cae la cara de vergüenza?

—Es falso, lo inventaron los rojos cuando vieron que perdían la guerra.

El sargento revuelve varios cajones del despacho hasta que da con una carpeta vieja de cartón azul con las puntas raídas y llena de papeles

amarillentos.

—¿Son falsas estas copias selladas y certificadas por el obispado?

Lee uno de los documentos cogido al azar.

—«El presbítero don Ramón Nonato Puigllançana declara bajo juramento y pone a la Virgen María y al Santo Cristo de Balaguer por testigos que los sacerdotes abajo mencionados de la diócesis de Lérida que escapaban del terror rojo, entre los cuales figuraba el también presbítero don Antonino Maravall...».

—¿Qué va a hacer?

El sargento le muestra una caja metálica de chinchetas.

—Colgar esto en la puerta de la iglesia, del ayuntamiento, en los bares, en las tiendas, en el estanco... Como ve, hay muchos papeles y todos llevan su nombre: mosén Antonino.

—No puede hacerme esto.

—¿Por qué no? ¿No dice que es falso?

—Sí, una calumnia terrible. Es la cruz que Dios me ha dado y la llevo con resignación cristiana.

—Entonces, ¿qué más da que lo sepa todo el mundo?

—Por el amor de Dios, sargento.

—Ni los latines ni el palique de cura le van a servir de nada si no me dice quién se cargó al guardia Froilaz. Voy a demostrar a mis superiores que sé hacer mi trabajo. Venga ese nombre.

—¡Que no se lo puedo decir! En conciencia sólo estoy obligado a pedirle que suelten a ese pobre diablo de Llurri.

—¿No? Pues vamos allá.

El sargento hace un gesto decidido de salir, con la carpeta en una mano y la caja de chinchetas en la otra. El cura le impide el paso.

—¡No lo haga!

Se arrodilla.

—De rodillas se lo pido. El pecado de escándalo es el peor de todos a los ojos de Dios. Oféndame de palabra y obra, tortúreme como a los santos mártires, arrójeme al río como a san Juan Nepomuceno, ¡pero no arruine mi labor pastoral con el veneno de la difamación!

—Pues vaya al grano. Y ahórreme los sermones sobre el secreto de

confesión.

—Bueno... Una confesión, lo que se dice una confesión...

Se produce un largo silencio, al final del cual el cura se explica con pausas, rumiando bien las palabras antes de pronunciarlas.

—Para que una confesión sea válida debe haber un examen de conciencia, una contrición sincera con dolor de los pecados, un firme propósito de enmienda... Y, lo más importante, decir todos los pecados al confesor...

—Que no es el caso.

—No.

—Ya veo. Lo que usted me va a contar no está sujeto al secreto de confesión.

—Stricto sensu, no.

REYES JIMÉNEZ, MÍSTER PELTON

*Antiguo trabajador de Cohisa y de Fecsa*

¿Le gusta Míster Pelton? Suena bien, ¿verdad? ¿Sabe por qué me llaman así? Como le he dicho, yo empecé de listero, pero después de casarme con Carolina cambié mi orientación profesional y me interesé por las centrales. Debo de ser la única persona que ha trabajado en las cuatro centrales de Cardós; primero en Llavorsí, después en las dos de Tavascán, que van juntas, y al final, en la más nueva de todas, la de Montamara. Me refiero a que he trabajado dentro, al lado de los operarios que se encargaban del mantenimiento. Yo lo anotaba todo, era el encargado de los registros y me comunicaba cada día con las otras estaciones y con el control central. Ahora todo es automático y lo regulan desde Barcelona, prácticamente no trabaja nadie aquí, pero entonces era todo manual.

La perforación de un túnel es un trabajo complicado, difícil, lleno de peligros debido a los desprendimientos imprevistos y al uso de explosivos; pero la excavación de las cavernas es impresionante. Se trata de arañar metros cúbicos a la roca hasta abrir unas cavidades que podrían albergar edificios de siete, ocho o incluso diez plantas. Usted no ve nada desde fuera,

sólo una puerta cerrada, que es el túnel de acceso por el que entran y salen las máquinas de las centrales, las turbinas y los alternadores, sobre todo, que son piezas enormes y que cuando se han de reparar requieren un convoy de transporte de aquellos especiales. Cuando usted entra por el túnel y llega a la caverna de la central, piense que todo aquello fue excavado durante muchos meses y que allí adentro va a parar el agua que baja por el aproximadamente kilómetro y medio de tuberías forzadas y que hay una sala anexa, también enorme, para los transformadores, y que el agua sale por unos canales de desagüe que también fueron excavados por Cohisa, o mejor dicho, por los trabajadores de Cohisa.

O sea, que dentro de las centrales está la suma de todos los esfuerzos, de todos los sacrificios. Cuando los de la revista *Pallars* me pidieron que colaborara en un número especial sobre las hidroeléctricas de la zona, les hablé de las montañas perforadas y les gustó tanto que lo pusieron como título del reportaje. Sí, sí, fue idea mía. Y también es mía la información de las obras, de aquí, de Cardós. Pero no lo pusieron todo. Precisamente, se dejaron la parte de las centrales, que es la más interesante.

Una caverna vacía, cuando ya se ha terminado la perforación y todavía no se han instalado las máquinas, es como un monumento de piedra. Yo las llamo catedrales, para mí lo son, porque están construidas al revés, vaciando, sacando la piedra en vez de ir apilándola. ¡Y qué piedra! Roca viva, pizarra, que es durísima. Pregúnteselo a los mineros, que sudaban de lo lindo para vaciar cada palmo de túnel y de caverna. Cuando estuvo lista la central de Tavascán oficiaron una misa para celebrarlo y fue una cosa de aquellas que te pone la carne de gallina. Yo y otros como yo que no somos religiosos nos teníamos que enjugar las lágrimas. La caverna estaba iluminada de una manera que se formaban unas sombras gigantescas en el fondo; el altar estaba en un lugar elevado, y con grupos de mineros a ambos lados, con los martillos, como una guardia de honor que presenta armas... En un rincón del túnel que accede a la central hubo durante mucho tiempo una lámpara de aceite en honor de santa Bárbara, que es la patrona de los mineros, y cada vez que pasaba por delante pensaba en los trabajadores que perdieron la vida, y me acordaba de Caio Periquet. Ya hacía muchos años que se había ido de Cardós, pero no conseguía quitarme de la cabeza que hubiese muerto de una

manera tan absurda. Él, que se había jugado la vida excavando túneles bajo los lagos... Pobre Caio. Para mí fue un maestro, un ejemplo de profesionalidad y sentido del deber. Aún lo echo de menos, puede creerme.

Sí, sí, por qué no, se podría decir así. Me enamoré de las máquinas. Mejor dicho, de una en concreto, de la turbina Pelton. Las centrales de Tavascán Superior y la de Montamara funcionan con turbinas Pelton. No puedo decir que las haya tenido en las manos porque son así de grandes, pero las he visto y las he tocado. Son una maravilla. Las hacen a medida, con unos cálculos muy complejos para ajustar la inyección de agua con la inclinación y la fuerza exacta para que impacte en las cucharas y haga girar la rueda. Cada cuchara es doble y el agua golpea sobre el borde que separa las dos mitades con una tangente exacta y se reparte a cada lado con una precisión... La electricidad no la hacen las turbinas, sino el alternador, pero, vaya, sin el prodigio mecánico de las turbinas no tendríamos luz. Y, oiga, ¡son un invento del siglo XIX!

Me hacía tan pesado preguntando a los ingenieros y a los técnicos el porqué y el cómo de la turbinas Pelton, y qué diferencias había con las Francis, que mis compañeros me acabaron apodando Mister Pelton. Y, francamente, no sólo me parece bien sino que incluso me gusta. Cuando me pidieron ayuda los de la revista *Pallars*, les dije que no pusiesen mi nombre, y que en vez de Reyes Jiménez dijese que habían contado con la colaboración de Mister Pelton. Suena bien, ¿verdad?

Ahora estoy jubilado, vivo tranquilo, pendiente de mis hijos y de mis nietos. Miro las montañas como si pudiese oír el agua que corre por el interior de esos túneles que nadie sabe que existen. Como gracias a Dios gozo de buena salud, de vez en cuando subo a Canalada con mi mujer y nos quedamos extasiados en el lago de Romedo viendo cómo crece nuestro pino negro de la isla Carolina. Me emociona saber que nos sobrevivirá.

CASA SEBASTIANET

*Rossita y Santi Vallory*

Habitación de matrimonio de Rossita y Jaume, el de la Madera. La

lámpara que pende del techo, con adornos de cirios y bombillas que imitan llamas, está apagada. La única luz viene de los quince vaticos de la mesilla de noche, del interior de una pantalla de tela fruncida que deja pasar una luz mortecina, de lamparilla de iglesia. Los muebles de la estancia y el cuadro de una Virgen de Murillo que cuelga en la pared de la cabecera se reflejan en el cristal deteriorado del armario de luna como un conjunto de sombras, entre las cuales brillan las siluetas de los cuerpos, perlados de sudor y agitados en ondulaciones convulsas.

El somier se comba bajo el peso de los dos amantes, el lecho cruje a cada embate de Santi y parece que de un momento a otro se vayan a descoyuntar todas las maderas. Él acomete con furia y ella se aferra con fuerza a su cuello. A ratos, Rossita abre los brazos en cruz y separa las piernas como si quisiese darse toda, abrirse toda, y a ratos se contrae en un espasmo violento y clava las uñas en la espalda de Santi.

—Habla.

—Sólo puedo decirte que te amo. Tanto, que te haría daño.

—Hazme daño. No te pares. Y no dejes de hablar.

Hablan con la respiración entrecortada por los jadeos y sin detener las embestidas, cada vez más violentas, revolcándose sobre las arrugas de la colcha.

—No sé qué más decirte, Rossita, Rossita, Rossita, Rossita, Rossita, Rossita...

—Santi, Santi, Santi, Santi, amor mío.

Rossita se agita convulsa con unos gemidos sordos y Santi deja de moverse y se queda un rato quieto, inmóvil, hasta que deshace la unión y se desploma junto a ella. Ahora el armario refleja la lasitud de los cuerpos desnudos y a medida que cesa el jadeo las dos figuras se integran en la penumbra con la quietud de un objeto inerte. Hasta que ella se da la vuelta y besa suavemente el torso de Santi. Lo besa y lo vuelve a besar con mil pequeños besos que va repartiendo por todo el cuerpo despacio, muy despacio.

—Rossita, Rossita...

—Shhh. Déjame a mí, no te muevas.

Un beso de algodón en la oreja, un beso de seda en la frente, un beso de

pétalo en la entrepierna, una fina lamedura, de pincel, en el pecho.

—Cada beso que te doy es una de nuestras estrellas, las del Pla de Nequa que llevamos en nuestro corazón.

Vuelve a besarle con lentitud, y con la punta de los dedos llena la piel de Santi de arabescos sutiles, como si casi no lo tocase. Por el cuello, por el pecho, por los brazos, por las piernas, por el sexo candente. Santi cierra los ojos mientras Rossita lo va recorriendo de arriba abajo y pasea sus cabellos y el botón de sus pezones rozando el cuerpo que yace y se abandona a la tierna agonía de caricias y besos.

—Esta noche es nuestra, es otra noche de estrellas como aquella. Pero hoy me toca hablar a mí.

Rossita se encabalga sobre Santi, se acopla con suavidad y cuando tiene el miembro completamente dentro se agacha y le susurra al oído.

—Quiero sentirte así toda la noche, quiero tenerte dentro para siempre. Quiero que me hagas un niño. Devuélveme la felicidad aquí, en el mismo cuarto donde perdí a mi hijo. Hazme un niño que cada día me recuerde que he sido feliz. Un niño o una niña que tenga tu pelo, que tenga tus ojos, que me mire como tú me miras, que hable con tu misma voz.

ZEP VIDAL

*Antiguo trabajador de Cohisa, compañero de Santi Vallory*

Fue por la noche o de madrugada, hacia las dos o las tres, una hora muy rara para que llamen a la puerta con insistencia. Bajé y cuando abrí casi me atropella Ignàsia hija, que subió las escaleras como una exhalación. ¿Dónde está su amigo?, me soltó sin preámbulos.

Yo sabía muy bien dónde estaba, claro, pero no le dije que dormía en la cama de la señora de la casa aprovechando que el marido no estaba. Dormía o algo más, porque, si me permite la franqueza, se habían pasado la noche follando. Ya le he contado que Santi nunca me dijo que se había liado con Rossita, tenía escrúpulos o vergüenza, no lo sé, pero cuando no estaba el marido se permitían unas libertades llamémoslas matrimoniales. Pero delante de mí disimulaban. Quizá tenían miedo de que metiese la pata con Jaume.



¿Yo?, pobre de mí, ¡yo hacía justo lo contrario! Me alejaba a propósito para dejarlos tranquilos, y alguna vez me había llevado conmigo a Jaume para que la parejita tuviese el campo libre. Pero todo estaba siempre sobrentendido, con mucha prudencia. Pero lo que yo nunca me imaginé, lo que se dice nunca, es que tanta reserva estuviese relacionada con la muerte de un guardia civil.

Fue aquella noche cuando até cabos, cuando Ignàsia hija se presentó tan alterada. Su amigo, que lo buscan. Corra, avíselo enseguida, ¡deprisa!

El alboroto de voces llegó al cuarto de Santi y Rossita, que aparecieron medio vestidos y despeinados, con toda la pinta de haber follado, y le puedo asegurar que lo habían hecho, vaya si lo habían hecho. Yo, que dormía en el piso de encima, me desperté con los crujidos de la cama, un crujir que se paraba y volvía a empezar, porque la batalla fue larga. Caray con Santi, pensaba yo, quién hubiera dicho que es un tigre de Bengala.

¿Qué pasa?, dijeron. La Guardia Civil, que viene hacia aquí. ¿Quién, el Sapo? No lo sé, ha habido muchas llamadas telefónicas esta noche, el mosén venga a llamar al Sapo y el Sapo que decía que ya había hablado con la comandancia y que no le molestase más, y el mosén que volvía a llamar, y venga a pedir que le pusiese con la Guardia Civil. Parece que estaba muy impaciente, el mosén. Ignàsia hija dijo que hablaban de Santi y que decían cosas terribles. Aquello me quedó grabado. Desde entonces, cuando oigo que alguien habla de cosas terribles, me acuerdo siempre de Ignàsia hija y pienso que en Noguera las cosas terribles pasaron todas de noche. Al día siguiente la gente ya se lo encontraba todo hecho. El guardia civil muerto, Santi huido, el desgraciado final de mosén Antonino... Cosas terribles de verdad.

Santi subió a su cuarto, se vistió en un santiamén y metió todo lo que pudo en el morral de montaña que utilizaba en el trabajo cuando subía a los campamentos de Canalada y Romedo. Rossita quería ayudarle, pero estorbaba más que otra cosa. Se dieron un beso rápido, como de hermanos, y Santi bajó las escaleras veloz como un rayo. Yo también estorbaba, le pregunté adónde vas, quién te busca, qué ha pasado, pero no debía ni oírme. Bajó tan deprisa que cuando salí a la calle ya no llegué a verle. Era noche cerrada y en aquella época sólo había un farol en Noguera, abajo, en la carretera, cerca del tilo donde se paraba el camión de la leche cada mañana.

Cuando lo pienso, todavía me veo en medio de la calle y me siento tan inútil y desconcertado como entonces. Mi primer pensamiento fue que el marido utilizaba a la Guardia Civil para pillar a Santi en plena faena con su mujer. Yo mismo había vivido situaciones comprometidas, porque a mí de joven el elemento femenino me hacía perder la cabeza y había salido por piernas en más de una ocasión. Pero por las medias palabras de Ignàsia hija, enseguida me di cuenta de que aquello no era un sainete. La Guardia Civil no persigue a los amantes con metralletas en ristre, se lo aseguro porque sé muy bien de qué hablo.

¿Por qué Ignàsia hija dio la voz de alarma? De todos era sabido que su madre era una chismosa impenitente y que escuchaba todas las conversaciones, pero ella parecía discreta. ¿Por qué se puso en evidencia aquella noche? ¿Para proteger a Santi? ¿Por Rossita? ¿Sabía que se entendía con su huésped? Lo dudo. Eran más o menos de la misma edad y se tenían afecto, no sé si decir amistad porque no recuerdo que Rossita saliese mucho de casa Sebastianet ni que se relacionase con nadie. Tampoco bajaba mucho a la Taverneta. Quizás Ignasieta actuó por compasión. Sí, sí, compasión, le tenían compasión a Rossita, pero no me pregunte por qué. Yo había notado que las mujeres del pueblo ponían cara de lástima cuando hablaban de ella, quizá por haberse malcasado, no lo sé, vaya usted a saber. Quizás Ignàsia hija se la jugó por esa razón, para ayudar a una mujer desamparada. Y le diré algo más, me parece que nunca dijo a nadie lo que había sabido y lo que había hecho aquella noche. Ni a su madre, que habría sido como pregonarlo a los cuatro vientos. Se lo digo porque al cabo de dos o tres días vino expresamente a verme a la oficina, ella, Ignasieta en persona, vino hasta las oficinas para decirme sólo una cosa: de aquello... y se pellizcó los labios con los dedos. Me impresionaron la determinación y la sobriedad de aquella mujer que estaba al corriente de un secreto dramático, una cosa terrible, y que calló como una tumba. Si alguna vez hubiese tenido ocasión de contárselo a Santi, le habría dicho que Ignàsia hija se había portado como una chismosa heroica.

¡Pobre Rossita! ¿Cómo no voy a recordarla? La recuerdo perfectamente, aturdida a mi lado, con un abrigo sobre el camisón, confusa, buscando con la mirada el rastro de Santi en medio de la negrura de la calle. En aquel

momento tuve la intuición de que ni ella ni yo volveríamos a verlo, pero no me atreví a decírselo. La última visión que tengo de él es como una imagen fija, como una foto hecha de prisa y corriendo de su huida, saltando los escalones de cuatro en cuatro. Y luego nada, silencio, una noche negra y espesa.

## IGLESIA PARROQUIAL DE NOGUERA

*Mosén Antonino*

La iglesia está a oscuras. Sólo titila la lámpara del Santísimo con una mariposa de luz que baila sobre la silueta de mosén Antonino, arrodillado al pie del altar mayor y con el cuerpo inclinado hacia delante. Se golpea el pecho con furia.

—Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa. Ideo precor beatam Mariam semper virginem, omnes angelos et sanctos, et vos, fratres, orare pro me ad Dominum Deum nostrum.

Al cabo de un rato de silencio murmura con la cabeza gacha.

—Domine, non sum dignus. Domine, non sum dignus. Domine, non sum dignus.

Continúa arrodillado, con los ojos clavados en el suelo. La llamita de la lámpara de aceite hace bailar su sombra con un temblor jugueteón.

—Nom sum dignus, non sum dignus.

De repente yergue el cuerpo, y, sin levantarse, se vuelve con los ojos desenchajados hacia el Cristo del altar. Abre los brazos en cruz y reza en voz alta con una excitación creciente.

—Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam. Et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam. Amplius lava me ab iniquitate mea et a peccato meo munda me. Quoniam iniquitatem meam ego cognosco et peccatum meum contra me est semper. Tibi soli peccavi, et malum coram te feci, ut justificeris in sermonibus tuis et vincas cum judicaris. Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea. Ecce enim veritatem dilexisti, incerta et occulta sapientiae tuae manifestasti mihi. Asperges me hyssopo et mundabor, lavabis

me et super nivem dealbabor. Auditui meo dabis gaudium et laetitiam et exsultabunt ossa humiliata. Averte faciem tuam a peccatis meis, et omnes iniquitates meas dele. Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis.

## PELUQUERÍA DE SEÑORAS CARMETA

### *Mujeres del pueblo*

—Dicen que se han oído las campanas.

—Eso dicen.

—Debe de haber sido antes del toque de oración.

—No, no ha habido toque de oración.

—Con esta hemos coincidido cuando llevábamos la leche a la carretera y no hemos oído nada, ¿verdad, tú?

—Nada.

—A mí también me ha extrañado.

—El monaguillo, que se ha dormido, decía mi marido.

—Como siempre llega tarde...

—El crío no tiene ninguna culpa.

—Pobre chaval.

—Quién iba a imaginarse que...

—Es que no me lo puedo quitar de la cabeza.

—Yo tampoco.

—Vamos de desgracia en desgracia.

—*Mare de Déu del cel!*

—¿Lo habéis visto?

—No lo ha visto nadie. Sólo el juez.

—Dicen que han dejado entrar al secretario del ayuntamiento.

—¿A quién, al Búho? Ese tiene bula para meterse en todas partes.

—No grites, que te oirán.

—A mí no me habrían hecho entrar ni a la fuerza. ¿Qué se consigue con ver a un hombre ahorcado?

—Pues yo habría pagado por ver al cura columpiándose con la soga al

cuello.

—¡Jesús, María y José! No digas eso.

—Yo no le deseaba ningún mal, pero...

—¿Pero qué?

—Se lo tenía bien merecido. Se pasó la vida riñendo y amenazando a todo el mundo con el infierno.

—No hay que hablar mal de los muertos.

—Todas hemos hablado siempre mal de él, vivo o muerto.

—Yo dejé de ir a misa por su culpa.

—No ha podido soportar el fracaso de la Santa Misión. Por eso se ha colgado.

—¡Que va a colgarse! ¡Qué dices! ¡Cómo se te ocurre que mosén Antonino...!

—El Sapo dice que no. No para de repetir que ha sido un accidente, ha sido un accidente.

—Dice que, como el monaguillo llegaba tarde, el cura ha querido tocar él las campanas y se ha liado con las cuerdas...

—No me sorprende. Siempre andaba de cabeza haciendo varias cosas a la vez.

—Yo también lo he preguntado y me han dicho lo mismo: un accidente.

—Os lo tragáis todo. ¿No os parece raro que el Sapo vaya diciendo a todo el mundo que ha sido un accidente?

—A mí me ha dicho un percance. Un percance muy desgraciado, señora.

—¡Anda, anda! ¿Cómo quieres que se ahorque un cura?

—¿Por qué no? ¿Acaso los curas no están hechos de la misma pasta que nosotros?

—Podía tener sus cosas, pero ahorcarse no lo hubiera hecho nunca. ¿Os acordáis del sermón que dio cuando se ahorcó Jaume, el del Cemento?

—¿Cómo quieres que no lo recuerde? Fue tan desagradable... Parecía que nos estuviese acusando a todos de querernos colgar. ¡Qué mal rato pasé!

—Ese hombre hace tiempo que lo tenía metido entre ceja y ceja.

—Eso os pasa por ir a misa. Los curas os hacen creer que vosotros sois unos pecadores y ellos unos santitos.

—Santito, santito, mosén Antonino no mucho.

—Dicen que vendía imágenes antiguas y custodias de plata bajo cuerda.

—Todos los párrocos lo hacen.

—Pero él hacía tratos con peces gordos. ¿Quién le pagó el armonio?

—Él decía que don Max, pero a saber a cambio de qué.

—Vaya una pieza, don Max. Vino a España con los nazis que huían de Alemania.

—A mí me parece un señor muy educado.

—Educado sí, pero también un fariseo redomado. Todos los renegados son así.

—¿Y qué me decís de la señora Frau? Es protestante y va por ahí sin ningún disimulo. Y el mosén, en vez de decirle cuatro frescas, le hacía la rosca.

—Dicen que él y la señora Frau...

—¿Qué?

—Que...

—¿Con el mosén? ¿A su edad? ¡No me hagas reír!

—Le gustaban más jovencitas.

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo sé de buena tinta. El mosén tenía mucha trastienda.

—Yo dejé de confesarme con él porque preguntaba unas cosas...

—¿Qué cosas?

—¿Qué te preguntaba?

—Cosas. ¿A ti qué te parece?

—¿Te tocaba?

—A mí no, pero... No me tires de la lengua, que ya está muerto el pobre hombre.

—Dicen que se pasó la guerra pegando tiros.

—Se ve que al principio luchó con los rojos, pero que en cuanto vio que perdían se cambió de bando y se volvió más papista que el Papa.

—A mí me lo habían contado al revés. Que se alistó con los nacionales y que se hartó de dar el tiro de gracia a los prisioneros fusilados.

—¿Y no será que alguien lo ha ahorcado?

—¿Quién?

—Vete a saber. Hay tanta gente que se la tenía jurada...

—A lo mejor, alguien del estraperlo. Primero mataron a un guardia y ahora...

—Estaba escrito. Había llegado su hora.

—Tarde o temprano, a todos nos llega.

—No somos nadie.

—No.

## CAMINO DE BOAVI

### *Caio Periquet*

El land-rover corto, modelo 88, sube por la pista que bordea el río. A ratos, va dando botes por encima de las piedras y por los surcos de las roderas hundidas, y a ratos patina por el fango que provoca la lluvia. Viene otro land-rover, este largo, un 109 pick-up con la caja llena de material de cocina y de intendencia de los campamentos de Romedo y Canalada. Uno de los dos tiene que dar marcha atrás hasta que la pista se ensanche lo suficiente para permitir el paso de los dos vehículos. Caio está acostumbrado a hacer la maniobra y retrocede, el coche se desliza sobre el limo y parece que las ruedas de atrás vayan a caer por el lado que da al río, pero el land-rover acaba perfectamente situado en un arcén pedregoso. Intercambia un saludo con el otro conductor con un gesto de rutina y cada uno continúa su camino; el 109 hacia Tavascán y el 88 hacia arriba.

Antes de llegar a Montalto, dos figuras cubiertas con capotes de hule emergen del bosque y se plantan en medio de la pista. Caio frena en seco y el coche culea sobre el limo, como si el suelo fuese de hielo. Acerca el rostro al cristal embarrado que los limpiaparabrisas no acaban de limpiar, y fija la mirada en los dos hombres. Desliza hacia atrás el cristal partido de la ventanilla e intenta sacar la cabeza, pero la abertura es demasiado estrecha.

—¿De dónde coño salís?

—Del bosque.

—¡A quién se le ocurre! Deberíais estar lejos, a mil kilómetros.

—Bueno, queríamos saludarle.

—¿A mí? ¿Estáis locos? Venga, subid, rápido. Los dos atrás.

Suben al vehículo por la puerta del lado del conductor y se sientan en la parte de atrás.

—¿Os escondéis en el bosque?

—No, hombre, en un refugio de esos que construyó el ejército. Se está divinamente.

—Agachaos, venga, rápido.

—Qué lluvia más tonta, jefe.

—Los tontos sois vosotros. Los civiles os buscan.

—Sí, pero no nos encuentran.

—Agachaos más, que no os vean cuando pasemos por Montalto.

—Mejor seguimos recto hasta Boavi y así charlamos un rato.

—Os dejo en Boavi y ya os apañaréis. Estoy harto de vuestros líos.

—No se sulfure, hombre.

—¡Callaos! Hasta Boavi no quiero oír ni una mosca.

Pasan de largo de la ventana de Montalto que perforan al otro lado del río y, en vez de doblar a la izquierda por la curva que enfila la subida a Canalada, continúan por la pista paralela al río hasta las aguas que serpentean entre los abedules totalmente despojados y los abetos, enhiestos como husos. Caio toma un desvío y para el land-rover en un lugar resguardado que no se ve desde el camino principal.

—A ver, ¿qué tripa se os ha roto esta vez?

—Venimos a darle el pésame.

—Vaya. Muchas gracias.

—Sentimos mucho lo de su señora.

—Ya no sufre, la pobre.

—Queríamos ir al entierro, pero...

—Arriesgáis mucho rondando por las obras. Hay más civiles por esta parte que en Noguera. ¡Y en vísperas de un cale!

—Eso sí me sabe mal. Perderme un cale, con lo que hemos sudado ahí dentro, ¿verdad, tú?

—Los cales son una fiesta de los ricos y los falangistas. Sólo suben para hacerse fotos y beber champán con unas manos que parecen un cutis de mujer, sin un callo.

—Pues habrá que hacer algo. Tenerlos a todos allá arriba juntitos es muy



tentador.

—Ni se os ocurra. Esto está que arde.

—¿Qué pasa?

—Sería largo de explicar. Os buscan a vosotros y a más gente.

—Esos no buscan, persiguen. ¿El cale lo van a celebrar en Canalada mismo o abajo?

—Olvidaos del cale.

—No creo que los mandamases de Fecsa, ni los de Cohisa ni los jefecillos del Gobierno Civil se atrevan a subir a Canalada. Se darán un banquete en Noguera, como siempre.

—¡Ni os acerquéis, *collons!* Olvidaros del cale y esfumaros cuanto antes.

—Ya veremos, ¿verdad, tú?

—Eso, ya veremos. Sería tan bonito darles un escarmiento en las mismísimas narices de la Guardia Civil...

—Los que no escarmentáis sois vosotros. Venga, largaos ya.

—A eso venimos también. A despedirnos.

—¿Volvéis al pueblo?

—Nos vamos a Francia. Por la montaña.

—¿Así, sin más ni más?

—Tenemos contactos.

—¿Qué contactos?

—Del partido, cojones. Los comunistas estamos muy organizados.

—Estamos esperando la señal para ir al otro lado.

—¿Con este tiempo de perros pensáis cruzar la frontera? ¿Por dónde?

—Por aquí no, por el collado del otro valle. Pero usted tranquilo, los mineros estamos hechos a todo.

—Estáis locos de remate.

—Sí. Locos por darle la vuelta a la tortilla.

—Y cuando volvamos con los nuestros vamos a llenar de dinamita los culos de los fascistas.

—Os tengo que dejar.

—Una cosa. ¿Sabe algo de mi guitarra?

—Ni idea.

—Si aparece por ahí, se la regala a un compañero, a un proletario como

nosotros. Pero que no se la queden los civiles, sólo le pido eso. Antes la rompe y les mete las astillas por el culo al sargento y al As de Copas.

—Un abrazo, chicos. Gracias por el detalle y que tengáis suerte.

—Gracias a usted en nombre de toda la clase obrera.

Los hermanos Dinamita bajan del coche y le dan un buen apretón de manos a Caio Periquet a través de la exigua ventanilla del conductor. Se tapan con el capote y se pierden bosque adentro mientras el land-rover 88 da la vuelta en redondo y regresa a la pista. De repente se para en seco y las dos luces de freno se quedan momentáneamente suspendidas en la atmósfera brumosa de Boavi.

—¡Eh! Un momento.

—Usted dirá, jefe.

—¿Llevaríais a Francia a otra persona con vosotros?

—¡Cómo le vamos a negar un favor! Por usted, lo que haga falta.

—Está escondido en una borda y muerto de miedo. También lo buscan los civiles.

—Pues no se hable más. ¿De quién se trata?

MARIA JOSEP PERIQUET

*Hija de Caio Periquet*

De una noche como aquella te acuerdas toda la vida. Y de las cosas que pasaron luego.

Acabábamos de enterrar a madre, como quien dice. Padre no quiso utilizar nunca más la habitación de matrimonio, y de momento la ocuparon mi hermano y el tío Desideri, que había venido al entierro y que se quedó unos días con nosotros. Por entonces, mi hermano ya había empezado a trabajar en Cohisa, en los talleres del campamento de Noguera. Allí le enseñaron el oficio de soldador; bueno, de aprendiz, pues entonces tendría dieciséis o diecisiete años. Madre no quería de ninguna manera que mi hermano entrara en Cohisa, pero el chico se apuntó pocos días después del entierro. Si venían hombres de todas partes para trabajar en las obras, ¿por qué no podía hacerlo él también?

Agustín y yo todavía no nos habíamos casado. A madre no le hacía ni pizca de gracia Agustín. Es forastero, un carrilano, decía. Tuvo un disgusto enorme cuando me prometí con él, pero yo igualmente me habría casado aunque madre no hubiese muerto. Y estoy segura de que al cabo de un tiempo se habría dado cuenta de que Agustín era un buen yerno. Y se le habría caído la baba haciendo de abuela con las niñas. Me habría gustado que madre viese cómo Agustín se sacaba el título de aparejador con una voluntad de hierro... Ahora bien, le digo una cosa, al final le costó mucho, el último curso lo hizo en dos o tres años, porque era todo por correspondencia y se examinaba en Barcelona, siempre subiendo y bajando sin dejar de trabajar, y sin la ayuda de Santi. Se quedó muy afectado cuando desapareció de aquella manera, y si Agustín no abandonó los estudios fue porque pensaba que Santi volvería tarde o temprano. Tenía la ilusión de enseñarle un día el diploma colgado en la pared. Pero Santi no volvió. El disgusto le duró mucho tiempo a Agustín. Y el prurito de entenderlo todo, de saber el porqué de la repentina desaparición de Santi, de por qué se había colgado mosén Antonino, de por qué padre se fue precipitadamente...

A padre lo desterraron. Desterrar, sí, esa es la palabra, apúntela: desterrar. ¿Quién? Entre todos los que tenían la sartén por el mango. La empresa, la Guardia Civil... Padre se la jugaba por unos trabajadores que siempre decía que eran excepcionales, los hermanos Dinamita, no sé si ha oído hablar de ellos. Los conocía todo el mundo, porque cantaban unas canciones de su tierra que hacían saltar las lágrimas de los trabajadores. Créame, que eso lo he visto con mis propios ojos, y no sólo un día, sino muchas veces. ¿Conoce la canción *Soy minero*? Como eran mineros, la convirtieron en el himno del teleclub. Eso sí, beber bebían como esponjas, y acababan diciendo burradas y desafiando a los guardias civiles. Y ya estamos: paliza del Sapo, que era un guardia civil con muy malas pulgas, padre cabreado, la empresa que los quería echar, padre defendiéndolos... Siempre lo mismo. A padre no lo despidieron hasta el cale de Canalada porque lo necesitaban, pero justo al día siguiente le dijeron que no lo querían ver más por la empresa ni por el valle. Parece que fue una orden directa de la Guardia Civil o de las altas esferas. No sé cómo se lo tomaría usted si despidiesen a su padre de un día para otro y sin la menor explicación. Seguramente se quedaría perpleja y sin saber qué

hacer, como me pasó a mí. No, usted seguramente les hubiese plantado cara, pero antes ya nacíamos resignados a agachar la cabeza. Y las mujeres aún más.

A padre no lo detuvieron nunca, ni le pusieron la mano encima, pero tuvo que marcharse de un día para otro. Despedido, fuera de la empresa, del valle y del Pallars. Él hubiese preferido volverse a la Vall Fosca y llevar una vida tranquila, o irse con su hermano a la fábrica de cemento a Xerallo, pero lo obligaron a que se fuera lejos. Al cabo de unos días ya estaba en Mequinenza, donde entonces estaban acabando las obras del pantano y también hacían el de Ribarroja, que está allí al lado. Así fue la vida de padre, de obra en obra, sin descansar nunca. Había empezado de joven haciendo túneles por debajo de los lagos en el Valle de Arán, después en Cardós, y acabó haciendo una presa enorme en Mequinenza, pero allí ya no hacía trabajos peligrosos. Era capataz de un grupo de hormigoneros y ya no se jugaba la vida como había hecho siempre. Pero estaba, no sé cómo decirle, medio amargado. O triste, o solo o añorado. Decía que era un viudo inútil que sólo quería jubilarse. Pero hacía muchas horas extra para ahorrar, pensaba volver a Espui y abrir un hotel. Decía que el futuro estaba en el esquí y que había que estar preparado por si algún día abrían unas pistas en la Vall Fosca. ¡Pobre padre! Toda la vida se había hablado de abrir una estación de esquí en la Vall Fosca y, cuando se pusieron manos a la obra, acabó como el rosario de la aurora. ¡Si padre lo hubiese visto! ¡Cómo nos engañaron! Han dejado Espui hecho un asco y con la gente escarmentada. ¿Ha visto la montaña de Filià? ¡Qué pena! ¡Qué rabia! Todo aquello abandonado y a medio hacer me recuerda al tío Desideri, que siempre dice que estábamos dejados de la mano de Dios.

En Mequinenza le contarán las mismas historias que en cualquier lugar donde haya obras eléctricas. Durante unos cuantos años llegan autocares y más autocares cargados de trabajadores, aquello es un hormiguero de gente y de campamentos, y cuando se acaban las obras no queda nada de nada. ¿Sabe dónde acabaron muchos de los que habían trabajado en Cardós? En Ascó, construyendo las centrales, como hizo mi hermano, que se quedó a vivir allí. Es la rueda de siempre. Hoy aquí, mañana allá. Con mi marido, en cambio, lo tuvimos claro desde el primer día. Vinimos a Vinyafrescal cuando nos casamos y de aquí no nos mueve nadie.

Yo no sé todavía qué pasó con Santi Vallory, ni por qué lo buscaban. Me extrañó mucho que viniera a aquellas horas de la noche y que estuviera tan nervioso. Era un hombre formal, discreto, que a veces venía a casa y estaba con padre hablando de cosas del trabajo. Los dos trabajaban en Cohisa, ¿sabe?, y nunca vi nada extraño. Lo único, que fumaba mucho y callaba mucho. Era educado y no escatimaba horas para ayudar a Agustín a sacarse el título de aparejador. Pero aquel día no parecía el mismo. Llegó a una hora tan intempestiva... Y con el resuello entrecortado, al principio no le entendía. Me parece que le pidió dinero a mi padre, pero no lo sé. Padre nos hizo volver a la habitación a mí y a mi hermano, que ya le he dicho que dormía con el tío Desideri. Discutían en voz baja, yo sólo oía movimientos, pasos, quizás algún ruido de armarios o cajones que se abren y se cierran, no me acuerdo. Recuerdo que padre le pidió francos al tío, que de vez en cuando iba a Francia con un grupo de Xerallo. Sólo sé que aquello no duró mucho y que al cabo de un rato se oyó la puerta de la calle.

Al día siguiente yo tenía mucha curiosidad por saber qué había ocurrido, pero no me atrevía a preguntar nada. Hay cosas que es mejor no saberlas, pensé, pero no me esperaba que la noticia del día fuese otra. Me quedé de piedra cuando fui a comprar el pan y Ramona me dijo: ¿ya te has enterado de lo de mosén Antonino? ¿El qué? Que se ha ahorcado.

Desde aquel día tuve una pregunta en la punta de la lengua: ¿qué pasó aquella noche? Muchas veces estuve a punto de preguntárselo a padre, pero dejé pasar demasiado tiempo y se me murió antes de que pudiera hacerlo. Lo atropelló una moto en la carretera de Mequinenza, un imbécil que hacía carreras. Fíjese, padre iba a pie, no hacía daño a nadie, y de repente me lo matan en una curva, cuando ya estaba harto de tantas obras y decía que quería volver para abrir un hotelito en Espui. Lo enterramos dos veces. Primero en el cementerio del pueblo viejo de Mequinenza y después aquí, en la Vall Fosca. Pobre padre, ¡qué final más triste! Agustín le lloró como si se hubiese muerto su padre.

BOSQUE DE PERAFITA

*Santi Vallory*

Desde el bosque, Santi observa el paisaje con la vista fija en las bordas, allí abajo, vacías, abandonadas en esta época del año en que el día es corto y la luz muere deprisa.

De vez en cuando llovizna, y Santi se cubre con la capucha del anorak. De vez en cuando se sienta en una piedra que le deja el culo mojado. De vez en cuando camina, ahora hacia arriba, ahora hacia abajo, un poco para aquí, un poco para allá, pero con la vista siempre pendiente del camino, de las bordas y de los prados que las rodean. De vez en cuando mordisquea un trozo de pan. De vez en cuando estira los brazos para desentumecerse. De vez en cuando mira el reloj. De vez en cuando extiende la mano para comprobar si llueve. De vez en cuando se fija en algún pájaro que da saltitos entre las ramas. De vez en cuando está atento para escuchar los crujidos del bosque. De vez en cuando se enrolla la bufanda, y se golpea el cuerpo para combatir el frío. De vez en cuando observa el cielo encapotado, sin relieve ni color. De vez en cuando mira cómo el bosque de enfrente, al otro lado del riachuelo, se va quedando a oscuras. Y cómo las bordas y los prados del entorno se van apagando también en las noches prematuras de diciembre. Pero no deja de escudriñar el camino con insistencia, abriendo más y más las pupilas, como si así pudiese ver a través de los velos de negrura que caen sobre el pequeño valle.

Cuando ya no se ve casi nada, baja con cuidado hasta el camino y corre hacia las bordas. Tropieza, cae, pierde el morral, lo busca con angustia, palpando la tierra porque no ve casi nada. Al final lo encuentra unos metros más abajo y camina en dirección a las bordas. Abre con dificultad una puerta desportillada y las bisagras chirrían. Se deja caer en el catre de ramas y hierba frescas, utiliza el morral de almohada y se prepara para pasar otra larga, inacabable noche de aire gélido, goteras y carreras de bichos.

ZEP VIDAL

*Extrabajador de Cohisa, compañero de Santi Vallory*

Santi no era muy conocido, y la gente tampoco se dio cuenta de que la Guardia Civil lo buscaba. Tiempo atrás, cuando desaparecieron los hermanos

Dinamita, registraron todos los campamentos y algunas casas de Noguera. Y antes había habido el asesinato que acabó con la detención de Sindo de Llurri. Quiero decir que fue un tiempo de guardias civiles de aquí para allá, y, para mi sorpresa, la huida de Santi se interpretó como un episodio de cuernos. Un amante que huye a tiempo antes de que el marido lo cape con un hacha. Con tantos hombres venidos de fuera y tan pocas mujeres en el pueblo, pasaba de todo. Y hablo por experiencia.

Si me lo permite, me colgaré una medalla. Yo siempre he sido un poco vanidoso, pero hasta ahora no había podido presumir de haber dado gato por liebre a la Guardia Civil. Le cuento cómo fue la cosa. Aposté fuerte por Santi, y para proteger a Rossita, que estaba completamente trastornada. Aquella misma noche vacié la habitación de Santi, sólo dejé cuatro cosas y en cuanto Matildo llegó a casa Sebastianet para ordeñar a la vaca, le pedí que me ayudara a esconder la maleta, la ropa, los zapatos y todos los efectos personales de Santi. Lo enterró todo bajo la paja de la cuadra. Y al día siguiente a primera hora, como la Guardia Civil aún no se había presentado, fui corriendo a la oficina y escamoteé unas cuantas cosas de la mesa de Santi como si se las hubiera llevado él premeditadamente. Mi idea era relacionar su huida con el trabajo.

¿Por qué le digo que aposté fuerte? Pues porque me inventé una explicación plausible. Me interrogaron unos guardias civiles que yo no conocía de nada, y repetí por activa y por pasiva que Santi se había ido al francesa, sin avisar. Pero como quien no quiere la cosa, dejé caer que últimamente estaba muy nervioso por la proximidad del cale, y que la excavación de aquel túnel había traído muchos problemas y cambios de trazado. Vaya, que Santi no estaba convencido de cómo se había resuelto y exageré los encontronazos que Santi había tenido con los geólogos y los ingenieros. Insinué que temía un error de cálculo estrepitoso si los dos túneles no coincidían el día señalado. Insinué que Santi quizás había sufrido un ataque de pánico porque no soportaba la idea de fracasar ante las máximas autoridades de la empresa. Lo dije como si él me lo hubiese confesado, al fin y al cabo yo era compañero de trabajo y de pensión, y era creíble que nos hiciésemos confidencias.

Perdone la inmodestia, pero creo que interpreté bastante bien el papel que

yo mismo me había trazado. A pesar de que me tuvieron un día entero haciéndome preguntas, y más preguntas, no me moví ni un ápice de mis declaraciones. ¿Por qué se fue su amigo? No lo sé, pero estaba muy obsesionado con el cale de Canalada. ¿Cuándo se dio cuenta de que no estaba? Cuando no bajó a desayunar. ¿No le había insinuado que se iría? No. ¿Adónde cree que puede haber ido? No tengo ni idea. ¿Contaba con algún medio de locomoción propio? No tenía coche, aquí utilizaba el land-rover de Cohisa y me parece que no falta ninguno. ¿Tenía billetes de tren o de la Alsina Graells? Ni idea. ¿Sabe si tiene algún domicilio en Barcelona o tiene amigos por esta zona? No. ¿Qué dijo la señora de la casa cuando vio que su amigo no bajaba a desayunar? No lo recuerdo, a veces Santi se saltaba alguna comida. ¿Usted había observado en él alguna vez una conducta rara? No, excepto un perfeccionismo profesional y una meticulosidad exagerados. ¿Era amigo de unos mineros que todo el mundo conoce como los hermanos Dinamita? Me extrañaría mucho. ¿Tenían alguna queja de él en Cohisa? No, al contrario, es una persona de máxima confianza, tan responsable y perfeccionista que los fines de semana se quedaba en Noguera trabajando. ¿Sabe qué tipo de relación tenía con la dueña de la casa? Aquello era más peliagudo, y me zafé como pude. Sabían perfectamente que Santi y Rossita eran amantes, pero a quien presionaron de verdad fue a ella. Yo me hice el sueco, respondía no lo sé, no he visto nada, no me comentó nada... ¿Sabe si el marido conocía esta relación? ¿Qué relación? La que mantenían su mujer y el huésped. Ya le he dicho que yo no sé nada de todo esto, Jaume, el de la Madera, y Rossita han hecho siempre una vida normal delante de mí, no recuerdo ninguna discusión... ¿Se relacionaba su compañero con los guardias civiles? No que yo sepa. ¿Le había visto usted alguna vez con el guardia conocido como Lindos Ojos? Nunca, ni con él ni con ningún otro guardia civil.

A Matildo también le marearon con preguntas, pero era perder el tiempo. Parecía que no tuviese boca. A Matildo callar no le representaba ningún esfuerzo.

Lo que yo le cuento en dos minutos lo repetían y lo repetían, pero yo también me repetí y me volví a repetir. Estaba acojonado, porque allí tenías la sensación de que te iban a meter en el calabozo por cualquier cosa que



dijeses. Pero me daba cuenta de que los civiles no ataban cabos y eso me daba confianza. Ahora bien, a Rossita sí la presionaron de lo lindo, la interrogaron delante de su marido, un careo que le llaman. Aquel día volvió a casa desencajada, y la escena que hubo después en el comedor fue muy violenta. Lo oí desde mi cuarto, mejor dicho, lo oí desde la escalera que subía a las habitaciones. Estaba decidido a intervenir si Jaume le ponía la mano encima, pero creo que no llegó a hacerlo. Parece que Rossita había declarado durante el interrogatorio que el Sapo la acosaba y que por despecho la culpaba a ella de adulterio, y Jaume, el de la Madera, le decía que no mezclase al Sapo. Bueno, no se lo decía, se lo gritaba con insultos y amenazas. Y cuando ella dijo que el Sapo era un hijo de mala madre, Jaume tuvo una reacción furiosa: no hables de mala madre, no digas nunca de ninguna mujer que es una mala madre. ¡Tú no puedes decir eso! ¡Tú no! ¡Mírate al espejo cuando hables de una mala madre! Me pareció que se volvía loco, y desde aquel momento no oí más a Rossita. No sé si callaba o lloraba, pero al día siguiente recogí mis bártulos. Necesitaba alejarme de Cardós y me fui a Llavorsí. Me compré una Vespa de segunda mano y cada día iba y venía. Con lo bien que me lo había pasado en casa Sebastianet y de repente el ambiente allí dentro se había vuelto, no sé cómo decirle, infeccioso.

Lo sentí mucho por Rossita, tuve la sensación de que la abandonaba, pero me fui, sí. En el último momento me preguntó muy angustiada: ¿sabes dónde está? Me sorprendió, porque siempre nos habíamos tratado de usted, pero le salió así: ¿sabes dónde está? Le dije la verdad: no. Hoy le contestaría lo mismo, no he sabido nunca más qué fue de Santi.

## SUBIDA AL PUERTO DE TAVASCÁN

*Santi Vallory y los hermanos Dinamita*

El sendero se adentra en la espesura de los pinos negros que se perciben con dificultad entre la niebla. El bosque tiene una fuerte pendiente hacia el río que corre abajo, a la izquierda, y se oye el chapoteo del agua cuando baja por la montaña.

Santi abre la marcha y se detiene a menudo porque los hermanos

Dinamita caminan muy despacio, van protegidos cada uno por un hule que funciona como impermeable rudimentario. Hacen una pausa al pie de un árbol de copa incierta, ya que la niebla no deja ver más allá de la mitad de los troncos.

—Cago en la niebla de los cojones.

—La niebla, no. La cuesta es lo que nos mata.

—¡Shhh! ¡Silencio!

—¡Venga ya! Aquí no nos oye ni Cristo ni su suegra.

—¡Bajad la voz, coño! Ahí arriba está la frontera, seguro que hay civiles patrullando. Venga, un esfuerzo, que no falta mucho.

—A sus órdenes, don Santiago, pero tenga piedad de este par de mulas que no pueden con su alma.

El Dinamita Bizco busca excusas para ir parando y habla con socarronería todo el tiempo. A pesar del esfuerzo y del resuello, está alegre y no desaprovecha ninguna ocasión para hacer bromas. El Cojo habla poco, pero en ningún momento lamenta su cojera. Cuando Santi dice que tendrían que apresurar el paso, el Bizco acusa alegremente a su hermano.

—La culpa es del paticojo.

Continúan avanzando por el bosque de Causes hasta que los árboles van siendo más escasos y la atmósfera se hace ligeramente más luminosa.

—¿Y el camino?

—Sube y calla. Esto no me gusta.

—¿El qué?

—La niebla, que se está deshilachando.

—Pues ya era hora.

—Tiene razón don Santiago. Nos pueden ver desde lejos y con esos fusiles de mira telescópica no van a fallar ningún tiro. Les basta con tres balas, una para cada uno, aquí, en la frente, como si cazaran corzos. Igual.

—¡Queréis callaros!

La niebla se levanta deprisa y permite observar el campo abierto, la cinta espumosa del río que baja del lago Xic y las paredes de hierba y de roca que cierran la parte alta del valle. Pero las nubes no se levantan del todo, un cielo opaco, del mismo color que las piedras, no deja pasar el sol, es un cielo raso que cubre las montañas con un ligero movimiento de sube y baja que a veces

lo cubre todo y a veces permite vislumbrar unos centenares de metros más allá.

A través de la ropa empapada, exhalan vaharadas de sudor. Caminan aún más despacio porque el sendero se encarama por escalones pedregosos y húmedos que en algún tramo tienen charcos de hielo que crujen cuando los pisan. A medida que suben aparecen restos de nieve, pequeños neveros que no se deshicieron a pesar de la insólita oleada de temperaturas suaves de noviembre. Los tres resbalan a menudo, pero mantienen el equilibrio.

—Menos mal que no nieva, que si no...

—¿Falta mucho?

Santi mira siempre arriba y a los lados con inquietud.

—Venga, venga, no os paréis. Aquí nos ve todo el mundo.

Pero no avanzan. Necesitan descansar.

—Aquí no nos ven, pero tampoco vemos qué hay más arriba. Voy a subir un trecho a ver si está todo despejado.

Santi sube a grandes zancadas por el camino hasta que entrevé la curva que dibuja el collado de Tavascán. Santi barre con la mirada el paisaje de piedras y hierba que se extiende como una alfombra de musgo hasta el pie de roquedales y cantizales, con manchas de nieve cada vez más grandes. El río que baja a la izquierda del barranco es un torrente salvaje, una barrera natural que no se puede franquear. La ruta no tiene pérdida: arriba hasta los lagos y más arriba aún, siempre arriba. De repente Santi retrocede a grandes zancadas.

—¡Deprisa, al bosque!

—¿Qué pasa?

—Baja alguien. ¡Deprisa, vamos, vamos, abajo!

La carrera y la humedad no les permiten medir bien los pasos. Bajan casi dando tumbos, saltando y cayendo. Los dos hermanos se tropiezan con los hules que les sirven de impermeable y se los quitan. Quedan tirados en mitad del sendero.

—¡A los árboles! ¡Esconderse, rápido! ¡No, más arriba! ¡Más!

Santi querría subir más arriba, donde el bosque es más espeso, pero la pendiente es demasiado pronunciada para los pulmones maltrechos de los dos mineros. Se echan cuerpo a tierra parapetados detrás de los árboles para no

ser vistos. Al cabo de un rato de quietud tensa, el Bizco consigue articular unas frases con respiración agitada.

—¿Está seguro de que...?

—¡Shhh!

—Yo no veo a nadie.

—Que sí, que he visto una sombra que bajaba.

—¿No será un oso? Por aquí había osos antes.

—¡Shhh! Si es un civil, seguro que no va solo.

—Como se acerquen, van a saber lo que es bueno.

—¡Shhh!

—Oye, tú, ¿se lo enseñamos?

—Bueno.

—No estamos tan apurados, don Santiago. Traemos esto por si las moscas.

Muestra dos cartuchos de dinamita. Santi protesta intentando ahogar un grito de indignación.

—¡Animales! ¿Adónde vais con eso?

—Los mineros nos sentimos más seguros con esto en el bolsillo.

—¡Ni se os ocurra! ¡Vamos a volar todos!

—Con que vuelen los civiles nos conformamos, ¿verdad, tú?

—¡Shhh! Ahí está.

Permanecen inmóviles, con los ojos clavados en una figura que entra en el bosque a paso vivo. De repente Santi se levanta y baja corriendo hacia el camino.

—¡Xiulit!

Le responde un silbido agudo y retorcido, seguido de un saludo.

—Salud.

—¿De dónde coño sales?

—Del otro lado.

—¿De Francia?

—Sí.

—¿Sabes si hay alguien más por ahí arriba?

—No he visto a nadie en todo el día.

—¿Tampoco guardias?

—Ni de cerca ni de lejos.

Santi hace un ademán a los hermanos para que se acerquen.

—¿Conocéis a Jan Xiulit?

—Pues no.

—Allí lo conoce todo el mundo.

—A mí tampoco me gustan los civiles. Siempre me detienen por la ley de vagos y maleantes.

—¿Qué te hacen?

—Me encierran un día o dos en el cuartelillo y luego me sueltan. A veces me pegan un par de hostias y a veces me dan sopas de leche, depende de los sitios.

—¿Qué has ido a hacer al otro lado?

—Tengo una mujer.

—¿Y haces todo el puerto para ir a ver a una mujer?

—¿Por dónde quiere que vaya si no?

—Llegarás hecho polvo, este camino te quita el resuello.

—¿Vas muy a menudo a verla?

—Cuando me apetece. Pero en cuanto llega el mal tiempo se acabó. Con la nieve no se puede pasar por aquí.

—Aunque no nieve, si te pilla una tormenta, de los rayos no te libras.

—Hasta ahora sí. ¿Y ustedes qué hacen por aquí?

—Hemos salido a estirar las piernas, a ver si a este se le quita la cojera.

—Si yo tuviera que huir no iría a Francia por aquí, sino por Aulà o por Salau. Todo esto está lleno de civiles, como antes, cuando perseguían a los maquis.

—Eran valientes, los maquis. ¿Tú conociste a alguno?

—Pues claro, coño. Pero no me relacioné nunca con ellos. Los civiles tiraban a matar cuando los pillaban. Ahora vuelven a patrullar por lo de las obras. Pero no creo que encontréis a ninguno.

—¿Es morena o rubia, la mujer? ¿De qué color tiene los ojos? ¿Cómo es?

—Como todas. Tiene un coño y dos tetas.

—¿Y qué más?

—¿Es joven? ¿Es francesa?

—Dicen que las francesas son muy ardientes.

—Como todas las mujeres. Cuando van calientes haces lo que quieres con ellas.

—Una cosa, Xiulit. ¿Sabes si lloverá o si puede nevar incluso?

—Hoy no. Pero habrá niebla todo el día. Esperad aquí hasta que vuelva a ser espesa, es más seguro.

—Gracias por el consejo.

—Venga.

—Adiós.

—¡Adiós, prójimo!

FÉLIX CARNEVALLI

*Periodista jubilado*

Caramba, caramba, un cura ahorcado. No lo sabía. Me viene de nuevas. Hoy sería una bomba, iría en portada en todos los periódicos, pero en aquel entonces era tabú. Imposible ponerlo en *El Caso*, ni en letra menuda en las páginas interiores. Imposible. Ya le he contado que nos dejaban hablar con cuentagotas de crímenes, como mucho podíamos insinuar en algunos casos que el criminal era homosexual, un invertido como decían entonces, pero hablar de guardias civiles y curas muertos en extrañas circunstancias, que también era un eufemismo, era inimaginable.

Ya nos la habíamos jugado con un breve que decía que habían detenido a un tal Gumersindo Pallarés como asesino de un guardia civil en Noguera. Quedó como la historia de un agente muerto en acto de servicio por un contrabandista. Pero no pudimos informar de que al cabo de un tiempo al tal Gumersindo lo soltaron porque tenía testigos que estaban con él en Andorra cuando se produjeron los hechos. Gente de su gremio, ¿sabe?, contrabandistas como él que en un primer momento callaron como un muerto, nadie quería reconocer que estaba en Andorra de extranjis, pero que al final cantaron que aquella noche estaban en plena operación y que quien la dirigía era el tal Gumersindo Pallarés. Lo tuvieron unos cuantos meses más encerrado, y cuando lo soltaron aquel hombre ya no volvió a levantar cabeza. Yo hablé con su hija al cabo de un tiempo y me contó que su padre ya no

volvió a Llurri, que toda la familia se había ido a vivir a Artesa de Segre. Estaban amargados, hartos de las malas lenguas. A Sindo de Llurri le colgaron todos los sambenitos imaginables, como si realmente hubiese matado al guardia civil y quién sabe a cuánta gente más. Yo quería publicarlo en *El Caso*, pero me lo prohibieron.

Pues sí, estas cosas pasan. Si a usted la acusan de una cosa que no ha hecho, si se enteran los periódicos y sale por la tele..., que Dios la coja confesada. Ya no se quitará nunca más de encima las acusaciones, las sospechas, el vete tú a saber... ¿Y sabe quiénes son las malas lenguas? Pues mire, las que tiene más cerca de usted: los amigos, los vecinos, la familia, los compañeros de trabajo... Entre todos hacen crecer una bola de rumores hasta que estos se convierten en hechos adornados con todo tipo de detalles. Sindo de Llurri fue víctima de todo eso, no le quepa la menor duda. Y estoy seguro de que lo tuvieron prisionero más tiempo de la cuenta porque sí, para no remover más el caso mal resuelto de un guardia asesinado.

Todo esto que me cuenta usted me deja de piedra. Siempre ha ocurrido, hay delitos que no se terminan de aclarar nunca, pero en aquel tiempo la prensa no podía decir que una investigación estaba encallada, habría sido como acusar a la policía y a la Guardia Civil de ineptos. Me deja de piedra. ¿A Francia? ¿Por la montaña? ¿Como los maquis? ¿Y en diciembre? ¿Pero qué se creía? ¿Que no había guardias ni carabineros allí arriba? ¡Si estaba lleno de civiles, el Pirineo! ¡Y secreta, ni le cuento! No le quepa la menor duda de que había una red de policía secreta y confidentes entre los trabajadores.

Los pasadores, claro. No sabía que en aquella época aún estaban activos. Si hablamos del año 65..., sí, claro. En plena dictadura, sí. Con los estados de excepción cada vez que el régimen se sentía amenazado... ¿Sabe qué es un estado de excepción? Pues que quedaban suspendidas una serie de libertades y se daba carta blanca a la policía para detener, prohibir, censurar; no te podías reunir ni salir al extranjero sin permiso. ¿Qué le parece? ¡Tenían el descaro de suspender las garantías jurídicas en un país que no tenía ni una! ¡Dígame a mí, que cubría los tribunales y los delitos comunes y cada dos por tres me recortaban la información! Eso sí, de vez en cuando yo me permitía la pequeña venganza de redactar una noticia en un periódico que

hablaba de una manifestación, bueno, no con esa palabra, porque las manifestaciones estaban prohibidas y ni la palabra te dejaban utilizar, pero yo alguna vez me atreví a escribir que la policía se vio obligada a efectuar disparos al aire, y luego, al final, añadía que los heridos de bala fueron atendidos en tal hospital. Era como si los estudiantes volasen cuando los policías disparaban al aire. ¿Lo ve? ¡Esto es periodismo! ¡Sí, mujer, sí! Escarbar, hurgar, remover, tocar las narices con pequeñas informaciones que parecen intrascendentes.

Pues sí, en el año 65 seguro que aún había gente que huía por las montañas antes de que le cayese el peso del estado de excepción encima. Pero eso de los pasadores..., no sé si había muchos en aquel momento. Antes sí, sobre todo en tiempo de guerras, las de aquí y las de allá, y también en la época de los maquis, por eso había tanta Guardia Civil allí arriba. La gente del país se las ingeniaba para pasar estraperlo y para pasar personas. Sí, sí, cobrando muchos duros, ya lo creo. Pero había gente que lo hacía gratis, por ideales. Por el Pirineo entraban en España judíos que huían de la Francia ocupada. Clandestinamente, claro, por Navarra, por Andorra, por el Pallars. En *El Caso* informamos de alguien que se había salvado llegando a España después de mil peripecias, pero tenías que ir con pies de plomo y utilizar medias verdades. Años más tarde, yo entrevisté a una mujer de Isil que me explicó cómo actuaban. Y me contó que cada año recibían la visita de grupos de judíos que recuerdan cómo se salvaron sus familiares. Sí, sí, cada año, aún lo hacen, pasan una semana visitando el Pallars, de hotel en hotel, pero son judíos muy estrictos y sólo comen alimentos que se traen de su país. Después de la guerra los pasadores hacían la ruta al revés, llevaban hasta Francia a comunistas, anarquistas, catalanistas, intelectuales, militantes de todo tipo de organizaciones perseguidas. Por lo visto, los comunistas eran los que estaban más organizados, los otros iban un poco a la buena de Dios y tanto podían encontrar un pasador honrado como uno que les exigiese una suma que no podían pagar. Si no te acompañaba un buen guía de montaña, lo tenías crudo. ¡Qué tema más apasionante para un reportaje!

Perdone, de tanto hablar me he desviado del tema. Usted ha venido a preguntarme qué sé de Santi Vallory y de un crimen del año 65, y ya ve que no le apporto nada. Aparte de la detención y liberación de Gumersindo



Pallarés, que lo seguí cuando trabajaba en *El Caso*, no sé qué más puedo decirle que usted no sepa ya. Para mí era un asunto archivado; si he de serle franco, no pensé más en ello. Creo que deberíamos mantener esta conversación al revés, soy yo quien la tendría que coser a usted a preguntas. Usted me ha hecho revivir el instinto de husmear, como cuando era joven y hurgaba en la cara más oscura de los delitos. La gente quiere saberlo todo de los crímenes y el periodista tiene que ser el primer cotilla, no basta con los detalles que te facilita la policía, tienes que escarbar en el factor humano hasta el final. Ese era mi trabajo, comprenda pues que ahora me sienta un fracasado; todo esto que me cuenta tendría que haberlo descubierto yo en aquel momento o quizás un poco más tarde, aunque después no me lo hubiesen dejado publicar. Por instinto, por orgullo profesional. Y ahora quiero saberlo todo.

¿Pero usted de dónde lo ha sacado? ¿Cómo lo sabe?

#### SUBIDA AL PUERTO DE TAVASCÁN

##### *Santi Vallory y los hermanos Dinamita*

—«Todos me dicen que no te quiera, que no te quiera. Si todos dicen que no te quiero, no me cortejes, mozo embustero. No me cortejes, mozo embustero, que mis amores son de un minero».

El Dinamita Cojo canta en voz muy baja, para sí mismo, mientras los otros dos continúan sentados en el bosque de Causes, esperando a que la niebla vuelva a ocultar el paisaje y a ocultarlos a ellos.

—¿Usted sabe cómo fue lo de Juan March, don Santiago?

—¿El qué?

—Lo del coche.

—¿Qué coche?

—¿No lo sabe?

—Mientras he estado escondido no me he enterado de nada.

—Nosotros llevamos más tiempo escondidos y estamos al corriente de todo. Cuéntaselo, anda.

—Pues que Juan March vino a Cardós para celebrar el cale de Canalada.

—Pero no tuvo agallas para subir a donde el cale. Sólo fue a la comilona con toda la camarilla de gerifaltes y fascistas lameculos.

—Y después del banquete, cuando iba a regresar a Barcelona, el chófer se encontró el coche lleno de mierda de vaca.

—Un cochazo de millonario, un mercedes negro largo como un berliet, todo pringado con boñigas frescas.

—Ya me imagino quién lo hizo.

—Se equivoca, jefe. Nosotros no fuimos, esta vez no.

—Entonces, ¿quién fue?

—No tenemos ni idea, por eso nos vamos tan contentos.

—Contentos no, orgullosos. Hemos dado ejemplo de que no hay que tenerle miedo a la dictadura y ya ve, otros camaradas toman el relevo cuando ya hemos cumplido.

—La semilla de la revuelta se extiende como la pólvora, don Santiago. Después del trueno usted regresará como un héroe y la gente le recibirá con el puño en alto.

El Bizco se incorpora y se vuelve hacia Santi.

—Si no es mucho preguntar, ¿a usted por qué le buscan?

—Por una cosa que hice. Una cosa muy... muy gorda.

—¿Por política o por una mujer?

—¿Una mujer? ¿Qué mujer? ¿Qué os han contado?

—Nada. Cosas que se le ocurren a uno.

—No, no. Lo mío es por política.

—Pues aquí nos tiene para todo lo que haga falta.

—Con nosotros estará a salvo. Tenemos contactos.

—Somos gente agradecida, don Santiago. Usted nos salvó de los civiles cuando me ayudó a quitarme de encima el bulto aquel. ¿Sabe lo que era?

—Sí, lo vi después. Y si estuviera en un lío por una mujer, ¿qué me diríais?

—Lo mismo.

—¡Ay, las mujeres! ¡Lo que haría uno por una mujer, don Santiago!

—Tiran más dos tetas que dos carretas. Ya ha visto al fulano ese, que por una mujer se sube y se baja por estos riscos la mar de contento.

El Dinamita Cojo canturrea.

—«Mira que te llevo dentro de mi corazón...».

El Bizco sigue el ritmo con un palmeo sordo de manos.

—«Por la saludita de la mare mía te lo juro yo. Mira que pa mí en el mundo no hay na más que tú y que mis sacáis, si digo mentiras, se queden sin luz. Por ti contaría la arena del mar, por ti yo sería capaz de matar...».

—¡Vale ya, coño!

—Es que todo lo bueno tiene nombre de mujer, don Santiago. La libertad, la revolución...

—La clase obrera.

—La lucha final.

—La Unión Soviética.

—La dinamita que les vamos a meter por el culo a los fascistas.

—Venga, chicos, que ya tenemos la niebla encima otra vez.

—Vamos allá.

Se ponen en marcha.

La niebla se ha vuelto espesa muy rápidamente, como si de repente se hiciese de noche. Caminan aún con más lentitud que antes. Primero rehacen el camino que habían desandado precipitadamente y los dos hermanos recuperan los hules que habían tirado con las prisas.

La humedad les empapa la ropa, los zapatos, la cara. Suben por una cuesta que no es abrupta pero sí sostenida, penosa para el Bizco y para el Cojo. Resoplan, aminoran la marcha, se detienen a menudo. Hasta que a la altura de los lagos, el sendero se hace más llano y el paso más ligero. La niebla no deja ver la negra extensión de los lagos, sólo los márgenes que el camino va contorneando hasta el pie de la pared final del puerto. Cuando el terreno se hace pedregoso, antes de la última subida, se detienen un momento.

—¡Qué! ¿Ya se le ha pasado el susto?

—¿Qué susto?

—Va acojonado todo el rato. ¿De qué tiene miedo?

—No es miedo. Voy pensando, le voy dando vueltas a... ¿Os puedo pedir una cosa?

—Faltaría más.

—Si me ocurre algo...

—¿Qué va a ocurrir! Dentro de una hora seremos libres.

—Si me ocurre algo... ¿Conocéis la Taverneta, de Noguera?

—¡Coño, don Santiago! ¡Que no vamos a volver! Noguera se acabó para nosotros.

—Sí, claro.

—¿Qué nos iba a pedir?

—No, nada.

En medio de una niebla muy espesa inician el último tramo de la subida.

Las piedras del cantizal rodaban cada vez que movía un pie, por cada dos pasos que subía bajaba uno, hasta que de repente noté que el terreno hacía bajada y a cada paso que daba bajaba dos. Ya estábamos en Francia. Entramos a ciegas, sin darnos cuenta. Los hermanos Dinamita estaban eufóricos. Se pararon a cantar *La Internacional* con el puño en alto y pasearon la vista por el entorno como si en lugar de niebla tuviesen ante sus ojos el esplendor de la tierra prometida.

La línea de la frontera era una simple cresta de piedras. A un lado, España, al otro, Francia. Mi vida quedó partida en dos en aquel punto, pero yo no pensaba en ello, sólo me preocupaba de no romperme una pierna en aquel camino de piedras húmedas y niebla espesa. Mis botas eran de piel, resistentes, las que utilizaba en el trabajo arriba de las montañas, pero tenían las suelas tan gastadas que apenas quedaba relieve. Los Dinamita, en cambio, caminaban con seguridad a pesar de que llevaban las chirucas empapadas. Yo temía que, si me torcía un tobillo, me quedaría retrasado y les perdería de vista. Convertí una rama seca en un bastón y eso me dio más seguridad justo cuando la niebla empezaba a disiparse. Habíamos descendido bastante y ya podía reconocer el color y la fisonomía de las montañas.

Los hermanos Dinamita cantaron una canción de su tierra para despedirse de España. Me parece que yo no tenía ningún tipo de sentimiento, sólo me preocupaba de no resbalar. Hasta que empezaron a caer unos copos finos de nieve y sentí un escalofrío en el espinazo. Mejor dicho, en la conciencia. Me acordé de la primera nevada del otoño en Noguera, de los primeros copos que cayeron aquella noche más negra que cualquier otra, cuando yo seguía con el pulso acelerado una sombra equivocada. La nieve me trae siempre ese mismo recuerdo.

Cuando supe que al puerto de Tavascán los franceses le llaman Marterat, tomé conciencia de que todo era distinto y nuevo. Una misma cosa tenía dos nombres distintos y dos perspectivas distintas que no tenían mucho que ver la una con la otra. Entraba en un mundo nuevo y sentía que una parte de mí había quedado atrapada en la niebla del puerto. De la vida anterior sólo me llevé la sombra que según Maty llevo siempre en la frente.

Fuimos a pie de pueblo en pueblo hasta Foix. Dos o tres días de camino. Los hermanos Dinamita tenían prohibido tomar ningún tipo de transporte

público hasta que lo autorizase el partido, pero con los francos que me había dado Caio Periquet, pudimos comer y descansar en alguna fonda. Ellos no sabían ni jota de francés y no se hacían a las costumbres ni a los horarios, pero estaban contentos. No sé cómo se puede ser tan feliz en una situación tan incierta.

En Foix los dos hermanos se pusieron en contacto con un miembro del Partido Comunista Español, que nos llevó hasta Toulouse en una camioneta y allí empezamos un periodo extraño, incómodo. Los Dinamita me presentaron como un defensor de la clase obrera y exageraron mi fe en la causa y los riesgos que yo había corrido para evitar que la Guardia Civil los detuviera. Su idea fija era volver a España con documentación falsa y dedicarse al proselitismo entre los mineros de Jaén. Insistieron mucho para que me enviasen también a mí. Yo sólo pensaba en Rossita, y por ella me sometí a dos meses de adoctrinamiento que se me hicieron insoportables. Aguanta un poco más y pronto podrás volver, me decía. Una vez allí, encontrarás la forma de ponerte en contacto con ella y empezar una nueva vida los dos juntos con una nueva identidad. Los comunistas españoles tenían fama de hacer unas falsificaciones muy buenas y eso me daba cierta esperanza.

A pesar de que lo tenían prohibido, el Dinamita Cojo y el Bizco se escapaban y se iban a cantar con los grupos de exiliados españoles. Yo, en cambio, buscaba excusas para no relacionarme con nadie. Por Toulouse se movían exiliados españoles comunistas, anarquistas, socialistas y catalanistas radicales, que eran los que me daban más miedo. Evitaba el barrio de Saint-Cyprien, sobre todo la rue Novars, donde estaba el Casal Català. Temía que descubriesen mi impostura; si alguien me reconocía, me arriesgaba a perder la oportunidad de volver a España con cierta cobertura legal. Hasta que un día los hermanos Dinamita obtuvieron los anhelados pasaportes y fueron enviados a Jaén en tren. La despedida fue muy emotiva, pero sólo por su parte; me abrazaron con lágrimas sinceras y me saludaron por última vez con el puño en alto.

—Vamos a darles por culo a los fascistas. ¡Salud!

—¡Salud y viva la República!

Y ahora qué, me dije. Sin aquel par de visionarios a mi lado me sentía desamparado, pero me consolaba pensando en Rossita. Ahora te toca a ti, te

enviarán a España y te meterás en la boca del lobo con una actividad política que ni te va ni te viene, pero en cuanto puedas enviarás algún tipo de mensaje a Zep, a ver si él puede hacer de intermediario con Rossita. Yo tenía plena conciencia de representar una farsa y algo debían de sospechar los responsables de mi adoctrinamiento. La cosa fue más o menos así:

—Ya tienes tu pasaporte, camarada. Te envían a una zona minera.

—¿A Jaén?

—A Valparaíso, en Chile. Te vas mañana.

—¿Por qué a Chile?

—La lucha de los mineros es muy dura y allí te necesitan.

—¡Yo no soy minero!

Se me cayó el alma a los pies. ¿A Chile? ¿Por qué? No me lo dijeron explícitamente, pero vi que se me quitaban de encima. Me enviaban a colaborar con un partido hermano en una zona de gran conflictividad social. Me dijeron que allí necesitaban gente como yo. No se referían a la preparación ideológica, sino profesional. Cuadros, repetían, faltan cuadros.

Aquella noche estuve tentado de huir. Pero yo no tengo madera de fugitivo. Otra huida, pensaba, ¿para ir adónde? ¿Con quién? ¿Para hacer qué? No dormí en toda la noche. Yo no había volado nunca y no me veía capaz de pasarme dos días haciendo los cambios de avión necesarios para llegar hasta Valparaíso, pero hice todos los vuelos en compañía de un camarada que iba a París, otro a Río de Janeiro, otro a Santiago de Chile y a Valparaíso. Vaya, que no me dejaron nunca solo para que no tuviese la tentación de desertar de la causa ahora que tenía un pasaporte, muy bien hecho, por cierto. Pero en Chile me cambiaron el pasaporte por documentos de identidad chilenos con un nombre nuevo.

Así fue como nací por segunda vez. Ahora me llamaba Juan Andreu Bonany, y oficialmente era hijo de unos exiliados catalanes en Chile después de la guerra española. En cierto modo fue una segunda oportunidad, como si mi biografía empezase de nuevo, sin ninguna mancha. Al menos de momento.

Como Juan Andreu empecé la nueva vida trabajando para una empresa constructora donde hacía un poco de todo, menos de topógrafo. Coordinaba las etapas de los trabajos y después de un periodo de adaptación, me

especialicé en establecer unos calendarios de obras muy exactos que la empresa hacía cumplir al pie de la letra. Como no estaban acostumbrados a una planificación rigurosa, me valoraban y me respetaban, me llamaban don Juan, y aquello que decía don Juan iba a misa. El problema era que la empresa no tenía ninguna consideración con los trabajadores, y yo, que teóricamente era un comunista militante, hacía la vista gorda. Me limpiaba la mala conciencia ayudando en Placillas a rehacer los ranchitos, las barracas de la gente pobre, que era la mayoría. Así conocí a Maty.

Matilde era una profesora de filosofía muy idealista que daba clases de alfabetización en Placillas. Era activa y muy locuaz, predicaba la revolución con una fe contagiosa. No sé por qué se fijó en mí, decía que yo era un enigma y que sentía curiosidad. Yo hablaba poco y me sentía acobardado a su lado, pero cuanto más distancia ponía yo, más atraída se sentía ella. ¿Por qué hablas tan poco? Con esa voz tan linda que tienes... Me buscaba, se inventaba pretextos para estar conmigo hasta que llegamos a la intimidad. Cuando abrazaba su cuerpo menudo y juguetón, se me despertaba la angustia. No me perseguía el Lindos Ojos, sino Rossita. Sentía asco de mí mismo, me acusaba de traidor. Y me prometía volver al Pallars tan pronto como fuese posible. Ella, Maty, se reía de mi turbación, la atribuía a una timidez congénita. Juancito, esto se cura con inyecciones de risa, me decía.

Pero yo no me curaba y empezó a llamarme mi triste Juan. Me cosía a preguntas para averiguar el gran enigma que yo era. Me preguntaba sobre todo por la guerra civil española y por qué mis padres se habían exiliado en Chile, pero yo me salía por la tangente, alegaba que no quería hablar de ello porque era un tema muy doloroso. Eres un embustero, me decía a mí mismo, con la excusa de llamarte Juan Andreu te has acostumbrado a encadenar una falsedad tras de otra. Te engañas creyendo que así volverás a ser el Santi Vallory de antes. ¿De antes de qué? ¿De cuándo? Esto se tiene que acabar, cada día que pasa le estoy haciendo más daño a Rossita.

Yo era incapaz de romper con Matilde. Me dejaba arrastrar por su carácter risueño y por la hiperactividad que desplegaba entre las asociaciones vecinales. Con su volkswagen escarabajo recorría la provincia de Marga-Marga para ir a asambleas obreras, cineclubs de estudiantes, recitales poéticos, charlas feministas, festivales de canción de protesta. Conocí a unos



curas jóvenes que estaban muy comprometidos con los movimientos populares. De base, los llamaban. Algunos de estos curas eran catalanes, como el padre Eusebio, que era de Barcelona.

Era un hombre muy activo y afable, y a veces teníamos pequeñas charlas en catalán que a él le hacían mucha gracia. No puedo olvidar la larga conversación que tuvimos en un local muy austero de su parroquia, en un barrio humilde de Quilpué. Mientras me preparaba un café, se interesó por mis apellidos sin saber que eran falsos. Me preguntó de paso, sin énfasis, si yo era pariente de unos Andreu que vivían en Gracia, su barrio de Barcelona. Era una tarde soleada, la habitación tenía el tono azul de unas cortinas que se movían por la corriente de aire. Me ha quedado grabada esa imagen, el movimiento ondulante de unas cortinas que cubrían con un azul descolorido las anchas ventanas de aquella sala que era despacho parroquial, escuela de adultos y sala de actos si era necesario. Y fue allí, sentado en un pupitre escolar, cuando abrí mi corazón y mi conciencia. A raudales, sin esfuerzo, sin dramas. Me vacié por completo. Le expliqué que me corroía por dentro el remordimiento de un crimen y la falta de lealtad o de valentía para comunicarle a Rossita que no me esperase, que quizá no volvería al Pallars. Era una idea que iba creciendo dentro de mí en silencio, pero yo me resistía a admitirlo. Me debatía entre la certeza de una pasión que se extinguía y el deber moral de volver, no soportaba la idea de una Rossita decepcionada, amargada y sometida a Jaume. El amor que yo había sentido por ella, que había sido muy intenso, sincero, con la distancia se había transformado en pena. Y en rabia contra mí mismo por haberla abandonado a su suerte. Me sentía responsable de su desdicha. Quizá vivía atormentada esperando cada día que yo cumpliera mi palabra de rescatarla.

Debió de ser el día de mi vida que más hablé. Seguramente en el fondo yo ya tenía un relato bien construido y completo, como los planos detallados de una obra que no dejan nada a la improvisación, sólo me faltaba encontrar el momento propicio para desovillarlo de principio a fin. Y no me hubiera imaginado nunca que pudiese hacerlo en una conversación plácida con alguien casi desconocido, un hombre que sabía escuchar y comprender. No tuve una sensación de violencia interior como si cada palabra me desgarrase las entrañas. Al contrario, a medida que iba hablando, me sentía más

tranquilo, no sé si decir en paz conmigo mismo, pero casi. Le conté que acudí al confesonario de mosén Antonino para decirle que Sindo de Llurri era inocente, pero que me habría gustado confesarme de verdad y que el cura me hubiera dado la absolución. ¿Por qué se va a confesar la gente si no es para librarse del peso de la culpa? Te perdono los pecados, anda, vete tranquilo.

Mosén Eusebi Estadella, el padre Eusebio, me dijo que yo me podría absolver a mí mismo trabajando a favor de la vida. Aquella muerte no se podía reparar, me dijo, pero puede ser la semilla de la alegría y la esperanza para mucha gente si tú trabajas por la vida, si ayudas a los que más lo necesitan a vivir con dignidad, a alimentarse, a tener educación... Repitió la palabra alegría muchas veces. Hablaba de la alegría de compartir, de aprender con humildad, de ayudar a los demás... Era aproximadamente un sermón de los que hacían aquellos curas rebeldes a la autoridad del obispo, y muy parecido también al combate ideológico de Maty. Pero añadió: trabajando para los demás te querrás a ti mismo, que también lo necesitas. Me recomendó que aclarase mis sentimientos, y que, si quería mantener la relación con Maty, tenía que ser sincero con ella. Necesitas un confidente, un amigo, una mujer que te quiera, alguien cerca con quien hablar con el corazón abierto como lo has hecho ahora. Y se ofreció para ponerse en contacto con Rossita. Me pidió que la telefonease o, si no era posible, que le escribiese una carta, una nota que él se encargaría de hacérsela llegar a través de sus contactos con Cataluña.

La conversación fue larga. Cuando se terminó, el azul desleído de las cortinas se había vuelto oscuro y ya no ondeaban. No me di cuenta de que estábamos en penumbra porque hacía rato que llovía. Al salir, apenas quedaba ya luz del día y la calle estaba llena de charcos. De eso hace muchos años, pero tengo aquella tarde grabada en la memoria como un episodio liberador.

Renací, como si el pacífico y responsable Santi Vallory de antes hubiese ganado la partida al falso Juan Andreu. Me sentí valiente y animado, multipliqué mi ayuda en la construcción y reconstrucción de los ranchitos que ocupaban barrios y pueblos enteros. Ejercía más de aparejador y de albañil que de topógrafo. Allí no hacía falta ningún topógrafo, pero sí eran necesarias manos y criterio para garantizar la solidez de las construcciones, por precarias

que fuesen, y también la salubridad. La actividad física me iba bien para evadirme de las preocupaciones y llegar a la noche cansado.

Maty estaba entusiasmada con mi afán por ayudar a los demás y un día me preguntó qué mosca me había picado. Le dije que todo venía de una conversación profunda con el padre Eusebio y no omití ningún detalle, le expliqué hasta qué punto me había trastornado conocer a Rossita, cómo me convertí en un fugitivo y cómo yo, que no tengo madera de aventurero, emprendí un extraño camino hasta Valparaíso. También le conté que cuando era más joven había estado a punto de casarme, pero que en el último momento ella se echó atrás. Yo no había tenido nunca una relación larga y no estaba seguro de conseguirlo con Maty, pero quise que ella lo supiese todo, las certezas y también mis indecisiones. Pero no la dejé hablar, le pedí que dejásemos de vernos durante unos cuantos días, que pensara bien si quería continuar viéndome y abrazándome ahora que lo sabía todo de mí. Cumplió el plazo de mala gana y cuando nos reencontramos me dijo: antes me gustabas, ahora te amo, Juancito. Al cabo de unos meses, el padre Eusebio nos casaba en su humilde parroquia de barrio. El trámite burocrático del matrimonio sirvió de paso para consolidar mi identidad chilena, con algún soborno de por medio, pero desde entonces no tuve ningún problema con mis papeles.

Yo quería escribir una larga carta a Rossita, pero lo iba posponiendo. Me decía a mí mismo que una carta mía podía exponerla aún más delante del marido y que valía más escribir a Zep para que él se lo explicase de viva voz, sin escritos comprometedores. En realidad sólo tenía que decirle una cosa: no me esperes, lamento haberte hecho sufrir; pero quería justificar tanto mi tardanza en escribir, que no encontraba nunca el momento de ponerme a ello. Entonces llegó la noticia terrible, el accidente de moto de Eusebi Estadella. Cuando llegamos al hospital ya estaba muerto. No fui al entierro, no me sentí capaz de asistir, necesité un tiempo para reunir la fuerza suficiente para ir al cementerio solo. No se me ocurrió llevarle un ramo de flores, sólo quería estar un rato para decirle de tú a tú, cuando ya era demasiado tarde, que tenía una deuda de gratitud con él, que no olvidaría nunca aquella tarde que fue apagándose entre cortinas azules. Ni por la muerte del guardia civil ni por Rossita vertí una sola lágrima, pero allí, en el cementerio de Quilpué, me

salió todo el dolor de dentro y lloré desconsoladamente. La culpa que yo había conseguido domesticar rebrotaba ahora con la vergüenza de sobrevivir a un hombre joven, generoso, lleno de energía y de bondad.

A partir de entonces aprendí a encerrar mi desasosiego en una caja fuerte dentro del pecho. Tuvimos dos hijas y eso me obligó a llevar una vida aproximadamente normal, pero sin aquella alegría que predicaba el padre Eusebio. Quizás es que soy así por naturaleza y lo hubiera sido en cualquier otra circunstancia, y Maty me hubiera puesto igualmente el apodo de triste Juan. Sólo me llama así cuando estamos solos y siempre con una sorna benévola: ¿qué cuenta mi triste Juan? Pero delante de las niñas siempre me ha llamado Juancito.

Llegaron tiempos difíciles. El golpe de Estado de Pinochet se encarnizó con los sectores en los que nos movíamos, sobre todo Maty, que tenía contactos con todos los movimientos de izquierdas y de curas obreros. Pasamos mucho miedo, y si no detuvieron a Maty fue por casualidad, porque los militares se equivocaron de casa y fueron a buscarla dos calles más arriba. Nos mudamos a toda prisa a Viña del Mar para pasar desapercibidos en una ciudad más burguesa donde casi nadie me conocía. Fueron unos años de vida medio secreta, sufriendo siempre por no dejar huérfanas a las niñas. Hasta que poco a poco fuimos atenuando las precauciones y empezamos a hacer una vida social más estándar. Maty encontró trabajo como profesora de filosofía en la misma escuela donde estudiaban las niñas, y el azar quiso que yo también me dedicase a la docencia como profesor de topografía en la Universidad Católica de Valparaíso.

Cuando la democracia llegó a España me planteé regularizar mi situación, pero no sabía exactamente cuál era. No me atrevía a ir al consulado a preguntar qué tipo de cuentas tenía yo con la justicia. Si contaba a mis hijas que me acogía a la amnistía porque había huido de España perseguido por la policía política, hubiera quedado como un héroe, pero si les decía que tenía una orden de busca y captura por un crimen de los más vulgares, hubiera hundido mi reputación de padre y les habría causado un daño irreparable. Las pocas veces que Maty y yo hablábamos de los hechos de Cardós, utilizábamos la misma expresión de Rossita, diciendo: aquello que sucedió en Cardós, no era necesario añadir nada más.

La democracia llegó también por fin a Chile, y un día Maty me sorprendió. Vete para allá, me dijo. Por su cuenta y moviendo hilos durante casi un año, había averiguado que la justicia española no tenía ningún cargo contra Santiago Vallory, y por tanto yo podía volver con la identidad chilena y recuperar la antigua. Fue una sorpresa mayúscula. ¿He estado todos estos años sufriendo porque sí? ¿Había dejado de perseguirme la Guardia Civil o es que nunca me había considerado un criminal, ni tan sólo un sospechoso? ¿Qué pasó con Sindo de Llurri? ¿Habían llegado a juzgarlo por un crimen que no cometió?

Ven conmigo, le pedí a Maty. No, ve tú solo. ¿Y si no vuelvo?, le contesté sin pensármelo. De hecho me sorprendí a mí mismo respondiendo de esa manera, pero ella, Maty, lo tenía muy pensado y me lo confirmó con una determinación que no admitía réplica: ve a enterrar todas las culpas; yo no voy a ser un obstáculo, aceptaré lo que creas que debes hacer, porque quiero que por una vez en la vida tomes una decisión sin sentirte culpable. Aunque seas mayor o quizá por eso, porque ya va siendo hora.

El viaje a Barcelona fue como un receso espiritual, un retiro laico, sin religión, pero con pecados por expiar. Aproveché las horas de vuelo para organizar mis recuerdos y para mirarme muy adentro. En Barcelona no me entretuve mucho, y en el mismo aeropuerto alquilé un coche para ir al valle de Cardós. A nombre de Juan Andreu Bonany.

Tremp, el pantano de Sant Antoni, la Pobla de Segur, Gerri de la Sal, Sort, Rialp... Todo era viejo y nuevo. Recordaba el recorrido, pero no reconocía los pueblos ni las carreteras, que ahora parecían autopistas en comparación con aquellas otras de antes, retorcidas y llenas de socavones; las caravanas eternas en los puertos del Bruc, de la Panadella y de Àger, y aquella pasarela de hierro sobre el Noguera Pallaresa, tan estrecha que los camiones se quedaban inmovilizados sin margen de maniobra... Me venían a la mente imágenes de autocares encallados cuando la carretera se estrechaba en medio de la Pobla y de Gerri. A cada kilómetro que avanzaba río arriba se me despertaba la memoria de los temibles desfiladeros de Terradets y de Collegats, pero con los túneles de ahora y los nuevos atajos pasé de largo sin darme cuenta. Ya no era necesario tocar el claxon continuamente, ni era necesario saberte de memoria los horarios y los recorridos de la Alsina

Graells en los dos sentidos para no encontrarte a los autobuses de frente.

En Llavorsí, al doblar a la derecha y pasar por delante de la central que hay excavada dentro de las rocas, el pulso se me aceleró. Entraba de lleno en el territorio de Cohisa que había recorrido palmo a palmo. Tírvia fue el primer vuelco en el corazón. Tan bien colocada en lo alto del cerro, me produjo un primer efecto de familiaridad, como si todo aquel paisaje me estuviese esperando desde hacía años. Recordé que cerca de Tírvia, en la montaña de enfrente, estaba la ventana de la Bana, en el último tramo de los túneles que llevaban el agua desde los lagos más altos de la montaña hasta Llavorsí. ¿Quién diría que estas montañas están tan perforadas?, pensé.

Era un día radiante de junio, con un valle de Cardós inundado de luz y de primavera que contrastaba con aquella carretera siempre nublada por el polvo que levantaban los berliets. De repente, después de una curva, ya se veía el Pui Tabaca. Segundo vuelco del corazón, aún más fuerte. Fue un relámpago, un escalofrío que me removi6 por dentro y despertó el nombre de aquel desfiladero que dormía en el fondo de mi memoria: el Forat de Cardós. Arrimé el coche a un costado y me detuve un momento a respirar hondo. Aquella cima puntiaguda es un emblema, un símbolo que lo absorbe todo. Yo me había olvidado completamente del Pui Tabaca y con sólo verlo me sentí de lleno dentro del valle. Ya había llegado.

En Noguera fui a un hotel nuevo que no conocía, y un largo paseo por el pueblo me sirvió para darme cuenta del alcance de las transformaciones. La imagen que tenía de todos los pueblos del recorrido y del propio Noguera era del siglo pasado, como una colección de postales antiguas. Me sentía arcaico, viejo, fuera de lugar. En cambio, el pueblo estaba rejuvenecido, era más bonito que antes. Quizá porque era un día luminoso, el sol hacía brillar la hierba y jugaba al escardillo con los tejados relucientes. El azul intenso del cielo era el que yo había visto tantas veces en los lugares más altos, en Certascán, Romedo, en los campamentos de Canalada y Pilastre, los que estaban más arriba, a un paso de la frontera de Francia.

Noguera es hoy un pueblo amable, delicioso, que respira una tranquilidad que no se corresponde con la imagen de bullicio que yo recordaba. En cambio Llurri, allí arriba, a un tiro de piedra de Noguera, me pareció tan inmóvil como antes, con la misma función pintoresca que yo le había

atribuido siempre.

No había polvo, ni camiones, ni máquinas, ni tubos alineados en la cuneta, ni el trájín de las obras ni ningún indicio de que eso hubiera existido. De los diez o doce bares que hubo, quedan sólo dos o tres. No se percibe el tufo de cuadra porque no hay vacas. Las calles están empedradas y eso se ve a primera vista, porque no tienen aquella capa de estiércol que siempre las cubría. Hay farolas. El campanario de la iglesia es distinto, ahora tiene almenas en lugar de la punta de cuatro aguas que lo cubría. Ha desaparecido el rótulo de TODO POR LA PATRIA, me di cuenta enseguida cuando pasé con pavor y con el corazón en un puño delante del antiguo cuartel de la Guardia Civil. Parece que ya no queda ningún guardia civil, que no hay cuarteles en Noguera, ni en Tavascán, ni en Tírvia ni en ningún lugar del valle.

La quietud me sorprendió porque yo no había conocido la vida reposada anterior a las obras. Hice un esfuerzo de imaginación para recordar el tráfico incesante de berliets arriba y abajo que levantaban nubes de polvo. La carretera parece otra, yo echaba de menos algo, pero no sabía qué, y es que han desaparecido las moreras que daban sombra en verano. No suenan las sirenas que marcaban los turnos de trabajo. Por la noche hay un silencio que no tiene nada que ver con la algarabía de los hombres que se refugiaban en los bares para beber vino, jugar a las cartas y al dominó. Aún me parece oír cómo chocaban las fichas sobre la mesa. No hay peleas en la calle ni se oyen canciones andaluzas. Tanta quietud me resultaba extraña, me parecía que de un momento a otro iba a sonar la guitarra del Dinamita Cojo y la voz de su hermano, el Bizco, que iban de bar en bar hasta que no quedaba ni uno abierto.

Yo no conocía a nadie, y nadie me conocía a mí. Todo el mundo se había hecho mayor, las chicas que nos servían en los bares deben de ser ahora madres de familia o incluso abuelas. Yo no me atrevía a preguntar nada relacionado con el Pilar de 1965, me moría por ir a casa Sebastianet pero no me decidía a hacerlo. Me acerqué por la calle de arriba, donde hace un montón de años seguí la sombra de un pobre desgraciado. Enseguida comprobé que la Taverneta estaba cerrada, como la mayoría de los bares. En casa Sebastianet parece que vive una pareja medio hippy que tienen en la fachada de arriba y en la de abajo esculturas hechas con troncos y piezas de

máquinas oxidadas. Los vi a través de las ventanas del primer piso, donde antes estaba el comedor. ¿Y Rossita? No me atreví a llamar.

A quien me encontré fue a Sombrita, uno de los pocos trabajadores de Cohisa que no se fueron de Noguera. Cuando acabaron las obras, se quedó a vivir en Noguera y a trabajar en la serrería hasta que se jubiló. Le conocí por la mancha blanca en la cara, y, charlando sobre aquellos tiempos, se ofreció a acompañarme a las obras. Me sorprendió que aún quedasen restos de los campamentos, sobre todo en Noguera, junto al pueblo. Identifiqué los talleres, los dormitorios, con las duchas al fondo, las oficinas de la administración y la oficina técnica donde trabajábamos Zep y yo. Se conservan bien la cantina y las casas de madera de los jefes de área, pero el resto está medio en ruinas o medio destruido, como esqueletos de animales salvajes esparcidos por el bosque. En las explanadas donde dejábamos los land-rovers y maniobrábamos los berliets, crecen manzanos silvestres con unos troncos de más de un palmo de ancho. Pasamos por las presas de Tavascán y Graus, que ya son viejas, y comprobé que sólo queda algún vestigio de aquellos dos campamentos tan conflictivos que eran los más vigilados por la Guardia Civil. En todos los campamentos había peleas, pero Tavascán y Graus eran focos de delincuencia. Guiado por Sombrita, di una vuelta por Lleret, por las ventanas de Lladrós y de Anàs, que ahora están cerradas con rejas. Todavía queda alguna inscripción: VENTANA NÚMERO 7. Nadie diría que por allí se accede a una red kilométrica de túneles excavados en la roca. Y nadie diría que un hombre sencillo y medio analfabeto como Sombrita trabajó unos cuantos años a dos mil metros de altura y en unas condiciones tan duras. Yo le conocí en el campamento de Canalada y ahora me cuesta creer que aquella gente subiese y bajase por un desnivel terrorífico con el funicular de Guerón, que era un medio de transporte espeluznante. Fuimos hasta el pie del funicular, que todavía conserva la estructura y las vías que ascienden hacia el cielo. Yo subí y bajé no sé cuántas veces y hoy no lo haría ni a punta de pistola. Pero el funicular, el frío, las voladuras diarias, las fallas que aparecían inopinadamente en plena excavación, la proximidad de los polvorines, las máquinas pesadas avanzando por unas pistas estrechas y obstruidas por gruesos de nieve, las tormentas repentinas, los rayos que castigaban la cresta como si quisiesen exterminar a los intrusos, la ventisca



que cortaba como un cuchillo y se lo llevaba todo, los pozos verticales de alturas vertiginosas... Todos los peligros terminaban convirtiéndose en rutina. Y los hombres que lo vivieron son hoy héroes anónimos, ignorados, como Sombrita. Aún quería que subiésemos más arriba por el río Lladorre, pero le dije que ya tenía suficiente.

Me sorprendió que todos los pueblos alejados de la carretera principal estuviesen parados, disminuidos. Me dijo Sombrita que en todo el valle sólo hay una escuela, la de Noguera, pero yo recuerdo que había más, en Anàs, en Lladorre, y quizás en algún otro sitio, con clases repletas, con los niños y las niñas separados. En cambio, hay unas indicaciones para subir a unas pistas de esquí que antes no estaban.

Sombrita no sabía nada de casa Sebastianet, de hecho no sabía quién era Rossita ni Jaume. Pero tenía un gran recuerdo de los hermanos Dinamita. Me repitió mil veces que fue él quien les había ayudado a escapar de la Guardia Civil, escondidos en una vagoneta llena de escombros. No le dije que los dos hermanos y yo habíamos huido juntos por la montaña.

En el hotel pregunté también por casa Sebastianet, y casi ni se acordaban. Jaume, el de la Madera, había cerrado la casa hacía muchos años y se había ido del pueblo, a la Seo, me dijeron. Ni una sola palabra de Rossita. Supusieron que yo había trabajado en Cohisa, porque de vez en cuando suben antiguos trabajadores con la familia para recordar aquellos tiempos. Y me pasaron un número extra de la revista *Pallars* que habla de aquellas obras, que duraron desde 1959 hasta 1974. Había muchas fotos de los últimos años, de las centrales, sobre todo de la inauguración de Montamara, que fue la última. A partir de aquel momento, el valle volvió a la antigua normalidad. Me dijeron que la central de Tavascán se visita, pero yo eso ya no lo viví, las cavernas las excavaron más tarde. Ahora las llaman catedrales subterráneas y parece que perforar grandes cavidades tiene mucho mérito, pero tiene mucho más hacer bajar el agua desde lo más alto hasta Llavorsí, por unos túneles larguísimos que se construyeron todos a la vez y que se fueron conectando con una exactitud matemática. Esa red invisible es el triunfo de la topografía y de la ingeniería de minas.

En la panadería no obtuve ninguna información de Rossita. Y en el teleclub, tampoco, pero allí regresé al pasado. Ahora no se llama así, pero el

bar se conserva casi como antes, con aquellos arcos en el mostrador, y la chimenea. Parece que resuenen aún las películas y las orquestas que amenizaban la tarde de los domingos. A mí no me llamaba mucho la atención, pero al cabo de los años sentí nostalgia cuando puse los pies en el teleclub. Había sido el centro neurálgico de todo el valle durante los años que duraron las obras. Allí tampoco supieron decirme nada de Rossita, seguramente porque lo preguntaba a gente demasiado joven. Tenía que dirigirme a alguien de cierta edad.

Cuando salía del teleclub vi a un hombre mayor que iba cargado con un haz de hierbas al hombro. Le paro: perdone, usted sabría... Su reacción me dejó de piedra.

—¡Santiago!

Era Matildo. Se había hecho viejo, pero conservaba todo el vigor de cuando se ocupaba del bar y de la vaca de casa Sebastianet. Era un hombre muy laborioso y tan madrugador que era el primero en bajar la leche a la carretera. Ahora tenía el pelo completamente blanco, y la cara más arrugada, era más menudo, más enjuto, pero conservaba el aspecto recio, sobrio de palabras como siempre y quién sabe si con la misma boina que entonces. ¿Qué edad debía de tener Matildo? Antes parecía un hombre de setenta años, pero debía de tener muchos menos, porque ahora aparentaba unos ochenta.

Lo abracé, me salió de dentro. Le dije en voz alta que todos estos años había estado fuera, pero sin dar detalles. ¿Y Rossita? Tuve que repetírselo porque está un poco sordo: ¡Rossita! El inicio de la respuesta fue funesto: pobre Rossita...

¡Tantos años de angustia y tantos kilómetros para esto!

Le propuse ir a tomar un café o ir a dar una vuelta en coche si lo prefería. Me dijo que no, y me lo contó todo allí, de pie en el mismo arcén de la carretera, sin dejar el hato de hierbas para los conejos que había recogido.

Matildo me aseguró que de sus labios no había salido ni una sola palabra sobre aquellos hechos ni sobre mí. Y yo lo creo, era un hombre de una pieza, parco en palabras y noble. A usted, Santiago, sí se lo puedo contar, pero a nadie más. Hay cosas que sé y otras que me imagino, pero usted siempre se portó bien con Rossita y me supo muy mal que se fuese de aquella forma. Pero... ¿de verdad no ha vuelto hasta ahora? ¿No le han contado nada de

nada? ¿Y de la pobre Rossita tampoco?

Pobre Rossita. La Guardia Civil la presionó y al marido también, claro. Llamaron a declarar a Matildo y a Zep, y los dos se cerraron en banda contando simplemente que yo me había ido sin avisar a nadie. Pero, vistas las cosas con la perspectiva del tiempo y contrastando la poca información que he conseguido, me parece que la Guardia Civil no supo nunca exactamente por qué me buscaban. No ataban cabos, no relacionaban un vulgar adulterio con la muerte de una tercera persona que no tenía nada que ver. Fallaba el móvil. Era más lógico pensar que había habido una venganza entre contrabandistas, y un guardia que hacía el doble juego. Por eso habían detenido a Sindo de Llurri, y acabaron soltándolo al cabo de unos meses y sin hacer ruido. Quizá le pusieron una multa por contrabando, pero ya no volvió a Llurri.

Yo había tardado media vida en descubrir que los civiles nunca supieron que yo maté a uno de los suyos por error. Dicen que todos los asesinatos se resuelven averiguando el móvil, y en ese sentido era imposible establecer alguna relación entre el guardia muerto y yo. Si no fuese un sarcasmo de mal gusto, podría decirse que mi error me salvó la vida. Ahora bien, si me hubiesen detenido, yo lo habría confesado todo y se habrían llevado una gran sorpresa cuando supiesen que yo no tenía nada contra el Lindos Ojos, que lo atacé pensando que era el sargento. Yo estaba ofuscado, sí, pero si hubiese matado a aquella bestia inmundada, no sé si hubiera tenido algún tipo de remordimiento. Y mucha gente en el valle se habría alegrado de ello. Pero me equivoqué de hombre y la investigación descubrió que aquel guardia tan educado y calladito extorsionaba a los contrabandistas. Se produjo tal cúmulo de casualidades que unas no ligaban con las otras, como que el mosén se hubiese colgado la misma noche en que yo huí.

La gente dijo que yo había huido por temor a Jaume, el de la Madera. Todo el mundo supo que su mujer le ponía los cuernos, porque los gritos y las amenazas de Jaume se convirtieron en el pan de cada día en casa Sebastianet. No sé cuánto tiempo duró aquello, unos meses, un año, no lo sé. Hasta que Rossita dejó de comer. Tuve que pedirle a Matildo que me lo explicase mejor. Pues lo que le digo, que no comió más. ¿Y cuánto tiempo duró aquello? ¿El qué? El no comer. Hasta que se murió. ¿Muerta? ¿Rossita

está muerta? Bien muerta, pobre Rossita. Pero..., a ver, ¿se murió porque Jaume no le daba comida o se dejó morir? Ella, fue ella, un buen día decidió que no quería comer más y se fue consumiendo en poco tiempo. Su marido no la lloró, después del entierro cerró la casa y se fue del pueblo.

Y Rossita, ¿preguntaba por mí? No, nunca, pero yo sé que le esperaba; quien pasaba a menudo preguntando si se sabía algo de usted era aquel chico que se casó con la hija de Caio Periquet. ¿Agustín? Sí, estará muy contento de verle; trabaja en el ayuntamiento de Tresp, allí le darán razón.

Mi objetivo, no obstante, no era Agustín, sino ella. ¿Dónde está enterrada? Detrás de la iglesia, aún no habían hecho el cementerio nuevo; venga, que le acompañe.

Es aquí.

Una cruz de hierro sin fecha ni nombre entre tumbas vetustas y llena de hierbajos. ¿Me puede dejar solo, Matildo?

Me dio la mano y volvió a la carretera con el haz de hierbas para los conejos sobre el hombro. Cojeaba un poco.

Me senté sobre una lápida. Pensé en la vida desgraciada de Rossita y en el rayo de esperanza que tuvo conmigo. Me dolía no haberle evitado la angustia de la espera y el dolor del desengaño cuando debió de convencerse de que yo no volvería. Qué forma más triste de morir, Rossita. No te mereces la mala vida que te dieron Jaume y el Sapo. Perdóname por no haberte sabido salvar.

Yo estaba más afligido que emocionado. Rossita quedaba lejos, como un gran amor de juventud que deja un recuerdo dulce pero difuminado. Me esforzaba por evocar momentos felices, como una noche de estrellas en el Pla de Nequa o una escapada al Valle de Arán, y me venía a la memoria una Rossita jovial, sonriente. En el año 65 no éramos unos jóvenes recién salidos del cascarón, pero aún teníamos mucha vida por delante. Ahora me pesan las cicatrices de los años y me siento demasiado lejos de aquella época. Cuando huí por el puerto de Tavascán, no sabía hasta dónde me llevaría aquel camino, no podía imaginarme las vicisitudes que acabarían conduciéndome a Chile. Ahora que podía elegir libremente no dudé en continuar mi segunda vida, con mi mujer y mis hijas. En el cementerio de Quilpué había llorado con grandes espasmos, en Noguera, en cambio, estuve sereno. Pensé: aquí se acaba todo, aquí descansa Santiago Vallory con Rossita. Reconozco que me

sentí como de visita, ya sé que la sinceridad puede ser mezquina, pero es cierto, salí del cementerio con una contradicción en el pecho de pena y de alivio.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, pregunté en el hotel si me dejaban arrancar unas peonías del jardín para llevarlas al cementerio. Sí, en los cementerios crecen bien las peonías, me dijeron. Arranqué los hierbajos de la tumba y planté tres matas de peonías rosadas, que eran las flores que más le gustaban a Rossita. Entonces sí se me hizo un nudo en el pecho. Dije en voz alta: adiós, Rossita, perdóname por no haber venido antes. La recordé feliz entre mis brazos cuando me decía: habla, amor mío, no dejes de hablar.

Dudé mucho: ¿voy o no voy? Al final, cedí a la curiosidad de saber si Agustín había terminado la carrera o no. Me detuve en Tremp, pregunté por él en el ayuntamiento y me dirigieron a la oficina de patrimonio. El encuentro fue corto, pero intenso, demasiado emotivo. Sólo hacía dos horas que yo había dejado Cardós, tenía frescos en el fondo del alma el recuerdo de Rossita y las peonías del cementerio. No estaba preparado para protagonizar efusiones. Él me reconoció enseguida y me abrazó con un entusiasmo desbordado. Me sorprendió que aquel hombre algo rechoncho, con el pelo gris y una barba blanquecina que recordaba vagamente al Agustín delgado y joven, estuviese tan contento de verme. Reaccionó con una explosión de alegría sincera. Yo, en cambio, estaba confuso. Me contó que sí, que era aparejador, y me dio mil veces las gracias por el tiempo que le dediqué cuando él estudiaba por correspondencia. Tuve que recordarle que me tutease, que ahora ya teníamos casi la misma edad. Reímos juntos cuando me hizo notar que estábamos hablando en catalán. Él lo había aprendido sin esfuerzo a base de años de vivir en el Pallars y por estar casado con una pallaresa, en cambio observó que yo hablaba con un dejo extraño. Era cierto, yo había perdido fluidez y se me había pegado la entonación chilena, pero Agustín fue la única persona que me lo dijo mientras estuve allí.

También me dijo que había utilizado durante años una regla de cálculo que yo le había regalado y que conserva como oro en paño. Me la quería enseñar; vive cerca de Tremp, en Sant Joan de Vinyafrescal, insistía en que le acompañase para saludar a su mujer, la hija de Caio Periquet, y me dijo que tenía dos hijas que estudiaban en la universidad y que... Quería contármelo

todo y me invitaba a almorzar, pero yo no quería perder el avión. Cuando comprendió que mi visita no podía alargarse más, Agustín se puso serio y fue al grano sin preámbulos: ¿qué avión? ¿Dónde vives ahora? ¿Por qué te fuiste de aquella forma? ¿Qué pasó? ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho durante estos años?

Con la excusa de que no podía entretenerme más, no respondí, pero en el viaje de regreso di muchas vueltas a aquellas preguntas. La necesidad de contestarlas todas fue tomando forma, como si en mi interior resonase la voz de Rossita que me decía: habla.

Decidí contestar por escrito. Aquí lo tienes, Agustín. No te lo podía contar en cinco minutos, pero no he querido dejar de hacerlo. Con estas hojas me libero del peso con el que he cargado toda la vida y que no he tenido el valor de revelar a mis hijas. Quizá cuando yo falte, serán indulgentes con mi cobardía y recordarán como un buen hombre a este pobre hombre que espera ser enterrado un día en Quilpué, junto al padre Eusebio y junto a su esposa Matilde.

Agustín, te autorizo a llevar estas hojas a la revista *Pallars*, y me atrevo a sugerir que la autora del reportaje sobre las hidroeléctricas, una tal Maria Emília Catarineu, contraste mi declaración con la de otros testigos de aquella época para que se sepa la verdad de todo lo que sucedió en el valle.